

ΕΛ

ΣΕΛΟ

ΡΑΣΓΑ

ΔΟ

# Gulshan Esther y Thelma Sangter

Oerfield, Florida 33442-8134

Reservados todos los derechos

Cubierta diseñada por Jhon Coté

10/91 7.5M BA

ISBN 0-8297-6328-4

Categoría: Testimonios

Este libro fue publicado en inglés con el título *The Torn Veil*  
Por Marshall Pickering.

© 1984 por Gulshan Esther y Thelma Sangter

Traducido por Jorge Gala y San José

Edición en español

© 1991 EDITORIAL VIDA

## Índice

1. Hacia la Meca	3
2. La peregrinación	10
3. El agua de vida	15
4. La boda	23
5. El agujón de la muerte.	28
6. El automóvil	35
7. La fama.	41
8. El Libro.	49
9. El bautismo	57
10. Hermanas.	65
11. Atrapada.	71
12. El tentador	78

13. El costo	83
14. Testigo de Cristo.	92
15. Conclusión.	98

*"Oh águila, no te desanimas  
a causa de la brisa repentina y tempestuosa,  
porque sólo sopla de ese modo  
para hacer tu vuelo más rápido y más alto."*

*Igbal*

# 1

## Hacia la Meca

Tal como transcurría mi vida en la primavera de 1966, no habría ni siquiera deseado ir a Inglaterra. Yo, Gulshan Fátima, la hija menor de una familia musulmana Sayed, descendiente del profeta Mahoma por la rama de su otra hija, aquella otra Fátima, había llevado siempre una vida tranquila y recluida en mi hogar en Punjab, Paquistán. No sólo había sido criada desde la edad de siete años; con un *pardah*,<sup>1</sup> conforme al estricto código ortodoxo islámico de los shiítas, sino que era, por añadidura, una niña paralítica, incapaz siquiera de salir de mi habitación sin ayuda. Mi rostro estaba velado para los hombres, salvo los parientes permitidos, como mi padre, dos hermanos mayores y mi tío. Durante aquellos primeros catorce años de mi frágil existencia, la mayor parte de mi tiempo transcurrió dentro de los límites de

---

<sup>1</sup> N.T. Velo especial usado por las mujeres para ocultar el rostro.

las paredes de nuestro amplio jardín en Jhang, a unos cuatrocientos kilómetros de Lahore .

Fue mi padre quien quiso llevarme a Inglaterra, a pesar del desprecio que sentía por los ingleses que, según él, adoraban a tres dioses en lugar de un solo Dios. Ni siquiera me permitió aprender su lengua infiel en las lecciones que tomaba con Razia, mi maestra, por temor a que, de algún modo, llegara a contaminarme con el error, y me apartara de nuestra fe. Por fin me llevó, no sin antes haber gastado en nuestro país ingentes sumas de dinero en una infructuosa búsqueda de tratamiento, con el propósito de obtener el mejor consejo médico posible. Me llevó a Inglaterra movido por su bondad y su preocupación en cuanto a mi futuro bienestar. Pero en el momento en que aterrizamos en el aeropuerto de Heathrow, , aquel día de principios de abril, estábamos lejos de imaginar la angustia y las tristezas que aguardaban a cada paso a nuestra familia. Lo extraño fue que yo, la niña inválida, la más débil de sus cinco hijos, me convertiría, en definitiva, en la más fuerte de todos, y en una roca que haría añicos lo que él tanto estimaba.

Con sólo cerrar los ojos, ahora que soy ya una mujer adulta, aparece delante de mí la figura de mi padre, mi querido Aba-Jan, alto y delgado. Lo veo con un bien confeccionado saco negro de cuello alto y adornado con botones dorados, y con sus pantalones holgados, llevando en la cabeza el turbante blanco forrado con seda azul. Lo veo, como lo veía con frecuencia en mi niñez, entrando en mi habitación para enseñarme religión.

Lo veo de pie junto a mi cama, frente al cuadro de la Casa de Dios en la Meca, el lugar más santo del Islam, :la Caaba, mezquita que se dice fue construida por Abraham y reconstruida por Mahoma. En ese momento, mi Padre baja el

Santo Corán de su repisa alta, el lugar más alto de la habitación, ya que no se permite poner nada sobre o por encima del Corán. Primero besa la funda de seda verde y recita el *Bismillah i-Rahman-ir-Raheem* (Comienzo esto en el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo). Luego quita la funda de seda verde, después de haber cumplido con cuidado el *Wudu*, las indispensables abluciones<sup>2</sup> rituales previas a tocar o mover el libro santo. Repite el *Bismillah* y luego coloca el Santo Corán sobre una barra de apoyo, un atril en forma de equis, diseñado especialmente, tocando el libro sólo con la punta de los dedos. Se sienta de tal modo que yo, sostenida sobre la silla, también lo pueda ver. Yo también, con la ayuda de mis criadas, he cumplido el rito del *Wudu*

Con su dedo, mi padre señala los escritos sagrados en la decorativa caligrafía arábica, y yo, ansiosa de complacerlo, repito después de él el *Fatiha*, la Inauguración, las palabras que nos unen a todos los musulmanes, en cualquier parte:

*"¡Alabado sea Alá, Señor de la Creación, el Misericordioso, el Compasivo,*

*el Rey del día del juicio!*

*Te adoramos sólo a ti, ya ti solo pedimos ayuda,*

*Guíanos por la senda recta,*

*Por la senda de aquellos a quienes has favorecido,*

*No por la de aquellos que han acarreado tu ira, no por la de aquellos que se han extraviado."*

Hoy leemos del Sura<sup>3</sup> *El Imrans*:

---

<sup>2</sup> Ceremonia que consiste en la purificación del agua.N.T.

<sup>3</sup> Sección del Corán N.T:

*"¡Alá! No hay otro Dios sino El, el Viviente, el Eterno."*

*"El te ha revelado el Libro que contiene la verdad, ha confirmando las escrituras que lo precedieron: porque El ya ha revelado el Torah y el Evangelio para la guía de los hombres y la distinción entre el bien y el mal."*

Estoy haciendo lo que todo niño musulmán educado en una familia ortodoxa hace desde su temprana niñez: leer el Santo Corán en árabe. En realidad, sólo se puede entender bien en árabe, el idioma en que fue escrito. Los musulmanes sabemos que no se puede traducir como si fuera un libro corriente, sin que pierda algo de su significado, porque es un libro sagrado.

Cuando yo terminara de leerlo por primera vez, alrededor de los siete años, que era considerada la edad de la razón, habría que celebrar una fiesta, llamada "el amén del Santo Corán", a la que se invitaría a los miembros de la familia, a los amigos y a los vecinos. En el patio central abierto de nuestra casa campestre, sentados los hombres y las mujeres en sectores separados por una división, el *mullah*<sup>4</sup> recitaría oraciones poniendo de relieve mi llegada a esa nueva e importante etapa de mi vida, y las mujeres acallarían su chismorreo para escuchar.

Ahora hemos concluido la lectura del Sura y comienza mi catecismo. MI padre me mira con una sonrisa que flota alrededor de sus labios:

Bien hecho, pequeña Beiti (hija) dice. Responde ahora estas preguntas:¿Dónde está Alá?

Con timidez repito la lección tan bien conocida:

---

<sup>4</sup> Intérprete de las leyes y de los dogmas del Islam.

Alá está en todas partes.

¿Conoce Alá todo lo que haces en la tierra?

Sí, Alá conoce todo lo que hago en la tierra, tanto lo bueno como lo malo. El conoce aun mis pensamientos secretos.

¿Qué ha hecho Alá por ti?

Alá me ha creado a mí y a todo el mundo. El me ama y me aprecia. El me-recompensará en el cielo por todas las buenas acciones y me castigará en el infierno por todas mis malas obras.

¿Cómo puedes ganar el amor de Alá?

Puedo ganar el amor de Alá mediante una sumisión completa a su voluntad y la obediencia a sus mandamientos.

¿Cómo puedes conocer la voluntad y los mandamiento de Alá?

Puedo conocer la voluntad y los mandamientos de Alá mediante el Santo Corán y las Tradiciones de nuestro Profeta Mahoma (que la paz y las bendiciones de Alá sean sobre él).

Muy bien dice mi padre Ahora, ¿hay algo que tú quieras saber? ¿Tienes algunas preguntas

Sí, padre. Por favor, dime por qué el Islam es mejor que otras religiones.

Le pregunto eso no porque sepa nada de otras religiones, sino porque me agrada que me explique nuestra religión. La respuesta de mi padre es clara y terminante:

- Gulshan, quiero que siempre recuerdes esto. Nuestra religión es más grande que cualquier otra porque, en primer lugar, Mahoma es la gloria de Dios. Ha habido muchos otros profetas, pero Mahoma trajo el mensaje final de Dios a la humanidad, y no necesitamos otro profeta después de él. En

segundo lugar, Mahoma es el Amigo de Dios. Destruyó todos los ídolos y convirtió al Islam a todas las personas que los adoraban. En tercer lugar, Dios le dio el Corán a Mahoma, después de todos los otros libros santos. El Corán es la palabra final de Dios y debemos obedecerla. Todo el resto de los escritos están incompletos.

Yo escucho. Sus palabras se están escribiendo en las tablas de mi mente y de mi corazón.

Si queda tiempo, le pido que me cuente una vez más acerca del cuadro que está en mi habitación. ¿Qué es ir en peregrinaje a la santa ciudad de la Meca, aquel imán hacia el cual se vuelven todos los musulmanes para orar cinco veces al día? Nosotros también nos volvemos en esa dirección en nuestra ciudad, cuando el *muezzin*<sup>5</sup> toca el *azzan*<sup>6</sup> desde la torre de una mezquita. El sonido rebota a lo largo de las avenidas, por encima del ruido del tránsito y de la feria, y penetra por las celosías de las ventanas al amanecer, al mediodía, al atardecer y por la noche, llamando a los fieles a orar recitando la primera declaración del Islam:

*"No hay otro Dios sino Alá:  
Y Mahoma es el Profeta de Dios."*

Mi padre me lo explica todo. Ha hecho dos veces la peregrinación, una vez solo y otra vez con su esposa, mi madre. La obligación de todo musulmán es Ir por lo menos una vez en la vida, y con más frecuencia si es bastante rico. Ir en peregrinación es el quinto de los cinco pilares fundamentales del Islam que unen a millones de musulmanes

en muchos países diferentes y aseguran la continuidad de nuestra fe.

Padre, ¿voy a ir a la Meca? -le pregunto.

El se ríe: y se agacha para besar mi frente.

Irás, pequeña Gulshan. Cuando seas más grande y tal vez...

No concluye la oración, pero sé lo que quiere decir...

Cuando nuestras oraciones por ti sean contestadas.

Durante esos periodos de instrucción aprendo la devoción a Dios, se crea un vinculo con mi religión y sus costumbres, un ardiente orgullo por mi ascendencia ancestral del Profeta Mahoma, por medio de su yerno Alí, y una comprensión de la dignidad de mi padre, quien no sólo es la cabeza de mi familia sino, como descendiente del Profeta, es un *Sayed* y un *Sha*. El también es un *Pir*, un líder religioso y propietario con una gran fortuna en el país y una amplia casa campestre rodeada de Jardines a la orilla de nuestra ciudad. Comienzo a comprender por qué somos tan respetados como familia, aun por el *mullah*, o el *maulvi*, que viene a hacerle preguntas a mi padre, preguntas religiosas, que el mismo no puede contestar.

¡Ahora, al reflexionar puedo descubrir el propósito de aquellos años de cautividad, cuando se abrían la mente y el espíritu como los pimpollos de nuestro jardín bien regado, cuidado amorosamente por nuestros jardineros.

Mi nombre, Gulshan, significa en urdu, "el lugar de las flores, el jardín". Yo, una planta enfermiza para llevar semejante nombre, fui cuidada de la misma forma por mi padre. El nos amaba a todos por igual, a sus dos hijos varones, Safdar Sha y AlimSha, y a sus tres hijas mujeres, Anis Bibi, Samina y a mí. A pesar de que yo lo desilusioné al nacer mujer, y de nuevo cuando tenía seis meses, al

<sup>5</sup> Almuédano, individuo que convoca a los árabes a la oración.

<sup>6</sup> Instrumento con el cual el muezzin llama a la oración

quedar convertida en una parálitica a raíz de la fiebre tifoidea, mi padre me amaba igual, si no más, que a los otros. ¿No le habrá dado mi madre un encargo sagrado en su lecho de muerte para que me cuidara?

□ Te ruego, Shah-ji, que no te cases de nuevo, por amor a la pequeña Gulshan - dijo con aliento agonizante.

Ella quería protegerme, ya que una madrastra y sus hijos podrían reducir el patrimonio de la hija de una primera esposa, y la podrían tratar rudamente si ella fuera enfermiza o soltera.

El se lo había prometido muchos años antes y había guardado su palabra, en un país en que un hombre puede tener hasta cuatro esposas, de acuerdo con el Corán, si era bastante rico como para tratar a cada una con equidad y justicia.

Tal fue el inalterable modelo de mi vida, hasta aquella visita Inglaterra cuando tenía catorce años. Todo cambió de manera sutil, poniendo en marcha una cadena de consecuencias no previstas. Por supuesto, no tendrá ninguna premonición mientras esperaba en la habitación de un hotel de Londres, el tercer día de nuestra visita, junto con mis criadas Salima y Sema. Aguardábamos el veredicto del especialista inglés, del cual oyó hablar mi padre en Paquistán, mientras buscaba un tratamiento, quien determinaría mi futuro de una vez y para siempre.

Si me podía curar de esa enfermedad que en mi infancia había paralizado el lado izquierdo de mi cuerpo, entonces podría casarme con mi primo, a quien había sido prometida cuando yo tenía tres meses, y quién ahora estaba en casa, en Multan, Punjab, esperando las novedades de mi recuperación. De no ser así, debía romperse mi compromiso,

y sería mayor mi vergüenza que si me hubiera casado y luego mi esposo se hubiera divorciado de mí.

Oímos pasos que se acercaban. Salima y Sema se levantaron bruscamente y arreglaron nerviosamente sus largas *dupattas*<sup>7</sup>. Salima tiró de la mía hacia abajo cubriendo mi rostro, mientras yo me metía bajo la cubrecama. Estaba temblando, pero no de frío. Tuve que apretar los dientes para que dejaran de rechinar.

Se abrió la puerta y entró mi padre acompañado por el médico.

□ Buenos días □ dijo una voz muy amable y agradable.

No podía ver el rostro del doctor David, pero me di cuenta de que mostraba un aire de autoridad y conocimiento. Con sus firmes manos levantó la larga sábana y examinó mi débil brazo izquierdo y luego mi pierna inútil.

Transcurrió un minuto, y el especialista se enderezó.

□ No hay medicina para esto; solamente la oración. □ le dijo" mi padre.

Era imposible interpretar mal la concluyente serenidad de sus palabras.

Tendida en la cama y prestando atención, oí el nombre de Dios utilizado por un desconocido médico inglés. Estaba confundida. ¿Qué podría saber él acerca de Dios?

Comprendí por su forma amable y compasiva de expresarse que estaba desvaneciendo nuestras esperanzas relacionadas con mi recuperación y, al mismo tiempo, señalando el Camino de la oración.

Mi padre caminó con él hacia la puerta. Cuando regresó, me dijo:

---

<sup>7</sup> Pañuelos al estilo de bufandas con que se cubren las mujeres árabes.

□ Fue muy bueno que un médico inglés nos dijera que oremos.

Salima echó hacia atrás mi *dupatta* y me ayudó a incorporarme.

□ Padre, ¿él no puede sanarme?

No pude evitar que temblara mi voz. Las lágrimas se agolpaban en mis ojos.

Mi padre acarició mi mano sin vida y luego dijo:

□ Ahora hay un solo camino. Toquemos a la puerta del cielo. Vamos a ir a la Meca como pensábamos. Dios oirá nuestras oraciones, y todavía podremos regresar a casa con agradecimiento.

Me sonrió, y yo traté de sonreírle. Mi tristeza era igualmente su tristeza, pero él no estaba desesperado. Había una renovada esperanza en su voz. ¿Alcanzaríamos con seguridad los deseos de nuestro corazón, Ya fuera en la casa de Dios o en la fuente sanadora de Zamzam? Nos quedamos en el hotel algunos días más, mientras mi padre hacía los arreglos para el vuelo hacia Jeddah, el aeropuerto que usan los peregrinos para ir a la Meca. No lo había hecho antes, pues estaba esperando el resultado de algún tratamiento que nos pudieran recomendar. Había planeado esa visita para que cayera antes del mes anual de la peregrinación, de modo que después del tratamiento pudiéramos ir a la Meca para dar las gracias.

Durante aquellos días de espera mi padre salía para ver a sus amigos en la comunidad paquistaní o ellos venían a verlo. Lo normal había sido que las mujeres de aquellas familias me hubieran visitado. Pero yo me sentía avergonzada de mi condición y no estaba acostumbrada a recibir desconocidos en mi hogar, de modo que sólo algunas de esas mujeres tocaron a mi puerta. ¿Quién quería ver miembros secos, con

la piel ennegrecida y arrugada, colgando fláccidamente, y juntando con cuantos dedos podía, con toda la fuerza muscular, una porción de jalea? A una edad en que otras comenzaban a soñar con el día en que usarían el vestido rojo de boda, con el bordado en oro e irían llenas de joyas, con una excelente dote, a la casa de sus esposos, yo estaba enfrentando un futuro de soledad, separada de mi propia clase. Nunca llegaría a ser una mujer digna y completa, siempre escondida tras un velo de vergüenza.

Estábamos en el segundo piso del hotel en una cómoda habitación, junto a la habitación de mi padre. Tenía alfombras gruesas y un baño privado. Además de atenderme a mí y de lavar a mano en el baño nuestras prendas íntimas, Salima y Sema, que dormían en mi habitación en una cama plegable, y que se incorporaban por turnos para protegerme y ver lo que yo necesitaba, no tenían mucho que hacer. El tiempo transcurría bastante rápido con la lectura de mis libros, los cinco períodos de oración, y los detalles cotidianos del aseo, de la vestimenta y la comida, que siempre llevan mucho más tiempo cuando se trata de una persona incapacitada. Por momentos me entretenía escuchando la charla de mis criadas. Ellas hacían algunas escapadas ocasionales hasta el piso bajo donde estaba la recepción, pero no se animaban a salir solas. La mayoría de las veces se conformaban con dar un vistazo al mundo exterior desde la ventana para luego contarme lo que habían visto. Reaccionaban como las típicas muchachas aldeanas de Paquistán, y me hacían reír.

□ Oh, mira la hermosa ciudad □ decía Salima □.

Hay tantas personas que van y vienen, y tantos automóviles ..

Luego se oía exclamar a Sema:

□ Oh, las mujeres tienen las piernas descubiertas. ¿No les da vergüenza? Los hombres y las mujeres caminan juntos, de la mano. Se están besando. Están yendo directamente al infierno.

A partir de nuestra niñez se nos habían enseñado reglas estrictas acerca de la vestimenta y del comportamiento.

Nos cubríamos modestamente desde el cuello hasta los tobillos con la *shalwar kameeze* típica del Punjab, una túnica holgada y pantalones, recogidos alrededor de los tobillos. Envolviéndonos el cuello usábamos la linda bufanda, larga y ancha, llamada *dupatta*, que podía cubrirnos la cabeza cuando fuera necesario o se pedía echar sobre el rostro, y, además, cuando hacía frío, nos envolvíamos en ella como en un chal. Si teníamos que salir, entonces usábamos el *burka*, un velo largo e impenetrable, que nos cubría desde la cabeza hasta los pies, unido en un casquete, con una abertura cubierta con un tul en el frente para poder mirar. Eso hacía imposible cualquier conversación corriente en la calle, y disminuía, para la persona que lo usaba, la posibilidad de ver y oír el tránsito. Pero en el tiempo del que estoy hablando nunca nos oponíamos a las reglas que regían nuestra vida, y me hubiera horrorizado de desafiar las costumbres. En realidad, considerábamos que el velo era una protección. Podíamos mirar el mundo, pero el mundo no nos podía ver a nosotras.

Cuando vimos cómo en Londres hacían gala de sus indecentes minifaldas, que les llegaban bien por encima de las rodillas, para nosotras tres era obvio que esa era la ciudad más perversa del mundo.

En nuestro país, y más aun en nuestra ciudad, hablar con un hombre que no fuera de nuestra familia cercana, o aun con los sirvientes masculinos, nos habría desprestigiado. El

propósito íntegro del *purdah*, por supuesto, era la protección del honor de la familia. Las hijas de una familia musulmana no debían estar expuestas al más mínimo asomo de suspicacia. Podían ser terribles las consecuencias de la indiscreción.

La comida llegaba tres veces al día. Un mozo la llevaba en un carrito. Las criadas recibían la comida en la puerta. A veces venía acompañado de una sirvienta inglesa, y yo cerraba los ojos para no ver sus piernas.

Ya estaba comenzando a cansarme de la comida del hotel. Mi padre pedía todos los días que nos llevaran pollo, ya que era *halal*, es decir, carne sacrificada de la forma prescrita. La carne de cerdo era *haram*, prohibida. El solo pronunciar la palabra “cerdo” hacía que se contaminara la boca. La fuerza de la costumbre es tal que hasta el día de hoy, para referirme a ese animal, empleo el término que usamos en Punjab “barla”, que significa “extraño”. Cualquier otro tipo de carne porcina podría sospecharse que hubiera sido cocinada con grasa de cerdo. Junto con el pollo nos llevaban verduras y arroz, y un helado como postre. Bebíamos Coca Cola, y teníamos una provisión de ella en nuestra habitación. Yo deseaba inútilmente el *curry* (salsa india para condimentar) o los trocitos de carne que se sazonaban y colocaban pinchados en una varilla para asar sobre la parrilla, o los duraznos o mangos que había en los árboles de mi casa.

Mi padre me ayudaba a no desalentarme, sacándome a dar dos o tres paseos cortos. Una vez dimos una vuelta alrededor del hotel, y un par de veces me llevó, junto con las criadas, a dar un paseo en taxi por el vecindario. Me explicó porqué los ingleses<sup>8</sup> no eran como nosotros:

---

<sup>8</sup> Ingleses

□Este es un país cristiano □me dijo□Ellos creen que Jesucristo es el Hijo de Dios. Por supuesto, están equivocados, porque Dios nunca se casó y, entonces, ¿cómo podría haber tenido un Hijo? Aun así, son, al igual que nosotros, el pueblo de un Libro. Los musulmanes y los cristianos compartimos el mismo Libro.

Eso me confundió. ¿Cómo podrían compartir nuestro Libro y sin embargo ser tan diferentes?

□Ellos tienen la libertad de hacer muchas cosas que nosotros no podemos □dijo mi padre□. Pueden comer cerdo y tomar bebidas alcohólicas. No hay diferencia entre los hombres y las mujeres. Viven juntos sin estar casados, y cuando los niños crecen no respetan a sus mayores. Pero son personas buenas, muy puntuales, y tienen buenos principios. Cuando hacen alguna promesa, las cumplen no son como los asiáticos.

Mi padre era una autoridad en ese tema. Trataba con frecuencia con los extranjeros, con relación a la exportación del algodón que él producía en Paquistán.

□Podemos distinguimos de ellos en cuanto a la religión; pero son personas compasivas que harán cualquier cosa por tí, y son caritativos

□terminó diciendo.

Ye evaluaba las contradicciones de los *ingrez*, personas amables, que viven en un país benigno, verde, beneficiado por lluvias frecuentes, cuyo Libro los guiaba a tal libertad. No obstante, nuestro Libro estaba emparentado con el de ellos. ¿Cuál era la clave de esa diferencia entre nosotros? Eso era demasiado profundo para una niña de catorce años. Deseché ese interrogante de mi mente, y me dediqué a imaginar cómo sería la peregrinación hacia la cual nos dirigíamos. Pasaron muchos años antes que esas cosas se

esclarecieran algo más y, cuando sucedió, me fue imposible desechar los interrogantes con la misma ligereza con que lo había hecho en aquel entonces.

## 2

### La peregrinación

El hermoso avión blanco de la línea aérea internacional de Paquistán posaba como un pájaro sobre la pista de aterrizaje. Mientras me levantaban desde mi silla de ruedas hasta el corredor de acceso al avión, sentía mi partida de Inglaterra como una especie de liberación. Esa visita había servido para algo; para terminar con nuestra incertidumbre. Nos quedaba una sola esperanza por delante y nos dirigíamos a ella a toda velocidad. Como un acariciado suelo, se presentaba en mi mente un lugar desconocido, aunque a la vez bien identificado: la ciudad de la Meca, bañada en luz clara y diamantina, el lugar que todo musulmán desea visitar al menos una vez en la vida.-

Nuestra reservación de asientos en el avión era en el compartimiento de primera clase. Una vez más me senté entre mis criadas. Sema servía de apoyo a mi inútil costado izquierdo, y Salima se ocupaba de llevar y traer cosas. Mi padre se acomodó sobre dos asientos frente a mí y desde allí continuó sus lecciones en el viaje:

□Estamos volando a diez mil metros de altura □dijo cuando el avión alcanzó su línea de vuelo.

Miré por la ventana y me quedé boquiabierta. Estábamos en un mundo de radiante luz solar y debajo de nosotros se

extendía un piso de suavísimas nubes como de algodón ondulante, semejantes al relleno para el colchón de una novia

Salima y Serna miraron también hacia fuera y emitieron pequeños gritos amortiguados:

□Mira cuánto hierro vuela por el aire □dijeron asombradas en una mezcla de palabras en Punjabi y urdu, sobrecargadas con su pesado acento jhang.

Contuve mi sonrisa; eran muchachas aldeanos a quienes todo les parecía increíble.

De pronto el avión comenzó a dar saltos en el aire, y tuve miedo. Mi padre me explicó que habíamos caído en un bache de aire:

□No se preocupen. Todo marcha bien □nos aseguró.

Había otros peregrinos en el avión. Yo sabía que ellos llevaban en su equipaje, lo mismo que nosotros, las túnicas blancas *Ihram*, que usaba todo peregrino para hacer el *Hajj*, es decir, la peregrinación.

Hacía tiempo mi padre me había llevado a ver una película sobre el Hajj. Era para gente religiosa, que planeaba ir a la Meca en el mes de la peregrinación, y mostraba con un hermoso colorido todas las costumbres relacionadas con eso. A mi me habían enseñado la historia del nacimiento de nuestra religión en los desiertos de Arabia, por eso el paisaje de esos acontecimientos me era tan familiar como el de nuestra casa y nuestro jardín.

La aeromoza, vestida de verde con la *dupatta* colocada debajo del mentón, me sirvió la comida, aunque sólo probé un poco. Salima miró la comida casi intacta y dijo en voz suave:

- Bibi-ji, ¿no quieres comer para mantener la fuerza? Moví la cabeza.

- No tengo hambre.

En realidad, me estaba sintiendo algo enferma, en parte por la sacudida del avión y también por la emoción de lo que tenía por delante. No le dije nada acerca de mis verdaderos sentimientos. ¿Cómo podía discutir con una sirvienta las esperanzas y temores que surcaban mi mente, así como las nubes a través del cielo?

□Cambiamos de avión en Abu Dhabi y se agregaron peregrinos de lugares lejanos. Estudié con interés sus costumbres, tratando de descubrir de dónde venían. Razia, mi maestra, me lo había enseñado bien. Ahora era capaz de identificar a personas de Irán, Nigeria, China, Indonesia, Egipto... Pareciera que todo el mundo iba rumbo a la ciudad de la Meca.

Hubo un ruido en el altavoz. La azafata nos dijo en dos idiomas, inglés y árabe, que estábamos aproximándonos a Jeddah y nos preparamos para aterrizar.

Se encendió una señal.

□Debemos ajustamos los cinturones de seguridad □dijo mi padre.

Lo hicimos. Salima me ayudó y mi padre verificó que estuviera bien asegurado.

Por la ventana del avión pude ver el desierto, sus médanos castaño oscuro sopladados en formas de crestas por los rudos vientos cálidos; en el horizonte se veían las montañas, a muchos kilómetros de distancia, y luego una gran ciudad que se extendía en la llanura frente a nosotros, con edificios altos y muchas calles. Pude ver los árboles y los verdes jardines.

□Mira □dijo mi padre□ lo que el agua le hace al desierto. Hace algunos años que extendieron el conducto de agua desde Wadi Fátima.

Yo asentí recordé que en mis lecciones había aprendido que la riqueza del petróleo proporcionó muchos adelantos en la vida de un pueblo que antes era pobre y atrasado, que vivía en casas de barro, si eran granjeros, o en tiendas beduinas, si eran nómadas, y todos a lo largo de muchos años en que no había llovido.

El avión aterrizó y allí en el aeropuerto estaba el viejo amigo de mi padre, el Sheikh,<sup>9</sup> para recibirnos, con su gran auto Chevrolet. Ese Sheikh tenía ocho esposas y dieciocho hijos que vivían en su extensa propiedad. Trece de sus hijos eran mujeres y cinco varones. Creo que tenía otros hijos casados o estudiando en el exterior. Era dueño de un pozo petrolero, que los mantenía a todos con mucha holgura. Además, poseía tierras en las que criaba ganado y camellos, ovejas y cabras.

Durante los pocos días que estuvimos allí, tuve la oportunidad de ver las tareas que se realizaban en esa casa tan grande, a la vez que disfrutaba de la hospitalidad de la familia del Sheikh. El Sheikh me presentó a todas sus esposas, Fátima, Zara, Rabia, Rukía... y a toda su descendencia.

□No tengo preferidas□ me informó .□Todas mis esposas son iguales.

Yo sabía que decía eso porque el Corán establece que un hombre se puede casar con varias esposas, siempre que las trate a todas igualmente bien. El Profeta, por supuesto, tenía

varias esposas, pero me dijeron que los hombres comunes les resultaba casi imposible cumplir con imparcialidad el mandato referido a la igualdad. Por lo tanto, la poligamia no se fomentaba en nuestra sociedad; sin embargo, aquí parecía prosperar Y todo el mundo aparentaba llevarse bien con los demás.

Una traductora, llamada Bilquis, me presentó a las hijas de la familia, de quienes deduje que la mayor tendría alrededor de dieciocho años. Ellas se reunieron en la habitación de huéspedes femeninas, donde yo estaba instalada con mis criadas, para preguntarme sobre Paquistán:

□¿Tienen caminos? ¿Ciudades? ¿Qué comen? ¿Qué clase de verduras producen? ¿Tienen escuelas para mujeres? ¿Usan ese tipo de vestimenta todo el tiempo?

Respondí lo mejor que pude, y me agradó cuando dijeron que les gustaría ir a Paquistán para conocerlo todo. Por mi parte, yo les pregunté acerca de su vida:

□¿Cómo viven aquí? ¿Qué hacen durante el día? La respuesta pareció ser que hacían "muy poco". El Sheikh dejaba en casa a sus esposas e hijas. Las hijas, que estaban bien educadas, parecían no hacer otra cosa que entretenerse. Pasaban sus días charlando, viendo televisión y leyendo cosas insignificantes en inglés y en árabe. Sin embargo, parecían ser muy felices, pues tenían todos sus deseos satisfechos. Si querían ir de compras, Bilquis iba con ellas y administraba el dinero mientras elegían todo lo que querían.

En cuanto a las esposas del Sheikh, su objetivo principal parecía ser agradar al Sheikh. Como excepción a esa regla, hacían sus paseos de compras (en turnos), o visitaban el hospital con Bilquis. En estas ocasiones se envolvían en *burkas* negras, ya fuera del modelo enterizo, al estilo turco, o la dividida en dos por la cintura. Se sentaban sobre

---

<sup>9</sup> Jeque N.T.

almohadones, con las piernas cruzadas, y usaban *caftanes*<sup>10</sup> bordados en oro y plata. A lo largo de las paredes, en la enorme sala con piso de mármol, había divanes, pero ellas preferían sentarse en el suelo.

A veces se vestían a la moda occidental con ropas muy elegantes, mandadas a buscar de Inglaterra y de los Estados Unidos, y se adornaban con joyas costosas. El aire estaba cargado de perfume, rociado por los sirvientes.

Por la noche, antes de ir a la cama, yo me podía encontrar con mi padre por algunos minutos en la sala general, para charlar e intercambiar impresiones.

Según mi padre, el Sheikh tenía sesenta y cinco años, pero su piel suave y sin arrugas le permitía disimularlos. Era una mezcla de lo antiguo y lo nuevo; gustaba sobre todo de la vida social y de la compañía de otros hombres, agasajándolos en su casa en forma espléndida y generosa. Le gustaba fumar y tomar té negro y escuchar música árabe, que podía oírse por la instalación que había en cada una de las habitaciones, para que todos pudieran compartir su placer. Me enteré de que eso era típicamente árabe. Todas las comodidades de la casa debían compartirse con todos, ya sea que lo quisieran o no. Para mí, la música árabe no tenía ningún atractivo.

Los momentos dedicados a la comida constituían ocasiones interesantes, ya que preparaban un cordero entero que servían a toda la familia, que estaba distribuida entre, el comedor de los hombres y el comedor de las mujeres. Los comensales se quitaban los zapatos antes de caminar sobre las coloridas alfombras persas. Comían reclinados sobre los mullidos almohadones colocados alrededor de un círculo. En

el medio ponían una inmensa bandeja de arroz sazonado y un cordero humeante. Alrededor había platos con berenjenas, arroz, ensalada, delgadas rebanadas de pan y flanes o *halva*<sup>11</sup> Todo el mundo comía sólo con su mano derecha, recogiendo puñados de arroz que se echaban a la boca, para luego desmigajar pedacitos de pan.

Comí en mi habitación. No hubiera podido hacer equilibrio apoyada sobre aquellos almohadones y comer ante tantas miradas curiosas. El, Sheikh era tan amable que me permitió hacer lo que me agradara. Mi habitación estaba llena de comodidades, tales como una regia alfombra, algunas plantas verdes, una hermosa ventana redonda oscurecida, un espejo grande y un baño glorieta, con un moderno inodoro con abundante agua.

Los árabes toman muy en serio la hospitalidad. Se remonta a los tiempos tribales y a la lucha por la supervivencia en el duro desierto, donde la vida de una persona podía depender de que fuera o no albergada por el beduino. Se acostumbra decir que, en los días antiguos, un Jeque del desierto recibía a un huésped y lo agasajaba durante tres días antes de preguntarle siquiera su nombre o su oficio. Este Jeque mantuvo la tradición poniendo a nuestra disposición todas las comodidades de su casa, incluso un auto y un conductor mientras estuvimos con él. Eso significó que pudimos ver algo de la hermosa ciudad de Jeddah.

Mi padre se sentó delante con el conductor, Qazi, que estaba vestido de blanco, mientras yo miraba curiosamente la ciudad a través de las cortinas de la ventana de atrás. Estaba repleta de peregrinos, que salían de los barcos en el puerto, o que venían con cada vuelo que llegaba al nuevo aeropuerto.

---

<sup>10</sup> Túnicas que utilizan los árabes.

---

<sup>11</sup> Confites turcos.

Qazi, el conductor, me señaló muchos contrastes entre lo antiguo y lo moderno, el edificio de oficinas de diez pisos construido a lo largo de la calle King 'Abd al-'Aziz, donde los burros cargados se abrían paso entre los grandes autos norteamericanos. Vimos el *suq*, mercado callejero, donde se podía comprar cualquier cosa, desde almendras de café hasta alfombras y también agua santa traída desde la Meca, y donde había negocios que vendían mercadería occidental. Vimos la antigua ciudad, con las casas de los comerciantes construidas de piedra altas, magníficas, que estaban desmoronándose, adornadas con balcones con celosías, desde donde las mujeres del harén acostumbraban atisbar hacia la vida callejera, sin ser vistas por los de abajo. Haciendo un gran contraste, se veían las nuevas viviendas de bajo costo, construidas en las afueras de la ciudad.

□ Cuando no extraíamos el petróleo, había pobreza y otros problemas. □ dijo-Qazi□, pero ahora que tenemos petróleo abunda la buena comida y los niños pueden recibir instrucción.

Nos detuvimos en un lugar para ver cómo extraían el petróleo del suelo con una bomba. No me agradó el olor que producía.

Cuando dejamos al Sheikh para viajar a la Meca, lo hicimos cómoda y lujosamente, ya que él insistió en que fuéramos en su auto y con su conductor. Mi padre le agradeció con unas sentidas palabras:

□ Nos has mostrado una generosidad muy cordial y amistosa, para hacer que nuestro viaje sea más fácil.

El Sheikh hubiera hecho eso por cualquier visitante, pero yo sabía que de manera especial lo hacía por nosotros, porque era un viejo amigo de la familia que estaba relacionado con los negocios de mi padre y tenía interés en la compra de la

buena raza de ovejas y cabras que habían hecho famosa nuestra región.

Partimos por la mañana muy temprano, luego de las oraciones, camino a la Meca, porque queríamos tener tiempo para ver todo lo que pudiéramos mientras nos dirigíamos allá. La nueva autopista de cuatro carriles para tránsito de automóviles era muy buena y las empresas de taxis, camiones y ómnibus transitaban en todo el recorrido, transportando un interminable flujo de peregrinos en el viaje de setenta y dos kilómetros hacia lo Meca. Muchas personas iban a pie, avanzando estoicamente, preparadas para resistir lo que se convertiría en un horno cuando el sol alcanzara su punto más alto. No iban a pie por ser pobres, sino porque estaban recordando el viaje de Abraham, cuando buscó un santuario para Agar e Ismael.

No lo podía admitir, pero casi me sentía contenta de ser inválida, ya que así no tenía que caminar bajo el sol hirviente sobre una caldera de calor. Yo sabía que el Espíritu del Hajj, no era ése, sino por el contrario, el de sacrificio y sumisión total. Por eso no dije nada.

Qazi, el conductor, nos señaló las corrientes de agua al costado del camino y las luces eléctricas extendidas en los postes que alumbraban a los viajeros.

□ Esto lo mandó hacer el rey. El viene con sus ministros y príncipes e inaugura cada año la peregrinación, y ha hecho muchas mejoras a los servicios públicos que hay en los lugares santos.

A veinticuatro kilómetros de la ciudad, los carteles nos advertían: "Zona restringida. Sólo pueden entrar los musulmanes." Algunos de los soldados en los puestos de entrada tenían armas de fuego y revisaban la documentación

de las personas. El conductor habló con los soldados y nos permitieron entrar con el auto.

Avanzábamos muy despacio, subiendo las colinas por un camino abierto entre las rocas, al lado de una multitud de adoradores vestidos de ropas blancas, que estaban siguiendo los pasos de Abraham después que Sara expulsó a su sierva y a su hijo.

Nuestros oídos se llenaban con los gritos de las oraciones cantadas, versículos del Santo Corán, y La declaración:

"No hay otro Dios sino Alá. Mahoma es el Profeta de Alá."

Luego dimos una vuelta alrededor de una colina, y de pronto apareció para nuestra contemplación, allá abajo, en la ya calcinante mañana de sol, La santa ciudad, blanca y resplandeciente. El conductor detuvo el auto y el grito tradicional de los peregrinos surgió de nuestros labios de una forma casi involuntaria:

"*¡Labbayka Allahumma Labbayka*" "Aquí estoy, a tu servicio. ¡Oh Alá! Aquí estoy a tu servicio; aquí estoy a tu servicio; no hay quien se iguale a ti. Aquí estoy a tu servicio; para ti la gloria, las riquezas y la soberanía del mundo. No hay quien se iguale a ti."

□ Ciudad de Mahoma □ dijo mi padre □ Piensa sólo eso, que el Profeta predicó en estas calles.

Se apoderó de mí un extraño sentimiento de calma.

Se disiparon todas las preocupaciones acerca del futuro

Me sentí unida con todos los demás peregrinos, buscando un poder invisible, eterno y misterioso, como las siete colinas que rodean la ciudad

## 3

### El agua de vida

El Campamento Hajj, o lugar de descanso para los peregrinos, estaba a cierta distancia de la Mezquita de Haram. Abdula, un guía que contrató nuestro amigo el Sheikh, nos dio la bienvenida al entrar. El y mi padre se dieron la mano Y se abrazaron.

□ *Alhan wa salan* (bienvenido) - dijo Abdula.

□ Lo mismo a ti.

Esa fue la respuesta de mi padre al aceptar a ese árabe en forma espontánea, en su doble condición de hermano y de semejante, en una actitud característica de los integrantes del Hajj.

□ Tengan la bondad de entrar. Bienvenidos en el nombre de Alá □ dijo Abdula □ Recibí la carta de su excelencia el Sheikh. Reservé las habitaciones para ustedes.

En seguida conversamos sobre los corderos para el sacrificio. Mi padre pensó en encargarnos dos por persona, incluyendo a las criadas, lo cual hacía un total de ocho corderos ..

Sentí que me recorrió cuerpo un suave temblor de satisfacción. El punto culminante de la peregrinación era la Fiesta del Sacrificio (*Eid al Adha*), que se realizaba en honor del patriarca Abraham por su disposición a sacrificar a su hijo Ismael. Con la sangre de tantos corderos mi padre quería asegurarse de que nuestras oraciones tuvieran una eficacia especial.

Nuestras habitaciones estaban en fila todas en el mismo piso. Teníamos dos habitaciones con sus respectivos baños, amuebladas en forma sencilla y simple, con *charpai*<sup>12</sup> para dormir. Pensé con cierta nostalgia en el colchón relleno de algodón que tenía sobre el *palung* de mi hogar. Ese enrejado de cuerdas, con un acolchado de pelo encima, no era lo más apropiado para descansar, en especial debido a que por la parálisis de mi lado izquierdo, me resultaba difícil darme vuelta. Comprendí que el estar participando en la peregrinación incluía ese tipo de incomodidades. Día tras día, cientos de miles de personas se concentraban en el área de la Meca, apretujándose en los hoteles y casas para huéspedes, o acampando al aire libre. La comodidad no era mucha y por su parte la gente no hacía ninguna ostentación de riqueza. Según nos explicó mi padre, el expresar quejas significaría empañar las cosas buenas, lo mismo que si uno era arrogante u orgulloso, o si perdía la paciencia debido al calor y a otras condiciones que producían cierta tensión nerviosa.

Un ventilador eléctrico en el techo de nuestra habitación removía el aire denso y caliente que nos rodeaba, en su infructuoso propósito de brindarnos frescura. En la ventana

había cortinas verdosas, corridas para no dejar entrar el sol, que nos daban la ligera sensación de encontrarnos en un estanque para peces. Había también delgadas persianas de metal, a través de las cuales yo podía ver los lejanos contornos de las torres de la Gran Mezquita, que parecían dedos que señalaban hacia arriba.

Mientras descansaba sobre mi *charpai*, escuchaba el interminable arrastrar de las sandalias de cuero sin talón que usaban los peregrinos. Sus voces llegaban hasta nosotros en una confusión de lenguas extrañas. En la maraña de sonidos se entretejía el hipnótico canto de los versos del Corán y el *Allahu Abkar*. "Dios es grandioso", La emoción me provocó escozor. Era bueno estar allí, tanto como para quedarse toda la vida, Mis criadas también sintieron eso:

□ Qué dichosas somos de ser tus criadas y de poder estar en el *Hajj* □ dijo Salima mientras ella y Sema me ayudaban a tomar el segundo baño del día para refrescarme.

Para ellas era especialmente feliz estar allí, ya que muchas personas devotas de todas partes del mundo, en ese mismo momento anhelaban estar, pero no podían disponer del tiempo o del dinero. El Hajj podía durar un mes si uno se proponía visitar todos los lugares sagrados,

Mi padre se encontró con algunos amigos, comerciantes de Lahore, Rawalpindi, Peshawar y Karachi; pero en esta ocasión no hablaba del precio del algodón o del trigo. Oh, no, allí los asuntos mundanales se desvanecían uno a uno, así como también toda distinción de edad, nacionalidad, éxitos, trabajo o nivel social. En el inmenso comedor del Campamento Hajj los sirvientes se sentaban a comer junto con sus amos, y todas sus diferencias quedaban ocultas bajo el *Ihram*, el vestido de los peregrinos. Los hombres usaban una simple sábana de algodón, sin costuras, enrollada

---

<sup>12</sup> Término equivalente a cama.

alrededor de la mitad inferior del cuerpo y otra alrededor de los hombros. Todas las mujeres usaban vestidos largos, blancos y sencillos, con cubiertas para la cabeza y medias blancas, pero iban sin velo. Cuando seguían las pisadas del Profeta, las personas tenían el mismo valor a la vista de Dios, Mi padre me dijo, con una expresión de profunda seriedad:

□ Una vez que te pones el *Ihram*, abandonas tu vida vieja, y entras en tu vida nueva. En cierto sentido, este es tu sudario. Si mueres con este vestido, vas directo al cielo, sin escala. Cuando mi padre iba a orar a la mezquita, se encontró en la calle con un viejo amigo de la escuela:

□ Attaullah está aquí. Es un verdadero musulmán; da limosnas a los pobres de Paquistán. Y es muy religioso. Esta es su tercera visita.

El tercer pilar del Islam es dar una proporción de los ingresos para socorrer a los pobres. Eso se conoce como el *zakat*, o la acción de dar limosna. El cuarto pilar es la disciplina del ayuno desde el amanecer hasta el atardecer durante el noveno mes del calendario lunar, el mes de Ramadán. Después de eso se da la contribución a los pobres o el *zakat*.

*Tú también eres muy religioso, padre \_ pensé\_ porque das limosnas y esta es también tu tercera visita, y ¿quién sino tú me ha enseñado a orar?*

Le miré la frente. Allí tenía claramente marcado un hueco, llamado el *mihrab*, que se parecía al arco sagrado del nicho que señalaba a la Meca en cada mezquita. Esa marca se producía por presionar repetidamente la frente contra el suelo en los rituales de oración. Con sólo fijarse en eso se sabía si alguien era un hombre de oración; la oración es el segundo pilar del Islam.

No salí nada en el resto de nuestro primer día, sino que me quedé orando, leyendo el Santo Corán y preparándome para la visita que haríamos el día siguiente a la Caaba. Iba a ser muy agotador moverme en el calor, mientras nos apretujaba el gentío. Salima y Sema llevaron comida a mi habitación y se quedaron conmigo.

□ Hay tanta gente y a pesar de eso se disfruta de tanta paz □ dijo Salima, durante la noche.

Las calles estaban atestadas de peregrinos y no obstante había un clima de tranquilidad. No se notaba una prisa frenética. Estar en ese lugar era como estar en el Paraíso, en el cumplimiento de todos los deseos.

Al ponerse el sol, cuando el *muezzin* hizo su llamado desde las torres de la mezquita, todos en la Meca se detuvieron donde estaban y volvieron su mirada hacia la Caaba, el poderoso símbolo de unidad de millones de musulmanes en los cuatro rincones del mundo. Se pararon erguidos, con las manos abiertas a cada lado del rostro:

□ Dios es grandioso □ oraban.

Bajaron los brazos y colocaron la mano derecha sobre el brazo izquierdo. Las mujeres lo hicieron por encima de la cintura y los hombres por debajo.

□ ¡Toda la gloria sea a ti, oh Altá! Y a ti sea la alabanza; bendito sea tu Nombre y tu Majestad sea exaltada; y aparte de ti no hay nadie digno de ser adorado.

Luego seguían otras oraciones, el *Fatiha*, algunos versos del Corán, después el *Allahu Akbar*. Aquí los adoradores se inclinaron desde sus caderas con las manos sobre las rodillas:

□ ¡Qué glorioso es mi Señor, el grande!

Se pararon bien derechos, con las manos en los costados:

□Alá ha oído a aquel que le alabó; Señor nuestro, a ti sea la alabanza.

Luego recitando *Allahu Akbar* se postraron diciendo:

□Toda la gloria sea a mi Señor, el Altísimo.

Lo repitieron tres veces. Luego se levantaron y se arrodillaron en posición sentada:

□¡Oh Alá! Perdóname y ten misericordia de mí!

Se postraron nuevamente. Ese era un Rakat completo, que iba a ser seguido de algunas repeticiones de movimientos y oraciones.

En mi condición de persona enferma, cumplí el ritual sagrado, con la ayuda de mis criadas, sentada sobre mi esterilla, con el arco o *mihrab*, para orar, dirigido hacia la Caaba.

¿Me despertaría de ese sueño místico en mi propia habitación en casa, o era realmente yo la que decía mis oraciones aquí en el centro del mundo? Una expectación estremecedora recorrió mi cuerpo; Sentí una gran emoción.

"Oh Dios, estar aquí es suficiente, aun si no pudiera caminar nunca. Ver con mis ojos la casa de Dios, construida por Abraham, es un don por el cual uno podría, vivir el resto de sus días."

"Es cierto que viviste catorce años como una persona paralítica □me dije□; pero aquí, donde la fe es tan fuerte, donde se centran tantas oraciones, Dios oírás las oraciones de tu familia y Mahoma le pedirá que te sane."

Cuando pensé en Dios no se me ocurrió ninguna figura en la mente, porque ¿cómo podría alguien forjar una imagen del Ser Eterno? El, aunque se le llama por más de noventa y nueve nombres distintos en el Santo Corán, todavía no podía ser conocido. Según me hablan enseñado, no había nada

humano con lo cual se le pudiera comparar. Pero mis labios pronunciaron las palabras de la siempre apreciada Fatiha:

*"A ti es a quien servimos.*

*¡A ti sólo imploramos socorro!*

*Guíanos por el camino recto,*

*El camino de aquellos*

*a los que has favorecido ... "*

Para el musulmán. La vida es un camino, y todo individuo está en algún lugar de ese camino entre el nacimiento y la muerte, la creación y el juicio. Yo también había entrado en esa peregrinación y, aunque no podía ver de antemano su final, sabía que duraría hasta el fin de mis días.

La mañana siguiente nos levantamos antes del amanecer. Después de las oraciones y de un temprano desayuno, comenzamos la caminata hacia la Caaba. Mi padre había hecho los arreglos para que me llevaran en una silla de ruedas, mientras que mis criadas caminaban a los costados y él iba más adelante a grandes pasos. Llevaban a muchos enfermos y ancianos de esa manera. Yo iba sentada, algo incorporada, disfrutando de esa escena, de tanta animación, en la que miles de hombres y mujeres de todas las edades y nacionalidades avanzaban al mismo tiempo hacia la casa de Dios. Nunca antes en mi vida había visto en un solo lugar tanta gente, tan decidida sobre un único objetivo. Ni siquiera en Lahore, o Rawalpindi: cuando mi padre me llevó en su auto, ni tampoco en Londres. Aquella marea humana avanzaba como una ola, con un propósito, un fin, orando mientras caminaban, o recitando los rítmicos y melódicos versos del Corán.

La antigua mezquita de Haram estaba rodeada de macizas paredes exteriores atravesadas por varias puertas. Antes de entrar tuvimos que sometemos a una inspección física hecha

por hombres y mujeres que estaban en los lugares de entrada. Mi padre me habla advertido sobre eso:

□ Se rumorea que algunos pagamos mas de una vez han tratado de penetrar en nuestros lugares santos para hacer algún daño o para profanarlos.

□ ¿Cuál fue su suerte, padre? - le pregunté llena de temor.'

□ Oh, espero que los hayan matado □ dijo.

Temblé al pensar en el castigo, pero sentí que lo merecían por el agravio que habían hecho.

Entramos en un gran estadio, dominado por los minaretes en forma de torre. En el centro estaba la mezquita, que comenzó en el siglo ocho y que había sido ensanchada varias veces para recibir a miles de adoradores. Nuestro grupo cruzó las alfombras, con los zapatos en las manos, los cuales entregamos a cambio de una tarjeta numerada. Luego pasamos por una puerta hacia los atrios interiores. Nos encontramos en un vasto espacio abierto, en medio del cual estaba el enorme edificio de granito en forma de cubo, conocido como la Caaba, la Casa de Dios, tapizado con un brocado negro con los nombres de Dios bordados en oro.

Todo el espacio abierto se veía blanco con miles y miles de personas, todas con el rostro mirando hacia la Caaba. La gente estaba caminando o corriendo alrededor de la Caaba en dirección contraria a las agujas del reloj.

Desde el centro, como rayos, salían senderos de mármol. Caminamos por uno de ellos, y llegamos a un área circular donde fui transferida a un *palki* de madera o comilla, transportada por cuatro hombres fornidos, antes de ser recogidos en un conglomerado de figuras giratorias. Fuimos alrededor de la Caaba, tres veces corriendo y cuatro caminando, mientras que yo hacía la reverencia sobre mi *palki*, y parecía como un poco de espuma en la cresta de una

ola Cada vez que pasábamos cerca de la Piedra Negra de la esquina nordeste, de la que se dice que Mahoma la puso con sus propias manos, levantábamos los brazos y gritábamos Allahu Akbar. "¡Dios es grandioso!" Era un viaje agitado y yo miré ansiosamente a mi padre, pero él parecía no darse cuenta del calor, de la presión, de la multitud ni de la incomodidad. Todo lo que deseaba era estar allí.

En nuestra última vuelta dimos con la Piedra Negra.

Recuerdo que me habían dicho que esa piedra le fue tirada por Dios a Adán. Ese era un símbolo poderoso de nuestra fe, Ya que había sido tocada por Dios, por Adán y por Mahoma. Los camilleros nos empujaron hacia adelante y bajaron mi *palki*. Me ayudaron a inclinarme para besar la Piedra Negra. Estaba engastada en plata y rociada con perfume. Cerré los ojos y me sentí en contacto con el Profeta. La piedra, siendo tal, no sintió nada. Era cálida a mis labios y había a mi alrededor una sensación de paz. Dije:...:"Por favor sáname y sana a estos otros.

Pero no sucedió nada. Salima y Sema tiraron de mi hacia adelante y pasamos. Mantuve la cabeza hacia abajo, para evitar la mirada preocupada de mi padre. Luego nos dirigimos al lugar de oración de Abraham e hicimos oración por nuestro deseo más querido. Yo oré: "Por favor, sáname."

El próximo ritual era correr entre Safa y Marwa, dos pequeñas colinas encerradas en la Gran Mezquita, alrededor de ochocientos metros una de otra. Se dice que Agar e Ismael fueron enterrados bajo esos montículos.

*Este es un gran pasatiempo*, pensé pero no lo dije. No era correcto reírse de algo que todos los demás estaban tomando tan en serio. Regresé a una silla de ruedas para avanzar a lo largo de las sendas de mármol entre Safa y Marwa, siete

veces, trazando los movimientos de Agar cuando buscaba agua para su hijo Ismael después que los habían echado. La tradición dice que Dios abrió cerca de allí un pozo de agua, Abb-a-Zamzam (el agua de vida). La gente estaba comprando el agua y la tomaba en copas de metal. Mi padre vio que nosotros bebimos y compró un odre de agua para entregárnoslo en el Campamento Hajj. Algo de ese agua era para llevar de regreso a Paquistán; el resto para que yo me bañara.

Esos rituales nos habían ocupado la mayor parte del día, sin haber podido comer ni descansar, y ahora regresábamos al Campamento Hajj para aguardar la próxima actividad. Consistía en una caminata a Arafat, un lugar a unos once kilómetros de la Meca, donde los musulmanes dicen que Dios probó a Abraham cuando le pidió que ofreciera a su hijo primogénito, Ismael, en sacrificio. Cuando Dios vio la obediencia de Abraham detuvo el sacrificio y en lugar del niño proveyó un camero sustituto, atrapado en un matorral. Creo que visitamos Mina en el camino hasta allí y al regreso, para arrojar piedras a las tres columnas que representan a los demonios que trataron de tentar a Abraham para que desistiera de ofrecer a su hijo. Todos se reían frente a las feas columnas, mientras arrojaban piedras o zapatos. Arrojar zapatos era una ofensa muy grande.

Luego fuimos al lugar del sacrificio, fuera de la ciudad, y permanecimos en la fila hasta que llegamos al matarife al que se habían encargado nuestros corderos. El sostuvo el cuchillo con una mano y con la otra tenía el cordero, y yo puse la mano sobre el cuchillo, y él hizo la matanza. La sangre corrió desde el pescuezo del cordero hacia dentro del tanque, y el cordero se sacudió bruscamente y tembló como si tratara de escapar. No tuve lástima del cordero, pues su

muerte implicaba cumplir el mandato del sacrificio. Luego vino otro matarife y se llevó el cordero y lo despellejó. No pudimos quedarnos para ver la matanza de todos nuestros corderos, porque las filas eran muy largas; pero todo estaba muy bien arreglado. Nuestros corderos iban a ser controlados y se ofrecían más tarde. Observamos a otras personas que ocupaban nuestro lugar y ofrecían sus corderos, chivos o camellos. Mi padre dijo que el sacrificio de un camello podía ser compartido hasta por seis personas. Me alegré de que no nos quedamos lo suficiente como para ver morir a un camello.

Yo sabía lo que iban a hacer con la carne. Mi padre me lo había dicho:

□ Algo de esto va para los pobres, ellos comen bien, en el Hajj. Algo comeremos nosotros en el Campamento de Hajji. Gran parte será quemado. No podrá conservarse debido al calor que hace.

Los peregrinos se quedaban tres días en Mina y el segundo día volvían a usar las ropas comunes, haciendo que las calles polvorientas y calientes florecieran con los colores brillantes de las vestimentas típicas de cada país. Los hombres se rasuraban la cabeza o se cortaban el cabello muy corto y las mujeres se cortaban por lo menos dos centímetros y medio. Cada uno le deseaba al otro "Feliz Hajj". Esos eran días para agasajar a los amigos de antes y a los nuevos. Era también un tiempo apropiado para conversar sobre puntos de vista diferentes y aun para reconciliarse con los demás.

□ Si mantuviéramos el espíritu del Hajj por el resto de nuestra vida, el mundo sería un lugar feliz □ dijo mi padre. Sin embargo, no nos quedamos en Mina, por causa de mi incapacidad y en cambio regresamos al Campamento Hajji. A poco de haber regresado, me senté en un taburete en el

baño, sostenida por Sema; yo recitaba oraciones, mientras Salima derramaba sobre mí el agua de Zamzam con un balde de plástico.

En realidad, esperaba ser sanada en ese momento y que desapareciera toda mi parálisis. Pero no sucedió nada. Mi cuerpo estaba tan pesado como el plomo. Mi corazón me pesaba más a medida que las criadas me levantaban, me secaban y me vestían.

Al rato fue a verme mi padre, que había estado esperando en la habitación contigua, con la expectativa de verme entrar caminando por la puerta, con mis dos piernas.

□Hoy no fue la voluntad de Alá. Pero no perderemos las esperanzas. Dios es grandioso □dijo él y luego salió en forma tranquila.

Luego de esos rituales, muchos que habían estado en el Ají regresaban a su hogar y eran considerados en sus países con especial respeto. Algunas personas hasta utilizarían el nombre Hajji antes de sus nombres, o pondrían señales en sus negocios para mostrar que eran honrados.

□Quisiera creerlo de algunos de ellos □dijo mi padre, con la sola insinuación de una sonrisa.

Muchos, al igual que nosotros, iban a Medina, la segunda ciudad importante para los musulmanes, a cuatrocientos kilómetros, donde Mahoma vivió durante diez años después que fue desalojado de la Meca y donde estableció el Islam en el año 622, comenzando así con la era musulmana. Vivió allí la última parte de su vida, y nosotros queríamos ver su mausoleo. Muchas de las historias que me hicieron estremecer cuando era niña tenían a esa ciudad como su centro.

La Mezquita de Madni es magnífica. Caminamos sobre hermosas alfombras gruesas y rendimos nuestro homenaje en

la tumba de Mahoma. Estaba cubierta, alfombrada y rodeada de cristal. La gente caminaba alrededor de ella y besaba la tumba a través del cristal con besos dados al aire. También arrojaban dinero y coronas de flores. Los encargados las recogían y decoraban la tumba.

La gente se sentaba alrededor del atrio y cantaba canciones religiosas. Como mi padre era un Pir, preguntó si permitirían que yo me acercara a la tumba de Mahoma. Los encargados me abrieron la puerta y yo me senté junto a la entrada en una silla de ruedas y permanecí por dos o tres minutos orando. Fue una experiencia maravillosa. En esa zona visitamos otras tumbas y luego concluimos con una visita al jardín de dátiles de Fátima. Mahoma lo construyó para su hija. Compramos una canasta de quince kilogramos de dátiles (muy caros) para compartir en casa con la familia.

En Medina nos despedimos de Qazi. Mi padre le dio una *baksheesh*<sup>13</sup> en un sobre. Había sido agradable y servicial, y estábamos algo tristes de verlo dirigir el auto hacia la casa del Sheikh, llevando nuestras *zalemas*<sup>14</sup>.

□Volamos desde Medina hacia Bethel -Mukkoudus (Jerusalén), que estaba llena de peregrinos de tres religiones: musulmana, judía y cristiana. Nuestra peregrinación, que cada año cambia de fecha por diez días, de acuerdo con la luna, ese año coincidió con la Pascua judía y la resurrección cristiana. En Jerusalén, la mezquita se llama *Ai-Masjid al-Agsa*, la mezquita más lejana, hacia la cual oraba el Profeta Mahoma, antes que la Meca llegara a ser su centro.

La Cúpula de la Roca, junto a ella, está relacionada con Abraham. La compró David y allí Salomón construyó el templo, que fue destruido por Tito. Es el lugar donde

---

<sup>13</sup> Propina en los países árabes.

<sup>14</sup> Saludos

también caminó y habló el Profeta Jesús. Hoy los judíos lloran frente a los restos del muro, por la gloria perdida. Solo nos quedamos una noche en un hotel que está cerca de la Cúpula de la Roca, y yo no la visité porque me sentía muy turbada por no haber obtenido mi sanidad.

Al día siguiente nos fuimos- a Karbala, en Iraq, para ver dónde están enterrados el nieto de Mahoma, Hussein, y su familia y sirvientes, que son un total de setenta y dos personas. Esa fue la escena de una batalla terrible, cuando Hussein y sus valientes fueron contra Khalifa Yazid de Siria y resultaron martirizados. Desde entonces; nosotros, los musulmanes shiitas, hemos recordado el aniversario de su muerte, con procesiones que guardan luto por las calles, y los hombres y muchachos van a lo, largo, dándose latigazos a si mismos. En el mes de Moharrum, la gente usa ropa negra y nadie, en una ciudad como Jhang, pensaría en celebrar una boda familiar. En Karbala oramos pidiendo sanidad, pero no hubo respuesta. Así pasamos ese mes de Peregrinación Y ya era hora de volver a casa. Mientras esperábamos el avión para Ir a Karachi, mi padre me miró:

□Dios te está probando Y me está probando. No desesperemos. Puede ser que llegues a ser sanada en alguna otra etapa de tu vida.

Mi querido y buen padre, tan paciente y fiel, estaba tratando de animarme, y obtuvo el efecto deseado.

Revivió mi fe marchita.

□Está bien □dije□. No perderé las esperanzas. Permaneceré fiel al Profeta y a Alá.

Y me reí para demostrar que en realidad no me importaba tener que volver como había ido.

El se detuvo y me besó.

□Esperaba esto de ti □ me dijo.

Las criadas también murmuraron:

□Bibi, espera sólo en Alá.

Entonces volamos de regreso a Lahore, vía- Karachi sintiendo que recibíamos alguna bendición especial compensatoria por causa de la Peregrinación; pero conscientes de que teníamos que esperar el tiempo de Alá para que se revelara. En el aeropuerto de Lahore nos esperaban nuestra familia y nuestros sirvientes. Llevaron guirnaldas de flores de caléndula anaranjadas y amarillas de penetrante perfume; para colgarnos en el cuello. Todos nos tocaron y gritaron *Allahu Akbar*, porque era una bendición tocar a un Hajji. Me miraron, notaron que aún estaba parálitica, pero no hicieron comentarios.

Mi padre les dijo a mis hermanos y hermanas:

□Dios no es un Dios injusto. Debemos tener la paciencia de esperar el tiempo suyo.

□Eso es lo correcto. Nuestra hermana debe tener la paciencia de esperar.

Pasamos la noche en Lahore en una casa campestre (propiedad de un miembro de la familia y al día siguiente viajamos de regreso con una caravana de autos, para que el resto de la familia nos saludara con una alegre bienvenida.

# 4

## La boda

Regresar del Hajj fue casi tan emocionante como haber ido.

□Permíteme tocarte □dijo Samina.

Ella quería oír, una y otra vez, todo lo que habíamos visto y hecho. Así sucedía cada vez que los peregrinos regresaban de la Meca. Multitudes de personas en Lahore corrían a la estación gritando: “Ya Mohammed” y “Yarasool Arbi”, y procuraban tocar a los Hajji, a medida que bajaban del tren de Karachi. De esa forma pensaban conseguir de balde algunas de las bendiciones que otros habían adquirido a un costo tan elevado.

La algarabía duraba un mes y durante ese tiempo los familiares viajaban desde lugares lejanos y cercanos. También iban personas de la ciudad que, siguiendo la tradición, llevaban pequeños regalos a los que regresaban a su hogar. Los parientes y amigos especiales recibieron nuestros frascos de agua santa del manantial de Zamzam. Un frasco se lo obsequiamos al *maulvi*, que iba varias horas por semana a ver a mi padre para discutir el Santo Corán y el *Hadith*. 1

□Dios te bendiga □me decían a mí, poniendo en la expresión un nuevo significado, por el hecho de que yo, había estado en el Hajj.

Lo que todos deseábamos, por supuesto, era mi sanidad; pero ese deseo no se nos había concedido. Si hubo una corriente de comentarios adversos debido a eso, no llegaron a mis oídos. La familia simplemente suspiraba, me besaba y me decía:

□Algún día Dios te sanara, Bibi-ji. Debemos sometemos a su voluntad.

Cuando pensaba en el aparente fracaso de nuestro propósito, sentía verdadera tristeza. En cambio, estaba consciente de que en otros aspectos había experimentado un crecimiento. Había podido ver mucho más de lo que habían visto tantas personas de nuestra ciudad que, por mucho que ahorraran dinero durante toda su vida, nunca llegarían a tener lo suficiente para hacer la peregrinación. Además, permanecía en mí ese sentimiento intenso que había experimentado en la Caaba. Para muchos el peregrinaje a la Meca era solamente la evidencia exterior del sentimiento que se recogía allí, algo así como “el viaje del corazón” de Sufi. La meta de aquellos viajeros era que debían someterse al máximo a la voluntad divina: la palabra Islam significa “entrega”. No lo hubiera expresado con esa nitidez cuando tenía catorce años y, sin embargo, recuerdo con qué fuerza crecía en mí la seguridad de que me debía apartar de todo lo que pudiera contaminarme, a fin de consagrarme más y más a la oración. Cuando sonaba el *azzan*, me inclinaba a orar sobre mi alfombra con un propósito mas claro que antes, con mi cuerpo inclinado dirigido a la Caaba, mientras Salima me sostenía. No lo hacía sólo como un hábito que me habían enseñado, sino porque para mí era una necesidad. Como no

conocía otra forma de ofrecer las oraciones de mi corazón para pedir por un toque de sanidad, en diferentes momentos del día pasaba por entre mis dedos el collar de cuentas que había traído de Medina, repitiendo, al correr cada cuenta, la palabra *Bismillah* (el nombre de Dios). Pero careciendo de medios para conocer la voluntad de Dios en ese asunto, y no produciéndose ninguna mejoría, continué repitiendo mis oraciones en forma mecánica y me parecía justo que lo siguiera haciendo por el resto de mi vida.

Luego de toda la agitación que hubo en el mes siguiente a nuestro regreso, el mes de julio se presentó más tranquilo. Creo que mi padre estaba deprimido por causa mía. De pronto dijo:

□ Vamos a celebrar una boda.

□ ¡Oh padre!

¡Con qué gusto hubiera bailado! Me encantaban las bodas. Uno de mis recuerdos más tempranos, tal vez el más lejano de todos, era el del casamiento de mi hermana mayor con un primo, cuando yo tenía cuatro años. Anis Bibi tenía entonces catorce años.

Recordé el vestido rojo que ella me había hecho, de la misma tela y color que el suyo. El de ella estaba copiosamente bordado en oro y tenía la cabeza adornada con joyas finas, con una corona, y un anillo en la nariz que tenía una perla engarzada. En la mano derecha llevaba cinco anillos unidos por una *punjangla* con pulseras alrededor de su muñeca y, por encima de todo, una *dupatta* hecha con el más finísimo hilo de seda. Me senté en su rodilla casi todo el tiempo y ella me sostuvo con firmeza dándome protección y abrazándome como yo abrazaba a veces a mi muñeca. Cuando llegó el *maulvi* para pronunciarle las palabras alusivas al matrimonio, sentí que ella temblaba. Y le acaricié

la mejilla, por debajo del velo, y noté que estaba humedecida por las lágrimas.

Todos los invitados varones estaban con el novio, en la puerta de al lado, y todas las mujeres con nosotras. El novio como era nuestra costumbre, nunca había visto el rostro de su novia, a excepción de cuando eran pequeños y no tenían conciencia, por eso no importaba. El la amaba. Todos amaban a Anis Bibi, quien se parecía mucho a nuestra madre ya muerta.

Fue una boda importante. Vinieron algunas personas de alta jerarquía. Había muchos regalos. Dimos por ella una dote elevada, lo que debe haber empobrecido a mi padre. El veintiuno de todo fue para Anís Bibi para su nuevo hogar, además de dinero, oro, regalos de los parientes del novio... una fortuna. Todos decían que ese fue el mejor casamiento que se había celebrado en el pueblo.

Cuando Anís fue a despedirse de mí, me agarré de ella y sollocé. Para mí era la única madre que había conocido.

□ Voy a venir a verte con frecuencia □ me dijo.

En realidad, vendría al día siguiente, como era nuestra costumbre, para estar unos días en su casa paterna antes de dejarla para ocupar la residencia con sus parientes políticos. Habría villas de un lado a otro por algún tiempo, hasta que juzgaran que la joven pareja ya era bastante madura como para establecerse por sí misma.

La boda de mi hermano Safdar Shah se realizó en el hogar de la novia, y fue la antítesis de la de Anis. Nuestras mujeres no asistieron. Esperamos a que trajeran a Zenib, la novia, al día siguiente, con su espléndida dote. Se quedó dos días y luego fue por una semana a la casa de sus padres. La pareja había sido arreglada desde que eran niños; pero, según la costumbre, nunca se habían visto. Además, había otras

diferencias. La novia era mayor, tenía dieciocho años. Se quedó con nosotros mientras Safdar Shah terminaba sus estudios comerciales en una universidad norteamericana, antes de ir a trabajar en una fábrica de embalaje en Lahore. Luego fueron a vivir a Samanabad y tuvieron una linda casa campestre propia.

Me gustaba tenerla con nosotros. Pasaba tiempo conmigo en mi habitación, o se sentaba junto a mí en la silla hamaca, en el sector del Jardín reservado para las mujeres. Cuando el clima era agradable, me conducían a ese lugar en la silla de ruedas, todos los días, para sentarme entre las rosas y las dulces alverjas, entre los naranjales y los árboles de mango y ser arrullada por las salpicaduras de pequeñas fuentes.

Cuando nosotras estábamos allí, los jardineros se mantenían bien alejados, porque una raya invisible nos separaba de ellos.

Después de eso, en una rápida sucesión de acontecimientos, mi hermana Samina se casó. Y fue a vivir a la ciudad satélite, Rawalpindi, con la familia de su esposo. Luego llegó el turno para Alim Shah. Se acababa de graduar de abogado y fue a vivir a Samanabad, con su nueva esposa, y llegó a ser miembro del directorio de una empresa.

Por supuesto, mi casamiento era imposible. En vista de eso, liberamos a mi primo del compromiso y él se casó luego con una prima muy simpática que pertenecía a otra rama de la familia.

De modo que mi padre y yo quedamos solos en casa, y comenzó un precioso período de mi vida, en que disfrutaba de su compañía en una forma mucho más cercana que antes. Todos sus hijos estaban casados y él tenía su mente tranquila por eso. Cuando llegara el momento de rendir sus cuentas ante Dios no recibiría el cargo de haber fracasado en su

tarea. Existía entre todos nosotros una muy profunda unidad integrada por el afecto familiar y por la fe religiosa. Nuestra inspiración y ejemplo provenían de de mi padre.

Había otros dos miembros de la familia que no he mencionado. El tío y la tía. Ellos llegaron luego de la partición del territorio en 1950. Un año antes que yo naciera. Mucha gente de ambos lados quedó sin hogar. Mi padre, como era su deber, publicó en todos los diarios una invitación a que se presentará cualquier familia Sayed en esa condición.

Esa pareja vino de Karachi y llegó a ser parte de la familia. El “tío” se convirtió en un “hermano”. Y mi padre lo ayudó a establecerse con un pequeño negocio de ventas al por mayor. La “tía” ayudó a hacer funcionar la casa luego de la muerte de mi madre y se hizo cargo de mí.

Ellos me agradaban, pues eran buenos y amables, y sus dos hijos, un varón de doce años y una niña de ocho, me hicieron olvidar el vacío que había quedado en la casa.

La tía era una mujer de buen corazón, muy agradecida por tener un techo bajo el cual vivir; pero obsesionada con los sufrimientos que su familia había soportado por el nacimiento de la nación de Paquistán.

□ Fue terrible, terrible. Vi asesinar delante de mí a mí propio hermano... Oh, tú no sabes cómo sufrimos. Incendieron nuestra casa...

Al llegar a este punto se detenía, agobiada por el dolor. Poco a poco aquella experiencia triste pasó a un segundo plano, ante el futuro brillante que vio abrirse para sus hijos, que estaban ocupados en sus estudios.

□ Ella va a ser médica □ decía la tía con orgullo □.

Abas irá al ejército.

Esas eran profesiones respetables. Las nuevas tendencias que prevalecían en la educación creaban algunos problemas, sobre todo para las niñas. ¿Qué podrían hacer? Había pocas carretas disponibles para las mujeres. Algunas de ellas, en especial las que vivían en las grandes ciudades, recibían la influencia de ideas contrarias a la tradición, que presentaba como ideal el que las mujeres se casaran lo antes posible y se quedaran en sus propios hogares.

□ ¿No piensas lo mismo? □ dijo la tía.

Hice el esfuerzo necesario para salir de mi ensueño. □ Tal vez lo sea □ dije.

□ Oh sí, no hay dudas □ dijo la tía □.

Mi hija debiera terminar sus estudios y recibirse de médica. Piensa qué útil será cuando se case y sus hijos estén enfermos.

No me molestaba que ella charlara de esa forma durante algo así como una hora, sin parar. En realidad yo sólo tenía que hacer alguno que otro comentario para que siguiera. Para ella era un pasatiempo inofensivo y a mí me permitía pensar en alguna otra cosa.

El tío y la tía me evitaban algunos episodios irritantes en el trato con los sirvientes porque, como era normal en toda casa grande, teníamos una cantidad de sirvientes que debían ser supervisados y por cuyo bienestar éramos responsables.

Salima había estado conmigo desde que yo tenía siete años. Ella era una humilde aldeana de catorce años cuando se hizo cargo de mi cuidado. Cuando crecí, le asignaron una ayudante, Sema, que procedía de la misma familia.

Teníamos también otros sirvientes cuya tarea era organizada para nosotros por el *Munshi*, u oficinista, desde su oficina, cerca de la puerta de entrada a la casa campestre. Cada mañana recibía órdenes de mi padre. Supervisaba las

compras, que los menús fueran adecuados para cada ocasión, que se encargaran las provisiones, que se llevaran las cartas al correo, que las visitas fueran recibidas en forma correcta y que se atendiera el pago de las cuentas. Cada semana tenía la obligación de dar razón detallada de su mayordomía.

Más abajo en la cadena de autoridad, aunque con cierto aire de personaje estaba el *chowkedare*, el portero. Cuando las visitas tocaban el timbre en la puerta, el *chowkedar* tenía que averiguar qué relación tenían con nosotros y, si las juzgaba honradas, las hacía pasar a ver al *Munshi*, quien las ponía luego en contacto con la persona de la casa que correspondía.

Había cuatro jardineros. Dita era el principal. Supervisaba la compra de plantas, la excavación de los huecos donde colocarlas y la colocación de macetas con plantas, tanto en el jardín soleado en el invierno como en la terraza sombreada en el verano. Había un segundo jardinero, que controlaba que se llevaran a cabo las órdenes de Dita, y un tercero cuidaba de la cañería de la fuente, para asegurar que tuviéramos agua para el jardín y para las pequeñas fuentes que fluían en el jardín. El hijo de Dita cortaba el césped y mantenía todo limpio.

Teníamos un cocinero y su ayudante. Nunca fui a las cocinas. Me lo impedía la línea invisible que nos separaba de los hombres. Rahmat Bibi era la lechera; cada mañana hacía la mantequilla fresca con la leche de nuestros búfalos. Lahraki llevaba la comida a la mesa y Sati ayudaba. Además hacían el trabajo de la casa.

De ese modo, la autoridad y la responsabilidad circulaban por muchos canales y se hacían coincidir sus intereses y los nuestros. Los sueldos no eran altos, porque la mayoría de los sirvientes vivían en las dependencias de la casa y tenían ropa

y comida. No trabajaban tan duro como la gente de afuera; al menos eso era lo que yo pensaba. Yo no acostumbraba gritarles a mis sirvientes y me alegraba ver que la tía, con todo lo que regañaba, tampoco les gritaba. Una vez escuché una discusión con el *dhobi*, o lavadero, que había perdido un hermoso vestido. Siempre me asombraba ver cómo aquellas ropas sucias eran transformadas en una semana en una blancura pura, alisadas con una plancha a carbón, y traídas de vuelta sin ninguna arruga, y todo hecho en una casa de barro que sólo contaba con una bomba para sacar agua o el canal de irrigación para lavar allí.

Dhobl nunca llegaría a ser rico, pero en muchos sentidos vivía bien. No le pagaban con dinero sino en especies, con trigo, o una bolsa de arroz. Lo que él no consumía lo cambiaba en las aldeas por las cosas que necesitaba.

□No es una vida mala. Espero poder vivir tan bien como él si llegara a perder todo esto □decía mí padre extendiendo sus manos alrededor para señalar su cómoda casa y su tierra. Mi padre tenía teorías bien definidas sobre el trabajo en una cultura como la nuestra.

□Por supuesto, tenemos muchos sirvientes para cuidar a algunas personas, pero no cuesta demasiado darles para comer y vestir. Ellos nos necesitan a nosotros tanto como nosotros a ellos. Yo desafío a cualquier país desarrollado a encontrar un sistema mejor para alimentar y dar trabajo a las clases pobres.

Yo tenía una maestra, Razia, que venía para guiarme a través de los laberintos del conocimiento religioso del Islam, del urdu, de la historia de la India y Paquistán, de las matemáticas, del persa y de la ciencia básica. En lugar de inglés, estudié urdu avanzado.

Razia era una mujer buena y considerada, alta y hermosa. Entraba en mi habitación como una brisa de aire y, gracias a ella, me interesé por el mundo que me rodea escuchando las noticias de la radio, y los programas religiosos y mirando el televisor, que mi padre compró después de nuestra visita a la Meca, para aliviar mi desilusión de mi regreso al hogar.

□Ya estás lista para los exámenes □dijo Razia un día□. Pronto no podré venir más a enseñarte.

Estaba tan entusiasmada con la perspectiva de los exámenes que no comprendí cabalmente cuanto extrañaría nuestras lecciones.

Pasados mis exámenes, me sentaba todo el día, sin nada que hacer. Razia tenía otra alumna y no podría verme con frecuencia.

Sin embargo, mi padre continuaba yendo todas las noches y se sentaba para leer el diario y darme las novedades del día tocante a los negocios y a las noticias de lo que sucedía en la ciudad. Algunas veces hacíamos breves viajes. En un tiempo pensaba que nuestra región era el centro de Punjab, que, por supuesto, era el centro de Paquistán. Además de la calidad de sus animales mamíferos y su creciente vida industrial, era un centro famoso por su interés romántico. Allí estaba la tumba de una joven pareja que fue separada por la vida pero unida en la muerte.

La primera vez que oí la historia me la contó Samina, con todos sus detalles complicados, y luego mi padre nos llevó para ver la tumba de mármol blanco que conmemora a los desafortunados amantes.

La historia tenía como protagonistas a Heer, cuyo nombre significa "hermosa" y Ranjha, el hijo del granjero que quería casarse con ella. Aunque ambos eran ricos, existía un problema de castas. Los padres de Heer la comprometieron

en matrimonio con un esposo elegido por ellos; pero ella todavía amaba a Ranjha, con quien se había llegado a comprometer. Eso llegó a oídos del rey, quien disolvió su matrimonio. Pero su *doli*, el coche de bodas, que la llevaba hacia Ranjha, pasó a ser su coche fúnebre. Cuando se fue de su casa, su tío le dio una bebida envenenada. Identificado con la tradición de Romeo y Julieta, Ranjha se suicidó.

Esas historias alimentaban nuestra pasión por el romance. No mucho tiempo después comparé eso con los sentimientos que mi padre tenía por mi madre. Aquella no era una pasión etérea y romántica, sino un amor sincero que lo hizo sacrificarse a sí mismo por ella en vida.

## 5

### El aguijón de la muerte.

No quiero ni pensar en lo que sucedió después, aunque el aguijón de la memoria trae consigo su cuota de consolación. Nuestro padre, que era un modelo de fortaleza se enfermó.

Transcurría el mes de diciembre de 1968. Llovía copiosamente Y hacía frío. Mi padre pasó demasiado tiempo afuera, en su propiedad en el campo y regresó a casa empapado y tiritando. Aquella noche se acostó con fiebre.

A la mañana siguiente se esforzó para ir a la oficina.

Tenía el rostro lúgubre y sudaba. Atendió sus negocios y regresó a casa. Durante la noche empeoró y tenía un extraño ronquido en el pecho.

Llegó el médico y le recetó los medicamentos. También vino el *mullah* para hacer sus oraciones. La fiebre descendió y Majeed lo llevó a' trabajar una vez más, pero al rato lo volvió a traer a casa desplomado Y respirando con dificultad.

Los familiares más cercanos nos reunimos a su alrededor y aunamos nuestras voluntades para ayudarlo a combatir la enfermedad, diagnosticada como neumonía. Mi padre necesitaba estar internado en el hospital, pero insistió en quedarse en casa Y procuraba atender su trabajo desde el dormitorio. Luchó durante dos o tres días Luego se produjo

el cambio que todos teníamos. Estaba perdiendo la batalla por la vida. y no teníamos ninguna posibilidad de salvado. Comenzó a darnos mensajes e instrucciones acerca de la disposición de sus bienes y le entregó los títulos de propiedad a Safdar Shah, a quien había designado apoderado.

En la situación extrema en que se encontraba, todavía seguía ocupándose de mí. Me miró y con voz débil y entrecortada dijo con gran esfuerzo:

□Te he dejado algunos bienes. Aun en el caso de que quisieras tener contigo cien sirvientes, no serías una carga para nadie. Cuida del tío y de la tía y dales todo lo que necesiten.

Cruzamos miradas de terror.

□No es cierto que está sucediendo eso con nuestro padre  
□nos dijimos unos a otros.

Pero él se escapaba de nuestro alcance, como el agua que penetra en la tierra, para no retomar, salvo cuando la levanta el sol.

Yo estaba a su lado, en mi silla de ruedas y me incliné sobre él, perpleja.

□Padre, no nos dejes. Te necesitamos. Si tú te vas, te seguiré.

Lloré, casi sin saber lo que decía.

El abrió los ojos y sin fuerzas tendió su mano sobre mi cabeza:

□Es una carga para ti, pero no debes suicidarte. Sería un pecado. Nunca olvides que perteneces a una familia Sayed, la familia de Mahoma. Irás al paraíso; por lo tanto, no te suicides. De lo contrario, tu destino será el infierno. No escuches los cuentos de viejas. Vive una vida recta y todos estaremos juntos con tu madre.

Al decir eso se movió un poco y agarró mi brazo febrilmente. Sus ojos brillaban con una luz extraña; su mirada estaba fija, como si estuviera viendo una visión. En forma entrecortada dijo:

□Un día Dios te va a sanar, Gulshan. Ora a El.

Luego se acomodó sobre las almohadas, respirando en forma pesada y lenta. Se cerraron sus ojos.

Me quedé llorando amargamente.

□¿Cómo podré tener fe, si no estás conmigo padre?

□dije sollozando.

Entonces Safdar Shah comenzó a clamar.

□No nos dejes. Todavía te necesitamos. Tú eres nuestra madre y nuestro padre.

Miré a mi hermano, el duro hombre de negocios. No me había dado cuenta de que tenía semejantes sentimientos tiernos para con ese hombre que nos había educado y cuidado en la niñez y la juventud.

Los ojos de mi padre se abrieron. Estaba haciendo un esfuerzo supremo de voluntad para quedarse con nosotros.

□Cuida de tu hermana□le dijo uno por uno a sus hijos.

Ellos hicieron una promesa solemne. Luego tomó un poco de agua, dijo algunos versos del Sura Ya Sin en lo que, nosotros nos unimos, cerró los ojos para siempre.

Permaneció así, respirando en forma dificultosa y pausada durante varias horas, mientras velábamos junto a él. Murió a las ocho de la mañana del 28 de diciembre de 1968 mientras su amigo el *maulvi* recitaba el Sura Ya Sin.

*Sino que sonará la trompeta, ¡y he aquí que saldrán de sus tumbas y se apresurarán a reunirse en torno a su Señor!*

*y entonces dirán: "¡Desgraciados de nosotros!*

*¿Quién nos ha despertado de lo profundo de nuestro sueño? La promesa del Muy-Misericordioso se realiza!  
¡Los Apóstoles decían la verdad!  
No habrá sino un solo grito (llegando del cielo).*

*¡Y he aquí que todos comparecieron ante mí!  
Y aquel día ningún alma será perjudicada  
ni alguien recibirá retribución sino por aquello que haya hecho.  
En realidad, los compañeros del Paraíso, en aquel día, no tendrán otra cosa que hacer sino  
¡disfrutar de la mayor felicidad!  
¡Ellos y sus esposas estarán a la sombra reclinados en tronos (magníficos)!  
¡Y allí habrá frutos para ellos ... I*

Leímos ese pasaje tradicional, a través de un velo de lágrimas, con la certeza de que le ayudaría a nuestro padre en el tránsito físico de la muerte. Luego Samina besó su rostro muerto y todos seguimos su ejemplo.

Durante las horas siguientes, se hicieron cargo de él los hombres de la familia y los vecinos, todos experimentados en los rituales de la muerte. Ellos y los sirvientes lavaron el cuerpo y vistieron a mi padre en un sudario blanco especial, que había traído del Hajj, Listo para su padre a en el viaje final. Consistía de una camisa larga y dos sábanas para enrollar alrededor de la cintura y a través ¿de los hombros. Le pusieron un turbante en a- cabeza a y lo cubrieron con una sábana blanca, y luego lo colocaron en un cajón, que tenía escritos por todo alrededor versos y oraciones del Santo Corán. El ataúd quedó abierto por seis horas para que las

mujeres de la familia le rindieran homenaje. Más tarde lo colocaron en el jardín mientras una apenada comitiva marchaba en derredor en una fija interminable. Todo el mundo se encorbaba para besar el ataúd y recitar una oración, o para tirar al aire un respetuoso beso.

Mi padre era un hombre importante y muy conocido, un maestro religioso, un *Pir*, con sus propios *murreds* (discípulo), así como un prominente hacendado y hombre de negocios. Aquella noche su funeral expresaba tanto el sentir de la comunidad como el de la familia. Asistieron unas mil personas, entre las que estaban miembros de la familia, de la comunidad comercial, representantes religiosos y un gran número de *murreds* fue un funeral notable.

Por nuestra condición de familia Sayed, teníamos nuestro sector especial: en el cementerio y allí fue puesto mi padre, en un pequeño mausoleo donde estaba sepultada su esposa. Solamente los hombres fueron al entierro. El *maulvi* dirigió las oraciones y todo el mundo se inclinó y oró. Luego bajaron el ataúd a la tierra y los deudos lo rociaron con polvo. Un *chador*, o ramo de flores, fue desgranado y esparcido sobre el ataúd.

En cuanto a mí, estaba aterrorizada por el dolor, inmóvil. Salima y Sema iban y venían, supervisadas por tía, para lavarme, cambiarme, traerme leche caliente y masajes en la cabeza para aliviar el dolor. Apenas estaba consciente de que habían montado una especie de guardia a la entrada ..

□No, ella no quiere ver a nadie. En este momento es mejor dejarla sola.

Aun a los miembros de la familia los alejaban de mi puerta. Creo que me quedé dormida, porque cuando volví a estar consciente, en mi reloj eran las tres de mañana y permanecí todavía por algunos momentos oyendo los pequeños ruidos

que me indicaban que los sirvientes de la casa se habían levantado y estaban preparándose para las faenas del día. Estábamos pasando el peor trance de nuestra vida y, sin embargo, la rutina debía continuar.

*No es correcto que yo tenga que estar viva, paralítica e inútil como soy, y que él esté muerto, pensé, Dios no puedo vivir así, quizá por treinta años más. Por favor, llévame con mi padre.*

¿Por qué Dios estaba tan lejos y tan silencioso? Tal vez mis antepasados habían cometido un pecado muy grave. Quizá Dios quería desarrollar una mayor medida de paciencia en mí... pero ¿acaso no había sido paciente, y aun así estaba enferma? Si El no me iba a ayudar, tendría que encontrar otra forma de librarme de este cuerpo desgastado. ¿Pero cómo? ¿Ahorcándome? Hacerlo con una sola mano sería imposible. ¿Envenenándome? ¿Dónde conseguiría el veneno? Si yo pudiera encontrar un cuchillo o unas tijeras... Pero estaban encerrados bajo llave. Aun cuando ese pensamiento me venía una y otra vez, había otro que en seguida ocupaba su lugar: Nunca estarás en el paraíso con tu padre y tu madre si te quitas la vida. En mi condición de Sayed tenía el derecho automático de entrar en el paraíso, aun si fallaba en cumplir con los cinco pilares del Islam; pero el suicidio bastaría para que ese derecho quedara cancelado ..

Entonces, tal vez nunca sería sanada. Sentí como si me hubieran estrujado el corazón y no pude controlar las lágrimas. Fue entonces, al sentir tan absoluto desamparo, que comencé a hablar con Dios, de veras a hablar con El, no como lo hace un musulmán. Usando oraciones preparadas, aproximándose a El a través de un gran abismo. Impulsada

por un enorme vacío interior, oré como si hablara con alguien que conocía mis circunstancias y mí necesidad.

~- Quiero; morir - dije -. No quiero vivir más. Esto es lo último.

No lo puedo explicar, pero supe que había sido escuchada. Fue como si se hubiera corrido un velo entre mí y alguna fuente de paz. Acomodándome el chal alrededor para combatir el frío, pude expresarme más libremente en la oración.. ¿Qué pecado terrible he cometido, que me has hecho vivir así? \_ dije entre sollozos -. Apenas nací te llevaste a mi madre, luego me hiciste paralítica y ahora te llevas a mi padre. Dime ¿por qué me has castigado tan duramente?

El silencio era tan profundo y quieto que podía escuchar los latidos de mi corazón.

"No te dejaré morir. Haré que vivas."

Era una voz suave, amorosa, como la brisa del viento que pasaba sobre mí Yo sé que había una voz, que me habló en mi idioma y que con ella recibí una nueva libertad para acercarme a Dios, el Ser supremo, quien hasta entonces no me había dado ninguna indicación de que conocía algo sobre mi existencia.

"¿De qué servirá que yo viva? - pregunté □ Soy Inválida. Cuando mi padre estaba vivo podía compartir .todo con él. Ahora cada minuto de mi vida es como cien años. Tú te llevaste a mi padre y me dejaste sin esperanza, sin nada por lo cual vivir."

La voz vino de nuevo, vibrante y suave.

*"¿Quién le dio ojos al ciego, y quién hizo sano al enfermo, y quién curó-a los leprosos y quién resucitó al muerto? Yo soy Jesús, el hijo de María. Lee acerca de mí en el Corán. En el Sura Maryam*

No sé cuanto duró ese intercambio. ¿Cinco minutos? ¿Media hora? De pronto sonó desde la mezquita el llamado para la oración matinal y abrí los ojos. Todo se veía normal en la habitación. ¿Por qué no había venido nadie con el agua para lavarme? Parecía que me habían garantizado un tiempo de paz y privacidad para este extraño encuentro.

A medida que transcurrió el día me fui convenciendo de que había estado soñando y entonces, junto con mis hermanas y otros miembros femeninos de la familia fui a visitar la tumba. Todo estaba tranquilo y en paz, y sobre el montón de tierra marrón habían depositado unas flores frescas. Miré la escena con horror. Mi padre, que estando vivo, jamás permitió que lo tocara una pizca de polvo, yacía ahora enterrado bajo aquel barro. Era demasiado horrible para contemplarlo.

Al regresar de esa melancólica visita, debíamos cubrir un período de luto de cuarenta días. En ese tiempo Safdar Shah y Alim Shah tuvieron que descuidar la atención de sus trabajos, mientras un flujo constante de personas que venían de lejos y de cerca, importantes y humildes, nos visitaron y rindieron su homenaje en memoria de nuestro padre.

La costumbre era que durante todo ese tiempo, los vecinos nos traían la comida. No debíamos encender fuego en casa para cocinar. Debíamos dedicar todo nuestro tiempo a recordar al muerto y hablar acerca de él con toda persona que nos visitara. Nuestras visitas se sentaban en el piso para mostrar respeto y hablaban de las cosas buenas que había hecho el difunto. Así honraban su memoria y consolaban a la familia. Era una costumbre muy cortés esa de permitir que la aflicción tuviera un cauce para expresarse y que se brindara el apoyo de la comunidad para ayudar a la familia desconsolada.

Después que regresamos del cementerio, en un estado de profunda depresión, sucedió algo extraño. Una de las sirvientas gritó de pronto señalando una silla:

□ Lo vi sentado aquí □ fueron sus palabras.

Nadie se sorprendió. La sensación de la presencia de la persona muerta no deja la casa de inmediato, y en el caso de mi padre todavía no podíamos creer que se había ido. Era como si acabara de salir para dar alguna instrucción al jardinero y que regresaría en un momento. Miré a la criada y me pregunté por qué había sido ella la que tuvo el privilegio de verlo.

Vino la tía a mi habitación y se sentó un rato conmigo, dándome masaje en la cabeza para aliviar el molesto dolor que tenía como resultado de tantas lágrimas.

□ Tu tío y yo te cuidaremos como un padre y una madre. Por favor, considéranos así y trata de mirar esta pérdida como la voluntad de Dios. El ha llevado a tu padre al paraíso.

Cuando se fue, sentí la necesidad de hacer algo pura quitar de mi mente los acontecimientos de la mañana. Pedí mi Corán en árabe y comencé a leer el Sura Maryam. Pero era difícil leer el árabe y entenderlo por completo, por más que sus versos rítmicos y sus movimientos ligeros habían hecho fácil aprenderlos de memoria. En ese momento se apoderó de mí una idea osada. ¿Por qué no pediría leer el Corán en mi propio idioma?

Escribí una nota para Salima y se la di cuando vino a cambiarme de ropa.

□ Por favor, déle al portador la mejor traducción disponible del Corán en urdu □ decía en mi nota.

□ Lleva esto a la librería y pide una versión del Corán en urdu, publicada por la compañía Taj □ le dije □. Pídele el dinero a mi tía.

Salima inclinó la cabeza con respeto y se fue. Dos horas más tarde volvió, con el libro envuelto en pape de periódico.

□Bien -le dije□.Ahora podrías ir y hacerle una funda?

Aquella noche, cuando la casa estaba quieta y silenciosa, desenvolví la funda de seda verde y saqué el Corán en urdu. Sostuve el libro en mi mano por un momento. Ansiaba mucho oír de nuevo aquella voz, con su afirmación de que mis oraciones eran oídas y que había un camino de sanidad y esperanza. La forma oírlo de nuevo, supe instintivamente, era obedecer su instrucción de leer. Y entonces, llena de curiosidad y tristeza y sin la menor idea de cuán importante era este acto. Dije *Bismillah*. Abrí el libro y comencé a leer.

*Entonces los ángeles dijeron: "¡Oh María! En realidad, Dios te anuncia la buena noticia de su Verbo. Su nombre es el Mesías Jesús, hijo de María, considerado en este mundo y en el otro, y hasta por aquellos que están inmediatos a Dios. El hablará a los hombres, tanto a los que están en la cuna como en la edad madura. Y será del número de los justos ... "*

El tercer día, después de la muerte de mi padre, Safdar Shah fue reconocido como cabeza de la familia. Dos tíos colocaron ceremoniosamente sobre su cabeza uno de los turbantes de mi padre y desde entonces él era en nuestra familia un Pir y un Shah. Se esperaba que supiera las respuestas a preguntas sobre religión. Sería un buen Pir. No como algunos que tenían ese título pero que eran indoctos y supersticiosos.

Durante los cuarenta días de luto, la casa se llenó de vecinos, visitas y murreeds con sus esposas. Haban venido a servimos y tenían buenas intenciones; hacían la limpieza de la casa y servían la comida a las otras visitas. También traían ropa

para la familia y teníamos la obligación de usarla, sin hacer cumplidos.

□Estas ropas son de muerte, no de vida. Siempre me lo recordarán □ dijo Anis Sibi, sacudiendo bruscamente su incómodo *shalwar kameeze*.

El período de luto concluyó con dos actividades. Se cerró la tumba con cemento y se colocó una lápida. Todos estaban invitados a la clausura tradicional de la ceremonia del luto, el *chalisvanh*.

Se erigió una gran tienda de campaña y la provisión de alimentos fue confiada a un negocio local. Ellos pusieron hornos para cocinar y llenaron con arroz ciento cincuenta ollas enormes. Se sirvió un guiso de pollo, pilau<sup>15</sup> y el arroz dulce, y todos se sobre el piso y se sirvieron con sus dedos de los platos de acero.

Yo no fui porque odiaba que todos me miraran y me tuvieran lástima a causa de mi deformación, pero oí todo lo que dijeron.

Safdar Shah tenía que regresar a Lahore; pero antes de hacerlo fue a verme y se sentó, con su mirada tranquila, en la silla que mi padre había ocupado tantas veces. Sostenía en su mano el documento referido a los bienes que mi padre me había dejado. Yo sabía lo que Safdar me iba a decir y tenía lista mi respuesta.

□Mi querida hermana □comenzó □ te pediría que vengas a vivir con nosotros, si no fuera por el hecho de que la tía y el tío están aquí para cuidarte. Como tú sabes, nuestro padre te dejó la porción más grande de la propiedad. Por supuesto que no me opongo a eso en ningún sentido, ya que él te cuidó tanto y pensó especialmente en tu comodidad y

---

<sup>15</sup> Plato oriental hecho de arroz o trigo con carne o pescado y especias.

bienestar. Pero ahora que eres una mujer con propiedades, puedes vivir donde tú desees, incluso en Lahore.

□ Gracias, hermano □ intencionalmente -, pero yo no desearía dejar ésta casa, donde fui educada. No quiero ir a Lahore.

Mi hermano me miró en forma penetrante

□ ¿Es del todo correcto que permanezcas aquí para sumirme en la tristeza?

□ También estando en Lahore podría sumirme en la tristeza. Aquí estoy acostumbrada a todo □ le dije.

No agregué la otra razón, la de que sólo aquí, en calma y privacidad, podría continuar investigando en el Santo Corán, para encontrar a Jesús, el profeta y sanador.

□ Muy bien, si eso es lo que sientes, entonces que así sea □ dijo Safdar Shah ..

Pareció que se sentía aliviado.

□ En ese caso, creo que debemos poner en práctica los deseos de nuestro padre con relación al manejo de tus finanzas.

Estaba arreglado que Safdar Shah pondría el dinero en el banco de Lahore Para que yo lo retirara. Yo, como encargada de la casa, firmaría todos los meses los cheques para los gastos, contra el Banco Comercial Musulmán. Le daría dinero al tía para el funcionamiento de la casa. Mi hermano Safdar Shah vendría de visita dos veces por mes para examinar las cuentas.

□ Sé que todo estará en buen orden □ dijo Safdar Shah-

Cuando vivía, mi padre depositó mucha confianza en tu discreción.

De ese modo, eso quedó arreglado a satisfacción suya y se fue. Los demás también se retiraron, uno a uno, dejándome con mi triste existencia, sin ninguna compañía cercana, ni

amigo, para compartir mi soledad, aunque en realidad no estaba sola.

Cuando él se fue, mi tía entró en la habitación:

□ Eres muy afortunada en que se haya depositado tanta confianza en ti □ dijo □. Cuando yo tenía tu edad, se hubiera considerado indecoroso que una mujer supiera tanto de negocios .. Pero tu padre (que su memoria sea bendita) te trató como a uno de sus hijos.

Se fue de nuevo y cuando el silencio me envolvió, abrí mi Corán en urdu y leí nuevamente el pasaje del Sura "Los Imrans", que ahora era el foco de mi atención:

*"Con el permiso de Aló daré visto a los ciegos, sanaré al leproso, y resucitaré los muertos a la vida .••"*

Había bastante más que yo no entendía. Muchos eruditos inteligentes habían tratado de dar sus interpretaciones sobre el profeta Jesús quien, dice este Sura, fue un ser creado, hecho del polvo, como Adán y sin embargo uno que podía, por el poder de Alá, hacer todos esos milagros. Que él era importante, yo no lo podía dudar, pero ¿quién era ese profeta que conocía mi necesidad y que podía hablar conmigo desde el cielo como si estuviera vivo?

Yo había perdido mi compañera más querida, y delante de mí se extendía una vida vacía. Sin embargo, había brotado en mi corazón una semilla de búsqueda y de esperanza. Un día, algún día, lo sentí como algo seguro, descubriría el secreto de Jesús, el profeta misterioso, escondido tras un velo en las páginas del Santo Corán

## 6

# El automóvil

Después de la muerte de mi padre, el Mercedes azul quedó silencioso en su garaje, cubierto con sábanas negras, en memoria del hombre que, como un sol brillante, había llenado nuestra vida de felicidad, pero que había desaparecido ahora de nuestro cielo, dejándonos helados y estremecidos.

Era el auto de un hombre acaudalado. La partida de mi padre en su auto, cada mañana, para ir a su trabajo, era parte de nuestro ritual diario. El automóvil era en sí bastante espléndido, pero mi padre le añadía su propia excelencia cuando se sentaba aliado de Majeed, su conductor, cuyo turbante-y espalda erguida le decían al mundo cuán orgulloso estaba de conducir a semejante amo.

Los niños también nos sentíamos orgullosos cuando mi padre nos llevaba en el auto a cualquier parte. Los varones viajaban en el auto a la escuela de la mezquita y yo acompañaba a mi padre cuando procuraba encontrar un tratamiento médico para mi caso. A veces hacía viajes para visitar lugares interesantes y entonces me sacaban de mi tranquila habitación camino a Lahore para ver a los familiares.

Ahora su auto estaba inmóvil. Nadie quería conducirlo, ni siquiera mi hermano, Safdar Shah. Cada tanto, Majeed

sacaba las fundas y lustraba la superficie azul oscura y sus brillantes accesorios de cromo, hasta que todo brillaba como un espejo. Frotaba la madera caoba del tablero de instrumentos y enceraba los asientos de cuero hasta que despedían un agradable aroma. Limpiaba de la misma forma el motor, engrasando cada pieza móvil, elevando el auto para que no descansara sobre sus ruedas. Mientras trabajaba, Majeed hablaba en voz muy baja, como si el auto lo entendiera. Las criadas me informaban todo eso en medio de risitas entrecortadas:

□ Ese Majeed..., usted tendría que oírlo. Tiene la cabeza floja. Le está diciendo al auto: "Tú no estas muerto."

□ Cállate □ le decía yo □ No debes reírte de esas cosas.

Me sentía incómoda pensando que tal vez mi padre podría escuchar y, entonces, saliendo de la penumbra que rodeaba la casa campestre cuando las sombras caían suavemente, como si nada hubiera sucedido, podría pedir que el auto estuviera listo para salir. Como si procurara recalcar eso, un día una de las criadas vino corriendo a contarme la historia de que había visto al dueño caminando por la casa .

□ ¿T e-dijo algo? □ le-pregunté.

Ella se estremeció.

□ No, Bibi-Ji □. No me miró, sólo pasó por aquella puerta. Cuando miré no había nadie. ¡La habitación estaba vacía!

No le reproché el haber tenido una imaginación tan exuberante. Sólo me pregunté por qué no había sido yo la que hubiera visto su muy amado rostro.

El auto era un símbolo de mi propio estado de inutilidad. ¿Debe quedar el auto en su garaje para siempre, como un eco de los días que se fueron para no volver? ¿Tendría yo que permanecer aquí indefensa, .viviendo de los recuerdos por el resto de mi vida?

Mis hermanos y hermanas podían vivir su propia vida, y aunque ellos cumplían con fidelidad las instrucciones de mi padre con respecto a mí, no quería serles una carga y una molestia. Mi melancolía se trasladó a mis hermanas. Un día Samina me comentó acerca de eso:

□ Hermanita, ¿qué perturba tu mente y te hace aparecer tan triste?

Cuando se lo dije, respondió:

□ Nunca serás una carga para nosotros. Te amamos mucho.

Así que cuando se acercaba algún nubarrón de desesperación, trataba de evadirlo de la mejor manera que podía, hablándome a mí misma de esta manera: *Mira, Gulshan, tienes mucha suerte de tener una familia Como la tuya. Podrías haber nacido pobre como una de tus criadas. Podrías haber tenido un padre que no te amara y hermanos y hermanas que no se preocuparan por ti. Tienes una buena preparación. Tienes un techo que te cubre y tu padre ha previsto que no te llegue a faltar nada. Saca el mejor partido posible de tu situación. Piensa en aquellos días en la Meca, cuando estuviste tan cerca de Dios y de su profeta. Recuerda las palabras de tu padre deque Dios te sanaría, si eso no te basta, recuerda la voz que escuchaste en esta habitación, hablándote de Jesús el Sanador.*

Cuando ponía todas esas cosas en la balanza, era más que suficiente para sacarme de mi desesperación. Cada día recordaba mis bendiciones, evaluándolas una por una hasta que mi espíritu se reanimaba. Sin embargo, por debajo de la superficie subsistía el temor: tal vez nunca sería sanada.

Volví a la oración con más intensidad que antes. Mis días transcurrían de una forma regular, marcada por los cinco tiempos en que se llamaba a la oración. Me despertaba a las tres de la mañana y me preparaba para el *Fajr qe namaz*, la

oración del amanecer. Luego leía el Corán en árabe hasta el desayuno, que tomaba en mi habitación. Después del desayuno, Salima o Sema me cambiaban la ropa y luego llenaba el tiempo leyendo un libro religioso, o el periódico, escuchando la radio o escribiendo una carta a mi-hermano o hermana y almorzando. Eso era seguido por un período de descanso y después llegaba el momento de la oración temprana de la tarde, el *Zohar qe namaz*.

No se exigía que las mujeres visitaran la mezquita. En lugar de eso, podíamos repetir suavemente las oraciones en casa. Sería tan difícil olvidarme de comer como dejar de decir mis oraciones, aunque se trataba de oraciones repetidas al estilo de un loro. A pesar de eso, eran un nexo con mi padre, una señal de que estaba conservando la fe. El me había enseñado que si era fiel, lo encontraría en el Paraíso, después de la muerte, cuando tuviera un cuerpo nuevo. Todas las mujeres en el Paraíso eran jóvenes y hermosas, según se nos enseñaba en el Santo Corán.

Abrigaba en lo más íntimo otros temores, más inquietantes, que apenas tenía el valor de confrontar, ni siquiera de mencionarlos a alguien. Tal vez Dios estaría enojado conmigo y por esa razón se-habría lleva do a mi padre.

Me estaba atemorizando del Dios al que adorábamos. Para mí estaba escondido detrás de un velo de oscuridad y desconocimiento.

Nada de eso resultaba evidente en la apariencia exterior de mi vida. En muchos sentidos mi hogar parecía en ese entonces un paraíso. Situada en una tierra verde y fértil, regada por cinco ríos, el Jhelum, el Ravi, el Indus y el Chenab, con su nuevo embalse, y el Saltlaj, nuestra ciudad era considerada por la gente de Lahore como un lugar tranquilo. Para mí era una sombra que me defendía de un

mundo lleno de miradas penetrantes y de preguntas perturbadoras sobre mi incapacidad. Era también un refugio que me separaba de un mundo lleno de desastres, crímenes, asesinatos, y en el que no tendría que casarme o ganarme la vida. Escuchando los programas de noticias que llegaban en urdu desde la BBC de Londres, de los periódicos y de la televisión, me enteraba del agitado mundo externo y añoraba que mi padre estuviera allí para hablar con él de todo lo que veía y escuchaba. Había muchas cosas que yo no entendía y ya no tenía a mi lado aquel que podía ayudarme a formar mis opiniones.

Como es lógico, en casa había muchos temas de conversación. Le hablaba a mi tío sobre el funcionamiento de la casa y sobre sus negocios. Con mi tía conversaba de sus hijas, de los sirvientes, del tiempo, de las flores del jardín y de las bodas y funerales en el círculo de la familia y los amigos. Con mis hermanas los temas giraban en torno a sus hijos y a los chismes íntimos de la vida familiar y, con mis hermanos, hablábamos también de los temas familiares y, en ocasiones, sobre el mundo entero.

□ Hay demasiados problemas en el resto del mundo.

Aquí en Paquistán tenemos paz. Esta es "la tierra santa".

Ese era el punto de vista que tenían ellos.

En un nivel de comunicación adecuado, como es lógico, también había un flujo constante de conversación con los sirvientes, por ejemplo con Munshi, que venía a mi puerta entreabierto una vez por semana para hablar en voz alta de todas las cuentas que llevaba con tanto cuidado. Lo hacía por la insistencia de mi tío. El dinero era un elemento escurridizo y en nuestra casa se escapaba por muchos resquicios. A Munshi no le gustaba tener que rendir cuentas.

Yo hablaba sobre todo con mis dos criadas, que habían estado conmigo tanto tiempo y me amaban con tanto cariño como yo las amaba a ellas. Pero aun así ignoraban el cambio profundo que había ocurrido en mí, en aquellos tres años que siguieron a la muerte de mi padre, en los cuales había comenzado a poner a prueba las ideas que hasta entonces había aceptado sin poner en dudas.

Por la noche, después que los niños se acostaban y la tía y el tío se instalaban en su habitación Y la casa quedaba silenciosa luego del último llamado a la oración, llegaba el momento que yo reservaba para la lectura del Santo Corán en urdu. Buscaba todos los pasajes que tenían que ver con el profeta Jesús; pero me sentía confundida. Si fue un sanador tan poderoso ¿por qué en el Corán se decía tan poco de él?

□ Tía □ le dije un día □, ¿sabes algo de Jesús?

La tía recogió el extremo de su bufanda que se arrastraba, y le dio una vuelta sobre su hombro. Con firmeza, como si estuviera recitando las palabras de una lección aprendida, dijo:

□ Es el único profeta en el Santo Corán que le da ojos al ciego y resucita a los muertos y que viene otra vez. Pero no sé en qué Sura está escrito eso.

Cuando intenté mostrarle lo que decía el Corán en urdu, me encontré con su resistencia:

□ Tú eres Instruida. Puedes leerlo. Pero nosotros todavía nos aferramos a nuestras propias ideas, como nos enseña Mahoma □ dijo ella.

A través de eso vi que en realidad no quería discutir.

Pero ella debe de haber transmitido esa conversación al resto de la familia porque Safdar Shah me preguntó más tarde sobre eso en forma discreta.

Venía dos veces por mes y se quedaba un día o algo más para inspeccionar los asuntos de la familia y para ver cómo estaba yo. Mi hermana Anís venía todos los meses y Samina venía tan seguido como podía desde Rawalpindi y se quedaba algunos días. Nunca hubo una hermana tan bien cuidada por los demás y, a la vez, tan solitaria como yo.

Safdar Shah tomó el Corán en urdu:

□ Me alegra ver que todavía sigues fiel a tu religión, Gulshan. ¿Dejaste de leer el Corán en árabe, como te enseñó nuestro padre?

□ No, hermano, acostumbro leer los dos. Por la mañana lo leo en árabe y por la noche en urdu. Quiero entender algo más acerca de su significado.

El se alegraba de eso.

□ Bueno, está muy bien que leas los dos, pero no dejes de hacerlo en árabe.

Así se iba con la impresión de que yo estaba profundizando cada vez más en el Islam.

*“Con la autoridad de Alá doy vista al hombre ciego, sano al leproso, y resucito al muerto.”*

Durante años yo había leído el Santo Corán con devoción y había orado regularmente; pero poco a poco fui perdiendo toda esperanza de que mi situación cambiara. Ahora, sin embargo, comenzaba a creer que lo que estaba escrito acerca de Jesús era verdad, que él hizo milagros, que estaba vivo y que podía sanarme.

"Oh Jesús, hijo de Maña, en el Santo Corán dice que tú resucitaste a los muertos y curaste a los leprosos y que hiciste milagros. Entonces sáname a mí también."

Mientras decía esa oración, mis esperanzas se fortalecían. Era extraño, porque durante años de oración musulmana

nunca había sentido la certeza de que podría ser sanada. Tomé el rosario que había traído de la Meca y recé un *Bismillah* después de cada oración y luego añadí a cada una:

"Oh Jesús, hijo de María, sáname."

Poco a poco, mi oración fue tomando una nueva forma, hasta que en cada pausa para la oración, entre cuenta y cuenta del rosario, oraba diciendo:

"Oh Jesús, hijo de Maña, sáname."

Cuanto más rezaba, tanto más era atraída a esa figura oscura y secundaria del Santo Corán, que tenía un poder que Mahoma mismo nunca pretendió tener. ¿Dónde estaba escrito que Mahoma sanó al enfermo y resucitó al muerto

Si sólo pudiera hablar con alguien, suspiré; pero no había nadie. Por lo tanto, continué orando a ese profeta Jesús, con la esperanza de recibir más luz.

Me levanté a las tres de la madrugada como de costumbre y sentada en mi cama leía los versículos que ahora sabía de memoria. Aun cuando admitía las palabras, mi corazón repetía su letanía: "Oh Jesús, hijo de Marra, sáname." Luego, de pronto, me detuve y expresé en voz alta el pensamiento que se había estado forjando en mi cerebro:

"He hecho esto por tanto tiempo y todavía estoy parálitica.

Pude oír los silenciosos movimientos de alguien que se levantaba para preparar el agua para el lavado, antes de la oración matinal. En poco tiempo la tía vendría a verme. Aun cuando estaba prestando atención a eso, mis pensamientos se estaban concentrando en mi problema, en una forma urgente. ¿Por qué no había sido sanada, a pesar de haber orado durante tres años?.

“Mira que estás vivo en el cielo y el Santo Corán dice que sanaste, a las personas. Tú puedes sanarme y sin embargo sigo estando paralítica.”

¿Por qué no había respuesta, excepto ese silencio sepulcral en la habitación, como una burla a mis oraciones?

Pronuncié de nuevo su nombre y abogué por mi causa, con desesperación. Con todo, no había respuesta. Luego clamé con una angustia febril: "Si puedes hacerlo, sáname; de lo contrario, dímelo." No podía dar un paso más en este camino.

Lo que sucedió luego es algo que me resulta difícil describir en palabras. Lo que sé es que toda la habitación se llenó de Luz. Primero pensé que era la lámpara que tenía al lado de la cama. Pero vi que, en comparación su luz parecía oscura. ¿Sería tal vez el amanecer? Era demasiado temprano para eso. La luz iba creciendo, aumentando en brillo hasta que sobrepasó la luz del día.

Me cubrí con mi chal. Sentía mucho miedo.

Luego se me ocurrió que podía ser el jardinero, que había encendido la luz de afuera para alumbrar sobre los árboles. A veces hada eso para ahuyentar a los ladrones, cuando los mangos estaban maduros, o para ver el sistema de riego en el frío de la noche.

Me corrí el chal para ver las puertas y las ventanas estaban firmemente cerradas, con las cortinas y las persianas corridas. Luego reconocí unas figuras con ropas largas, de pie en medio de la luz, algunos metros más allá de mi cama. Había doce figuras en fila y la figura central, la número trece, era más grande y brillante que las otras.

¡Oh Dios! □ clamé y el sudor brotó de mi frente.

Incliné la cabeza y oré.

□ Oh Dios, ¿quiénes son esas personas y cómo han entrado aquí estando las ventanas y las puertas cerradas?

□ Levántate □ me dijo de pronto una voz □. Este es el camino que has estado buscando. Yo soy Jesús, el hijo de María, a quien has estado orando y ahora estoy de pie delante de ti. Levántate y ven a mí.

Comencé a llorar.

□ Oh Jesús, estoy paralítica. No puedo levantarme.

□ Levántate y ven □ me dijo -. Yo soy Jesucristo.

Debido a que dudé, lo dijo por segunda vez. Luego, mientras continuaba aún con mis dudas, me lo dijo por tercera vez:

□ ¡Levántate!

Y yo, Gulshan Fátima, que había estado paralítica en mi cama por diecinueve años, sentí una nueva fuerza que fluía de mis piernas inútiles. Puse el pie en el piso y me levanté. Luego caminé algunos pasos y caí a los pies de la visión: Me estaba bañando en una luz tan pura que irradiaba un fulgor tan brillante como el del sol y de la luna juntos. La luz alumbró mi corazón y mi mente, y en ese momento se me aclararon muchas cosas.

Jesús puso su mano sobre mi cabeza y vi que tenía un agujero a través del cual descendía un rayo de luz que se proyectaba sobre mi vestidura, de modo que el vestido verde parecía blanco.

□ Yo soy Jesucristo □ dijo El □. Soy Emmanuel. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Estoy vivo, y vengo pronto. Mira, desde hoy eres mi testigo. Lo que ahora viste con tus ojos debes llevarlo a mi pueblo. Mi pueblo es tu pueblo y debes permanecer fiel en llevárselo a mi pueblo. Ahora debes mantener inmaculada esta túnica y tu cuerpo. Dondequiera que vayas estaré contigo y a partir de hoy

orarás así: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén."

Me hizo repetir la oración y ésta penetró profundamente en mi corazón y en mi mente. En su hermosa sencillez, y a la vez en su gran profundidad, era muy diferente de las oraciones que había aprendido a recitar desde mi niñez. Llamó a Dios "Padre"; ese era un nombre que cautivó mi corazón Y que venía a llenar el vacío que había en él.

Quería permanecer allí a los pies de Jesús, utilizando para orar ese nuevo nombre de Dios: "Padre nuestro," Pero la visión de Jesucristo tenía mucho más contenido para mí:

□Lee en el Corán, yo estoy vivo y vengo otra vez.

Eso era algo que ya me habían enseñado, de modo que me infundió fe en lo que estaba oyendo.

Jesús dijo todavía mucho más. Sentía un gozo que llenaba todo mi ser. Es algo que resultó indescriptible.

Me miré el brazo y la pierna. Estaban cubiertos carne. Mi mano no estaba perfecta, sin embargo tenía fuerza y ya no colgaba seca e inútil.

□¿Por qué no la sanaste del todo? - pregunté.

La respuesta fue expresada en tonos cariñosos: □Quiero que seas mi testigo.

Las imágenes subían alejándose de mi vista y esfumándose. Quería que Jesucristo se quedara un poco más y clamé con tristeza. Luego la luz se desvaneció y me encontré sola, de pie en medio de la habitación, llevando un vestido blanco y con mis ojos embargados por la luz deslumbrante Ahora

hasta la débil lámpara que estaba al lado de mi cama me molestaba a los ojos y mis párpados caían pesadamente. Busqué a tientas un mueble que estaba contra la pared. Allí encontré un par de anteojos para el sol, que usaba en el jardín. Me los puse y me sentí cómoda, y pude abrir mis ojos y ver otra vez.

Cerré la gaveta con cuidado, luego me volví y miré mi habitación. Estaba igual que cuando me levanté. El reloj que estaba sobre la mesa de noche repetía su tic tac, marcando que eran casi las cuatro de la madrugada. La puerta estaba cerrada con firmeza y las ventanas, con sus cortinas corridas; también estaban cerradas para proteger del frío. Sin duda, no se trataba de una escena imaginada por mí, pues tenía las pruebas en mi cuerpo, Di algunos pasos y luego algunos más. Caminé de pared a pared, a uno y otro lado, de una parte a la otra. Era evidente que mis piernas estaban sanadas de aquel lado que había sufrido la parálisis.

¡Oh, qué alegría sentí!

"Padre nuestro □clamé□, que estás en los cielos." Era una nueva y maravillosa oración.

De pronto tocaron a la puerta. Era mi tía.

□Gulshan□dijo en tono apremiante□, ¿quién está caminando en tu habitación?

□Soy yo tía..

Hubo un ligero jadeo y luego la voz de mi tía.

□Oh, eso es imposible. No hay tratamiento eficaz para tu enfermedad. ¿Cómo puedes caminar? Estás diciendo mentiras.

□Bueno, entra y mira .

La puerta se abrió con lentitud y la tía entró en la habitación llena de temor. Se detuvo apoyada contra la pared, con terror

e incredulidad con los ojos abiertos de par en par y contemplando fijamente mi rostro radiante.

□Te vas a caer□ dijo.

□No me voy a caer□ -me reí, sintiendo el poder y la fuerza de una nueva vida que corría por mis venas.

Mi tía se acercó paso a paso, con las manos extendidas, como una persona ciega que tantea su camino. Levantó la manga de mi túnica y miró mi brazo, regordete y saludable, tal como se veía ahora. Luego me pidió que me sentara en la cama y observó mi pierna enferma, que estaba tan sana como la otra.

□Parece extraño verte de pie. Me tendré que acostumbrar a esto□ dijo ella.

Me pidió que le contara cómo había ocurrido. Entonces le relaté a la tía, desde el principio, primero acerca-de-la predicción de padre, luego; sobre la voz en mi habitación, la noche después que él murió. Después le conté de los tres años que estuve leyendo acerca de Jesús en el Corán, finalizando con su aparición delante de mí y mi sanidad.

Cuando llegué a la parte en que Jesucristo me dijo que yo iba a ser su testigo, la tía me interrumpió.

□No hay cristianos en Paquistán para que les testifiques y no hay necesidad de que vayas a los Estados Unidos o a Inglaterra. Tu testimonio tendrá que consistir en dar limosnas a los pobres. Cuando esas personas vengas pedirte comida y dinero, ese será tu testimonio,

Hasta entonces no había relacionado la comisión que me había dado Jesucristo con ir a Inglaterra o los Estados Unidos. Sin embargo, sus palabras eran verdaderas y mantenían su vigencia:

“Lo que viste con tus ojos debes llevarlo a mi pueblo. Mi pueblo es tu pueblo.”

Comenzó a formarse en mi mente una oración: “Jesucristo, ¿dónde está tu pueblo?”.

## 7

### La fama

Cuando nací, mis padres consultaron a un *najumí*, quien desplegó mi diminuta mano para investigar las arrugas de la buenaventura.

□Su hija llegará a ser famosa□ dijo el hombre después de estudiar con agudeza durante uno o dos minutos la palma de mi mano.

Mi padre y mi madre estaban satisfechos y sorprendidos, y sin duda lo habrán recompensado con generosidad por esa información .. Menciono eso porque algún tiempo después, cuando me atacó la fiebre tifoidea a los seis meses de edad y pareció que iba a ser una parálitica por el resto de mi vida; mi padre maldijo a ese najumí por considerarlo un ladrón y un mentiroso.

Pero cuando mis pies se afirmaron por primera vez y di mis primeros pasos en el amanecer de aquella mañana de enero, alcancé en forma instantánea la notoriedad de ser un milagro andante. Por ese entonces no tenía la menor idea de que me estaba encaminando hacia la clase de fama que ninguno de mi familia hubiera deseado para mí.

Los sirvientes vinieron corriendo. Las mujeres se agolparon en la puerta de entrada con incertidumbre, mientras sus bocas emitían expresiones de asombro ..

□Oh Bibi-ji, ¿eres tú? ¿Dios te sanó después de todo?

□ Jesús Emmanuel se me apareció en esta habitación y me sanó □ les dije.

Los sirvientes escuchaban escondidos, aturdidos por el asombro.

La tía les dijo que se quitaran del camino y, ubicando a mis criadas a mi lado, daba vueltas con ansiedad siguiendo mis pasos mientras yo salía de mi habitación, a través de la casa y hacia la terraza. Me observaba para que no tropezara en los bordes de las alfombras, que me eran desconocidos, y para que no resbalara en las suaves baldosas, ni tuviera dificultad con los ásperos pisos de cemento. Pero mi mente tomó control de mi cuerpo y comenzó poco a poco a dictar sus movimientos y a luchar contra las dimensiones y las superficies del mundo físico. Una cosa es ser un tronco de madera, inmóvil en un lugar, esperando la fogata, y otra muy distinta ser un árbol con vida, que crea en forma activa la vida para otros. Comencé de pronto a descubrir esa diferencia en el mismo momento en que puesta en pie, fui sacudida con nuevas sensaciones de estar viva, allí en la terraza, hablando con mi tío.

Lo observé por detrás de mi *dupatta*. Yo era la cabeza de la casa pero él se había-hecho cargo de todo lo relacionado conmigo. . ¿De qué manera le afectaría ese cambio de circunstancia?

No tenía de qué preocuparme. El se sentía muy feliz. □ Para nosotros es como si recién hubieras nacido □ dijo □. Si tu padre viviera, saltaría de alegría. Sentimos por ti esa misma alegría.

Mientras hablaba, se le llenaron de lágrimas los ojos. Con una gratitud que me brotó del corazón, le dije: □ Oh, gracias, tío. Tu apoyo significa muchísimo para mí.

Pronto escuché que hablaba por teléfono con mis hermanos y hermanas. El aire tranquilo y tonificante de la mañana crujía en forma suave y a la vez agitada, a medida que todo el mundo comprendía la plena trascendencia de lo que había sucedido

En lo exterior, procuré mostrarme serena mientras fui y me senté para tomar el desayuno con la familia por primera vez Y comer sin necesidad de ayuda. Estaba consciente de que las miradas de todos alrededor de la mesa y desde la cocina estaban sobre mí mientras estiraba la mano izquierda para servirme azúcar o leche, o cuando les alcanzaba algo a los niños. Estos estaban fascinados y solamente la mirada aguda y de advertencia de su madre evitó que me hicieran muchas preguntas.

□ Ahora puedes caminar y ver tu propia casa □ dijo el tío mientras salía-para ir a su trabajo, al tiempo que llevaba los niños a la escuela.

Por primera vez en mi vida hice un paseo por toda la casa, mirando en cada habitación, tomando posesión de cada metro cuadrado y encontrando sonrisas de felicidad por todas partes. Me sentí como si hubiera despertado de un largo sueño de diecinueve años.

Recuerdo que tomé la llave de la habitación de mi padre, entré y pasé algún tiempo allí sola. Era como una extensión de su personalidad; pues facilitaba algunas claves en cuanto a su verdadera manera de pensar. Era una doble habitación sencilla y estaba amueblada con modestia. Tenía un *charpal*, una alfombra de color marrón amarillento, dos sillas, paredes verde claro Y cortinas. Sobre las paredes, en un gran marco, se veía una fotografía suya de cuando era más joven, junto con algunos cuadros de la Meca y Medina, y estaba

también la escopeta de caza que utilizaba cuando salía al campo.

Las lágrimas acudieron a mis ojos. Sentía su presencia muy cerca de mí, como si acabara de levantarse de la cama y hubiera abandonado la habitación para volver enseguida.

□ Mira, Aba-Jan, tus oraciones han sido contestadas

□ Murmuré dirigiendo la mirada a su expresión alta y solemne Y luego a los cuadros de la Meca y Medina.

El había hecho por mí lo mejor posible, mucho más de lo que muchos padres hubieran considerado necesario. Sin embargo, un poder mayor que el que él conoció estaba obrando en el mundo y yo, su endeble hija, había sido bendecida, tocada y sanada por El.

Todavía no había podido descubrir a mi madre en esa habitación que ellos habían compartido por un tiempo. Me dirigí al pequeño cuarto en la puerta de al lado, que ella había utilizado como un lugar para guardar cosas. Se había convertido en una habitación de seguridad, donde se guardaba el dinero, las joyas y los ornamentos. Nunca la conocí y no había ninguna fotografía para poder saber cómo era, ya que en aquel tiempo a nadie de nuestra familia se le hubiera ocurrido tomar fotos de mujeres; sin embargo, en ese momento, la sentí cerca de mí y clamé tristemente por ella:

“ Oh, Ma-jí, si estuvieras aquí. ¿Por qué me fuiste arrebatada a una edad tan temprana? Ahora no te tengo ni a ti ni a mi padre para alegrarme Con ustedes.”

Pero mis hermanos y hermanas vinieron a compartir mi alegría. Cada persona tenía que escucharlo todo. Cómo la noche después de la muerte de mi padre una voz me dijo que leyera acerca de Jesús en el Corán. Cómo yo lo había cumplido durante tres años y cómo había orado a Jesucristo con más y más desesperación hasta que El se me apareció en

mi habitación, me tocó y me sanó. Por primera vez desde que murió mi padre, había verdadera alegría en nuestra casa.

□ Tenemos que hacer una fiesta e invitar a nuestros vecinos y amigos de la ciudad □ dijo Anis.

□ Si, por cierto □ dijo Safdar Shah al dirigírsele a él la sugerencia □ Debemos dar gracias a Dios por contestar nuestras oraciones. ¡Y pensar que habíamos creído que tu viaje a la Meca había sido en vano! Todo el tiempo era la voluntad de Dios sanarte.

Aquel primer día fue un tiempo de aprendizaje para mí y mi cerebro me jugaba extrañas jugarretas. De pronto me olvidaba que podía caminar y le pedía a la tía que me alcanzara alguna cosa, como el chal que estaba en el extremo del sofá. Ella se levantaba en forma automática para ir a buscarlo y en ese momento yo recordaba que ya no era parálitica y podía ir a buscarlo yo misma.

Al terminar el día estaba muy cansada. En el aspecto físico, los años pasados en el lecho de enfermedad se habían borrado, pero conservaba todavía una mentalidad de mujer inválida. Tomaría tiempo poder ajustarme a todos los contactos que tenía que hacer con las personas del mundo que estaban más allá de las paredes de mi protector dormitorio. Ya no me preocupaba que la gente me estuviera mirando. Mi brazo y mi pierna estaban bien, aunque no del todo normales, ya que una larga serie de pruebas "experimentales" y operaciones realizadas a través de los años habían producido la alteración del crecimiento de algunos dedos del pie y de la mano. La diferencia era que ahora tenía la posibilidad de usar mis miembros.

En los días que siguieron hubo una corriente de visitas, incluso tíos y tías que vinieron de lejos y mi hermana de Rawalpindi. Al terminar una semana, tuvimos nuestra fiesta,

en la que se reunió un gran número de personas, Les conté a todos cómo Jesucristo me había sanado,

Mi insistencia en contar eso produjo la primera nota de irritación en todo este asunto, pues hizo que mis hermanos se inquietaran. Cuando me escucharon hablar de eso por sexta vez, Safdar Shah, que asumió su posición como la cabeza religiosa de la familia, dijo:

□Te respetaríamos más si dijeras que Mahoma te sanó. Ese Jesucristo no es muy importante para nosotros □Pero es que no puedo decir que me sanó Mahoma, Fue Jesucristo y El me dijo que lo contara..

□Jesucristo tiene su gente en Inglaterra, Estados Unidos y Canadá. Esos son países cristianos. No vas a ir allí a decirles acerca de cómo Jesucristo te sanó y sería prudente que no divulgaras ese tipo de cosas aquí.

Safdar Shah dijo eso como una declaración de principios. Tal vez no quiso que se interpretara como una amenaza, pero yo percibí en esas palabras la desavenencia y enemistad que nosotros, como familia, habíamos aprendido de nuestro padre con relación a la Gente del Libro.

El Libro en cuestión era la Torah (Antiguo Testamento) y el *Injeel* (Nuevo Testamento), los libros de los judíos y los cristianos, contenidos en la Biblia, Los musulmanes interpretaban que el Islam estaba en peligro frente a ellos y trataban de mostrar que el Corán, aunque fue producido más tarde, era muy superior y más correcto, y que corregía a los otros libros. Yo había aceptado eso, pero ahora comenzaba a ponerlo en duda.

¿Por qué, si Jesucristo no era importante, había sido capaz de sanarme? ¿Por qué el Corán, que reclamaba ser la última palabra para guiamos en cada detalle de nuestra vida, decía tan poco acerca de El? ¿Era de veras ese el poder del cual se

habla en el Corán? ¿Provenía en realidad de Dios? Así, paso a paso, era guiada por el hambre que tenía por el conocimiento de la verdad. Quería leer los Evangelios por mí misma para conocer más acerca de Jesucristo.

Por un lado yo descubría la capacidad de disentir con lo que pensaba mi familia y, por el otro, ellos descubrían cosas nuevas en cuanto a mí y a su nueva relación conmigo. Cuando era para ellos una hermana desahuciada y enferma, me tenían por una criatura sin voluntad propia. Y sabían dónde me podrían encontrar y cómo tratarme. Daban por sentado que siempre diría amén a lo que ellos sugirieran, No tenía poder en mí misma, pues dependía de ellos en forma total. Ahora, sin embargo, era una persona libre y, además, tomaba más conciencia de que era la hija de mi padre y de que tenía una mente propia agudizada por una instrucción que, en realidad, no habría recibido si no hubiera sido por mi parálisis, Algunas veces hasta podía ganar una discusión con Safdar Shab, El comenzaba a darse cuenta de que era muy difícil discutir con un milagro andante, que llevaba implícita una fuerte moral irresistible.

Desde el comienzo mismo, mi tía insistió en que la visión de Jesucristo significaba que yo tenía que dar limosnas a los pobres y que estos irían y contarían a otros acerca de El. ¿Cómo me atrevería yo a pensar otra cosa? En el horizonte de su experiencia, no se podía ni pensar que una mujer musulmana pudiera dejar su casa y la seguridad de su familia para salir a predicarles a otros.

Le llevé ese problema a Jesucristo, preguntándole cuál era su pueblo, dónde estaba y cómo podría llegar a ellos teniendo la prohibición de mi familia,

Recibí la respuesta en lo más íntimo de mi corazón

Fue como una voz que me habló.

□ Si te atemorizas por tu familia, no estaré contigo, Debes permanecer fiel a mí para poder ir a mi gente,

Esa fue la respuesta que tuve en medio de la oscuridad cuando me arrodillé sobre mi alfombra para orar en la noche, después que el resto de la familia se fue a descansar.

□ Mi pueblo es tu pueblo. Debes llevarles mi mensaje a ellos □ dijo la voz.

No le conté a mi familia acerca de la voz, pero ellos, al advertir el cambio en mi actitud, me observaban constantemente Y me molestaban con sus preguntas-

□ ¿No vos a dejar esta casa, verdad? ¿No vas a irte a Inglaterra o a Canadá? ¿Recuerdas lo que dijiste de Inglaterra cuando volviste la última vez?

□ ¿Por qué no le das un *zakat* a los pobres en lugar de ir a Inglaterra? Si lo haces ellos les contarán a todos acerca de tu Jesucristo.

Yo estaba dando ya un *zakat* anual de cincuenta mil rupias a los pobres que llamaban a la puerta. Ahora. En las últimas dos o tres semanas, había dado un *zakat* extra de diez mil rupias.

Después de eso vino mi tío.

□ Ahora estarás contenta. Has hecho lo que Dios pide de nosotros: dar limosnas. Lo has hecho con generosidad.

Pero yo no estaba feliz. En un tono muy bajo dije: □ Pero no me he entregado a mí misma y eso es lo que El quiere.

Pensé que él no había escuchado, pero oí un resuello.

□ Escucha, Gulshan □ me dijo □, creo que puedo hablarte como lo haría tu padre (que su alma descansa en el Paraíso).

Cualquier cosa que quiera Jesucristo, dásela, tierra o dinero; pero no dejes tu país, tu religión y no te entregues tú misma.

Al transcurrir los días estuve más consciente de los tiernos renuevos de vida que surgían dentro de mí. Cuando el

*muezzin* llamó a la oración desde la torre de la mezquita, fui a mi habitación; como era habitual, agradecida de poder cerrar la puerta a los penetrantes ojos de: la tía y de que no necesitaba que las criadas me ayudaran. Me retiré aparte, no para realizar los viejos rituales, sino porque la oración había alcanzado ahora mayor profundidad e intensidad, pues oraba a Dios con lo más profundo de mi corazón.

A las dos horas de haber escuchado la oración "Padre nuestro", había escrito las palabras. Cada palabra suplía una necesidad. Era como si se hubiera escrito especialmente para mí y no tenía en ese entonces ni idea de que era una oración muy amada y familiar para los cristianos.

En todos los otros llamados a la oración de ese día, dije las palabras al estilo musulmán, tomando mis cuentas una por una y pasándolas por mis dedos, mientras sonaban *click-click-click*; y con cada *click* repetía toda la oración. En esa forma era posible orar dónde y cuándo lo deseaba ya que, para un observador, parecía que estaba haciendo *namaz* (las oraciones musulmanas).

Debo haber repetido aquella oración unas mil veces en los días que siguieron Y cada vez me resultaba más fácil. Había recibido un nuevo vocabulario para hablarle a Dios. "Padre nuestro". ¡Oh!, esas eran palabras que me hacían ver a Dios en una nueva luz. El era el Ser Supremo, sí, pero también era para mí el Padre que había perdido.

"Qué bueno eres, que vienes a ser mi Padre", gemía en la noche y sentí el inexpressable alivio del amor que descendía hasta mí

Desapareció el antiguo y negro temor de que Dios estaba algo enojado conmigo.

"Santificado sea tu nombre." Comprendía eso, porque como musulmana había sido instruida para reverenciar los santos

nombres de Alá, que se encuentran en el Co,rán. Los musulmanes usan los nombres de Alá con gran reverencia, agregando pequeñas genuflexiones verbales, tales como "que su nombre sea bendito". Los nombres de Alá han constituido un poder visual sobre la imaginación musulmana Y una de las formas muy restringidas de decoración que se permiten en la mezquita. La diferencia ahora era que había visto por mi misma algo de esa consumidora santidad.

"Venga tu reino, sea hecha tu voluntad, en la tierra como en el cielo." Ahora veía que Jesucristo no era un simple profeta pobre, secundario, sino un rey eterno, que vendrá otra vez a establecer un reino celestial en la tierra, como es en el cielo.

"Dáanos hoy nuestro pan cotidiano: .. " Nunca había pensado pedir el pan a Dios, ya que todas mis necesidades estaban más que ampliamente satisfechas, pero eso mostraba que Dios tenía preocupación acerca de las necesidades materiales del adorador Y que quería que nosotros dependiéramos de El como un padre para tenerlas cubiertas.

"Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros también perdonamos a nuestros deudores." ¿Perdón? Las oraciones musulmanas relacionadas con el perdón se expresan con mucha ansiedad. La idea que tienen de Dios es de alguien que castiga a sus seguidores, como lo hace con los malhechores o los incrédulos. Yo comenzaba a tener la seguridad de haber cometido algún pecado terrible, y que por eso debía ser castigada con mi enfermedad y la pérdida de mis padres. El único fundamento para la esperanza era cumplir en forma exacta y minuciosa los detalles esenciales de las oraciones a lo largo del día y hacer el Hajj como un medio de recompensa, además de cumplir con los otros cuatro pilares del Islam.

En forma diferente, aquí no se mencionaba la limpieza ritual, sino solamente la seguridad de que para obtener el perdón de los pecados, había que confesarlos en la presencia de Dios, y que para ser perdonado había que perdonar a los demás. Con toda mi impecable educación religiosa, antes jamás había conocido una seguridad semejante.

"No nos metas en tentación, mas líbranos del mal."

Oré así porque me daba fuerza para permanecer fiel a mi visión de Jesucristo. Sólo El podía librarme de la presión cada vez mayor que la familia ejercía sobre mi hacia la seguridad del Islam.

"Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por todos los siglos, amén." Las majestuosas palabras eran sencillas pero poderosas. Había visto esa gloria y había sido transformada para siempre.

Los musulmanes no tienen un mediador con Dios, aunque se imaginan que Mahoma ocupa esa posición y esa es la razón de que asumen posturas tan humildes cuando oran. Yo sentía que ahora tenía un mediador que a su vez me mostraba un nuevo camino para acercarme a Dios. Como musulmana, era responsable de mis propias acciones, malas o buenas, y tenía que afrontar las consecuencias.. Yo podía entender que Dios me podría enviar al infierno debido a mi mal comportamiento. Pero aquí tenía una nueva visión de Dios. Llamarlo Padre era hacerlo responsable de mi vida y mi felicidad, así como lo había sido mi padre terrenal. Así lo razoné y así también oré, tan feliz como puede ser un niño cuando se pierde en una feria muy concurrida y luego es encontrado por su padre. Yo ansiaba conocer más, tal vez obtener un ejemplar del libro de los cristianos.

Si hubiera mirado paso a paso el camino que estaba recorriendo, habría podido ver las nubes de tormenta que se

juntaban sobre mi cabeza: Diez días después de mi espectacular sanidad estaba descansando en mi habitación cuando estalló esa tormenta. La familia volvió al ataque y se reunió en la habitación de recepción de los hombres, con la puerta cerrada, para ponerme a prueba. Al menos eso era lo que yo sospechaba.

Por supuesto que lo presentaron de una manera muy diferente. Safdar Shah hizo un breve discurso introductorio:

□Las cabezas de la familia nos hemos reunido para persuadirte a que abandones esas ideas extremistas que has adoptado recientemente. Aceptamos que Jesucristo te sanó. Pero no nos agrada que se divulgue eso. Somos una familia musulmana líder y tú nos harás caer en descrédito.

Respaldando la posición de mis hermanos y hermanas y sus esposos y esposas, estaban mis tíos maternos y mi tío paterno y mis primos, junto con mi tío y mi tía, que eran acusados, según pude descubrir, de permitir que me sucediera eso.

No dije nada por un largo rato y los dejé hablar. Luego agregué:

□¿No están contentos de que haya sido sanada?

□Oh, sí□dijeron □Estábamos muy preocupados deseando tu sanidad; pero ahora que ha ocurrido no vayas por todas partes diciendo que fue Jesucristo quien te sanó.

Hubo una pequeña pausa y entonces Safdar Shah agregó:

□Por amor al Islam podríamos asesinarte. Así lo dice en el Santo Corán.

Miré todo el círculo alrededor en nuestra sala. Mis hermanas tenían lágrimas en los ojos. Mi tía y tío estaban pálidos de sobresalto y temor. Las barbas grises de mis tíos se meneaban mientras asentían firmemente con la cabeza. Los ojos de mis hermanos estaban mirándome como los halcones cuando observan a su presa. Sentía que la distancia entre

ellos y yo crecía a cada segundo. ¿Cómo podía la religión generar tal odio y hacer que prefirieran más bien verme muerta antes que expresara una verdad con lo cual ellos no estaban de acuerdo?

"Perdónanos nuestras deudas, como nosotros también perdonamos a nuestros deudores." Aquí había una verdad más poderosa que todas las leyes del Islam. No sentí odio hacia ellos en ese momento, sino sólo un amor que, si pudiera romper esas barreras, lo haría.

Mi hermano mayor, luego de un breve silencio dijo:

□Si tú continúas, serás expulsada de la familia y de toda la comodidad que tienes aquí. Si vas al pueblo cristiano, nosotros aun los dañaremos a ellos. Por supuesto, no hay ninguno aquí.

En ese entonces yo también lo creía así.

Siempre había sido tranquila, retraída, obediente a mis mayores, y ahora ellos me estaban intimidando. La vieja Gulshan se hubiera rendido, incapaz de infundir respeto. Pero esta nueva Gulshan sintió dentro un poder que le daba una nueva osadía. No les tenía miedo. Vinieron a mis labios palabras que no había buscado.

□Les he escuchado todo el tiempo y, por supuesto, comprendo su preocupación □les dije□. No puedo contestar todos los argumentos que han presentado porque estoy esperando la respuesta que me dará Jesucristo. El me dirá lo que debo hacer a continuación. Cuando escuche la orden, le obedeceré a El y, aunque ustedes quisieran matarme por ello, lo haré igual.

Hubo resuellos audibles alrededor de la habitación.

□Qué impertinencia□ dijeron los tíos uno a otro, mirando como si no pudieran creer lo que habían escuchado sus oídos en esa atrevida respuesta.

Yo misma me sorprendí por atreverme a desafiar de esa forma la firmeza de la familia. Ahora, ¿qué harían'? Era un momento muy peligroso.

□Prometo que no deshonraré la familia en lo que haga□agregué □, pero debo esperar hasta que Jesucristo me diga cómo testificar de El. A propósito, no he encontrado ninguna persona cristiana. Ni siquiera sé dónde podría encontrarla.

Los hombres juntaron las cabezas. Mis hermanas y mi tía evitaron mirarme. No dijeron nada, pues no era correcto interferir cuando los hombres tomaban decisiones importantes.

Me preguntaba si mi familia estaba planeando matarme allí y en ese momento, Estarían dentro de sus derechos para hacerlo. Nadie se hubiera opuesto...,sólo que yo era conocida y amada por mucha gente que nos rodeaba.

Mi muerte repentina hubiera requerido un encubrimiento muy complicado.

Safdar Shah dio a conocer el veredicto:

□Está bien. Esperaremos a ver qué haces. Y oraremos por ti. Tal vez, después de todo, llegaremos a la conclusión de que te has vuelto loca.

Por el momento el asunto quedó terminado, pero yo sabía que ellos no descansarían hasta que fuero silenciada en lo referente a mi sanidad. Pero obedecerlos a ellos implicaría negar lo que yo estaba segura que mi Padre me había mostrado.

"¿Qué quieres tú que yo haga?", oré en mi perplejidad

La respuesta me llegó dos noches después. Con un verdadero sentido de urgencia, me encontré orando en palabras sencillas: "Muéstrame tu camino, oh, muéstrame tu camino."

Miré hacia arriba y vi una columna vaga, desde el piso hasta el techo. Jesucristo estaba dentro del velo, y la luz brillante que había visto antes estaba oculta en el velo. Yo no estaba ni durmiendo ni soñando.

Jesucristo dijo: "Ven a mí" Contenta me levanté y fui. Extendió su mano y tenía sobre ella una especie de tela. Yo le extendí mi mano. Me sentí elevada de mis pies como si estuviera en el aire. Cerré los ojos, luego fui puesta poco a poco sobre algo blando y cuando miré estaba parada sobre una planicie abierta, que se angostaba en la distancia y era verde y fresca y estaba llena de figuras de personas, algunas cercanas y otras a lo lejos. Todas tenían coronas en la cabeza y estaban vestidas de una brillantez que hería mis ojos.

Escuché palabras que eran como una hermosa música.

Las personas decían "Santo" y "Aleluya". Esa era para me una palabra nueva que no emplean los musulmanes. "El es el cordero Inmolado. El vive", decían, y me di cuenta de que todos miraban a Jesucristo.

"Estos pertenecen a mi pueblo □dijo Jesús□; el pueblo que habla la verdad. Son las personas que saben cómo orar. Son los que creen al Hijo de Dios."

Sobresalía un rostro en medio de la multitud. Miré con atención a ese hombre, que estaba sentado. Jesucristo dijo: "Ve dieciséis kilómetros al norte y este hombre te dará una Biblia."

Al mirar a ese hombre, a quien también observaba el resto de la gente, él no pareció darse cuenta de mí. Las formas se desvanecieron y volví en mí misma, arrodillada en mi habitación entre todas mis posesiones familiares. Medité sobre lo que había visto y oído y me invadió un fuerte sentimiento de agitación. Yo había podido saber qué era lo que debía hacer a continuación y aquí estaba la respuesta: ir

a testificar a ese hombre sobre mi visión de Jesucristo y pedirle una Biblia. Pero ¿dónde podría encontrarlo?

Luego recordé algo. Razia vivía en Jhang Sadar y eso quedaba a cierta distancia al nordeste de donde vivíamos. Cuando estábamos en la fiesta habíamos convenido en que la visitaríamos un día cercano.

Así era, en alguna parte, cerca de su casa, vivía un hombre preparado para darme una Biblia. Debía ir sola. Tomada la decisión, completé mis planes con detenimiento, sin preocuparme en realidad de cuán irrevocable iba a ser ese paso y de qué manera alteraría mi vida.

## 8

### El Libro

Tres semanas después de ser sanada, decidí poner en práctica un plan para conseguir una Biblia. Le dije a mi tía que iba a visitar a Razia.

□¿Vas a llevar a Salima?□preguntó mi tía, que no estaba acostumbrada, aún a la nueva manera en que tomaba las decisiones según mis deseos.

□No tía□le respondí sonriendo□. Creo que ya soy bastante grande como para arreglármelas sin alguien que me esté previniendo en cada cosa. Por favor, pídele a Munshi que me tenga listo el auto.

La tía abrió la boca como para argumentar algo, pero en seguida la volvió a cerrar. Esta nueva Gulshan no tenía la tendencia, que caracterizaba a la anterior, de preocuparse demasiado por los pensamientos ociosos de la gente.

Majeed trajo el Mercedes azul brillante y abrió la puerta de atrás con un gesto ceremonioso. Adentro, las cortinas cerradas me protegían de las miradas curiosas. Cada detalle de los modales de Majeed, mientras atravesábamos por la puerta principal haciendo rugir el motor, demostraba su satisfacción por el curso que estaban tomando los acontecimientos. Un sonriente *chowkedar* cerró la puerta detrás de nosotros y salimos.

Razia estaba preparada para mi visita. Lo que ella no sabía era que le iba a hacer un pedido. Le dije a Majeed que se retirara y que volviera a buscarme después del almuerzo. Luego me volví hacia mi maestra, que estaba llena de alegría por verme tan bien de salud y quería hacerme un montón de

preguntas. Se sintió desilusionada y con algo de curiosidad cuando le dije que tenía que ir con urgencia a ver a alguien que estaba en el otro lado de la ciudad.

□No, no necesito compañía □le dije □. Sólo se trata de un negocio que tengo que hacer.

La dejé perpleja, de pie sobre su terraza, siguiéndome con la mirada mientras yo descendía de prisa por el pasillo y salía a la calle. Me sentí incómoda. Nunca antes en mi vida había tratado de engañar a nadie; pero esta era la única manera en que alguna vez llegaría a conseguir una Biblia. Cuando estuve afuera me di cuenta de que me había olvidado de mi *burka*. Eso me pareció algo simbólico de la libertad que estaba creciendo por dentro.

Una *tonga*<sup>16</sup> tirada por un caballo se dirigía hacia mí y saludé al anciano encargado de la tonga.

□Estoy buscando a un cristiano que vive en la calle Kachary. ¿Por casualidad la conoce?

□Miró fijamente hacia delante, entre las orejas de su viejo caballo, como si no hubiera escuchado.

□Tengo que hacer un trabajito allí □agregué rápidamente.

Hizo un ademán hacia el norte.

□Hay un lugar, un lugar muy antiguo que ya estaba antes que existiera el Paquistán. No sé si vive allí algún cristiano; pero, si usted quiere, la puedo llevar.

- Lléveme, por favor.

Subí a la *tonga*. El encargado de la tonga fustigó su flaco caballo y partimos a paso sosegado. Durante la media hora de viaje tuve tiempo para reflexionar sobre lo que estaba haciendo. ¿Qué dirían mis hermanas si pudieran ver a su amada y querida Gulshan viajando sola, en la ruta abierta, en

una tonga? En la historia de nuestra familia no había por cierto un precedente así.

Pero no tenía otra opción. Era Jesucristo el que me había mandado hacer ese viaje, y confiaba en El en cuanto a su resultado.

Llegamos a un edificio amplio. Más tarde supe que era una capilla cristiana. Junto a ella, detrás de un alto muro, había una gran casa campestre. La tonga se detuvo junto a una puerta abierta en el muro.

□Es aquí□, dijo el encargado de la tonga.

Le pagué y pasé por la puerta a un sector abierto lleno de árboles. Me dirigí hacia la casa y vi a un hombre sentado al sol con un montón de libros sobre una pequeña mesa que tenía a su lado.

A medida que me aproximaba, el hombre levantaba la vista. Mi corazón latía asombrado. Era precisamente el rostro que había visto en mi visión. Jesucristo me había dicho: "Este hombre te dará una Biblia."

El hombre me dirigió la palabra cortésmente, inclinándose un poco.

□Si usted viene para ver a mi esposa, siento decirle que no está. Se ha ido a Lahore.

□No vine a ver a su esposa □le respondí □ sino a usted, para que me dé una Biblia. Lo he visto antes, en una visión.

El hombre miró sorprendido y me examinó tratando de traspasar con su mirada el *dupatta* que yo me había colocado sobre el rostro, instintivamente, mientras caminaba por el jardín. Entonces dejé que el pañuelo cayera de mi rostro y lo miré de nuevo.

□¿Quién es usted? ¿A qué religión pertenece? ¿De quién es hija)

---

<sup>16</sup> Vehículo liviano de dos ruedas.

□Vivo a quince kilómetros de aquí y provengo de una familia musulmana.

Noté que el hombre se alarmó. ¿Qué dificultad había en que esta extraña mujer musulmana llegara a donde él estaba y le pidiera una Biblia?

□Si yo estuviera en su lugar □ me dijo□ iría casa y seguiría leyendo el Corán. Todo lo que dice allí es bueno para usted y todo lo que dice en mi Biblia es bueno para mí. No es algo por lo que debiera interesarse.

Se levantó para acompañarme afuera.

Permanecí de pie, mientras mi corazón se apaciguaba a medida que disminuía la excitación. Me había imaginado que me daría la bienvenida y que tal vez estaba preparado para mi visita.

□Jesús Emmanuel me ordenó que viniera a verlo. Por favor, créame.

Me estudió por un momento y luego me pidió que me sentara. Me sumergí en mi propia historia, al principio con timidez, luego en forma más vívida, describiéndole algo de lo que había sido mi vida durante esos diecinueve años en que estuve paralítica. Le conté sobre el viaje a la Meca y sobre las oraciones llenas de esperanza que quedaron frustradas allí. Me referí a la trágica muerte de mi padre con su resultado tan sorprendente: la visión de Jesucristo que me habló y me indicó que leyera el Corán,

Se inclinó hacia adelante absorto, con sus ojos fijos en mi rostro. Nunca antes me había sentido examinada así por un hombre extraño, salvo que a mí no me parecía que era un extraño. Continué relatando la asombrosa revelación que tuve de Jesucristo en mi habitación y luego la forma en que fui sanada.

□Y después □le dije□ lo vi a usted. Jesucristo me apareció de nuevo y me mostró su pueblo, y usted estaba entre ellos. El mismo me dijo que viniera a verlo para conseguir una Biblia. Y si todavía no me cree, escuche la oración que Jesucristo me enseñó a orar. Le repetí las palabras de la oración que comenzaba: "Padrenuestro... "

Cuando terminé hubo un silencio. Mi amigo se sentó, con los brazos apoyados en los brazos de la silla y la cabeza inclinada sobre el pecho en seria meditación.

□¿Será posible? □dijo hablando más bien consigo mismo. Dio un suspiro profundo y se levantó.

□Quédese aquí sentada por un momento. Tengo que ir y orar sobre este asunto. Darle una Biblia es una decisión importante para los dos.

Entró en la casa y yo me senté al sol, mientras los pájaros canturreaban revoloteando entre los árboles, agitando tan rápido sus diminutas alas que parecían estar quietas en medio del aire.

Después de un momento, que me pareció un tiempo largo, pero que tal vez no llegó a ser media hora, mi amigo salió de la casa y dijo:

□He orado y pedido al Señor que me muestre lo que debo hacer y parece que El dice que debo darle lo que desea. Pero usted sabe que el camino que está pensando adoptar es difícil y podría significar que la echen de su familia. Tendrá que soportar mucho y que perder mucho, pero si permanece fiel recibirá la vida eterna.

□Sé todo eso □le dije □. Pero este es el Camino que debo tomar.-Quiero seguir a Jesús Emmanuel, que me sanó y me mostró-la senda del amor ..

□Ahora, piénselo de nuevo□dijo mientras sonreía.-

□Cuando abandone lo que tiene que abandonar para seguir a

Cristo, el diablo la atacará. Le pondrá un montón de obstáculos por delante. Habrá gran oposición. Es posible que hasta los mismos cristianos le pongan esos obstáculos en el camino.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

No estoy pensando en esos impedimentos. Sólo lo que Jesús Emmanuel me mostró. El me levantó y me dio luz. Quiero saber más acerca de El, y El me envió a usted para recibir ayuda. Por favor, ayúdeme.

Como respuesta me dio un Nuevo Testamento en urdu y un libro llamado *Los Mártires de Cartago*. Luego hizo una hermosa oración, cuyas palabras expresaron sentimientos tan simples como la hermandad y la bondad. Me sentí fortalecida.

Al salir de su casa volví a tomar una tonga, para regresar a casa de Razia y estar a tiempo para el almuerzo.

No hablé sobre mi viaje y sólo dije:

Conseguí lo que buscaba, pero el problema no está resuelto aún.

Entonces cambié de tema y nos reímos y conversamos como si nada extraño hubiera sucedido. En eso llegó Majeed para llevarme a casa.

La tía me había estado buscando. Me miró absorta, pero me volví, sintiendo como si lo que había experimentado estuviera escrito en mi rostro.

¿Cómo estaba Razia?  preguntó.

Bien, tiene algunos alumnos buenos y está contenta porque su hermana se ha casado.

Es una lástima que no la hayan casado a ella, pero supongo que la familia no tiene dinero para la dote.

Es cierto. Aún necesita tomar alumnos para ayudar a sus padres, pues el negocio que tienen es pequeño.

En otros tiempos ese tipo de chismes nos hubiera entretenido por varias horas, -pero la nueva Gulshan tenía ahora temas mucho más interesantes.

Me disculpé, fui a mi dormitorio y cerré la puerta. Después me tiré sobre la cama Y descansé. Me sentía físicamente agotada.

Esa noche comencé a leer mi Nuevo Testamento en forma secreta. ¿A qué se parecía? Pregúntele a una persona sedienta a qué se parece el agua. Pregúntele a un bebé a qué se parece la leche de la madre. Yo, que había sido alimentada con cáscaras, ahora tenía pan para saciar el hambre, y así leí la verdad sobre la vida humana Y sobre el destino, según estaba escrita en aquellas páginas Jesucristo me dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." Sus palabras registradas en los evangelios iluminaron mi entendimiento. Nunca había podido entender el Corán sin ser guiada. Este libro era distinto a todos abrió mis ojos espirituales. Sus historias cobraban vida a medida que las leía. En mi asombrosa visión encontré a los doce discípulos que habían acompañado a Jesucristo ..

Hallé, palabra por palabra, la oración que había aprendido a los pies de Jesús Emmanuel. Descubrí el significado de ese nombre precioso que se me había dado en la visión:

"Yo soy Jesucristo. Yo soy Emmanuel... Dios con nosotros." Me habían enseñado a pensar acerca de Dios como un ser remoto e inalcanzable. Aquí estaba, por fin, la explicación del poder divino de Jesucristo y de su misión:

El podía resucitar a los muertos porque era el Señor de la vida. Prometió venir otra vez, porque vive para siempre. Tiene poder por la eternidad, porque es Dios y no simplemente un profeta.

"Yo soy el camino, la verdad y la vida." Ahora comprendía eso como la verdadera síntesis de la singular Persona que es Jesucristo.

Al continuar mi lectura encontré pasajes referentes al bautismo. Leí en Marcos 1:9-11 que Jesús fue bautizado. En Romanos-6:4 leí: A fin de como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva."

Vida nueva. Eso era lo que estaba experimentando, como si me hubiera sumergido en una fresca corriente de agua que brotaba, trayendo una vida estimulante a cada parte de mi ser. Ese bautismo era una señal y un sello de esa experiencia. Mientras meditaba en eso, se presentó delante de mí una figura, de una joven triste, sentada sobre un taburete, mientras sus criadas derramaban sobre ella el agua del pozo de Zamzam. Zamzam, el agua de vida, no había limpiado mis pecados ni había traído vida a mi carne muerta. Jesucristo me había dado el agua espiritual de la vida para mi cuerpo paralizado y para mi alma. Ahora quería ser sepultada con El en el bautismo. Pensé en eso, aunque no comprendía plenamente todo el poder de lo que estaba contemplando, ni tampoco qué cambios produciría en mi vida...

He testificado me dije a mí misma. Entonces he hecho lo que Jesucristo me pidió. Puedo ser bautizada y luego volver aquí y vivir la vida nueva, ¿no es así?

La pregunta flotaba en el aire, sin ninguna voz que la confirmara o la negara. Pero el rostro de mi padre se presentó delante de mí y sentí un dolor como si me hubieran clavado un cuchillo en el corazón.

"Oh, padre, perdóname, pero tengo que seguir a Jesucristo, quien me ha sanado."

En mi aflicción hablé en voz alta. De inmediato, una profunda paz vino sobre mí y di por cierto que ese era el Camino recto que debía seguir. Nada ni nadie podría detenerme ahora.

El 12 de marzo había terminado de leer el Nuevo Testamento. También había leído de corrido Los Mártires de Cartago. Estaba lleno de historias sobre los primeros cristianos que fueron arrojados a los leones quemados en el fuego y tratados en formas indescriptibles y habían permanecido fieles. Comprendí el mensaje que me transmitía. No cambié mi decisión en lo más mínimo,

El día siguiente visité de nuevo a Razia y fui desde su casa a la casa de los Major como lo había hecho antes Esa vez la señora Major estaba en su casa. Les mostré las Escrituras que había encontrado.

Aquí le señalé me dice que debo bautizarme.

Por favor, ¿podría usted bautizarme?

Se agarró la cabeza.

Hija mía, en nuestra denominación no practicamos el bautismo.

Me miró con una expresión extraña.

¿Se da cuenta lo que podría suceder si se bautizara?

Acaso, que no pueda volver otra vez a su casa. Su familia incluso trataría de matarla. Sí, una familia tan amorosa como la suya podría cambiar hasta tal punto si vieran que uno de sus miembros abandona la fe musulmana.

Hubo un breve silencio. Traté de imaginar una situación como esa. Ser echada de mi familia, tal vez asesinada... Recordé el concilio de la familia ... El rostro de cada uno de ellos era como de halcones que se volvían contra mí Luego pensé en las últimas palabras de mi padre a mis hermanos:

"Cuiden a su hermana." Con seguridad, en última instancia, ellos obedecerían ese mandamiento sagrado y final. Pero aun si no lo hicieran y realmente trataran de dañarme, aun así debía seguir este camino. Las palabras de Jesucristo habían echado raíces en mi vida y ahora había frescura, vitalidad y crecimiento donde antes estaba la esterilidad de una religión que miraba sólo al pasado.

Entonces dije con firmeza, de modo que no pudiera quedar ninguna duda en cuanto a mi decisión:

Jesús Emmanuel me ha dicho que debo ser su testigo y el bautismo es el próximo paso a dar. Debo obedecer, o perderé ese derecho a esta paz que ahora tengo. Será mejor morir con Cristo que vivir sin El.

El señor Major entrecruzó miradas con su esposa que asintió en forma suave con la cabeza. El se dirigió de nuevo hacia mí:

Bueno, que así sea. Si Jesucristo le ha hablado en forma tan clara, no debe ir en contra de su voluntad. Sin embargo, no sería aconsejable que la vean ir a Lahore conmigo. Mi esposa la acompañará en el ómnibus. De todos modos, ella tiene que llevar a nuestra hija de regreso a la escuela. Yo iré en seguida.

En realidad, la acompañaré con mucho gusto, Gulshan - dijo la señora Major inclinándose para tomar mis manos en las suyas.

Fue un toque muy humano, dándome la bienvenida a la familia de mi nueva fe

Así decidí mis planes, con muy poca emoción, como si estuviera disponiendo de la vida de alguna otra persona. Con frecuencia se dice que el Islam nació en el desierto y sus seguidores aprendieron, en esa dura y cruel escuela, a obedecer fines más elevados que los propios.

Los sentimientos personales no se consideraban nunca como una razón suficiente para desviarse de algo. Del mismo modo, para seguir a Jesucristo, yo podría aplicar hábitos de obediencia de largo alcance, en situaciones en que los sentimientos humanos podrían traicionarme

No obstante, al hacer mis planes, no podía cerrar del todo la puerta a mi familia. Para ser sincera, esperaba que podría seguir adelante con el bautismo y luego volver a casa, a vivir mi propia vida. Como creyente no instruida, imaginaba que los pasos que estaba tomando eran todo lo que Jesucristo requería de mí: encontrar a creyentes cristianos y decirles de mi sanidad y luego ser bautizada.

El señor Major, en cambio, veía un poco más allá que yo:

No lleve ningún dinero ni tampoco joyas. Si lo hace, es posible que después del bautismo algunos quisieran pleitear con los cristianos.

Lo dijo con mucha seriedad y yo lo miré interpretando bien lo que quería decir. Hablaba de una ruptura clara, como si yo tuviera que dejarlo todo detrás de mí. ¿Todo? ¿Dinero, joyas, casa, tierras, familia, amor y sustento? ¿Quería Jesucristo de veras eso de mí? ¿Me habría dado ese don de sanidad sólo para Quitarme todo lo otro que hacía deseable esta vida?

Aquel día, cuando volví a ver a Razia le dije:

¿Puedo venir a verte dentro de dos días?

Por supuesto  dijo Razia . Estaré aquí.

En casa, le dije a la tía y al tío que iba a estar con Razia en dos días y que debíamos ir a Lahore.

Firmaré un cheque por setenta y cinco mil rupias para que puedas pagar las cuentas mientras estoy ausente  le dije a mi tío.

□¿Dónde vas a alojarte en Lahore? □dijo la tía frunciendo el ceño, mostrando que este plan no le agradaba. Pero no podía negarme el permiso. Yo era una persona libre ahora y, además, la que firmaba los cheques.

□Oh, debo estar con mi hermana y hermano □dije sin pensarlo mucho□, Escribiré una carta.

El día siguiente le pedía la tía que me acompañara a la tumba de mi padre. Esa señal de devoción le pareció bien. Tomamos flores del jardín y las deposité allí con sentimientos difíciles de describir. El respeto por su memoria, se mezclaba con la comprensión de que la eternidad no era un paraíso de comodidades materiales, como él me había enseñado, sino la presencia misma de Jesucristo.

En mi última noche fui al jardín donde me había sentado tantas veces en mis años de desesperanza. De pie en el lugar donde había descansado el ataúd de mi padre, pensé de nuevo en él, con tristeza y por un largo rato.

El sol se hundió en una hoguera roja, tiñendo las paredes de la casa campestre. Caminé entre las flores, frutas y hojas, oliendo las fragancias mezcladas de las rosas y de los naranjos florecidos. Una suave brisa nocturna hacía murmurar las hojas de los naranjos y de los mangos, mientras el cielo, encima de mí, era surcado por tintes púrpura y azul nocturno. Apareció la luna, grande como un melón, y las estrellas; se veían salpicadas como pequeños diamantes en estuches de aterciopelada noche. Se habían encendido las luces en la casa campestre detrás de mí, de modo que todo brillaba cálido y seguro. Todavía vacilaba. Ahora que debía dejarlo, era como si lo estuviera viendo por primera vez y no permití que me atemorizaran ni siquiera las

sombras horripilantes que se arrastraban debajo de los árboles.

*¿Por qué bautizarme? Puedo ser una seguidora de Jesucristo sin hacerla. En cambio, si lo hago, puedo llegar a perderlo todo ..*

Ese pensamiento volvía como a la deriva surgiendo de entre las sombras. Como si fuera en respuesta a eso, vino a mi mente como una voz suave un versículo que había leído:

"El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí ... el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí" (Mateo 10:37,38).

Miré otra vez a mi casa y recordé, no precisamente los tiempos felices, sino aquellos en que me había parecido como una prisión, cuando yo, la prisionera, tenía la esperanza de estar en el camino al Paraíso. Pronuncié mis pensamientos en voz alta:

□Todo cambia. Pero llevaré por siempre este lugar en mi corazón.

Luego dejé el jardín y fui adentro para preparar el equipaje.

A la mañana siguiente firmé dos cheques. Uno de setenta y cinco mil rupias se lo entregué al tío para gastos de mantenimiento, de modo que no le faltara dinero y tuviera que ir a buscarme demasiado pronto; el otro cheque, por cuarenta mil rupias, pensaba dárselo a Razia, para asegurar su cooperación en mi plan. Eso dejaría la puerta entreabierta para el caso de que necesitara volver a casa.

El 15 de marzo vi salir al tío para su trabajo y besé a la tía y a las criadas Salima y Sema, mientras contenían algunas lágrimas.

□¿Por qué te vas así? □dijo la tía□. Toma tu auto y el conductor y ve con ellos a Lahore. ¿Cómo te vas a arreglar

con todo? ¿Estás segura de que te vas a ir sin llevar a tus criadas? Tu tío no está del todo feliz con eso.

□Por favor, tía, no te preocupes□le dije□. Te escribiré una carta

Ella tenía que contentarse con eso.

Majeed trajo el auto y subí. Miré una vez más hacia atrás, a la tranquila casa blanca, mientras dábamos vuelta a un recodo y luego la perdí de vista. Lo último que el chowkedar vio de mí fue la mano que agitaba detrás de las cortinas en la ventana del Mercedes.

No me resultó difícil persuadir a Razia para que cumpliera mis deseos cuando le di el dinero; pero no le informé la verdadera razón de ese extraño comportamiento: que yo estaba ganando tiempo, para que nadie pudiera evitar mi bautismo.

□Esto es para ti, porque tú has sido mi maestra y has sido tan buena conmigo. Me voy a Lahore a estar un tiempo con algunos amigos. Ahora soy independiente y estoy cansada de tener que explicar al tío y a la tía cada cosa que hago. Le he dicho a mi familia que tú vendrías conmigo, para que no se preocupen.

El rostro hermoso de Razia se cubrió de una mirada de duda:

□Por supuesto, haré lo que pueda para ayudarte, pero ¿qué sucede si tu familia viene a buscarte y me encuentra aquí?

En seguida le dije:

□Por favor, si alguno de ellos viene preguntando por mí, ¿podrías fingir estar en Lahore conmigo? Que tu madre salga a verlas y tú quédate adentro. Lo siento, pero no puedo explicar más que eso.

Razia miró sorprendida, pero dijo de inmediato:

□Sin duda, Gulshan. Cualquiera cosa que desees. Creo que nos conocemos bien la una a la otra y que nos tenemos confianza mutua.

No quiero ni imaginar lo que ella hubiera pensado en el caso de conocer mi verdadera Intención.

La dejé como antes y tomé una tonga para ir a la casa de la calle Kachary. El señor Major y su esposa me recibieron con mucha cordialidad y me llevaron el mismo día en automóvil a Lahore, a una casi lúcidí; por un ministro y su esposa, quienes hospedaban musulmanes convertidos, y por el Reverendo Aslam Khan y su esposa.

Así comenzó una nueva etapa de mi vida, como creyente entre personas cristianas. No era precisamente lo que yo había esperado

## 9

# EL BAUTISMO

El señor Aslam Khan era un hombre muy amable, que parecía comprender todos mis problemas. Pronto se convirtió para mí en Aba—ji (padre). Ama—ji, la señora de Aslam Khan, también era amable, a su manera. Era una mujer resuelta y sin inhibiciones, siempre muy ocupada con la casa y que tenía la idea de que yo debía hacer lo mismo.

Cuando llegué, me mostró su dormitorio para huéspedes. Tenía un sencillo *charpal* de hilo entrelazado que me hizo recordar al instante el palung que había en casa, con una ancha base de cuerda tejida y el blando algodón hilado *gada* o colchón.

—Esta es su habitación— dijo ella—. Estas son gavetas para su ropa. El baño está en esa dirección. Hay mucho trabajo que hacer porque tenemos muchos visitantes. Por favor, discúlpeme. Tengo que dar algunas órdenes a las sirvientas. Cualquier cosa que necesite pidásela a la sirvienta.

Luego salió en un movimiento rápido.

Hice lo mejor que pude para complacer a la señora de Islam Khan, pero nunca antes había trabajado para la casa, de modo que era estúpida y torpe y poco dispuesta a ser criticada por mi desempeño en las pequeñas tareas que se me asignaban. Cuando mi anfitriona vino detrás puso el dedo sobre los adornos que yo acababa me sentí avergonzada y enojada, pero guardé mis sentimientos dentro de mi, donde fermentaron y arruinaron los primeros días en casa. Quería enfrentarme a ella y decirle:

□ Tiene razón, Ama—ji. Lo hice muy mal, pero considere que antes de venir aquí nunca antes tuve que hacer nada por mi misma. Nunca lavé un plato, ni barrí una habitación, ni arreglé una cama, ni lavé mis propias ropas, ni me cepillé el cabello, y ni siquiera me vestí. Esto se debió no sólo a que nosotros teníamos un montón de sirvientes, sino porque yo estuve en cama, incapacitada, durante muchos años.

Pero no le dije nada de eso. Hubiera parecido algo así como buscar excusas o, lo que sería aun peor, una demostración de orgullo. Su contestación podría haber sido que yo tenía razón y que por lo tanto debía tratar de aprender, o bien que yo parecía ser terriblemente haragana. Así que soporté algunas noches sin dormir y un murmullo burlón en la oscuridad de mi habitación,

"No es demasiado tarde decía la voz— Tus hermanos y hermanas están llorando. ¿Por qué no te vuelves?"

Ví el rostro de mi tío y de mi tía que me miraban con tristeza. No pudiendo descansar me levanté y di vueltas en mi cuarto hasta que la batalla para silenciar los murmullos se hizo demasiado larga y clamé a Jesucristo:

"Me rendí a ti y siento que estoy en el camino correcto, de acuerdo con lo que me has mostrado. ¿Por qué entonces aparecen esos rostros burlándose de mí?"

Entonces vino una voz suave y apacible: "Siempre estoy contigo. Ellos no pueden hacerte daño". De eso modo encontré la paz, mientras las palabras de Jesucristo me llenaban la mente y hacían retroceder esos murmullos provocadores.

—Después de una semana o algo más, las aflicciones comenzaron a curarse solas. Estaba más activa que en casa y

eso me ayudaba a dormir; poco a poco el *charpal* dejó de ser tan duro. Leí en mi Nuevo Testamento algo que cambió por completo mi actitud hacia toda clase de trabajo doméstico:

*Así que se levantó de la mesa, se quitó el manto y se ató una toalla a la cintura. Luego echó agua en una vasija y comenzó a lavarles los pies a sus discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba a la cintura.*

*Juan 13:4,5. (NVI)*

Eso era algo nuevo para mí. Tenía delante un ejemplo de humildad y de servicio, que nunca podré olvidar y que sacudió la raíz misma de mi orgullo. Mientras hacía el trabajo que se me asignaba, ponía delante de mí el perfecto ejemplo de Jesucristo, que se hizo siervo por mí: entonces no resultaba demasiado difícil servir a otros por amor a El.

Estuve cinco semanas en aquella casa antes de mi bautismo. Cuando le pregunté al Reverendo Aslam Khan la causa de la demora, dijo:

—Oh, tengo que hacer algunos arreglos.

Más tarde comprendí que quería observarme por un tiempo para estar seguro de la seriedad de mi deseo de ser bautizada. No hubiera sido bueno dar ese paso y luego volver atrás.

Pero me sentía inquieta por temor a ser descubierta.

Me preguntaba si mi familia no habría ido ya a preguntarle a Razia, de modo que le escribí a ella:

“Todavía tengo algunos asuntos que resolver acá, antes de mi regreso. Por favor, no le digas a mi familia dónde estoy. Pronto te voy a explicar todo”

Más tarde supe que Razia y su madre eran tan buenas como su palabra, y mantuvieron mi secreto, aunque les trajo no pocas dificultades. Estoy contenta de decir que ahora ella está casada con un fiel y sincero amigo, que me defendió a

un gran costo, aun cuando no comprendía los movimientos que yo estaba haciendo.

—Todo el tiempo que estuve con el señor y la señora Khan asistía Iglesia Metodista de la calle Warris. Entre los cristianos encontré una libertad para la adoración como nunca antes había experimentado. Había muchas cosas diferentes aquí.

Lo primero que me llamó la atención al caminar era la decoración. En la mezquita Islámica la decoración es totalmente abstracta: palabras del Corán, diseños de baldosas, columnas, cúpulas, alfombras. También se recurre a luces y sombras para provocar efectos. Nunca se dibuja la figura humana ni ninguna figura sobre Dios, porque ¿cómo puede lo creado imaginar a su creador? Aquí había vidrio coloreado en las ventanas, con una figura de Jesucristo orando, había flores sobre una mesa y se oía música. Sobre la bóveda había palabras, no en árabe sino las palabras: “He aquí yo estoy a la puerta y llamo.” Pensé en eso. En Paquistán hay muchas llamadas. Todo el mundo toca fuerte en las puertas y verjas, pero la llamada de Jesucristo a la puerta de mi corazón había sido muy suave.

Luego advertí la manera amable en que las familias se sentaban juntas: hombres, mujeres y niños. Las personas solteras eran admitidas en estos grupos familiares. En el Islam lo habitual era que solamente los hombres fueran a la mezquita. Las mujeres hacían sus oraciones en casa. Comprendí qué poca enseñanza recibían muchas de ellas, pero es que el Corán dice que las mujeres son inferiores a los hombres, aunque también enfatiza que ellas deben ser tratadas con justicia e igualdad. Pero los hombres representaban a sus mujeres en la mezquita. ¡Cuán diferente

es en el cristianismo, en el que Dios trata con cada alma por medio de Jesucristo, quien murió por cada uno de nosotros!

La Biblia dice que en Cristo no hay diferencia de raza (judíos o griegos), clase (siervo ni libre) o sexo (hombre o mujer). Aquí había un tratamiento igual de una clase nueva y maravillosa. Dios aceptaba mi oración al igual que la de mis hermanos en Cristo, y la comunión de los creyentes se expresaba al reunimos juntos como el Cuerpo de Cristo.

Sentía que la presencia de estas cuerdas invisibles mantenía unida aquella Iglesia en su nueva "comunión cristiana" mediante las oraciones que hacían por los enfermos, los ancianos y los que tenían dificultades. Lo experimenté cuando me dieron la bienvenida en medio de ellos. Poco a poco comencé a sentir como si la Iglesia estuviera tomando el lugar de la familia que había dejado atrás. Aquí tenía hermanos y hermanas en abundancia.

Advertí que la predicación de los ministros se basaba en temas sencillos, pero se refería a cosas profundas, tomadas de un libro que daba sentido a mi persona." Mediante esa enseñanza oía que el Señor Jesús me hablaba, no de una forma tan directa como la que me había hablado en mi habitación, pero si aplicando la Biblia a mi vida.

—Además, comprobé que hablaba como tratando de convencer a algunos de los que lo escuchaban. Comencé a comprender que algunas personas que se llamaban a sí mismas "cristianas" no lo eran tan de corazón como yo. Yo había vivido desde mi nacimiento en un ambiente estrictamente ortodoxo y tal vez no había comprendido que eso podía ser cierto con respecto a los musulmanes.

El que me hospedaba me había prevenido que no hablara demasiado acerca de mi misma. Sin embargo, conté algo

sobre mi sanidad y mi conversión y la gente de la iglesia estaba asombrada:

—¿Quiere usted decir que Jesucristo se le apareció en la habitación y que la sanó?

Yo me preguntaba por que mi experiencia era tan extraña. No había dudas de que Jesucristo podría obrar como lo había hecho en mí, en la vida de cada creyente. ¿O acaso no era así?

—Es de acuerdo con tu fe — me dijo Aba—ji cuando se lo pregunté.

Esa era una declaración liberadora. VI que en eso estaba implicado un principio; que la fe era la llave para la continuidad de esta maravillosa experiencia cristiana y esta vida de milagros en la cual me había embarcado. Reflexioné en el pasado y vi cómo mi fe había crecido en mí sin recelos desde mi fracaso en encontrar la sanidad en la Meca. Esa fe que movía montañas había llegado como un don. Había crecido desde un estado desvalido y de necesidad. Mi clamor había subido al oído de un Dios que yo conocía, pero que me concia a mí, y que se estaba moviendo en mi vida. En la quietud de la noche decidí mantener mi fe firme, sin importar qué dificultades hubiera por delante.

—Por fin llegó el día de mi bautismo, el 23 de abril. Tuvo lugar en una habitación de la casa, en la cual había un tanque para esa clase de acontecimientos. Se reunieron allí el señor Major y su esposa. Y algunos de sus amigos.

El ministro de la Iglesia de la calle Warris realizó la ceremonia, que fue sencilla y precisa. Cuando me sumergió en el tanque, sentí que estaba dejando en el fondo la vieja Gulshan, con sus antiguas maneras de pensar y sus viejos deseos y que emergía una nueva Gulshan, "sepultada con El en el bautismo y resucitada a nueva vida",

Esa vida nueva brotó en mí y yo deseaba dar testimonio de ella. Aquellos ancianos que estaban presentes me dieron un nuevo nombre: Gulshan Esther. Más tarde leí que Esther fue una testigo delante del rey en favor de los judíos, el pueblo de Dios, y que estuvo en peligro por eso. En mi caso me pareció muy apropiado.

Concluido el culto, las mujeres vinieron y me besaron en La frente, y los hombres me estrecharon la mano mientras me, daban la bienvenida a la Iglesia de Cristo. Me sentí animada por su verdadero amor cristiano. Cuando se fueron, el señor Aslam Khan me preguntó cómo me sentía:

—Bien—le respondí—, pero ahora quiero testificar sobre lo que ha sucedido.

Movió la cabeza.

— Puedes testificar con tus acciones. No es necesario testificar sólo con la boca.

Pero recordé las palabras que Jesucristo me habla hablado: "Eres mi testigo. Ve a mi pueblo."

Lo miré, con la cabeza levantada, negándome a ser derrotada.

—Siento que Jesucristo me quiere como su testigo. ¿Puedo hablar en la Iglesia?

— No creo que en realidad estés preparada para eso ..

Tienes un testimonio que cumplir en tu casa. Dios lo aceptara.

Ese hombre no conocía a esta Gulshan Esther.

—Bien—le dije—, si no puedo testificar aquí, entonces debo ir a casa y decirlo a mi familia. Quiero hacerlo de cualquier manera.

Pareció realmente preocupado por eso.

— No, sería perjudicial para ti. Ellos no aceptarán tu bautismo y te harán daño.

— No creo que mi familia haga algo para dañarme, pero no iré hasta que parezca aconsejable hacerlo. ¿Me enviaría usted, en cambio, a un Instituto bíblico, para que pueda aprender más, a fin de hablarles a ellos?

Me miró con firmeza y me pregunté qué estaría pensando. Comencé a sentirme un poco incómoda por insistir tanto en mis propios deseos. Era joven y estaba ansiosa de hacer la obra que estaba segura Dios había puesto delante de mí; pero no comprendí entonces cuan falta de experiencia y tosca era. Apenas estaba comenzando el verdadero peregrinaje de mi vida

—No creo que podamos hacer eso en este momento —dijo el señor Aslam Khan con firmeza —Eres demasiado joven en la fe, pero si debes encontrar algún tipo de trabajo cristiano para hacer, podemos ubicarte en la Escuela Sunrise para ciegos .

Me explicó algo sobre la escuela y cómo cuidaba de los niños ciegos que no podían recibir educación en las escuelas comunes. El pensó que podría conseguirme un trabajo allí como directora. Estuve de acuerdo con eso, entusiasmada con la idea.

Ya había conocido al rector de la escuela, de modo que en seguida se hicieron los arreglos para que fuera él a buscarme en su camioneta. El día siguiente, mientras cruzábamos el viejo puente Ravi y el sucio curso del río, y entrábamos en las instalaciones de la Escuela Sunrise, sentí que estaba cortando amarras con mi vida pasada. De aquí en adelante era una nueva persona, con un nuevo nombre y un nuevo destino.

El tiempo que estuve como una de las directoras en la Escuela Sunrise para ciegos en Lahore, marcó una nueva etapa de crecimiento. En un instante pasé de ser dependiente

de otros a ser responsable de un grupo de pequeños niños ciegos teniendo que preocuparme por sus necesidades físicas. Tenía que aprender a desenvolverme en un mundo del todo diferente y afirmarme por mí misma. No fue fácil.

En efecto, no resultó fácil, pero sí mejor de lo que podría haber sido. Ese edificio sólido de ladrillos rojos había visto muchos cambios desde que fuera fundado como hospital o leproso por su benefactor indio, el Caballero Ganga Ram. Sus cenizas permanecen en la puerta de al lado en un deplorable *samedhi*. La señorita Fyson se hizo cargo del instituto en 1958 como una Escuela Cristiana para los Ciegos y se retiró en 1969. Pensé en ella con gratitud. Para mí fue un ambiente perfecto y protegido para aprender a vivir en el mundo que estaba fuera del velo. Como una señal de mi ruptura con mi vieja vida, me corté el cabello y le encargué a un sastre que me hiciera dos capas blancas para usar sobre mi *shalwar kameeze* cuando tuviera que salir.

Para mi alegría descubrí que aquí había verdaderas recompensas —no en rupias, ya que el pago era sólo de alrededor de cuarenta por mes—pero sí en el amor incondicional de mis jóvenes pupilos. Los niños iban a la escuela desde los cinco a los dieciséis años. La mitad eran musulmanes y la mitad cristianos, y todos jugaban juntos un papel muy feliz, y la única separación que se hacía era para recibir su enseñanza religiosa y para orar.

Había cuarenta niños en 'mi sección de la escuela. Mi deber era cuidar de los varones más pequeños, estar con ellos en las comidas, ser para ellos ojos en los jardines de la escuela y dormir en su dormitorio. Tenía que cuidar de sus ropas y algo de su lavado, ayudarles a lavarse solos, hacer sus camas y supervisar una tarea que, ellos no hacían bien: lavar sus platos después de las comidas. También tenía que limpiar las

ventanas y fregar las mesas. Además de eso debía enseñarles sobre los niños de la Biblia, y una vez cada dos semanas me tocaba el turno de llevarlos a la Iglesia.

Había otras dos directoras; primas, que eran cristianas. Al principio no eran amigables conmigo y hablaban solas entre ellas, a pesar de que trabajábamos en una relación muy: estrecha. Además mostraban su descontento de otras maneras desagradables. Pero después de algunos días comenzaron a simpatizar conmigo y comenzaron a ayudarme con los trabajos que para me resultaban difíciles y me servían de intérpretes para con el rector que hablaba solamente inglés y no sabía el idioma urdu.

Cuando ellas tenían que buscar engrudo y jabón en la oficina del rector, también lo pedían para mí. Me ayudaban cuando tenía dificultades con mis manos. El trabajo era más rudo de lo que yo estaba acostumbrada y mis manos eran delicadas. En la primera semana se me pusieron muy agrietadas por el jabón que usábamos para lavar la ropa. Luego me quemé una mano trabajando en la cocina. Por último, mientras fregaba las mesas me clavé unas astillas en las manos Y' me sangraron. Me sentía bastante incómoda. Rosina, una de las primas, fue conmigo a ver al rector para hacenne de intérprete.

Era muy simpático, pero mientras le daba a Rosina el aceite para la quemadura me dijo:

—No puedo hacer nada para aliviarla de este trabajo. Lo siento, pero si no puede hacerlo tendrá que irse. Vea si las otras pueden ayudarla.

—No te preocupes, nosotras te vamos a ayudar—dijo Rosina alentándome mientras volvíamos a nuestras habitaciones.

Yo le sonreí agradecida.

De vuelta en mi cuarto, tomé mis aflicciones Y las llevé a la fuente de consuelo que nunca falla. Pronto noté que mientras que mis manos sólo estaban quemadas —tal vez por mi propio descuido— las manos de Cristo habían sido clavadas a la cruz por mí, y mis sufrimientos eran nada comparados con los suyos.

Sin embargo, aunque no se notaba a simple vista, era evidente que quedaban por pelear duras batallas.

Poco después de llegar a Sunrise llamé por teléfono a mi hermano menor, Alim Shah.

—Creo que debes saber que me he vuelto cristiana de veras —le dije—, y ahora estoy trabajando en una escuela para niños ciegos en Lahore.

Se oyó un resuello del otro lado de la línea:

—¿Qué es lo que hiciste? —dijo Alim Shah —, Ven, vuelve a casa y olvida todo eso.

—Ahora que he encontrado el camino, la verdad y la vida, ¿cómo podría olvidar todo esto?

—¿Te has vuelto loca? —respondió él—. Si sigues diciéndome esas cosas, mi puerta estará cerrada para ti para siempre. En lo que a mí respecta, estás muerta.

—Está bien, pero dime esto: ¿cómo puedo dejar la verdad para regresar contigo? No puedo hacer eso a ningún precio.

Su tono era severo y uniforme:

—Ya lo veo. En ese caso mi puerta está cerrada. ¡Estás muerta! No quiero ver otra vez tu rostro y no verás más el mío.

Sonreí por eso.

—Bien, si tu puerta está cerrada, la puerta de mi Padre celestial está abierta para mí, si en lo que a ti respecta estoy muerta, es porque estoy muerta en Cristo Jesús. Y si tú

mueres en Cristo Jesús, también vivirás y entonces podrás verme,

Su respuesta fue cortar la llamada.

El mismo día le escribí a mi tío diciéndole que me había hecho cristiana y me había bautizado. También le escribí a Safdar Shah, contándole lo mismo. Deseaba saber, con nerviosa expectación, cómo reaccionarían. Ansiaba que me comprendieran y me aceptaran como era ahora y que me permitieran vivir de nuevo entre ellos. Pero en el fondo de mi corazón sabía que eso no sería posible. En el caso de que volviera a casa nunca me darían la libertad de adorar como deseaba.

Durante ese tiempo no confiaba en nadie en la escuela.

Eso lo hice por consejo del Reverendo Aslam Khan. Me encontraba en una situación precaria, con tanta oposición que se levantaba contra mí, y ese amable ministro realmente se preocupaba por mí y por otros cristianos que tenían que ver conmigo. Por ello, cuando los niños me preguntaban acerca de mí, evitaba darles respuestas directas. En cambio, yo tenía muchas otras cosas para decirles que ellos querían escuchar. Les encantaba prestar atención cuando les contaba historias bíblicas.

—Oh Baji —pedían a la hora de ir a dormir—, cuéntanos otra historia.

Bien, sólo una más y luego hay que apagar la luz. Y yo les leía o les contaba historias que Jesús contó, sobre las noventa y nueve ovejas que estaban seguras en su redil y sobre la única que quedaba afuera, en las montañas, sola y perdida. Les contaba sobre el hijo menor que consiguió todo el dinero que su padre le daría como herencia y se fue lejos y lo malgastó todo, de modo que nadie lo quería tener como amigo y ningún padre le confiaría la dote de su hija.

También les contaba las historias del Corán acerca de Abraham, de Isaac, de Ismael y de Sara y Agar. Los musulmanes creen que Abraham (a quien ellos llaman Ibrahim) preparó a Ismael para ofrecerlo en sacrificio. El relato bíblico dice que Abraham ofreció a Isaac, que era su hijo legítimo.

Había ciertas reglas en el hogar que no permitían dar un "colorido" religioso cuando se contaban historias a los musulmanes, de modo que debía moverme dentro de esas reglas. Yo les contaba a los niños ambas versiones y luego les preguntaba: ¿Cuál es la verdadera?

Cada grupo decía que la suya era la verdadera. Por lo menos ellos llegaban a saber que había dos versiones.

También cantábamos canciones. Les enseñé himnos y coros que les encantaba a todos los niños. Una de las canciones favoritas que cantaban con mucha alegría era:

*Oh, cantádmelas otra vez,*

*bellas palabras de vida.*

*Hallo en ellas consuelo y paz,*

*bellas palabras de vida.*

Después de las nueve de la noche terminaba nuestro día y entonces tenía tiempo para leer y estudiar la Biblia para mí misma. Cada vez que la abría sucedía la misma cosa. Era como si tuviera un intérprete, que me ayudaba a comprender. Si una noche me preguntaba "¿qué significa esto?", podía estar segura de que antes que pasaran muchos días ya lo habría comprendido. Estaba creciendo en conocimiento espiritual.

Esa clase de aprendizaje tenía su complemento con el que obtenía de los niños ciegos. Ellos hacían frente a todas sus desventajas con paciencia y alegría. Los amaba por eso y, observándolos, aprendía de ellos. Tal vez comprendí tan bien

su situación porque me di cuenta, mientras los miraba jugar, de que yo también había sido ciega por un tiempo al amor de Dios. Ahora podía ver.

Luego llegó el contraataque de mi familia. Recibí una carta de Safdar Shah. La había estado esperando, con un sentimiento de temor.

Comenzó cortésmente, como siempre, diciéndome que nunca hubiera esperado oír tales cosas de mí:

Eres mi querida hermana. Amabas mucho a Dios y mi padre te amaba mucho, y tú aprendiste de él muchas cosas sobre el Islam. En realidad, no necesito decirte esas cosas, pues ya las sabes. Debes saber también que una hija de un Sayed no puede seguir el camino que estas siguiendo. Debes volver atrás:

Mi hermano me contó acerca de que te volviste cristiana y que crees en Jesucristo como el Hijo de Dios. Eso no es correcto para nuestra familia ni para nuestra religión. Te sugiero que tan pronto como leas esta carta vuelvas a mi casa y escuches mi consejo. Como Sabes, tengo las escrituras de todas las propiedades que están a tu nombre. No podrán ser entregadas a una cristiana que ha sido hija de un Sayed.

Agregó que todo Paquistán sabía que ahora yo era cristiana y que por lo tanto no tenía derecho a esa propiedad. La carta terminaba:

Si no dejas el cristianismo, no escatimaré esfuerzos hasta que estés de regreso. Mi religión me permite matar a una hermana

que se ha hecho cristiana, y aun así ir todavía al Paraíso.

Esa carta me perturbó mucho. Mi padre me había dejado su propiedad con gran amor y ahora ellos estaban procurando privarme de ella porque me había hecho cristiana. Pensé en mi casa campestre de paredes blancas y sentí deseos de llorar. No parecía justo.

Orando por esa situación leí en Juan 14:1,2: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre, muchas moradas hay. Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.”

Esas palabras me dieron consuelo. Tenía un hogar prometido arriba.

Rompí la carta y tiré los pedazos en el cesto de basura. Luego fui a una reunión y, mientras cantábamos, pensaba en las animadas palabras: “Oh, qué amigo nos es Cristo.”

Tres días después llegó el tercer ataque: una carta de mi casa escrita por mi tío. Tenía diez páginas y estaba escrita en papel blanco de notas, y venía en un sobre azul.

Decía en ella que me estaban extrañando mucho, mencionando a Salima y Sema. “¿A quién van a servir ellas ahora?” Eso me provocó un agudo dolor.

En términos muy amables me pedía que volviera a casa, y terminaba así:

¿Te has vuelto atea? Oramos para que vuelvas al Islam y regreses a casa.

El sol brillaba sobre los niños mientras jugaban en el césped en medio del jardín; pero donde yo estaba con la carta en la mano, una sombra gris de temor y de duda ponía sobre mí su mano fría.

Abrí la carta y mientras lo hacía oraba de esta manera: "Oh Señor Jesús, no les he hecho nada malo. ¿Por qué se están portando así conmigo? Ahora me encuentro en realidad rodeada por ellos. ¿Me dirás qué respuesta debo darles?"

Cuándo tuve tiempo de pensar de nuevo sobre eso, lo consideré desde un punto de vista muy diferente. Ellos no me iban a dar mi propiedad, de modo que por lo menos estaba libre de toda la carga que eso representaba. Podría utilizar mi vida sirviendo en la escuela a los ciegos y yendo a la Iglesia y adorando.

*¿No era eso mejor que la vida inútil que estaba viviendo antes, paralizada en mi cama?* me pregunté a mí misma.

Pasé un día pensando y orando sobre mi respuesta y, cuando contesté, lo hice sobre un fragmento de papel de un cuaderno de notas:

Querido tío:

Recibí tu carta y me doy cuenta de todo lo que me dices. Con el mayor respeto Quisiera señalar cinco cosas:

1. Encontré el camino, que es el camino recto a Dios. A Jesús dijo: "Yo soy la puerta; el que por mí entrare será salvo, y entrará, y saldrá, y hallará pastos" (Juan 10:9). Si tú vas a una casa, no puedes entrar sino por la puerta. Hay una puerta a Dios y esa puerta es Jesucristo. Los que no aceptan el camino de Cristo no pueden tocar a la puerta. Los profetas son *chowkedars*.
2. Encontré la verdad. "Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?" (Juan 8:45,46a).

3. Encontré la vida. Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá” (Juan 11:25) .

4. Encontré el perdón de pecados.

5. Encontré la vida eterna. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree no se pierda, más tenga vida eterna" (Juan 3: 16).

Me has llamado atea; ven y pruébalo mediante esas cinco cosas que he encontrado. O bien prueba eso o ten cuidado de no llamarme una atea.

No dije nada sobre la propiedad ni sobre ningún otro tema. Desde aquel día hasta hoy no he tenido jamás una respuesta a esa carta.

Después de eso me dejaron en paz durante varios meses, pero el tío y la tía, según lo supe más tarde, unas semanas después de recibir mi respuesta, Empacaron sus pertenencias, dijeron que se iban a Karachi y abandonaron la casa. Algunos dicen que se fueron para Irán, ya que son musulmanes shiitas. Eso se debió a que temían la ira de Safdar Shah, que los considera culpables de lo que había pasado.

## 10 HERMANAS

Llegó diciembre y comenzaron los preparativos para la Navidad. La mayoría de los niños ciegos se iban a su casa, pero algunos permanecían allí. Por eso decoramos el comedor con un árbol y algunas guirnaldas y preparamos un pequeño pesebre: En los felices y entusiastas rostros de los niños se dibujaba una expresión de asombro al escucharla sencilla historia de la venida del niño Jesús al mundo.

Para mí también fue una experiencia especial. Era la primera vez que gustaba el sabor de esa fiesta cristiana. Desde entonces he cantado muchas veces la tradicional canción:

*Oh, Santísimo, felicísimo,  
grato tiempo de Navidad.  
Al mundo perdido, Cristo le ha nacido,  
alegría, alegría, cristiandad.*

No es de maravillarse que hasta los cristianos nominales, que nunca tuvieron un encuentro personal con el autor y consumidor de su fe, disfrutaban de bendición por celebrar su nacimiento, proveyendo la mesa, entre otras cosas, con el pavo, el pan dulce, el pollo, el *pilau* o el arroz dulce. Es que la alegría de la Navidad ha cruzado todas las fronteras.

El rector y su esposa hicieron modestos regalos, que consistían en dulces y juguetes, y todos fuimos en la camioneta de Sunrise; al culto de celebración que tuvo lugar

en el Ejército de Salvación. Nosotras, las directoras, fuimos invitadas a su casa campestre para compartir su mesa.

Poco después de Navidad, me llegó un visitante inesperado, que me trajo noticias muy desagradables. Mi cuñado, Blund Shah, de Rawalpindi, vino a verme a la escuela. Se alojó en la habitación para huéspedes. Parecía cansado y abrumado. Me dijo que mi hermana, Anis, estaba gravemente enferma en Gujerat, donde había pasado los últimos tres meses, en una casa campestre alquilada. Debido a que tenía un embarazo complicado, era atendida por el médico de su familia, que había sido trasladada a un hospital de ese lugar. En el séptimo mes, el embarazo presentaba dificultades. El bebé estaba muerto y los médicos del hospital no podían detener la hemorragia.

—Está al borde de la muerte y no hace sino repetir tu nombre. ¿Podrías ir conmigo ahora mismo? Tengo el automóvil afuera.

Me resultó imposible desoír esa petición. Se entreabría una puerta que había considerado cerrada para siempre.

—Oh, mi pobre hermana. Por supuesto que iré; pero primero debo pedir permiso.

Me disculpé y abandoné la habitación. Escuché en mi oído un suave murmullo que me dijo:

—Cuando llegues, ya estará muerta. Si vas allá, perderás tu tiempo. No te dejarán hablar de esas cosas. Aun tratarán de impedir que regreses ..

Antes de ver al rector, fui a mi habitación y oré. En seguida tuve una respuesta clara:

—Debes ir a verla. No morirá. La mantendré viva. Pedí permiso para salir por dos días. Me lo concedieron, y guardé algunas cosas pequeñas en mi valija. Salimos a las cinco de la tarde. Luego de un viaje de tres horas, llegamos a la casa

en Gujerat, donde nos recibieron con noticias desalentadoras:

—Está muerta —dijo la médica de mi hermana, la doctora Khan —.

Murió a las siete de la tarde. Perdió mucha sangre.

Me dirigí a la habitación donde estaba acostada mi hermana. Tenía la mirada contraída, el rostro amarillo grisáceo y los labios azules. Su esposo prorrumpió en lágrimas y uno de su familia lo llevó hacia afuera en forma compasiva.

La habitación se llenó de personas que lloraban ... miembros de la familia y vecinos. Las noticias de la muerte corren rápido y la gente acude pronto para dar sus condolencias por el fallecido.

Me arrodillé y lloré junto a la cama..

“Jesucristo —dije en mi corazón—, me dijiste que estaría viva. ¿Qué haré? Está muerta.”

Seguí orando:

“Jesucristo, tú eres el camino, la verdad y la vida. Por favor, haz este milagro y levántala.” Continué orando en esa forma hasta que se afirmó en mí el pensamiento de lo que Jesús había dicho: “No morirá. La mantendré con vida”

“Señor, pon un poco de vida en ella para que pueda hablarle de ti por un momento.”

Por fin escuché una voz que decía: “No está muerta. Vive. He prolongado su vida.

Entonces me levanté y les dije a todos:

—¿Por qué lloran? No está muerta, sino que vive. Hubo una consternación general.

—Está loca Pónganla en la otra habitación. Enciérrenla.

Me empujaron hacia afuera y me metieron en un dormitorio vacío. Escuché el ruido del picaporte que cerraba la puerta

por fuera. Me había convertido en una prisionera. Allí oré: “Señor, levanta a mi hermana, para que crean que está viva.” En ese momento celebraban los últimos ritos y preparaban el ataúd. Habían lavado temprano el cuerpo de mi hermana y cambiado sus ropas. Iban a bañarla otra vez, pero no durante la noche. Alrededor de las ocho de la mañana escuché de nuevo el ruido del cerrojo afuera; había sido liberada para dar mi último homenaje a mi hermana ..

Me puse de pie junto a su cama con otras señoras. La esposa del *maulvi* pronunció las *Kalmas* sobre el cuerpo, y luego ella y otras tres se adelantaron para levantar el cuerpo para darle el baño final. Vi que habían puesto en las manos y los pies de mi hermana el tinte rojo ... el signo de la felicidad, la señal de la sangre ... Luego la iban a envolver en una sábana para colocarla en el cajón.

De pronto mi hermana movió el brazo, abrió los ojos, se incorporó de un solo movimiento y miró a su alrededor con asombro. Luego se miró las manos sin detenerse y preguntó.

—¿Qué sucedió?

La gente profirió gritos. Algunos cayeron hacia atrás y otros trataron de escapar de la habitación. Hubo un pánico increíble. Abracé a Anís y ella se tomó de mí. La gente volvió. Luego todos me miraron.

—¿Qué es lo que ha hecho? ¿Cómo una persona muerta puede incorporarse?

Me llené de alegría y de un sentimiento claro de la grandeza de Dios.

—Pregúntenle a ella qué fue lo que sucedió —dije—sonriendo.

Anís, habló entonces en su tranquila manera habitual. \

— No se asusten por mí. Estoy viva.

Su esposo y el *imam*, el *maulvi* y el *muezzin* de la mezquita vinieron corriendo al oír la conmoción. El *maulvi* se puso las manos en la cabeza y preguntó:

— Batí, dime la verdad. ¿Qué sucedió? ¿Qué te pasó?

Hace catorce horas que moriste. Estábamos preparando tu funeral.

— Yo no estaba muerta — dijo ella.

—Estabas muerta. No tenías vida —Insistió la médica

— Yo no estaba muerta, estaba durmiendo —dijo mi hermana—. En mi sueño soñé que estaba a punto de poner el pie sobre una escalera. Al tope de la escalera había un hombre con ropas blancas que tenía una corona de oro y de su frente salía una luz. Vi su mano sobre mí y de su mano también venía una luz. El dijo: “Yo soy Jesucristo, Rey de reyes. Te enviaré de vuelta y, en el tiempo que corresponda, te traeré de nuevo acá.” En eso abrí los ojos.

Dijo eso con el rostro iluminado de felicidad. Las palabras no alcanzan para describir la alegría y el regocijo que hubo en nuestra familia. Aproveché la oportunidad para contar a cualquiera que quisiera escucharme acerca del profeta obrador de milagros, que era alguien más que un profeta: Jesucristo.

Incluso el esposo de Anís, que había sido uno de los que al principio estuvo más en contra de mí, decía ahora que mis oraciones habían hecho volver a su esposa a la vida..”

¿Quién es ese gran profeta que tú has visto? — preguntó después de tres días cuando los visitantes se habían dispersado ..

Tomé el Corán y le mostré los pasajes acerca de Jesucristo en el Sura Maryam. Luego le mostré en mi Biblia la historia de la resurrección de Lázaro en Juan 11 :43,44 ..

— ¿Crees ahora que Jesucristo resucita a los muertos?

Dice aquí que El clamó; “¡Lázaro, ven fuera!” y que Lázaro salió de la muerte.

— Sí, creo que eso lo hizo Jesús, el hijo de María — contestó pausadamente —. Mi esposa tiene una segunda vida. Parecía feliz y aceptaba lo que le había dicho.

Pero el mayor de los cambios se produjo en Anis.

Siempre había sido una hermana amorosa para mí, pero ahora parecía irradiar gozo y paz. La escuché contándoles al *maulví* y a su esposa todo lo referente a su visión de Jesucristo y me di cuenta de que la escuchaban con intensa concentración. Pero después de eso comenzaron a mirarme con desagrado...

— Dime algo más sobre Jesús — me susurró ella en uno de los breves momentos en que podíamos estar solas.

Entonces le di un pequeño ejemplar del Nuevo Testamento y prometió que lo leería, aunque sentía que necesitaba que alguien le ayudara a comprenderlo. Comenzó a leer el Evangelio de Mateo y le expliqué cómo nació Jesús y cuál era su genealogía.

— Sigue orando por mí. Yo seguiré fiel a lo que he visto para poder seguir a Aquél que me devolvió la vida — agregó —. Soy una mujer casada que necesito que ores por mí.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me di cuenta con profunda intensidad cual era su posición.

Con todos esos acontecimientos, la escuela Sunrise había pasado en mi mente a un segundo plano. De pronto comprendí que debía regresar. Lo cierto es que estaba ansiosa por ir y contarles a algunas personas los milagros que habían sucedido. Cuando me iba para tomar el ómnibus de regreso a Lahore, Anis apretó mi mano y dijo:

— Mi puerta está abierta para ti. Cada vez que quieras puedes venir. Aunque el resto de la familia no quisiera verte, yo sí.

Mientras el ómnibus partía de la estación de Gujerat, repleto de gente del campo y de la ciudad, me puse a pensar en los sucesos de la visita, que comenzaban a quedar detrás de mí como un sueño feliz. Había una cosa que se destacaba: todavía amaba a esa gente y su mundo, pero no podía vivir más en él. Era una peregrina, no en el camino a la Meca sino en una ruta más directa a Dios, por medio de Jesucristo. Sunrise había llegado a ser una parte en la senda de mi peregrinaje. Mientras el ómnibus se tambaleaba en la ruta hacia Lahore, yo anhelaba el momento en que saludaría otra vez a mis varoncitos ciegos.

Sin darme cuenta, había cometido un serio error. Lo dijeron las autoridades de la escuela cuando me presenté después de algunos días.

— Tú pediste dos días y te has tomado cinco.

La entrevista fue penosa y me despidieron de mi trabajo sin darme siquiera la posibilidad de ofrecer una explicación. Remité mi defensa a Dios y dejé que El mismo fuera el juez. Más tarde me detuve junto a un poste de la luz eléctrica a la orilla del camino a Ravi. Todavía me sentía sobresaltada y aturdida por la forma repentina en que había sido despedida. Tenía hambre; había pasado la hora de almuerzo y no había comido nada desde mi temprano desayuno; Hacía frío y todo estaba nublado, iba a oscurecer muy temprano. Recordé que el *dhobi*

Tenía algunas de mis ropas y mis ropas de cama que no me habían sido devueltas. Los rostros ciegos y pacientes de los pequeños niños aparecieron delante de mí y las lágrimas aguijonearon mis ojos. No podrían escuchar más las historias que les contaba su Ba-ji. Además, en la escuela me debían

dinero. No tenía nada, salvo lo que mi hermana me había dado esa mañana. Permanecí allí perpleja, dándome cuenta de que en un lugar solitario donde Una musulmana convertida no gozaba de ninguna protección .

— Padre— le dije a Dios, rindiendo mi destino en sus manos —, en esta ciudad hay gente buena y mala. ¿Tienes alguna habitación para tu hija? Dime, por favor, a dónde puedo ir.

De inmediato tuve la respuesta: “Vuelve a Gujerat” Tenía lo suficiente para el pasaje. Alcancé el ómnibus de las dos de la tarde, luego tomé una tonga, y le di una sorpresa a mi hermana. Ella me abrazó y dijo con alegría:

— Estoy muy contenta porque has vuelto. Ahora me ayudarás a comprender la Biblia.

Hasta Blund Shah estaba contento de verme de regreso, ya que sería una compañía para su esposa. Ella extrañaba a sus hijos, dos niñas de ocho y seis años que estaban en Rawalpindi con sus abuelos. El también tenía que ir allí a controlar la empresa de ómnibus de la que era socio.

De modo que, durante un tiempo, mi hermana y yo disfrutamos de una nueva relación, que no tuvo impedimentos. Como dos jóvenes ovejas, nos apacentábamos en los pastos verdes de la Palabra de Dios, y mi hermana resultaba transformada al aprender más acerca de la experiencia de la nueva vida. Se había vuelto menos autoritaria con sus criadas y algunas veces hacía parte del trabajo por sí misma. Hasta les pedía a las criadas que comieran primero, diciendo: "Los pobres tienen el primer lugar." Es que había encontrado el versículo que dice: "Estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo."

Cuando le pregunté —sólo para estar segura de sus motivaciones —por qué estaba haciendo eso, ella me contestó:

— Quiero procurar ser una obediente sierva del Señor para que, si muero mañana, mi confianza esté firme.

La reacción de las criadas fue de veras sorprendente:

—Desde que nuestra Bibi ha regresado de la muerte, se ha vuelto como un ángel — me dijeron.

Las criadas trabajaban para ella con más dedicación, sirviéndole de corazón. Además, me mostraban un gran respeto. Un día Anís me preguntó sobre mi bautismo y escuchó con atención mi explicación sobre su significado.

— SI en realidad quieres la vida —le dije —, es importante que seas sepultada con Cristo en el bautismo. •

Cuando nos bautizamos, somos limpiados en cuerpo, mente y alma, y llegamos a formar parte de su pueblo.

—Quiero bautizarme —dijo entonces—, ya que ahora soy una cristiana. He tenido un cambio en mi corazón y quiero seguir un paso más adelante.

Mi alegría estaba mezclada con una preocupación. Me había costado mucho llegar a bautizarme. ¿Comprendería bien Anís el precio que tendría que pagar ella por cumplir ese acto?

— Me hará daño si no me bautizo —insistió con firmeza —.No seré ni una musulmana ni una cristiana. Quedaré fuera.

Entonces me di por vencida. ¿Qué derecho tenía a negarme a prestarle ayuda? Pero a la vez comprendí que no podría buscar la ayuda de un ministro cristiano, pues eso equivaldría a traer el desastre sobre la familia de Blund Shah, si no sobre alguien más. Debía realizar la ceremonia yo misma.

—Una tarde le—pedimos a la criada que llenara la bañera de cemento con agua templada y pusiera afuera algunas toallas y ropas limpias. Luego le dijimos que se fuera. Yo vi sus curiosos ojos oscuros vagar sobre nosotras mientras, cerrábamos la puerta del baño.

Me puse de pie con Anis en el agua y le pregunté si ella quería confesar su fe en Cristo.

—Ahora sepulto mi viejo yo —dijo ella—, y soy nueva en Jesucristo. y le seré fiel.

Luego la sumergí en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y la encomendé al cuidado de Dios. Fue un momento de victoria. Después Anis me dijo que cuando oró fue levantada como si fuera en alas de ángeles y vio en una visión personas de pie que estaban alrededor; y glorificaban a Jesucristo. I

En cuanto a mí, estaba comenzando a aprender que cuando siento gozo sobre algo, debo estar prevenida y, vigilar la actividad de las fuerzas de las tinieblas del mal. Esa ocasión no fue la excepción. Mi cuñado se enteró del bautismo. Creo que la criada con su agudeza auditiva, había podido decirle algo y él le preguntó a mi hermana qué habíamos estado haciendo.

Anís pareció estar herida en su interior cuando me dijo:

—Me preguntó sobre eso la noche anterior y le dije ,lo que significaba el bautismo. Ahora está enojado. No le gusta, o no entiende lo relacionado con la cruz. No se lo puedo explicar. Creo que está buscando la oportunidad para discutir contigo. Por favor, trata de no perturbarlo o, de lo contrario, te hará marchar.

Traté de ser especialmente agradable a mi cuñado; pero, sin quererlo, caí en una discusión con él.

Me desafió a que le dijera la diferencia entre leer el Corán y leer la Biblia. Claro que le dije que la diferencia es Jesucristo. El es el camino, la verdad y vida.

—Leer la Biblia está bien, pero la cruz no está bien —Blund Shah —Aun en tu Biblia dice que sólo un hombre que es maldito morirá en la cruz; Y ¿cómo puede un hombre que es maldito dar vida a otros?

Tenía una mirada de triunfo. Pensó que me había atrapado.

Esa era precisamente la introducción que yo necesitaba. Le leí Corintios 1:18: Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden."

No dijo nada, de modo que llena de atrevimiento leí Juan 1:29: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

Mi hermana se sentó y escuchaba con atención; miraba como a lo lejos, sin intervenir en nuestra conversación. Lo llevé a la Torah, a sus raíces musulmanas, Y le expliqué cómo Dios le había indicado a Abraham que; debía hacer sacrificios de sangre para la sustitución; pero, que después del sacrificio de Jesucristo no había más necesidad de efectuarlos. Le mostré eso en Génesis 22:11,12: "No extiendas tu mano sobre el muchacho." y luego en Juan 12:32: "y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo." Le dije que por el gran sacrificio de Jesucristo en la cruz que nuestros pecados son perdonados... El es el perfecto y completo sustituto.

Le dije que encontré la mención de esas cosas en primer lugar en el Corán y que luego alcancé una mayor comprensión de ellas en la Biblia. Le dije acerca de los profetas que predijeron la venida de Cristo. Le dije también que la Biblia no era simplemente un libro, sino la " palabra viviente de Dios y que, ante cualquier cosa que sucediera en mi vida, encontraba la correspondiente ayuda en la Biblia.

Terminé con Hechos 4:11, 12: "Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres en que podamos ser salvos.

Todo eso sucedía a las diez de la mañana en la sala de estar. Quedó sentado allí como si estuviera hipnotizado. Luego se recobró y me miró de cerca.

— ¿Quieres hacerme cristiano a mí también? ¡Estás hospedándote aquí, comiendo a mi mesa y a la vez minando nuestras creencias musulmanas de esa manera! ¡Ahora vete, y esta vez no vuelvas!

Mi hermana me dio algún dinero a escondidas y me susurró:

— No vuelvas a Lahore. Ve a Rawalpindi y allí te encontraré cuando vaya.

Me dio la dirección de una importante amiga de la familia, otra shiita, cuyo esposo era funcionario de alto rango en el gobierno. Ella tenía posiciones elevadas en sociedades de caridad, interesadas en mejorar la suerte de las mujeres, ofreciéndoles mejores condiciones. Allí podría haber algún trabajo en que yo me ocupara.

Esas eran buenas noticias. Debía encontrar un trabajo. Así que fui de nuevo en tonga a la estación de ómnibus y tomé uno rumbo a Rawalpindi. Tres horas y media después subí a otra tonga que me dejó en la puerta de la residencia de impuestos del Camino Peshawar. Coloqué una nota que llevaba mi nombre y el de mi padre, para que la señora que yo buscaba supiera que era de una familia amiga muy allegada y recordara quien era yo.

Invitada a entrar pasé por la alta puerta del muro, sintiendo que este era un paso correcto y confiando en un feliz desenlace

# 11

## ATRAPADA

Estuve de pie en el salón de recepción de la señora a quien fui a ver. Entretanto, soporté su minuciosa inspección lo mejor que pude. Era una señora de porte distinguido, más alta que yo, de tez rubia y cabello corto. Vestía una *shalwar kameeze* color rosado y un suéter, y tenía un chal sobre la espalda.

Me sonrió con afecto..

□ ¡Qué atenta has sido en venir a verme! Creo que no nos hemos visto antes, ¿verdad? Mi esposo no ha llegado aún. Estará en Islamabad hasta por la noche. Es un hombre muy ocupado.

Comenté en un susurro que había oído decir que era un hombre muy importante.—La señora inclinó su elegante cabeza y pidió que nos sirvieran té. Mientras lo tomamos, en finas tazas de porcelana china con diseños florales, ella mantuvo una conversación amable y cortés, interesándose por mi salud y preguntándome cómo había viajado desde Gujeter. Se mostró algo preocupada por lo que le dije acerca de Anis. No entré en muchos detalles, pues percibí que no deseaba que las criadas oyeran lo que podía contar.

Cuando terminamos nuestro te, me invitó a seguirla. Me llevó hasta su dormitorio, cerró la puerta, me pidió que me sentara y entonces volvió a las preguntas que habían quedado flotando en el aire y que no llegamos a expresar:

□ Por qué viniste sin el velo? Y ¿por qué viniste sola?

En tu familia las chicas no salen de esa forma, ¿Qué te sucedió? ¿Estás en alguna dificultad?

Yo tenía puesta una capa blanca con la *shalwar kameeze* y un llamativo pañuelo para el cuello alrededor de la cabeza, Hacía mucho que había dejado de usar la *burka*. No obstante, no tenía deseos de discutir sobre eso en ese momento.

□ Se sorprende de verme sin el velo □ le dije □ ¿No le sorprende verme caminar? ¿Sabía que estuve paralítica y enferma en cama durante diecinueve años?

□ Lo sé. Pero dime, ¿qué médico te trató para ponerte tan bien?

□ Le mostraré a mi médico.

Le leí en Marcos 2:9–11 la historia del paralítico que, fue llevado por cuatro amigos y que fue sanado por Jesucristo, y luego le alcancé la Biblia en urdu para que viera el relato por sí misma.

Tomó el libro como si fuera una serpiente, lo miró por un momento y luego me lo devolvió,

□ Este libro pertenece a los cristianos □ dijo con una expresión de disgusto.

□ Es cierto, y yo también soy cristiana □ le contesté.

Se afirmó en el brazo de su silla.

□ ¿Qué estoy escuchando?

□ Esa es la verdad. Ahora pertenezco a la persona que me sanó a mí.

□ ¿Qué quieres decir exactamente con eso? □ Entonces le conté la historia suprimiendo los nombres de los cristianos.

Noté que mi anfitriona hizo un esfuerzo por calmarse.

Se levantó de la silla y dio algunos pasos rápidos alrededor de la habitación, luego volvió a sentarse otra vez frente a mí e inclinándose hacia adelante me clavó una mirada de intensa preocupación

—Pero entonces— dijo —si Jesucristo te sana ¿es necesario que te hagas cristiana?

— En mi caso sí. Encontré una vida nueva y ahora pertenezco a la persona que me dio esa vida nueva. Por amor a su nombre fui echada de mi casa. Pero no vine a discutir sobre religión con usted. Vine para pedirle si le fuera posible darme algún trabajo en una de sus instituciones femeninas. ¿Puede hacerlo? Un trabajo sencillo será suficiente; no estoy pensando en uno con un sueldo importante.

Hubo un breve silencio, mientras ella observaba con atención el diseño de la alfombra.

—Ya le veo. ¿Sabes que pensaba que alguien te había secuestrado de tu casa y que te habías escapado para pedir ayuda?

Se rió con melancolía.

—Está bien. Estarás conmigo por una noche y luego mañana haré algún arreglo para ti.

Me dio una habitación y una de sus criadas me sirvió la cena. Hice una breve oración y fui a dormir, cansada pero en paz. Los lazos familiares, aun a esta distancia eran más fuertes de lo que había pensado.

A la mañana siguiente, después de desayunar sola en el comedor, conocí a su esposo. De Inmediato tomó la ofensiva pidiéndome cortésmente que renunciara al cristianismo. Por supuesto, decliné su pedido de una forma también cortés. Yo estaba temblando por dentro porque ese era un hombre poderoso en el gobierno. Sería muy fácil para él espantarme

como si fuera un mosquito molesto, a pesar de que yo pertenecía a una familia muy allegada a ellos.

—Piensa lo que estás diciendo— me dijo —. Todavía tienes tiempo de abrazar de nuevo el Islam y yo te ayudaré a reconciliarte con tu familia.

¿Habría en eso una amenaza oculta? Controlé de nuevo mis nervios. Tenía en ese momento una oportunidad que no podía perder.

—Gracias, pero no... —le dije—. No me he peleado con ellos. Estoy en paz con todos. Aquel en el cual creo es el Príncipe de Paz y El puede darle su paz también a usted.'

Las palabras brotaron antes que tomara conciencia de haberlas pronunciado.

— ¿Por qué no dejas el cristianismo? — dijo perdiendo un poco de su fría paciencia —. Si no quieres quedarte con tu hermano o con tu hermana, quédate conmigo por el resto de tu vida.

Era una oferta muy generosa y, sin duda, hecha con sinceridad.

— Gracias, pero mi cristianismo no es una religión que uno puede dejar cuando le parece bien; es un cambio de vida. Si yo dejara de vivir en Cristo, con seguridad moriría. Si usted no puede conseguirme algún trabajo, dígamelo. Entonces me iré y no lo molestaré más.

Por un momento se quedó como una estatua, pero luego se fue.

—Oh, sí, arreglaremos algo para ti.

Mientras salía por la puerta, le guiñó el ojo a su esposa.

Escuché que ella llamaba al conductor para que trajera el auto para salir.

—Ven— dijo —, y entramos en el auto para ir a la ciudad.

El auto se detuvo frente a un gran portón de hierro, ubicado en un alto muro. Más allá pude ver la cúspide de un edificio elevado. Un cartel indicaba que era la cárcel central de Rawalpindi. Ese era el lugar donde tendría que trabajar.

El conductor llamó al portero, que abrió el portón. Mi amiga me llevó adentro, a la oficina del superintendente, y habló con él por un momento en inglés, casi seguro sobre mí. El superintendente tocó una campana y apareció una mujer de edad, haciendo sonar una maraña de llaves. Le dijo algo que no pude oír e hizo una señal con la cabeza en dirección hacia mí y la mujer me dijo:

—Vamos.

Mi amiga me dijo;

—Vas a ir con esta señora. En este lugar estarás mejor. Le agradecí cordialmente y seguí a la mujer por afuera a través de una terraza. Le quitaron la tranca a una puerta, y la mujer me mostró el interior de un largo salón, como, un vestíbulo, con un techo alto y sin ventanas. La luz que había procedía de una puerta que se encontraba en una de las paredes. En la pared opuesta había otra puerta, o bien fuerte. Alrededor de diez mujeres se agachaban sobre sucias esterillas de hojas de palma tejidas, o de arpillera, o se apoyaban contra la pared en actitud de indolente indiferencia. Oí que la puerta se cerró detrás o de mí y una llave dio vuelta la cerradura. Miré impotentemente a la mujer más próxima.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está el trabajo que debo hacer?

— ¿Trabajo? No hay ningún trabajo aquí. Estás en una cárcel, como nosotras. ¿Qué hiciste para que te metieran, aquí?

—Tardé un minuto o dos en darme cuenta de la realidad. ¡Esos supuestos amigos de mi familia me habían enviado a la cárcel por el delito de ser cristiana! Se habían burlado de

mí y ahora estaba atrapada. Corrí a la puerta y toqué en los barrotes. Nadie vino. Grité. Nadie respondió, salvo la joven que había hablado antes.

—Puedes gritar todo lo que quieras, pero eso no te ayudará a salir.

Me volví a ella:

—¿Qué es este lugar?

— Debías saberlo, novata. Esta es la cárcel de los reencausados, donde te mantienen en prisión hasta que llega el momento del juicio, o puedes conseguir que alguien dé una fianza por ti.

Me dijo todo eso en términos mucho más fuertes que los que empleo al describirlo.

Traté de mantener la calma y pensar. ¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí? ¿De qué delito me acusarán? ¿Es delito ser cristiana? Seguro que la Constitución no considera un delito el ser miembro de una minoría. Sin embargo, por la ley Islámica yo era culpable de la más grave ofensa y había llegado a ser para mi familia como una intocable.<sup>17</sup>

Ese pensamiento me recordó que Anis había prometido encontrarme. Con seguridad vendría pronto. Luego mi vista se detuvo en mi bolso. Por alguna misericordia no me lo habían quitado. Allí estaba mi Biblia, con algunas ropas nuevas que eran, en ese lugar, tesoros de más valor que el imaginable. ¿Dónde podría descansar? La sala tenía unos veinticuatro metros de largo, con tres o cuatro habitaciones en los costados, donde había camas de estructura de hierro cubiertas con frazadas oscuras. Estas servían para proteger de las corrientes de aire nocturnas del Himalaya que pasaban por la puerta de barrotes.

Pero de un vistazo me di cuenta de que allí no podría dormir. Las habitaciones eran muy oscuras y sin aire, sin ninguna ventana, como si fueran tumbas. Yo no deseaba ser comida viva por los habitantes de esas frazadas. Afuera en el piso frío, duro y sucio, las otras mujeres se envolvían totalmente en sábanas y se acostaban en las sucias esterillas. Envuelta en tantos vestidos como pude ponerme, me quedé sentada toda la noche, mirando con somnolencia más allá de los barrotes de la cárcel al limpio cielo nocturno, adornado con su luna y sus estrellas.

La falta de higiene era un problema que me producía un sentimiento de vejación, lo mismo que a las demás mujeres. En la sala había un olor muy desagradable que provenía de la presencia de un inodoro. No había agua corriente ni otras instalaciones adecuadas para lavarse, sino sólo una *mutka* o jarra llena de agua para consumo de todas, que debía durar todo el día, tanto para lavarse como para beber. Un hombre llenaba esa jarra cada mañana. De una cadena atada al tope de la jarra colgaba una taza; había también dos vasos para beber y una *lotha*<sup>18</sup> para abluciones rituales. Durante el tiempo que estuve allí nunca supe de alguien que la haya usado para ese fin. La oración parecía algo muy distante de la mente de las encarceladas.

Tres veces por día un carcelero traía algo que se asemejaba a comida: pan seco y te para el desayuno, y para otras comidas sopa liviana de lentejas, *chupatties* mal cocinados y de cuando en cuando berenjenas sin sabor. El ver esas provisiones —que no les hubiera dado ni a los mendigos que iban a mi casa— hacía que las prisioneras montaran en cólera

---

<sup>17</sup> Integrante de una casta inferior.

---

<sup>18</sup> Pequeña vasija para agua, por lo general de latón o cobre.

de tal modo que a veces arrojaban el te sobre el carcelero y lo maldecían, lo mismo que al cocinero, al policía, a los jueces y a cualquier otro, con un lenguaje tal que me veía obligada a taparme los oídos.

—Más allá de la puerta—de barrotes podíamos ver, a la distancia y a intervalos, a miembros de la familia o a amigos de las prisioneras que tratan cosas que significaban un poco de alivio. Luego se abría la puerta y una o dos de las mujeres eran llevadas por un breve momento a una habitación para visitas, de donde retomaban con las provisiones que harían la vida un poco más llevadera: comida y sábanas limpias. Pronto comenzaban a circular porciones de arroz azucarado y *pilau* y trozos de pollo, pero ninguna llegaba en mi dirección.

Nadie se interesó por mi presencia en ese lugar, ni tampoco nadie tuvo la intención de ofenderme. Sin embargo, según supe después, se suponía que eso era una prisión temporal, para los que estaban esperando ser juzgados. ¿Cuánto tiempo podría uno estar consumiéndose aquí sin ser juzgado?

—¿Por qué estoy aquí? — le pregunté a la vieja carcelera.

— No lo sé. El superintendente me dio la orden —dijo la mujer con indiferencia—. Sólo estoy cumpliendo órdenes.

Desde uno de los sectores de la otra cárcel, la de los hombres, escuché los gritos de los que eran golpeados salvajemente. Oí decir a las otras mujeres — algunas de las cuales parecían tener conexiones con pandillas de la ciudad — que eso era para obtener de ellos confesiones adecuadas para imputarles cargos más precisos. También supe que era posible que las mujeres fueran golpeadas — por mujeres — con el mismo propósito. Quedé esperando, preguntándome si esa llegaría a ser mi suerte.

Durante la primera semana no podía ni dormir lo necesario en el duro piso, ni comer la comida en la cárcel. El sólo oler la sopa me hacía perder todo el apetito que tenía. No me gustaba lo sucio, ni los piojos, los olores ni al principio, las alojadas allí. No obstante, cuando las ondas de duda o las olas de temor me atormentaban, leí alguna porción de mi preciosa Biblia y entonces el mundo se ubicaba en su nivel en forma gradual y la paz comenzaba a fluir como un río. Leí en Hechos 12:6—8 acerca de Pedro y Juan en la cárcel. Me pareció que habría sido para ellos un estremecimiento tan grande como lo era para mí el ser tratados como criminales comunes. Pero ellos dieron gracias y cantaron alabanzas.

También el apóstol Pablo, escribiendo desde la cárcel dijo: "Dad gracias en todo." Estando entonces en el propósito de Dios, daba gracias por poder probarlo en circunstancias similares.

Al principio, en la medida en que utilizaba la obligada ociosidad para meditar en las palabras de Dios procuré apartare de mis compañeras de celda. La mayoría de ellas, me parecía obvio, eran delincuentes que amaban el mal, miembros de pandillas y desechos de la gran ciudad, ladronas de negocios, carteristas, secuestradoras y una asesina del noroeste de la provincia de la frontera, que había matado a su esposo. ¡Qué grupo tan selecto! La prisión sería el perfecto remedio para eso.

Mi silencio paciente, mientras me concentraba en mi libro, sólo aumentaba su respeto hacia mi y su curiosidad. Yo era un enigma que en algún momento tendría que ser revelado.

—¿Qué es eso que estás leyendo con tanto interés? Miré a la que me hablaba, una mujer más bien joven con un rostro arruinado en el que podía leerse toda clase de males.

— Has estado leyendo ese libro durante varios días y no nos has prestado atención a nosotras. Debe ser bueno. ¿De qué se trata?

—¿Quieres saber de veras qué es lo que dice este libro?

—Sí, cualquier cosa que ayude a pasar el tiempo en este agujero del infierno — dijo la mujer cuyo nombre era Kalsoum.

Las otras mujeres dejaron de murmurar para escuchar lo que conversábamos.

Así que comencé a hablarles acerca de El.

Levanté el libro.

—Esto es un espejo.

—¿Cómo dices que es un espejo? Creo que es un libro — dijo otra mujer, que se llamaba Khatoon, mirando a su alrededor para encontrar apoyo para su idea.

— Bueno, es un libro que también es un espejo, porque dentro de él nos vemos nosotras mismas tal como aparecemos ante Dios que es el juez de todos los hombres.

—No es un espectáculo muy bueno — dijo una de las mujeres con una sonrisa áspera.

—Tienes razón —le dije—. Este espejo muestra las cosas que nosotras hacemos y las llama “pecados” Nuestros pecados no son buenos a la vista de los hombres ni a la vista de Dios. El hombre condena nuestros pecados y nos castiga por lo que hemos hecho. Pero Dios es santo y El nos debe condenar aun más a causa de nuestros pecados. El pecado no agrada a Dios. Lo ofende. El tiene que castigar el pecado mediante la muerte.

Tuve la absoluta atención de esas pobres mujeres, que esperaban conocer su castigo. Proseguí.

— Ustedes pensarán; “Entonces no hay escapatoria para nosotras. Tendremos que sufrir nuestro castigo.” Pero el

espejo nos muestra que Dios tiene dos caminos para tratar con nuestros pecados. Uno es el que nos lleva a la muerte, el otro es el que conduce a la vida, y nosotros podemos elegir cuál de los dos caminos vamos a tomar

Hubo un silencio intranquilo, que fue quebrado por Kalsoum, que preguntó;

—¿Cómo hace el espejo todo eso?

— Nos muestra que Dios mismo ha provisto un Camino de perdón para nuestros pecados. El mismo nos llama a los pecadores a ir a El con nuestro pecado para que seamos perdonados. Este libro nos dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:27—30).

Me sorprendí por la reacción que hubo a eso. Habían estado siguiendo el argumento paso a paso. Una de las mujeres dijo:

— No podemos negar que estamos cargadas con el pecado. Esa es la razón por la estamos aquí. Nadie puede quitar lo que nosotras hemos hecho.

Le expliqué la doctrina del perdón como está presentada en 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”

Varias de ellas fueron tocadas por ese pasaje. Las lágrimas inundaron sus ojos. Me pidieron que les enseñara más. Así que convinimos en que cada mañana tendríamos un grupo de estudio bíblico con ellas.

Al poco tiempo comencé a ver un cambio, que brillaba a través del velo de inmundicia. No era sólo que compartían su pollo y *pilau* conmigo, que yo tenía una sábana limpia con la cual cubrirme para dormir. El mejor resultado fue que siete de ellas confesaron sus pecados a Dios y admitieron su culpa en asuntos que estaban negando a las autoridades, incluso la

asesina del noroeste de la provincia fronteriza y dos carteristas. Me aseguraron que nunca más cometerían un delito.

*Este es el trabajo que veniste a realizar en la cárcel,*  
me dije a mí misma, mientras el mes prolongaba tediosamente su cansado trayecto.

Tres de las mujeres fueron llevadas al juicio y se fueron con lágrimas mientras me despedían. Pero al fin también me llamaron a mí. Se abrió la puerta de la cárcel y me llevaron a la oficina del superintendente, donde encontré a Anis horrorizada esperando con el amigo en quien yo había confiado. Este último trataba de parecer lo más despreocupado posible Anis corrió hacia mí y arrojó sus brazos alrededor de mí, tan sucia como me encontraba. Luego se dirigió a la mujer de más edad y comenzó a interrogarla:

—¿Qué hizo mi hermana para que la pusieran en la cárcel?  
¿Ha matado a alguien?

—Su hermana se ha vuelto cristiana. Ha negado el Islam.

El tono de su voz implicaba que eso era un pecado peor que un homicidio.

—Esa es su creencia personal. Ha encontrado la verdad y no tiene temor de dar testimonio de ella, y usted no puede poner en la cárcel a una persona por eso, a menos que ya no existan leyes en Paquistán

Nuestro amigo no tenía nada que decir a eso. Ella encogió los hombros.

—Bien, si desea irse con ella, puede hacerlo.

Anís se dirigió a mí.

—Gulshan, ahora debes venir a casa conmigo .

No sentí agrado por eso. "

—¿Por qué tengo que ir a tu casa? Esta cárcel es mejor que tu casa.

Pareció sentirse herida. —¿Por qué dices eso?

—Porque tu esposo insultó a Jesucristo e insulta la cruz, y yo no quiero escucharlo. Aquí en la cárcel las mujeres me han escuchado y han confesado a Jesucristo, y puedo cumplir alguna tarea útil.

Mi hermana me abrazó con lágrimas en los ojos.

—¡Cuanto amas a Cristo!

— Daría mi vida por El.

Era cierto. Todo lo sucedido había servido sólo para fortalecerme en mi fe. Había atravesado por oscuros túneles de desesperación, pero en la oscuridad había encontrado la luz.

—Yo también amo a Jesucristo— dijo Anís—. Quiero que me enseñes más acerca de El. .

Luego me dijo lo que le habla sucedido a su esposo.

Parece que el mismo día que dejé su casa tuvo un accidente como resultado del cual estuvo un mes en el hospital. Ella no había podido comunicarse conmigo antes, ya que por supuesto su primera obligación era hacia su esposo.

—El no va él hacer nada contra ti —añadió—. Me dado permiso para llevarte a casa.

Con qué rapidez cambian los acontecimientos.

En un momento yo estaba viviendo con la escoria de la sociedad femenina en la cárcel y encontraba gran dulzura en su compañía.

Algo así como una hora después, estaba remojándome en la bañera de la lujosa casa de mi hermana en la ciudad Satélite, Rawalpindi, donde había sirvientes que esperaban mis órdenes.

Allí me preguntaba cuánto tiempo pasaría esta vez antes que recibiera órdenes de que me fuera debido a mi incapacidad de guardar silencio en cuanto a mi fe.

## 12 EL TENTADOR

Ahora pienso que aquella estaba en Rawalpindi, en la casa de mi hermana y mi cuñado, fue uno de los períodos más felices de mi vida desde que me hice cristiana. Todo lo que Anis hacía por mí, a ella le parecía poco y, en cuanto a su esposo, era discretamente amable conmigo. Una vez más me sentía parte de mi familia y era tratada con amor y consideración.

Había varios sirvientes en la casa, dos o tres criadas, un empleado, un cocinero y un conductor. El hijo del cocinero trabajaba en el jardín. No era necesario que yo cosiera la ropa ni que fregara las mesas. Lo que ellos esperaban de mí era que hiciera de anfitriona para las , niñas pequeñas, de modo que podía hacer por ellas lo que una vez había hecho Anis por mí: les contaba historias. Era un papel que disfrutaba mucho.

Al mismo tiempo noté que al observar a las criadas lo hacía con un interés compasivo, dándome cuenta de todas las tareas que debían hacerse en una casa: todo el lavado de platos, de pisos, de ropas, el fregado, el pulido, la limpieza, el lustrado, la eliminación del polvo, el levantar cosas, ubicarlas, clasificarlas y, a veces, tirarlas. Me resultaba fácil dar gracias a las personas con una sonrisa por los servicios que prestaban. No costaba nada y era una forma de esparcir felicidad.

Mi hermana y yo nos acercamos mucho. Ahora éramos, además, hermanas en Cristo. Pasábamos dos o tres horas diarias estudiando la Biblia. Muy pronto Anis se dio cuenta

de un hecho fundamental: con la Biblia era posible abordar un problema de una manera que no se podía lograr con el Corán. Estaba en su lengua materna y no tenía ningún enigma. Podía leerse como un libro común y corriente, y se podían analizar, desde un punto de vista diferente, algunos de los hechos que eran comunes tanto a la historia musulmana como a la judía. En la Biblia había todavía algo más: la indiscutible autoridad de la verdad.

—Estas palabras son hermosas —me dijo Anis—. Traen paz.

Ella estaba pensando en el hijo que había perdido. —Es cierto— le dije —. Son las palabras de nuestro Padre celestial. Cualquiera que sea el sentimiento que tengas, aquí está el mensaje adecuado para cada ocasión, ya sea que estés triste o alegre. Lo esencial es saber que tus pecados están perdonados y caminas con Cristo cada día.

—Siento que está aquí con nosotras, mientras hablamos de El —dijo ella.

Le señalé el versículo: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). ~

—El está atento cuando oramos. Tenemos al Maestro con nosotras. Comprendemos su Palabra Porque su Santo Espíritu nos guía.

Blund Shah no se sentía muy feliz con el nuevo interés que manifestaba su esposa.

— No le digas a todo el mundo que Cristo te resucitó de la muerte. Tómallo con calma —le dijo.

No creo que ella le hizo mucho caso.

Por amor a ella yo no salía a decirle a todo el mundo que era cristiana, aunque si me preguntaban en forma directa, les contaba mi visión y mi sanidad, con lo cual, por lo general se daban por satisfechos.

Anis y su esposo tenían muchos conocidos y amigos, y cada día había algunos visitantes en la agradable casa campestre. Las costumbres de una casa de estricta tradición shiita exigían que, por más que en otras partes del mundo musulmán fuera distinto, aquí se observara la división fundamental de los sexos. Los visitantes masculinos y femeninos, aun cuando llegaran juntos, se sentaban en distintas secciones de la terraza, o en lugares separados en la recepción. Por momentos, en mi condición de cristiana, me sentía impaciente con esa forma de segregar a la humanidad, sobre todo porque sabía que en una sociedad donde Cristo había unido a su pueblo la vida podía muy bien llevarse sin estas divisiones. Pero en Paquistán, un país fundado sobre la base de ideales islámicos, cada detalle de nuestra vida social debía medirse con las enseñanzas del Corán y sus interpretaciones de los escritos tradicionales. Las tensiones que provocaba esa situación, cotejadas con la vida de la ciudad y su mayor complejidad, eran más obvias para mí que lo que habían sido en Jhang, que era una población rural un tanto atrasada en esos asuntos. Por una parte, me sentía con el derecho de juzgar a otros, pero por otra, disfrutaba del viejo y apacible placer de la compañía y la conversación femenina, no perturbada por la presencia de los hombres.

Cuán halagador era escuchar todos esos pequeños detalles sobre quién se iba a casar con quién, o qué niño estaba enfermo y cuál sano, qué estaban aprendiendo en la escuela o qué carreras pensaban seguir. Las niñas estaban en pleno proceso educativo, algunas todavía iban a la escuela, pero el encontrar carreras para ellas más adelante no era fácil ni tampoco deseable en todos los casos, una hija podría llegar a ser médica o profesora de niñas, o bien enfermera. La situación era más difícil cuando tenían que ir a un ambiente

donde debían trabajar con hombres, como sucedía en una oficina. Sin embargo, mantener en casa a las hijas ya educadas, hasta que llegaran a la edad de casarse, resultaba cada vez más incierto para las familias, pues muchos hombres jóvenes postergaban la idea del matrimonio hasta que terminaran una carrera en el exterior. Existía siempre la constante contradicción entre el ideal religioso y el mundo como era. Es cierto que todas las familias enfrentan en la actualidad esos problemas, pero ellos hacían recaer la culpa en las influencias externas de Occidente que, decían, erosionaban sus principios. Entonces buscaban cierto alivio en consideraciones más ingenuas, pretendiendo tomar del árbol de los sueños los futuros más apropiados para sus hijos e hijas. Yo presté atención con más interés de lo acostumbrado al hecho de que tales sueños eran efímeras floraciones, prontas a ser arrastradas por un viento fuerte. No desaparecerían esas tensiones. No comprendíamos en ese entonces cómo podría conducir a una explosión el malabarismo de la lógica de la vida, enfrentado con la lógica de la religión en una repetición a gran escala.

Anis expresó mis pensamientos en sus propias palabras:

—Están afligidos por sus niños, pero hacia donde van sus vidas? Por momentos, la falta de sentido de una vida de religión sin Cristo, era algo que la oprimía.

La experiencia de sentarme a ambos lados del velo *purdah* me mostraba cuán fuerte y seguro era el fundamento que había encontrado para mi vida. Mi felicidad no dependía ahora de tener satisfechas mis ambiciones personales, sino que descansaba en el hacer la voluntad de Dios. Así, ni por un momento me permití imaginar que ese presente intervalo de paz podría continuar en forma indefinida. y tenía razón.

En noviembre supe que mi cuñado se iba por un tiempo de Rawalpindi a Lahore, para atender sus intereses en el negocio de los ómnibus.

—Tenemos que ir todos — dijo Anís —. Y tendremos que hospedarnos en casa de Alim Shah.

Esas noticias me desanimaron.

—Bueno, lo lamento, pero no podré ir a Lahore con ustedes. Nuestro hermano Alim Shah me dijo que su puerta estaba cerrada para mí desde que me hice cristiana.

El rostro de mi hermana se arrugó como la de un niño pequeño que está a punto de llorar.

—Necesito tus oraciones y también tu ayuda. Si Alim Shah no te deja entrar, alquilaré otra casa campestre y me iré contigo.

—y ¿qué hará entonces tu esposo? Creo que querrá divorciarse de ti.

La abracé estrechamente y estuve de acuerdo en ir con ellos. Una vez allí veríamos cómo reaccionaría mi hermano por mi llegada.

El 28 de noviembre salimos en auto a las cuatro de la tarde y el equipaje iba en un camión.

—Estoy tan contento de verte. Eres bienvenida en mi casa.

El que hablaba era mi hermano Alim Shah. No podía creer lo que oía. Fue como si esa amarga conversación telefónica jamás hubiera existido.

La familia se mudó, en forma temporal, con Alim Shah, hasta que encontró una casa. Me alojaron en un hermoso dormitorio y me asignaron una criada.

—Sé que tienes tus amigos aquí —dijo mi hermano en una forma inesperada—. Le he dicho a mi conductor que te lleve a cualquier lugar que desees ir.

Se lo agradecí en forma efusiva, pero interiormente tenía un sentimiento de inquietud. Todo eso era demasiado bueno para ser cierto.

Cuando llegó el domingo, le pedí al conductor que me llevara a la Iglesia Metodista de la calle Warris. El ministro estrechó mi mano en la puerta y la gente me saludó con simpatía, pero ninguno me preguntó: ¿Cómo estás? ¿Dónde estuviste? ¿Necesitas algo? Por lo tanto, no le dije nada a nadie acerca de mis aflicciones, confiando en que Dios las resolvería.

Cuatro meses después, una tarde de mayo, estaba orando en mi habitación, sentada en una silla, con la Biblia abierta sobre mis rodillas. Oí el chirrido de un pie y abrí mis ojos. Allí sentado, frente a mí, estaba Alim Shah, observándome, con una sonrisa en el rostro. Me puse tensa y por alguna razón pensé en dificultades.

— Espero que estés contenta en mi casa — dijo en el tono más amable que se pueda imaginar —. Espero que estés avanzando junto con mi esposa y que estés feliz con mis niños. Espero que los sirvientes no te provoquen ninguna clase de dificultad

— Estoy muy feliz aquí —le dije, sintiéndolo con sinceridad.

— Te queremos mucho y deseamos que tu presencia sea para bien. En realidad, estoy haciendo ahora los arreglos para construir una casa campestre para ti en Gulberd.

Ese era un hermoso y moderno suburbio para los modestamente ricos, que estaba a ocho o nueve kilómetros de distancia.

—Y quisiera que vengas a pasar una fiesta conmigo —prosiguió—. El mes que viene voy a visitar lugares islámicos... la Meca, Medina. ¿Te gustaría ir conmigo?

Mi hermano me estaba tentando. Pensé en “todo esto te daré, si...” (Mateo 4:8,9).

— No tendría inconveniente en, ir contigo — dije —, pero eso no haría ningún cambio con respecto a mi fe.

Como si yo no hubiera hablado, él tomó la Biblia de mi regazo y miró a las páginas abiertas en forma reflexiva. — Lo único que quiero de ti a cambio de todo lo que te he dado es este libro. Dame la Biblia y yo la llevaré de vuelta al depósito de la Sociedad Bíblica para que no puedas leerla más. Y deja de ir a la iglesia y te daré todo lo que quieras..

“El Salmo 119:105 dice: “Lámpara es a mis pies tu palabra.” Esa es la palabra de Dios y me dice la diferencia entre lo bueno y lo malo. No te la daré a ti... — dije en voz alta —,Es una parte de mi vida.

Pude ver que se estaba enojando.

— No puedo dejar de ir a la Iglesia— agregué —.

Porque es la casa de Dios. La Novia se está ataviando y el Esposo viene. “ y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 10:33). L.

MI hermano saltó. Me tiró la Biblia encima.

—Antes del amanecer, deja mi casa. No quiero volver a verte.

La trampa tenía puesto el cebo. Había saltado, pero estaba vacía. La víctima había escapado.

Nadie más se me acercó esa noche. Me acosté con un peso en el corazón. A la mañana siguiente se respiraba un mal ambiente. Mi cuñada no me dirigió ni una sola palabra. No

se veía a mi hermano por ninguna parte. Ni Anis ni su esposo dijeron nada. El sirviente dejó el desayuno y salí sin hacer ruido.

Con tristeza, empaqué mi valija con cuatro o cinco vestidos que me había hecho Anís. Dejé las ropas finas que me había dado Alim Shah, porque había dicho: “No te lleves nada de esta casa.”

La valija estaba en el pasillo y me dirigía hacia allí, cuando advertí que venía Safdar Shah. Desde que salí de Jhang no lo había visto, pero las palabras de alegre reconocimiento con que iba a saludarlo murieron en mis labios cuando ví su rostro y lo que traía en su mano: una pistola.

Me tomó de la muñeca y me empujó escaleras abajo al sótano de la casa.

—Siéntate allí Y no te muevas —me ordenó.

Le obedecí. Safdar Shah podía llegar a ser cruel si se le ponía nervioso. Fue a llamar a Alim Shah. Hubo un silencio sepulcral en la casa y se percibía en el aire la tensión producida por el miedo.

Mis hermanos bajaron las escaleras, con el rostro firme y la mirada fija. Mi corazón temblaba y mis piernas eran como de papel, pero seguí sentada en un sofá tratando de permanecer en calma.

Mis hermanos se sentaron frente a mí, en el otro lado de una mesa. Traté de examinar sus ojos llenos de odio, pero miraban hacia adentro como si no estuvieran conscientes de mi penetrante observación. Safdar Shah pasó la pistola a Alim Shah:

—Termina con esta maldición de la familia —rechinó. Alim Shah agarró el cabo de la pistola de doble tambor y en forma lenta la fue dirigiendo para apuntar a mi cabeza. Con una fría temeridad dijo:

—¿Por qué quieres morir? Todo lo que tienes que hacer es decir que no aceptas más a Jesucristo como el Hijo de Dios y que dejarás de ir a la iglesia. Entonces se te perdonará la vida, porque no quiero dispararte.

Bajo la lámpara su rostro parecía ojeroso y macilento. Ví que estaba en la terrible disyuntiva de elegir entre su amor por mí, o el amor a todo aquello en que había sido enseñado por mi padre.

Para mí también fue un momento terrible. Había sido enseñada a tratar a mis hermanos con el mayor respeto, como todas las señoritas musulmanas. Nunca los había contradicho hasta que Jesucristo entró en mi vida. Traté de no hablarles en forma incorrecta, sabiendo que, en caso de ser necesario, dependía del amor de ellos y de su estima y protección. En cuanto a eso, también mi padre les había dado un solemne encargo de cuidarme, pero en realidad nunca había anticipado una crisis como esa.

Los estaba desgarrando entre los conflictos del amor y del deber

Pero yo debía seguir adelante. No podía volver atrás y menos ahora..

—¿Pueden ustedes garantizarme que si no me disparan no moriré? Está escrito en el Corán que una vez que una persona nace, debe morir. Así que, adelante, disparen. No me importa morir en el nombre de Cristo En mi Biblia está escrito: "El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (Juan 11:25)...

La pistola osciló en el aire y bajó.

Safdar Shah interrumpió el silencio... —Tú no quieres matar a esta cristiana Y ser culpable por ello. Ella ya es una maldición para nosotros. Échala.

Me empujaron por encima de ellos escaleras arriba. Levanté mi valija en la sala y salí fuera de la puerta. Mis hermanos entraron tediosamente en la casa campestre. "Ninguna arma forjada contra ti prosperará." Yo sabía dónde lo había leído (Isaías 54: 17), pero no sabía que era precisamente como lo decía.

## 13 El costo

"¿A dónde puedo ir, Padre?" Estaba sola a la orilla del camino Samanabad, tratando de contener mis lágrimas de conmoción y tristeza por la escena que acababa de vivir. Miraba a todas partes para encontrar alguna clave que me ayudara a decidir los próximos pasos. El camino asfaltado estaba libre de tránsito en toda su extensión y la imponente fila de casas campestres dormía detrás de los altos muros a la tenue luz del sol matinal, sin dar prueba alguna de la vida próspera que se desarrollaba adentro. Casi sin pensado, me volví hacia la derecha y comencé a caminar a lo largo del sendero de cemento hacia la parada del ómnibus, kilómetro y medio más adelante. Llegué a ese lugar con este convencimiento en mi mente: Juan y Bimla Emmanuel me darán refugio.

Juan Emmanuel, un jardinero que trabajaba para las autoridades de la ciudad, vivía en la Colonia Medina con su esposa y cuatro de sus cinco hijos. La familia asistía a la iglesia de la calle Warris. Me habían invitado a su casa una o dos veces, y yo la había pasado bien con ellos, hablando sobre el Señor y su poder para sanar y salvar.

—Ven a vernos cuando lo desees; nuestra casa estará siempre abierta para ti □ me habían dicho.

En la parada de ómnibus había diversos medios de transporte. Tomé un *rickshaw*<sup>19</sup> hasta Muzangh Chungi, y

---

<sup>19</sup> Abreviatura de "jinrikhisha", pequeño carruaje, originario del Japón, donde era tirado por un hombre, pero motorizado posteriormente.

desde allí un ómnibus pequeño que iba hasta Gurumangat. Todavía me quedaba una corta caminata a través de la línea del ferrocarril hasta la Colonia Medina.

Tomé mi camino a lo largo del transitado y polvoriento sendero que serpenteaba entre las casas, esquivando los desagües abiertos que conducían a un *houidi* o pozo negro existente; en un lugar cercano. Cuando llegué a la casa de Juan Emmanuel, tomé el extremo del *kunda* que colgaba afuera y golpeé la doble puerta de madera en lo alto del muro. Después de una breve pausa, Bimla abrió, me miró fijamente con cierta sorpresa y luego me hizo entrar.

Le conté algunos fragmentos de lo que había sucedido y le pedí que me diera un refugio temporal. Se dio cuenta de que estaba temblando y arrojó sus brazos alrededor de mí:

□Muy bienvenida a quedarte con nosotros; podrás compartir todo lo que tenemos.

Cuando a última hora de la tarde llegó Juan Emmanuel pedaleando en su bicicleta, escuchó mi historia con mucho interés.

□No te preocupes. Soy tu hermano en Cristo □me aseguró.

*¡Qué extraño que pueda sentirme tan unida con gente que no tiene mi piel!* pensé, animada al notar su preocupación.

Era evidente que la unión con Cristo que tienen los verdaderos creyentes podía unir a sus seguidores entre sí con cuerdas más fuertes que los lazos de sangre o matrimonio.

La casa alquilada era pequeña y tenía sólo una sala y una terraza. A un lado de la terraza estaba la cocina y en el otro un baño. No me imaginaba cómo nos arreglaríamos para dormir todos allí. Pensaba que tendría que estar en la terraza con los niños; la mayor tenía ocho años. La terraza estaba provista con persianas, que permitían convertirla en una habitación cuando el tiempo refrescaba. Juan y Bimla

dormían en el recinto, como era habitual cuando las casas eran pequeñas y las familias grandes. No había césped ni flores; ningún lugar para que creciera nada. El terreno, recubierto de barro y paja, presentaba una superficie dura, que estaba blanqueada y que constituía una extensión de la casa. Sin embargo, había plantas en macetas que realzaban el lugar. Necesitaba adaptarme a ese ambiente. No se podía comparar con la comodidad a la que había renunciado, pero allí disfrutaba de la maravillosa libertad de tomar mi Biblia y leerla sin inconvenientes y podía pasar tiempos de oración y de estudio con Juan y Bimla. Pensar que por cosas como esas poco antes había tenido que enfrentar la muerte misma.

Con todo, en esa primera noche de descanso en el *charpal* bajo una sábana al aire libre, no pude dormir por no estar acostumbrada a lo que me rodeaba, por los pensamientos que surgían en mi mente, y por los intrusos sonidos de la noche. En aquella región la gente se acostaba temprano para levantarse apenas salía el sol y preparar el viaje a la ciudad para ir a su trabajo. A medida que el bullicio del diario vivir iba disminuyendo y las voces de las bombas de agua morían a lo lejos, se producía un silencio profundo, en el cual se introducían otros, ruidos que me exigían indagar sus orígenes.

Escuchaba los chirridos y forcejeos de las ratas. En el fondo de las casas el mal estado de los desagües había creado charcos de agua, en los que felices familias de ranas se divertían ruidosamente mientras que los grillos chillaban sin cesar en los matorrales. No tenía un velo para protegerme de los mosquitos zumbadores, que danzaban en cantidad alrededor de mí. Pequeños crujidos en la superficie mate de la paja del techo sobre la terraza me hacían estar pendiente de qué lagartijas o cucarachas estaban por caerme en la

cabeza. Envidiaba el profundo e inconsciente sueño de los niños. Cuanto más me movía, tanto más subía de tono el agradable suspiro de ellos hasta que se asemejaba al bramido de un mar lejano.

Hice un esfuerzo por cerrar los oídos y volví los ojos hacia la franja de cielo que podía ver debajo del techo de la terraza. Yo misma me di la orden de dormir, mientras contaba las parpadeantes estrellas, pero lo único que logré fue estar más despierta. Luego la solitaria luna apareció en mi campo visual, bañando el recinto con su luz misteriosa, tan deseada por los poetas y los amantes. Enseguida pareció que el imperioso Nawab de un viento, celoso de tanta belleza de plata, convocó velos rasgados de nubes para ocultar su rostro de los ojos anhelantes. Observé la danza de la luna y las estrellas a través del cielo durante las cambiantes horas, y por fin logré ubicar en un foco más correcto los sobresaltos y las penas del día.

Era uno de esos períodos en que los asuntos decisivos de la vida surgen claramente en medio de la habitual confusión en que se desarrolla gran parte de la existencia. Vi que yo, Gulshan Esther, pobre y odiada por aquellos que debían cuidar de mí, y echada de sus puertas, ahora estaba libre de estorbos. El velo de la religión heredada, que una vez me había separado de Dios, a quien nadie podría conocer, había sido rasgado, revelándolo a El en la faz de Jesucristo, mi Señor. Ahora-tenía señalado delante de mí el camino del discipulado y, fuera agradable o penoso, debía transitarlo con obediencia. Pero no estaba sola. Conmigo estaba uno que era fuerte y podía suplir para todas mis necesidades.

En medio de mi somnolencia vi el palideciente cielo que tragaba las estrellas, dejando sólo una, la estrella resplandeciente de la mañana, como heraldo del amanecer.

Pensando en Jesucristo, la estrella de esperanza de la mañana, enviada para alumbrar mi vida; caí por fin en un corto pero imperturbable sueño.

Desperté. Mis párpados se cerraban a la plena luz del día, mientras Gudu, el varoncito de cuatro años me tiraba del brazo. Cuando al rato, me lavaba con el agua extraída por la bomba que estaba en el patio, pensaba en la idea que había cristalizado durante la noche: debía buscar algún trabajo, ya que no podía esperar que mis amigos me mantuvieran:

La rectora del colegio privado de niñas me miró de arriba abajo cuando me presenté en su oficina, humillada ante ella. Era una mujer fría y eficiente, y parecía rodeada de un aire de autoridad. Sin embargo, yo también era decidida. Ella ajustó su chal y dijo cortésmente:

Buenos días, señora. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Tiene algún niño aquí?

No, no tengo ningún niño. Vine para ver si usted necesita una maestra en su escuela.

Su expresión cambió del tono inicial de cortés pregunta a otro de ligera consideración. Comprendí que el presentarme en forma tan directa me había puesto en inferioridad de condiciones. Debí haber entregado una solicitud escrita, en lugar de ir como una criada o un jardinero que busca trabajo.

¿Qué materia enseña y qué habilidades tiene?

Puedo enseñar urdu, conocimiento islámico religioso, historia, geografía y matemáticas, hasta el nivel secundario ..

Me miró en forma aguda como si estuviera reajustando sus opiniones.

Una maestra de niñas completa  dijo , pero siento que el puesto vacante que tenía está cubierto y no la puedo emplear. Sin embargo, si le deja su nombre y dirección a la secretaria, me pondré en contacto Con usted si se produce otra vacante.

Se levantó detrás de su pesado escritorio para despedirme, pero yo me quedé. Estaba desesperada.

□¿Tal vez sepa usted de niñas que necesitan una tutora en su casa, por alguna razón, o tal vez por enfermedad, o porque sus padres no quieren que vayan a la escuela?

□Lo siento, pero no sé de nadie. Si llegara a saber de algo, se lo informaré si le deja su nombre y dirección a la empleada.

Durante dos o tres semanas fui a la ciudad, mis allá del Red Fort, buscando un empleo, presentando mis antecedentes de escuela en escuela, como si fuera una vendedora ambulante. Las direcciones las había conseguido en la oficina de desempleo, donde sorprendí a los empleados con la presentación de mi solicitud. Para ellos yo era algo así como un enigma: una mujer joven, de buena casta social, con manos que parecían inútiles para cualquier clase de trabajo y que, a simple vista, no era sostenida por su familia.

Juan y Bimla me aseguraron una y otra vez su apoyo, pero yo comprendía que era una boca más para alimentar con el salario bajo de una persona. Así que oré por un trabajo y caminé por las calles bajo el sol abrasador con un agujero en mi zapato, y cuando me sentí enojada y desanimada pensé en Jesucristo y en como El caminó por las calles para morir en la cruz por mí.

Cuando visité por cuarta vez la oficina de desempleo, escuché que se requería una señorita periodista para una revista que tenía sus oficinas en la feria Old Anarkali. Conocía el nombre de Anarkali, la flor del granado, como una de esas trágicas heroínas que abundan en nuestra historia. Ella fue enladrillada viva por un emperador mongol, porque, sin culpa de su parte, se enamoró de su medio hermano Saleem.

*Otra pobre niña en dificultades*, pensé, y traté de recordar si él sufrió algo parecido al terrible castigo de ella. Probablemente no, ya que era el hijo del emperador. Había visto la revista, sabía que tenía veinticuatro páginas, con figuras de personas famosas en la cubierta a todo color, y que tenía una tendencia política. La desesperación me hizo fuerte y pedí una entrevista allí.

A las diez de la mañana del día siguiente me presenté en las oficinas del primer piso en Old Anarkali. El editor era un hombre alto, de buen aspecto, de contextura rubia, que usaba un saco negro de tela ligera y que tenía unos modales; muy agradables.

□Por favor, siéntese □dijo señalando una silla ubicada algo retirada de su lustrado escritorio sobre el cuadrado de la alfombra.

Hizo sonar un timbre y le pidió al joven que apareció que me trajera un refresco frío. Me lo trajo en una botella. □Me interesaría saber por qué necesita trabajo □dijo, y con una sonrisa hizo ver sus blancos dientes.

□No tengo padres y soy una persona instruida □le respondí -. Quiero ganarme la vida.

El jugaba con un pluma de casquillo dorado, y noté un suave aroma de perfume, que provenía tal vez de su loción para después de afeitarse.

□Pero, dígame□ continuó□, ¿por qué sus hermanos y hermanas no cuidan de usted de modo que no tenga que trabajar?

□Todos ellos son casados y tienen sus propios hogares y no quiero ser una carga para ellos, esa es la razón por la que necesito un trabajo.

Quiso saber dónde más había buscado trabajo y le conté de mis fracasadas solicitudes con relación a la enseñanza. La

luz que pasaba a través del tul acortinado de la ventana de cristal me caía sobre el rostro mientras hablábamos y noté que me estaba estudiando con curiosidad. Luego pareció que se decidía en cuanto a mí, demasiado rápido, según pensé más tarde.

□Puede comenzar mañana. Venga entre las ocho y media y las nueve, y no se preocupe. Le enseñaré algunas preguntas clave que debe hacer cuando hace las entrevistas. Tendrá que trabajar algo duro e ir a la casa de la gente o algunas veces a escuelas.

*Tengo experiencia en ir a la casa de las personas*, pensé pero no lo dije.

Me explicó que me pagarían un salario básico de cien rupias al mes. Eso sería cotejado contra cualquier suma que yo ganara por el dinero que las señoras pagaban por el privilegio de ser entrevistadas. La idea era que si ellas pagaban, podían decir lo que querían. Yo percibiría el veinte por ciento de esa suma. Era un sistema que tenía más ventaja para ellos que para mí, pero yo no tenía ningún poder de negociación.

□Usted no es musulmana □ dijo él.

Eso parecía más una declaración de hecho que una pregunta.

□Soy cristiana □repliqué, y esperé un largo y agonizante momento mientras él lo ponderaba.

Por último, puso la pluma en el bolsillo superior de su saco, se levantó de su silla y dijo:

□Bien, no importa demasiado. Usted parece, como lo dice, una persona instruida y no tiene temor de hablar con las personas.

Me llevó a la oficina editorial, donde conocí a tres reporteros, un fotógrafo, y un calígrafo. □Me-asignó un escritorio para mí uso. Había una tercera habitación donde

comimos el almuerzo provisto por ellos. Aquí trabajaba un *chapruse*, o peón, que hacía una cantidad de tareas diferentes, atendía el correo, llevaba recados, buscaba las comidas y hacía el te.

El siguiente día llegué a la hora señalada para comenzar mi trabajo y conocí a mis colegas. Era la única mujer entre siete hombres, pero si me hubiera preocupado por adelantado por esa diferencia, mis temores Habrían sido infundados: todos ellos me trataban con gran estima y en la sala de los periodistas me llamaban “Baji” (hermana). En los cuatro días siguientes aprendí todo lo que pude, incluso las diez preguntas clave. Estaba decidida a triunfar.

Pronto descubrí que las noticias eran redactadas en la sala editorial y controladas por el editor antes de ser pasadas al calígrafo que escribía en columnas de caligrafía urdu sobre largas hojas de papel. El editor examinaba luego el trabajo para estar seguro de que no había errores antes que fuera llevado a la imprenta.

Uno de mis trabajos era ayudar al editor a controlar el trabajo del calígrafo antes de enviarlo a la imprenta. Algunas veces tenía que acompañar al *chaprose* al correo para llevar o recoger paquetes.

Cuando devolvían paquetes de revistas recién editadas; mi tarea era envolverlas y ponerles la dirección. Me familiaricé con etiquetas y goma, y disfruté en aprender esas tareas nuevas mientras esperaba con algún estremecimiento que llegara mi primera entrevista. Tuvo que ser con la esposa del ex ministro de relaciones exteriores, que había renunciado a su puesto en el gobierno debido a dificultades personales con el señor Bhutto, el primer ministro. Eso quería decir que podría tener que hacer preguntas que la señora considerara un poco entremetidas, pero el editor me había asegurado que

era posible que ella aprovechara la ocasión para exponer su punto de vista sobre la situación. Como de costumbre, tenía razón.

La señora me recibió gentilmente en su sala de estar personal, y me pidió que me sentara. Mi mente retrocedió en seguida a aquella otra señora tan cortés que había terminado poniéndome en la cárcel. Debo confesar que me daba alguna satisfacción ahora ser miembro de la prensa y poseer así un título más influyente que en el pasado. Me tocaba a mí ser la inquisidora.

Hice mis diez preguntas, una por una.

“¿Por qué renunció su esposo? ¿Está contenta con eso? ¿Dónde recibió usted su instrucción?” y otras preguntas por el estilo.

Mis preguntas no eran muy penetrantes, pero el hecho de que las hacía una mujer a otra, y que el resultado iba a ser leído por miles de personas en todo el país hablaba en favor de los cambios que estaban teniendo lugar en la sociedad en ese tiempo.

Altaf, el fotógrafo, me acompañó en esa y otras entrevistas. De ese modo tenía una protección segura, y a él le agradaba mucho conocer mujeres. La mitad de la sociedad a la que pertenecía permanecía todavía oculta de la vista y era tratada como la propiedad personal de la otra mitad. Cualquier idea moderna que se abría paso con cautela tenía que recorrer un largo camino para equilibrar la tradición, que todavía mantenía a los hombres ya las mujeres muy limitados; tanto a los ricos e instruidos como a los pobres e ignorantes.

Altaf era además útil en otros aspectos. La señora dejaba deslizar, en forma casual, algunas palabras en inglés mientras describía su vida. Eso me perturbaba mucho, porque la vieja prohibición de mi padre había mantenido ese

idioma fuera de mi alcance y ahora, en una sociedad donde era una característica de la crianza y la educación correctas, lo necesitaba. Pero mi compañero, sin inmutarse, me las interpretaba. Además, el agregaba algunas preguntas, no bien advertía que mi mente se ponía en blanco.

Terminadas todas las preguntas, la señora me interrogó a mí:

□ ¿Qué instrucción tiene?

□ La suficiente como para entrevistarla □ le dije.

Ella se rió.

□ No es muy frecuente encontrar una mujer realmente preparada □ dijo.

Cuando mi artículo se publicaba previa revisión hecha por el editor, llevaba mi nombre, Gulshan, debajo del título. El editor no agregaba el nombre cristiano Esther. Esa señora pagó setecientas rupias por la nota y a mi me correspondieron ciento cuarenta. Le pasé cien a Juan Emmanuel y guardé cuarenta. Al principio, mis huéspedes no querían tomar el dinero, pero yo insistía.

□ Nos sentimos contentos de que Dios te está ayudando □ decían.

Bueno, yo también estaba feliz. Por primera vez en mi vida tenía éxito en ganar dinero y me abría paso utilizando la instrucción que había recibido; De modo imperceptible, la visión del rostro enojado de mis hermanos comenzaba a desvanecerse en ese nuevo ambiente.

En otra ocasión entrevisté a la rectora del Colegio Secundario de Niñas en Lahore. El ir allí me puso algo nerviosa, pues tenía temor de enredarme en mis preguntas delante de una mujer inteligente, que parecía estar revestida de su autoridad como en una *burka*. Pero el fotógrafo, Altaf, me aseguró:

□Pídale que le dé una explicación detallada que los lectores puedan entender. Luego escuche con atención y escríbalo todo. No tenga temor de hacer preguntas sencillas. Muchos de sus lectores no esperan que usted sea demasiado inteligente.

□Fue un buen consejo. Me senté allí en toda mi sencillez y escuché la lección que la rectora dio sobre la diferencia entre una escuela en manos privadas y una escuela que pasaba a manos del Estado. Una ventaja distintiva desde el punto de vista de la rectora, Parecía ser que tenía más libertad de acción. Bajo el régimen anterior estaba todo muy reglamentado y los aranceles subían en forma continua. Una desventaja era que se disponía de menos presupuesto. Además de esa información, noté algunos detalles acerca de la habitación, acerca de la señora misma, de su personal, al cual también conocí, acerca de la condición de la escuela, que pudimos visitar y referente a la apariencia de las niñas.

El fotógrafo disfrutó mucho de esa entrevista, ya que le pidieron que sacara fotografías de todo, incluso de las niñas. Ellas lucían muy atractivas en su uniforme, que consistía de *shalwar kameeze* blanca, con *dupatta* azul, y yo pienso que para él esa experiencia resultó una novedad muy entretenida, pues las niñas se rieron tontamente por un rato, cubriéndose la boca con sus *dupattas*.

Mi artículo me valió un elogio del editor; □No está mal□dijo.

No era una persona que se dejaba llevar por el entusiasmo. Tres días después de publicado el artículo, volví a la escuela para cobrar el saldo de las rupias que debían al periódico. Las entrevistadas pagaban siempre algo por adelantado. Noté que la rectora sentía mucha curiosidad en cuanto a mí,

porque uno de los miembros de su personal, una mujer cristiana, le había contado algo de mi historia.

□¿Por qué se hizo cristiana? ¿Quiere que le ayude a volver a su fe musulmana? □dijo la rectora?

Así que, delante de su personal, le conté poco sobre eso.

□Tiene usted una actitud cuidadosa y una fe firme

□dijo la rectora.

Mis nervios comenzaban a serenarse, pues no había mencionado ningún contratiempo con respecto a lo que escribí. En forma progresiva mi trabajo me resultaba más fácil y me acostumbraba a ver mi nombre publicado en los artículos. Era un sentimiento extraño pensar que mis palabras eran leídas por todo Paquistán y que tal vez satisfacían las aspiraciones de mujeres jóvenes, al mostrarles lo que podía lograr una de ellas. Y yo, que parecía ser su ejemplo, tenía pensamientos y ambiciones que iban en una dirección del todo diferente: servir a Dios y hacer su voluntad. Me preguntaba: *¿Por qué estoy aquí, trabajando esta publicación, en algo tan distinto a todo lo que había hecho antes?* El camino de mi peregrinaje me había conducido aquí, pero, ¿con qué propósito? Era una adivinanza y, por lo general, desistía de confundirme con eso y vivía día a día en dos fases de mi vida bien diferenciadas, la exterior y la interior, la vida de trabajo y la vida de oración.

Mis compañeros periodistas estaban conscientes de que yo era diferente a ellos. Después de unas dos semanas supieron que era cristiana, aunque no sabían que antes había sido musulmana. Se burlaban con respecto a mi fe.

□Tú crees en tres dioses□decían riéndose. Trataba de explicarles que no, que era un solo Dios con tres manifestaciones: el Padre, Jesucristo (el Hijo de Dios y no meramente un profeta) y el Espíritu Santo, enviado en Pentecostés para morar en los creyentes con la vida misma de Cristo, enseñándoles y haciéndoles santos. Desde niños ellos habían recibido un lavado cerebral haciéndoles pensar que el cristianismo era inferior a la pureza de sus religiones monoteístas, de modo que ¿cómo podría yo cambiarles la mente? Advertí, sin embargo, que ninguno en esa oficina guardaba el tiempo de oración del mediodía, y me pregunté qué significado tendría para ellos su fe.

Las divisiones que separaban las oficinas eran de placa prensada y el editor ponía fin a las burlas acercándose y diciéndoles a los hombres que se fueran.

□No se burlen de ella. Es la única mujer y no deben ser descorteses con ella.

Un día bajaba las escaleras a las cuatro de la tarde para irme a casa cuando me llamó el dueño de un negocio de dulces que estaba instalado al lado de la puerta del periódico. Se llamaba el señor Yousef.

□A *salaam a laikum* (la paz sea contigo) □dijo.

Me detuve y esperé que viniera adonde yo estaba.

□*Wah laijum sal*□, la he visto pasar y pienso que si trabaja en el periódico es una persona culta. Estoy buscando una maestra para mis tres niños y quiero saber si usted está interesada en enseñarles por las tardes después de su trabajo. Podemos ponemos de acuerdo en cuanto al precio de las lecciones.

Dudé. El pago que recibía de la revista no era tan magnífico, ya que salía a hacer entrevistas sólo una o dos veces por mes, mientras que los hombres salían todo el tiempo, e iban

aun más allá de Lahore. Entré con él en la casa y conocí a su esposa y a los niños, y todos simpatizamos unos con otros de inmediato e hicimos el arreglo en el mismo momento. Yo les enseñaría a los niños urdu, matemáticas, estudios de Islam, historia y geografía, cuando ellos llegaran de la escuela, durante dos horas por día, desde las cuatro hasta las seis de la tarde. Pedí por hacerla ciento cincuenta rupias por mes y una comida todas las tardes. El domingo sería un día libre.

Ese nuevo arreglo tuvo un efecto. Tuve que dejar a mis amables amigos de Colonia Medina, ya que oscurecía antes que yo llegara a casa, y no era muy seguro para una mujer caminar sola por las calles en la oscuridad. Lahore tenía muchos carteristas y secuestradores. A partir de lo que vi en la cárcel, estaba familiarizada con ese aspecto de la vida. De modo que hice los arreglos para vivir en casa del señor Neelam y su esposa. Ellos vivían en el camino Warris, cerca de la iglesia y no muy lejos de Old Anarkali. Había conocido al señor Neelam cuando estuve en Sunrise, donde él era profesor de música .

Para el mes de diciembre ya había escrito ocho o nueve entrevistas, todas de “Gulshan” o algunas veces “nuestra señora periodista”, y sentía que el editor estaba contento conmigo. En la segunda semana del mes me llamó a su oficina.

□Está trabajando mejor de lo que yo había esperado□dijo.

□ Quisiera mantenerla aquí, pero para ello será necesario que vuelva a su fe musulmana.

Quedé como petrificada. El prosiguió:

□Ahora conozco su historia y por qué es cristiana.

Pero permítame decirle que si sus hermanos no la están ayudando, yo la ayudaré si sólo deja el cristianismo. Más aun, escuche. Le permitiré estar en mi casa. La pondré a

cargo de los periodistas. Tomaré otra mujer periodista y le daré un salario fijo de mil rupias por mes...

En un desagradable despertar de la realidad, me di cuenta de lo que significaba esa conversación. Ese hombre estaba en contacto con Alim Shah; tal vez eran amigos e iban al mismo club. Con seguridad ya sabría todo lo relacionado conmigo desde que comencé a trabajar y habría estado esperando con paciencia que llegara este momento. Era la misma historia de siempre.

□ Muéstrale cuánto amor tenemos los musulmanes el uno por el otro y entonces tal vez vuelva, pues esta necesitada porque tiene que ganar su propio sustento y se aloja con otras personas.

Y yo, que estaba tan complacida al ver mi progreso en las notas que escribía, no había logrado descubrir por qué ese hombre del mundo había tomado y conservado a una persona tan falta de experiencia como yo. Ahora mi pregunta era: ¿Cuándo entenderán que nunca retornaré a su rebaño?

Suspiré.

□ No vaya a creer que no aprecio su ofrecimiento. Me gustaría mucho continuar trabajando para usted, pero no puedo dejar de ser cristiana: Jesucristo es mi vida. Lo que en El he encontrado no lo puede proporcionar ninguna religión. Más tarde, ese mismo día, la esposa del editor fue a verme, cuando iba de paso para hacer sus compras a Old Anarkali. Supongo que tenía como propósito hacer la última tentativa para que yo cambiara de opinión.

Me llamó a la oficina de su esposo, mientras él estaba ocupado leyendo pruebas en el salón de los periodistas.

□ Eres muy inteligente □ dijo □ ¿Por qué eres cristiana?

La implicación de lo que había subrayado me hizo gemir interiormente. Para los musulmanes los cristianos son

personas tontas, que creen una mentira. Sabía que esa mujer no tenía una perspectiva espiritual y me pareció que sería inútil volver a explicarle todo de nuevo.

Le dije cortésmente:

□ Usted no podrá entender la etapa en la cual me encuentro ahora. Dios es muy real para mí.

Mi miró y endureció el rostro, se fue sin decir una palabra más.

Al terminar el día, el editor me alcanzó un sobre que contenía ciento veinticinco rupias

□ Lo siento □ dijo □, pero no puede trabajar más aquí. Mi esposa y yo lamentaremos su partida. La recordaremos siempre.

□ Yo también lo siento, pero Dios me conseguirá otro trabajo □ dije manteniendo la frente bien alta, pero lejos de sentirme valiente por dentro.

El editor estaba esforzándose, obviamente, con sus sentimientos humanitarios, porque dijo mientras yo caminaba hacia la puerta:

□ Si llega a la indigencia, la protegeré; pero este problema de la religión seguirá en pie.

□ No se aflija □ le dije □; mi Dios me ayudará. Antes de buscar la ayuda del hombre buscaré la ayuda de Dios.

Y salí de su oficina.

Los otros periodistas no estaban contentos de que me fuera.

□ Has pasado tanto tiempo con nosotros y ahora te vas, sólo por causa de un poco de religión. Bien, Cristo te ha sanado. ¿Por qué no das un poco de dinero y lo arreglas con eso?

□ El es mucho más que eso para mí. □ les dije.

Les estreché las manos Y les aseguré que oraría por ellos.

□ Entonces me fui y caminé escaleras abajo sintiéndome con escalofríos, y tenía la cabeza aturdida por el sobresalto de la

expulsión, precisamente cuando había comenzado a sentirme segura de esa clase particular de ataques.

Una vez afuera, me apoyé sobre la pared para afirmarme. *Tiene que haber una razón para todas esas experiencias perturbadoras*, pensé. Luego clamé desde mi corazón a mi Padre celestial y El me respondió suavemente con una palabra de aliento:

“Cómo tus días así serán tus fuerzas .¿No te he enviado yo?” Ignoraba que precisamente delante de mi estaba mi tierra Prometida personal y que todo lo que lo me sucedía era parte de mi preparación para entrar.

## 14

### Testigo de Cristo

□ La está esperando una visita □ dijo la señora Neelam la mañana del 30 de diciembre.

Levanté la vista de mi libro con sorpresa.

Era el señor Gill, un anciano de la Iglesia del colegio cristiano de Foreman, que me traía una invitación. Fue directo a su tema.

□ El Reverendo Arthur, de la iglesia metodista del colegio cristiano de Foreman, quisiera invitarla a predicar en el culto del día de Año Nuevo. ¿Qué le parece?

Permanecí en silencio por un momento. El colegio cristiano de Foreman era un lugar grande y con seguridad la Iglesia estaría llena de personas influyentes. ¿Cómo podría pararme delante de esa multitud y predicar? Estuve tentada a negarme, pero enseguida recordé algo que el señor me había dicho durante la noche: “Ve y predica entre mi pueblo”.

Cuando fui sanada, Jesucristo me encomendó que hiciera eso precisamente; pero en ese entonces estaba preparada. Esa visión resplandeciente había iluminado mi difícil camino, enseñándome a conocer a Dios a través de su palabra y por la fe. ¡Era esa invitación, que me llegaba sin haberla buscado, la señal de que ahora estaba preparada para decirle a la iglesia lo que había visto de su grande gracia y amorosa ternura?

Ahora sabía que las decisiones que tornaba eran correctas si previamente estaban precedidas por varios factores coincidentes: que se presentara un camino a seguir, que recibiera una palabra referida a eso, y que tuviera en mi

interior una paz y una seguridad con respecto a que esa acción era buena. Miré al mensajero.

□ Iré □ le dije □; pero ¿cómo puedo llegar allí desde esta casa?

□ Le daremos una cordial bienvenida si viene y se queda con mi esposa y yo mañana por la noche en nuestra casa en la Colonia Wadal. Queda cerca del colegio. Luego la llevaremos al culto del día de Año Nuevo.

Kamla Neelam estuvo de acuerdo con esa idea y arreglamos que el señor Gill vendría a buscarme el día siguiente para llevarme a su casa. Me puse a meditar para preparar mis pensamientos para la prueba que se acercaba.

La noche siguiente, en la habitación para huéspedes de la señora Gill, me sentí presa del temor. Estaba considerando qué era lo que debía hacer. El orgullo levantaba su cabeza ... Quería causar una buena impresión.

Allí, de rodillas, por fin pronuncié el pensamiento en voz alta: “¿Cómo vaya hablar sobre ti? Hace ya alrededor de cuatro años que te ví. ¿Cómo voy a describirte?”

Dicho de esa manera parecía muy tonto. ¿Qué quería en realidad? ¿La repetición del logro de una experiencia sagrada? No bien expresé el pensamiento en palabras, comprendí cuán ridículo era preocuparme por cosas semejante, En el silencio de mi mente, inclinada en la presencia de Dios, oí la voz suave y apacible: “Mi Espíritu estará contigo” El gozo fluyó en mi interior. Esa promesa me bastaba.

Sin duda, era la primera vez en mi vida que tenía que enfrentar a una multitud como esa. Había maestros, profesores enfermeras, doctores del hospital cristiano cercano, todas personas muy educadas y muy seguras de si mismas. Sin embargo, sentí que un poder edificante vino

sobre mi cuando di testimonio de mi sanidad y conté de la gracia de Dios para conmigo a través de mucho sufrimiento. Los oyentes estaban silenciosos en extremo, absorbiendo cada palabra, sin quitarme los ojos de encima.

Cuando descendí del púlpito, las personas se me acercaban y me decían lo que el mensaje había significado para ellas.

□ Eso tenía poder □ dijeron uno o dos.

□ Aun no nos damos cuenta de cómo pasa el tiempo □ dijo alguien con lágrimas en los ojos,

Las mujeres al salir dijeron:

□ Has sufrido mucho y sola. Deja que ahora compartamos esto contigo.

Y me daban la dirección de sus domicilios.

Me dieron parte de la ofrenda y me llevaron de regreso a la casa del señor Gill para almorzar. A través del velo producido Por el asombro, pensé en mis hermanos y cómo hubiera deseado que ellos oyeran acerca de este nuevo cambio en los asuntos de la hermana que habían condenado.

□ Como resultado de esa disertación fui invitada a tomar las reuniones de mujeres en forma regular en la iglesia del colegio cristiano de Foreman. Eso significaba que podría abandonar la enseñanza a los niños del señor Yousef y lanzarme al trabajo que realmente deseaba hacer: el evangelismo. Todas las iglesias de la zona comenzaron una por una a invitarme a predicar, haciéndose cargo de mis gastos.

Durante abril y mayo viví con algunos amigos en el Canal Park. En junio otra familia me llevó a su casa y estuve con ellos hasta el día de] casamiento del hijo de mi hermana.

Se iba a celebrar un campamento de verano para mujeres en Murree. Esa zona, que estaba a casi tres mil metros sobre el nivel del mar, en las colinas de los Himalayas, y a dos horas

y media de ómnibus desde Rawalpindi, era una antigua estación en la colina que databa de la época del Raj británico. Ahora la gente rica disfrutaba de sus vacaciones en ese lugar, donde se gozaba de un clima más fresco y del panorama de las montañas que tenían un par de cumbres nevadas la mayor parte del año.

En Murree había muchas actividades cristianas como, por ejemplo, una escuela de idiomas para misioneros, una escuela cristiana para hijos de misioneros y otras. Estas, a diferencia de todas las escuelas a nivel del mar, permanecían abiertas en el verano y cerraban durante un mes en el invierno cuando la nieve espesa atascaba los peligrosos caminos de montaña. También en el verano Murree estaba muy activa y se celebraban campamentos y conferencias a cargo de grupos cristianos de todo Paquistán.

El campamento de mujeres, en Mubarik, al que había sido invitada como oradora principal, duraba una semana y era a principios de junio. Tenía que ir en el tren a Rawalpindi con la encargada del campamento, la señora Hadayat y teníamos que partir a las cuatro de la mañana del viernes. Esperaba con expectativa el primer viaje en tren que haría en mi vida.

Pero el jueves por la mañana, alrededor de las diez, recibí un mensaje de mi hermana Samina, que estaba en Samanabad, preparando todo para celebrar una boda. Su hijo se casaba allí el sábado y quería que yo fuera una de las invitadas.

Mi sobrino me había hecho la invitación en forma verbal en la sala de estar de la casa donde yo me hospedaba. Al verla, me sonreí cariñosamente. Por lo poco que recordaba haberlo visto durante los años de su crecimiento, Mahmood hacía quedar bien a la familia y hubiera deseado asistir a su boda, pero había grandes impedimentos.

Envié una respuesta verbal por intermedio de Mahmood.

□ Por favor, dile a tu mamá que los amo mucho, pero que no podré ir. Todos estarán contra mí por razón de mis creencias, y mi presencia sólo perturbará el ambiente de ese día, que debe ser muy feliz para todos ustedes. No me haría bien ir y, de todas maneras, el viernes tengo que salir para una conferencia en las montañas. Les pido a todos ustedes que acepten mis disculpas por no poder aceptar su amable invitación.

Mi sobrino salió rodando en su Yamaha y parecía irse triste. Yo continué con mi preparación. A las dos de la tarde Mahmood estaba de regreso.

□ Tía, debes ir a la boda. Dice mi mamá que no me dejará casar si no estás allí. Yo también quiero que vayas.

Ese muchacho, con lo grande que era, tenía lágrimas en los ojos.

Tomé una decisión relámpago.

□ Lo único que puedo decir es que iré a ver al señor y a la señora Hadayat y les pediré su opinión. Podría ser que vaya a tu boda y luego salga a tiempo para tomar el ómnibus a Rawalpindi, para combinar con el otro que va a Murree el domingo por la mañana.

Se iluminó el rostro de Mahmood.

□ ¿Puedes viajar en el asiento de atrás, tía? Te llevaré a casa de la familia Hadayat

Así que en poco tiempo los vecinos presenciaron gratis; el espectáculo de una mujer joven montada en la parte de atrás de una motocicleta que salía con gran ruido, y agarrándose apretadamente de la camisa del joven que tenía delante de ella

Cuando les conté mi dilema a mis amigos Hadayat, lo resolvieron de forma inmediata, aconsejándome aceptar la invitación.

□Será un testimonio □dijeron□. Algunos de tus parientes no te han visto desde que fuiste sanada

Era cierto. Retrocedí en mis pensamientos a la espantosa reunión que había tenido con aquellos tíos. Recordé sus penetrantes ojos, que saltaban de sus rostros enfurecidos contra esa joven y atrevida muchacha que se atrevía a desafiar las costumbres de la familia y de la ley islámica. Todo eso le había sucedido a una persona diferente. Pero ¿eran ellos diferentes ahora? Yo lo dudaba. Todavía podían quedar una o dos posibilidades de testificarles, y yo amaba a mi hermana y a su hijo. Iría por amor a ellos.

□Tienes razón□dije.

Resuelta ya esa dificultad, el señor Hadayat consultó los itinerarios del ómnibus en su periódico. Vimos que había un ómnibus que salía de Badami Bagh, en Lahore, a las doce de la noche del sábado, con destino a Rawalpindi. Allí podría tomar otro ómnibus a Murree, con el cual llegaría a tiempo para hablar en la primera reunión el domingo por la tarde.

Mi sobrino me condujo de nuevo a casa en su Yamaha y me prometió ir a buscarme el próximo día para llevarme a la boda.

El día siguiente tomé un pequeño maletín y me dirigí a Samanabad, elegantemente acompañada por mi querido sobrino.

Como yo lo había esperado, el casamiento resultó un desastre desde el principio hasta el fin. Algunos de los parientes de más edad consideraron mi presencia como una ofensa directa y me dieron las espaldas cada vez que estaba cerca de ellos. Otros, en los que sentimiento de (¿fihad?) era fuerte, provocaron discusiones, de modo que tuve poca oportunidad de hablar con mi hermana Samina o con Anís, a quien no había visto por casi un año.

El principal punto de ataque era por qué yo creía en Jesucristo como el Hijo de Dios.

Tenía mi Biblia en el maletín pero no tuve necesidad de consultarla. Las palabras que necesitaba venían a mi boca en forma espontánea y con poder. Comprendí que tal vez esa oportunidad no volvería a repetirse, de modo que hablé con todo aquel que manifestara el más mínimo interés. Las discusiones subían de tono y casi no tenía tiempo para comer ni beber. Mis hermanos, que hubieran sido mis principales adversarios, ni siquiera aparecieron. Safdar Shah se había quedado en casa cuando supo que yo iría y Alim Shah se ubicó con los hombres invitados, en un lugar fuera de mi alcance.

En forma gradual fueron saliendo mis adversarios, uno a uno, con algunos comentarios como: “Está loca; déjenla sola. No pertenece a nuestra familia. No le hablen,”

De pronto me di cuenta de la hora. Eran las once de la noche. Escuché una voz que me decía: “Mañana vas a testificar en Murree y todavía estás aquí”. Un poco sacudida por el pánico, corrí a la habitación de mi hermana y pregunté si alguien me podía llevar a Badami

Bagh. Pero el auto de Samina estaba a disposición de otros invitados, Anís estaba ocupada con sus parientes políticos y algunos otros visitantes Se negaron sin ambages. Oí que uno de ellos decía:

□No queremos contaminar nuestro auto. Pídele a tu Jesucristo que te lleve.

Samina vino y me tomó la mano.

□Gulshan, siento que no puedo ayudarte. ¿Por qué no te quedas con nosotros esta noche y mañana te llevamos a la estación de ómnibus?

Hubiera sido sensato, ya que a esas horas de la noche era peligroso que una mujer anduviera sola por las calles. Pero me sentí presionada por la urgencia. Había recibido las órdenes y debía encontrar la solución de alguna manera. Sin atinar a despedirme, me deslicé suavemente fuera de la casa iluminada, dejando atrás toda su comodidad y seguridad, y me paré junto al camino. Las nubes ponían un velo a la luna, y las casas y árboles creaban formas fugitivas en la oscuridad. Las ramas de un gran árbol de moras murmuraban sobre mi cabeza. Salí nerviosamente de debajo de su sombra. “ Señor, tu me has hecho santa. Hazte cargo de mí y ayúdame a llegar a la estación de ómnibus a tiempo. Estoy del todo en tus manos”. Oré.

Cuando terminé la oración se me salían las lágrimas. La presencia de Dios estaba alrededor de mí en la oscuridad y me sentí segura en ese círculo.

Luego escuché a lo lejos, pero acercándose, el suave ronroneo de una motocicleta y casi enseguida vi la luz delantera; dibujando diseños de luz sobre el negro velo de la noche, mientras avanzaba hacia mí a lo largo del extendido pavimento. Advertí que era un *rickshaw* encapotado. ¿Estaba tal vez trayendo un tardío invitado a la boda, o llevaba a su conductor a casa después de un día de trabajo? Orando para que el hombre se detuviera por mí, hice movimientos y el *rickshaw* llegó a mi lado.

¿Puede llevarme a Badami Bagh lo más rápido posible? Tengo que tomar cuanto antes un ómnibus hacia Rawalpindi. No podía ver su rostro, pues tenía puesto una suerte de capuchón, pero asintió con la cabeza y subí, sin darme el lujo de razonar si se trataba de un malvado que pudiera aprovecharse de mi situación. Partimos, llenando la escena de ecos. ¡Qué rápido me pareció avanzar por esas calles!

Cuando llegamos a Badami Bagh, según mi reloj, era como si hubiéramos cubierto los veinticuatro kilómetros en cinco minutos. El conductor del *rickshaw*, sin decir palabra, levantó mi maletín y lo llevó hasta la línea de ómnibus del transporte Watan, que iba a Rawalpindi. Mientras pasó de largo frente a mí, muy erguido y vestido con una extraña ropa larga, de un monótono color marrón, pensé que debía ser un *Pathan*.

Puso mi equipaje debajo de un asiento en el sector delantero. Ya se iba, sin esperar que le pagara, cuando lo detuve y le pregunté:

¿Cuánto le debo? •

En respuesta, dio media vuelta y dijo;

Dios me envió a ayudarla. Vaya en paz.

Luego levantó la solapa de su túnica y en su brazo fornido vi escrita una palabra en letras brillantes; *Patrus* (Pedro). Traté de verle el rostro, pero sólo vi sus ojos refulgentes ..

Los míos se llenaron de lágrimas y tuve que secarlos.

Cuando miré de nuevo, había desaparecido, sin aceptar ningún dinero. Dudando si habría soñado ese episodio, miré alrededor de la estación de ómnibus, muy concurrida a esa hora de la noche, pues la gente prefería evitar el calor del día; pero sólo vi pasajeros que estiraban las piernas anticipando un largo viaje. Ocupé mi lugar en el mullido asiento. Era la única mujer que viajaba sola y sin usar un *burka*. Cuando el conductor vino a cobrar el pasaje, le pagué.

Nos detuvimos en Jhelum, para un descanso de media hora, precisamente en la mitad del viaje y luego otra vez, pero por menos tiempo, en Gujarkhan. El fresco se hacía sentir cada vez más a medida que subíamos las colinas de los

Himalayas. Cuando llegamos a Rawalpindi, alrededor de las cinco de la mañana, abriéndonos paso a través de una multitud de personas, vacas flacas y cabras, automóviles, *rickshaws*, camiones, bicicletas y carros, para dirigimos a una parada de ómnibus en la feria Raja, el sol había comenzado a colorear el cielo oriental con sus doblados rayos dorados.

El ómnibus que hacía el trayecto a Murree era más pequeño y el viaje lento y peligroso, por un sinuoso camino de montaña, donde había el espacio justo para el paso de dos vehículos. Era una ruta muy transitada en esa época del año, en que las planicies se calcinaban por el ardiente calor. Nos sentamos de costado y mis espaldas estaban del lado de la pared montañosa, de modo que no podía mirar sobre el borde de la peligrosa cuesta.

A las once de la mañana nos aproximamos a Muree. Me bajé en la parada de ómnibus cerca de la oficina del correo, en la pendiente en la parte baja de la ciudad. Le di mi maletín a un mozo que me condujo en una corta caminata al campamento Mubarik. Cerca del campamento, el *chowkedar* nos vio llegar y fue a saludarme y a tomar el maletín.

Aquel campamento de mujeres resultó para mí una semana extraordinaria. Había treinta mujeres de Peshawor, Sialkot, Karachi, Faisalabad (anteriormente llamada Lyallpur) y Hyderabad. Dios puso su mano sanadora en aspectos de la vida en que las mujeres estaban sufriendo.

Dormí en un edificio de dos pisos, compartiendo una habitación con Ruth, de Abbotabad. Teníamos sesiones matutinas y vespertinas, las comidas y el resto del tiempo quedaba libre, pero yo lo ocupaba en buena medida hablando con las mujeres y aconsejándolas. Una profesora de la

escuela gubernamental en Lahore me dijo que tenía dificultades para testificar entre las personas musulmanas que había allí. Oramos juntas y hablamos sobre el temor que puede apoderarse de alguien en una situación así; le hablé de la promesa de Cristo “No te desampararé ni te dejaré”. Al partir, me dijo con alegría:

—Me ha dado una nueva esperanza para enfrentar todo clase de problemas.

Cuando se fueron las mujeres, llegó un grupo de jóvenes que venían de Peshawar. El Reverendo Sayed, que estaba dirigiendo el lugar de los campamentos, me pidió que me quedara para hablarles. Se me acercó un joven abogado y me dijo que estaba trabajando entre musulmanes y tenía vergüenza de testificar. Le hablé sobre Mateo 10:31-33 y oré con él. Al cuarto día vino de nuevo y dijo que ya había obtenido el valor necesario.

—Se disipó mi temor.

Así fue. Me visitó cuando dejé el campamento y fui a estar en Rawalpindi con el hermano y la hermana Younis.

La hermana Younis había estado en Mubarik y habíamos formado un lazo de amistad.

—Ven y quédate con nosotros cuando vuelvas —me dijo.

Al ir, estaba cumpliendo su deseo.

A partir de esos campamentos comenzó mi verdadero ministerio y empecé a hablar en conferencias sobre la forma en que Dios había tratado conmigo. Fui invitada nuevamente a Murabik, ese primer año, a comienzos de julio, donde compartí el púlpito de una convención local con hombres muy conocidos en la comunidad cristiana. Ellos me aceptaban como alguien a quien Dios le había dado un ministerio específico. Cada vez que hablaba, las invitaciones fluían desde lugares lejanos y cercanos. Las personas

deseaban oír lo que tenía para decirles y que era un mensaje necesario en esos tiempos me.

Se estaban abriendo nuevas oportunidades para un ministerio más amplio, pero al mismo tiempo me mantenía bien asida de Jesucristo. Sabía por experiencia que, cuando hay bendición, es casi seguro que también surgen los conflictos. Aún así no estaba preparada para eso, debido a la dirección de dónde vendrían esos ataques.

## 15

# CONCLUSION

Viajé desde Rawalpindi por todo Paquistán, dando conferencias en las iglesias y aconsejando personalmente a personas que tenían necesidades, tanto físicas como espirituales.

En octubre de 1977 fui a Lahore en respuesta a un pedido de un hermano y una hermana de la iglesia metodista en Canal Park que me escribieron que su hijo estaba enfermo.

“Por favor, venga y ore por él”, escribió el hermano James. Fui, e iba orando durante el viaje.

Cuando llegué, el hijo ya había sido dado de alta del United Christian Hospital y estaba en la casa, mejor de salud, aunque todavía débil.

Los hermanos James me pidieron que me quedara con ellos. Tenían cinco hijas y cinco hijos, y querían que yo les ayudara en su instrucción en las cosas del Señor. En consecuencia, arreglamos que me quedaría con ellos, pero tendría libertad de ir por Paquistán para asistir a reuniones cuando fuera necesario.

Durante todos estos años estuve viviendo por fe y el Señor suplió mis necesidades de tal modo que algunos se preguntaban si estaba relacionada con alguna misión extranjera que me respaldaba. En esos casos, yo procuraba explicarles que las riquezas del cielo están a nuestra disposición cuando nos decidimos a confiar por completo en Dios. Yo le había entregado todo a Dios completamente—familia, casa, tierras, dinero, reputación— y estaba confiando en que serían suplidas todas mis necesidades.

Cuando me encontraba todavía en Rawalpindi, se desarrolló el último acto de la vida de Anís Bibi en la tierra. Mi hermana, que fue forzada por la oposición de su familia a permanecer como una creyente secreta, murió el 14 de marzo de 1977. Cuando murió, yo estaba a su lado, confortándola. Sé que ella puso su mano en la mano del hombre que vio en el tope de la escalera, que tenía una corona en su mano, y también sé que le permitió que la llevara a la presencia de Dios.

Después de eso las dos hijas de Anis Bibi, de quince y dieciséis años, fueron a vivir en casa de una tía, pues su padre no quería que estuvieran con él. A los pocos meses recibí un mensaje de las niñas, pidiéndome si podrían venir a vivir conmigo, pues no eran felices. Así que, en octubre, me hice cargo del cuidado de mis dos sobrinas y ellas se mudaron conmigo a la casa del hermano James. Había demasiadas señoritas bajo un solo techo y fue entonces que comencé a orar de verdad para tener una casa donde poder vivir mi propia vida, sin tener que estar dependiendo de otros salvo de Dios.

Puse a las dos niñas en una escuela convento, ya que era difícil dejar a mis dos sobrinas en la casa de alguna otra persona mientras yo viajaba. La escuela era dirigida por algunas hermanas muy amables y el ambiente era bueno para las niñas.

Dios puso en el corazón de amigos de Karachi el deseo de hacer algo con respecto a mi situación sin hogar. Sintieron que era tiempo de que yo tuviera mi propia casa en lugar de tener que vivir continuamente con otras personas, de modo que juntaron el dinero, lo agregaron a un poco que yo misma

había ahorrado y fue suficiente para comprar una casa pequeña. ¡Qué comfortable era poder volver a mi propia casa después de una extenuante serie de reuniones evangélicas en algún lugar lejano.

Cuando tomé posesión de mi propiedad en el verano de 1978, mis sobrinas vinieron a vivir conmigo. Pero no todo marchaba bien. Tuve que comparecer ante un tribunal debido a acusaciones falsas.

Le dije al Juez que había sido una mujer paralítica y que Jesucristo me había sanado. Me preguntó si alguien de mi familia podría confirmar eso. En beneficio de la Justicia, un miembro de mi familia fue al tribunal y dio testimonio de la historia de mi sanidad y de mi buen carácter. Se declaró sin lugar la causa que se seguía contra mí.

Mis sobrinas habían dejado, pero Dios fue bueno; y me dio dos amorosas hijas adoptadas, un hijo y también el abuelo de ellos, de modo que no iba a quedar sola en este mundo.

Dos meses después de eso, en julio de 1981, estaba en Karachi, hospedándome en casa de un amigo en Akhtar Colony, cerca de la iglesia metodista, cuando una joven enfermera llamada Patricia me pidió que visitara a su hermana Freda, una enfermera del Jinnah Hospital, quien, según ella temía, estaba poseída por un espíritu malo.

—Mi hermana está enferma—dijo ella—. Llora, y cuando viene el espíritu, comienza a gritar y a golpear a las personas.

Me puse de acuerdo para ir con ella, y tomamos un *rickshaw* hasta el hospital. Era una tarde muy calurosa, con mucha humedad, debido a la proximidad del océano. En la

habitación de la joven enfermera en el hospital, la atmósfera estaba húmeda y opresiva, pero eso no se debía únicamente al calor. Allí estaba Freda, joven, tímida, con la cabeza baja. No tenía puesto su uniforme sino una *shalwar kameeze* y su *dupatta*. Levantaba los ojos una y otra vez y me observaba con una mirada fija inexpresiva.

Patricia le habló cortésmente a su hermana:

—Ba-ji, esta es la hermana Gulshan. Ha venido para orar por ti.

No hubo respuesta de parte de la joven enfermera, Estuvo un tiempo sin moverse y de pronto en forma brusca se disculpó y dejó la habitación, para ir al baño que estaba debajo de la sala. Después de quince minutos de ausencia, mi amiga dijo:

—Hace mucho que salió. Voy a buscarla y traerla. Volvió arrastrando del brazo a la renuente señorita más joven que ella. Freda se sentó en un trozo de alfombra y yo, que estaba sentada en un sillón, la ayudé a sentarse junto a mí en el piso. Luego le puse la mano en la cabeza, abrí la Biblia en el Salmo 91 y leí en voz alta:

*El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente.*

*Diré yo a Jehová: Esperanza mía y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré.*

*El te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora.*

*Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. .*

En ese momento la muchacha cerró los ojos. Manteniendo mi mano sobre su cabeza, dije:

—Te ordeno en el Nombre del Señor Jesús, sal de ella.

En eso la joven comenzó a girar su cuerpo violentamente, gritando a la vez:

—¡Déjame ir! ¡Me estoy quemando!

—Es mejor que te quemes y no que sea el diablo el que lo haga—le dije.

Entonces habló el espíritu maligno, y la voz era diferente a la voz suave de la joven:

—¡Me voy! ¡Déjame ir! ¡No volveré!

La joven cayó al piso mientras el demonio la abandonaba y ella quedó tirada allí con su cuerpo reposado. Después de diez minutos, Patricia la ayudó a levantarse. Abrió los ojos y pidió agua. Cuando la bebió, le pedí que se sentara a mi lado. Esta vez reclinó la cabeza sobre mi rodilla y dijo:

—Por favor ora más por mí. Me siento bastante aliviada.

— Le pedí que repitiera esta oración: “Gracias Díos, que he sido liberada y ahora te entrego mi vida a ti. Tómala y usa mi vida para tu propósito y dame fuerzas para, seguirte y permanecer fiel.

Nos sentamos hasta las siete de la tarde, en que llegaron a la habitación más enfermeras. Se enteraron de lo que había sucedido y comenzaron a presentar sus problemas, pidiéndome que orara por ellas. Una tenía temor por un análisis que debía hacerse. Otra tenía dificultades en el pabellón del hospital. Una tercera tenía a sus padres enfermos en su casa. Y así fui orando por cada una.

Omití decir que durante toda esa larga tarde y noche, habíamos almorzado y tomado el te en esa habitación. Fue un día tan intenso y cada recuerdo parecía realzarlo, aun el sabor de los nabos, los trozos de carne, los *chupattis* y las bananas que comimos.

Cuando llegó la hora de irnos. Patricia y yo tomamos un *rikshaw* para regresar a Akhtar Colony, donde estaba hospedándome con otra amiga. Guardaba en mi recuerdo una grata imagen de esas dos hermanas. Son realmente mujeres hermosas y ahora testifican de Jesucristo en el hospital.

El Señor me utilizó en situaciones de sanidad en que la gente peleaba entre sí. Supongo que por haber sido yo misma tan mal interpretada muchas veces sé qué gran fuego puede encender una palabra descortés o un pensamiento malicioso. Como no tengo una iglesia que me respalde, debemos mirar directamente al Señor para que supla todas las necesidades. Algunas veces, nos levantamos por la mañana y no hay en casa nada que comer. Entonces esperamos para ver de qué manera será suplida la necesidad. Pero hay días en que todos decidimos, en parte debido a la necesidad, que será un día de ayuno. En esas ocasiones, nos acercamos más a Dios. El es nuestro Padre. El sabe qué es lo mejor- y no nos falla; sólo nos prueba por un tiempo.

En mi pobreza, los pobres se acercan a mí. La gente viene caminando varios kilómetros, sin el pasaje del ómnibus para regresar a su casa, y nosotras mismas tenemos que dar de nuestra magra subsistencia. Vienen buscando ayuda espiritual, pero ¿cómo les podemos dejar ir sin ayudarles a cubrir también sus necesidades materiales? “De gracia recibisteis, dad de gracia.”

Me llamaron junto a la cama de un hombre que había venido de Inglaterra, que estaba sufriendo de disentería amebial un quiste. Eso fue en enero de 1981. Oré por él y puse las manos sobre él y se recuperó. El resultado de eso fue que me

invitaron a ir a Inglaterra y a Canadá para predicar, a grupos de asiáticos e ingleses.

El gran temor en la mente de mi tía, cuando testifiqué por primera vez de que había sido sanada por Jesucristo era que yo fuera a Inglaterra. Bien, aquí estoy, mirando todo el camino recorrido, por el cual me ha conducido mi Padre celestial desde que por primera vez confié en El.

Puedo ver que el peregrinaje en que mi padre embarcó conmigo era el comienzo de la búsqueda de mi alma para conocer a Dios. Despertó esperanzas que, aunque quedaron frustradas en la Meca, me condujeron sobre todo después de la muerte de mi padre, a buscar a Dios de una manera urgente y desesperada. Le extendí mi mano a Jesucristo, el Sanador, sin saber nada acerca de El, excepto lo poco que leí en el Corán y fui sanada.

Hoy soy un testigo del poder de Dios para llegar a la gente que está detrás del velo del Islam. Se puede rasgar ese velo para, que puedan ver a Jesucristo, oírlo y amarlo.

Ahora no necesito más los cinco Pilares del Islam para apoyar mi fe. Mi “testimonio” es de Jesucristo crucificado, muerto y sepultado, resucitado después y ahora viviendo en su propio pueblo. Mi *namaaz* no es un Dios imposible de conocer, sino uno cuya historia se encuentra en su propia Palabra, la Santa Biblia, mi tesoro máspreciado, que está escrita en las tablas de mi corazón y de mi mente, así como el Corán lo estaba anteriormente. Mi *zakat* no es más una proporción, sino el total de mi ingreso, pues todo lo que tengo le pertenece a Dios. Mis riquezas están almacenadas en el cielo. Mi ayuno no se hace en Ramadán, para aplacar a Dios, para que pueda estar segura del Paraíso, sino que se hace con deleite, de modo que pueda conocerlo mejor. Mi

*Hajj* es mi viaje por la vida. Cada día me acerca más a mi meta, que es estar con Jesucristo, mi Rey celestial, para siempre.

La sangre de los toros, las ovejas o las cabras no pueden nunca quitar el pecado, pero podemos entrar en el lugar santísimo, siendo perfectamente aceptados, por un camino nuevo y vivo, “por el velo”, es decir, por su carne. Porque ese hombre (Jesús), cuando ofreció un sacrificio por el pecado para siempre, se sentó a la diestra de Dios (Hebreos 10: 12).

Tal es Jesucristo, el Cordero de Dios, profeta y sacerdote, rey de Reyes, mi Señor y mi Dios.

# 2

## La peregrinación

El hermoso avión blanco de la línea aérea internacional de Pakistán posaba como un pájaro sobre la pista de aterrizaje. Mientras me levantaban desde mi silla de ruedas hasta el corredor de acceso al avión, sentía mi partida de Inglaterra como una especie de liberación. Esa visita había servido para algo; .para terminar con nuestra incertidumbre. Nos quedaba una sola esperanza por delante y nos dirigíamos a ella a toda velocidad. Como un acariciado suelo, se presentaba en mi mente un lugar desconocido, aunque a la vez bien identificado: la ciudad de la Meca, bañada en luz clara y diamantina, el lugar que todo musulmán desea visitar al menos una vez en la vida.-

Nuestra reservación de asientos en el avión era en el compartimiento de primera clase. Una vez más me senté entre mis criadas. Sema servía de apoyo a mi inútil costado izquierdo, y Salima se ocupaba de llevar y traer cosas. Mi padre se acomodó sobre dos asientos frente a mí y desde allí continuó sus lecciones en el viaje:

□Estamos volando a diez mil metros de altura □dijo cuando el avión alcanzó su línea de vuelo.

Miré por la ventana y me quedé boquiabierta. Estábamos en un mundo de radiante luz solar y debajo de nosotros se extendía un piso de suavísimas nubes como de algodón

ondulante, semejantes al relleno para él colchón de una novia

Salima y Serna miraron también hacia fuera y emitieron pequeños gritos amortiguados:

□Mira cuánto hierro vuela por el aire □dijeron asombradas en una mezcla de palabras en Punjabi y urdu, sobrecargadas con su pesado acento jhang.

Contuve mi sonrisa; eran muchachas aldeanos a quienes todo les parecía increíble.

De pronto el avión comenzó a dar saltos en el aire, y tuve miedo. Mi padre me explicó que habíamos caído en un bache de aire:

□No se preocupen. Todo marcha bien □nos aseguró.

Había otros peregrinos en el avión. Yo sabía que ellos llevaban en su equipaje, lo mismo que nosotros, las túnicas blancas *Ihram*, que usaba todo peregrino para hacer el *Hajj*, es decir, la peregrinación.

Hacía tiempo mi padre me había llevado a ver una película sobre el Hajj. Era para gente religiosa, que planeaba ir a la Meca en el mes de la peregrinación, y mostraba con un hermoso colorido todas las costumbres relacionadas con eso. A mi me habían enseñado la historia del nacimiento de nuestra religión en los desiertos de Arabia, por eso el paisaje de esos acontecimientos me era tan familiar como el de nuestra casa y nuestro jardín.

La aeromoza, vestida de verde con la *dupatta* colocada debajo del mentón, me sirvió la comida, aunque sólo probé un poco. Salima miró la comida casi intacta y dijo en voz suave:

- Bibi-ji, ¿no quieres comer para mantener la fuerza? Moví la cabeza.

- No tengo hambre.

En realidad, me estaba sintiendo algo enferma, en parte por la sacudida del avión y también por la emoción de lo que tenía por delante. No le dije nada acerca de mis verdaderos sentimientos. ¿Cómo podía discutir con una sirvienta las esperanzas y temores que surcaban mi mente, así como las nubes a través del cielo?

□ Cambiamos de avión en Abu Dhabi y se agregaron peregrinos de lugares lejanos. Estudié con interés sus costumbres, tratando de descubrir de dónde venían. Razia, mi maestra, me lo había enseñado bien. Ahora era capaz de identificar a personas de Irán, Nigeria, China, Indonesia, Egipto... Pareciera que todo el mundo iba rumbo a la ciudad de la Meca.

Hubo un ruido en el altavoz. La azafata nos dijo en dos idiomas, inglés y árabe, que estábamos aproximándonos a Jeddah y nos preparamos para aterrizar.

Se encendió una señal.

□ Debemos ajustarnos los cinturones de seguridad □ dijo mi padre.

Lo hicimos. Salima me ayudó y mi padre verificó que estuviera bien asegurado.

Por la ventana del avión pude ver el desierto, sus médanos castaño oscuro sopladados en formas de crestas por los rudos vientos cálidos; en el horizonte se veían las montañas, a muchos kilómetros de distancia, y luego una gran ciudad que se extendía en la llanura frente a nosotros, con edificios altos y muchas calles. Pude ver los árboles y los verdes jardines.

□ Mira □ dijo mi padre □ lo que el agua le hace al desierto. Hace algunos años que extendieron el conducto de agua desde Wadi Fátima.

Yo asentí recordé que en mis lecciones había aprendido que la riqueza del petróleo proporcionó muchos adelantos en la vida de un pueblo que antes era pobre y atrasado, que vivía en casas de barro, si eran granjeros, o en tiendas beduinas, si eran nómadas, y todos a lo largo de muchos años en que no había llovido.

El avión aterrizó y allí en el aeropuerto estaba el viejo amigo de mi padre, el Sheikh,<sup>1</sup> para recibirnos, con su gran auto Chevrolet. Ese Sheikh tenía ocho esposas y dieciocho hijos que vivían en su extensa propiedad. Trece de sus hijos eran mujeres y cinco varones. Creo que tenía otros hijos casados o estudiando en el exterior. Era dueño de un pozo petrolero, que los mantenía a todos con mucha holgura. Además, poseía tierras en las que criaba ganado y camellos, ovejas y cabras.

Durante los pocos días que estuvimos allí, tuve la oportunidad de ver las tareas que se realizaban en esa casa tan grande, a la vez que disfrutaba de la hospitalidad de la familia del Sheikh. El Sheikh me presentó a todas sus esposas, Fátima, Zara, Rabia, Rukía... y a toda su descendencia.

□ No tengo preferidas □ me informó. □ Todas mis esposas son iguales.

Yo sabía que decía eso porque el Corán establece que un hombre se puede casar con varias esposas, siempre que las trate a todas igualmente bien. El Profeta, por supuesto, tenía varias esposas, pero me dijeron que los hombres comunes les resultaba casi imposible cumplir con imparcialidad el mandato referido a la igualdad. Por lo tanto, la poligamia no se fomentaba en nuestra sociedad; sin embargo, aquí parecía

---

<sup>1</sup> Jeque N.T.

prosperar Y todo el mundo aparentaba llevarse bien con los demás.

Una traductora, llamada Bilquis, me presentó a las hijas de la familia, de quienes deduje que la mayor tendría alrededor de dieciocho años. Ellas se reunieron en la habitación de huéspedes femeninas, donde yo estaba instalada con mis criadas, para preguntarme sobre Pakistán:

□ ¿Tienen caminos? ¿Ciudades? ¿Qué comen? ¿Qué clase de verduras producen? ¿Tienen escuelas para mujeres? ¿Usan ese tipo de vestimenta todo el tiempo?

Respondí lo mejor que pude, y me agradó cuando dijeron que les gustaría ir a Pakistán para conocerlo todo. Por mi parte, yo les pregunté acerca de su vida:

□ ¿Cómo viven aquí? ¿Qué hacen durante el día? La respuesta pareció ser que hacían "muy poco". El Sheikh dejaba en casa a sus esposas e hijas. Las hijas, que estaban bien educadas, parecían no hacer otra cosa que entretenerse. Pasaban sus días charlando, viendo televisión y leyendo cosas insignificantes en inglés y en árabe. Sin embargo, parecían ser muy felices, pues tenían todos sus deseos satisfechos. Si querían ir de compras, Bilquis iba con ellas y administraba el dinero mientras elegían todo lo que querían. En cuanto a las esposas del Sheikh, su objetivo principal parecía ser agradar al Sheikh. Como excepción a esa regla, hacían sus paseos de compras (en turnos), o visitaban el hospital con Bilquis. En estas ocasiones se envolvían en *burkas* negras, ya fuera del modelo enterizo, al estilo turco, o la dividida en dos por la cintura. Se sentaban sobre almohadones, con las piernas cruzadas, y usaban *caftanes*<sup>2</sup> bordados en oro y plata. A lo largo de las paredes, en la

enorme sala con piso de mármol, había divanes, pero ellas preferían sentarse en el suelo.

A veces se vestían a la moda occidental con ropas muy elegantes, mandadas a buscar de Inglaterra y de los Estados Unidos, y se adornaban con joyas costosas. El aire estaba cargado de perfume, rociado por los sirvientes.

Por la noche, antes de ir a la cama, yo me podía encontrar con mi padre por algunos minutos en la sala general, para charlar e intercambiar impresiones.

Según mi padre, el Sheikh tenía sesenta y cinco años, pero su piel suave y sin arrugas le permitía disimularlos. Era una mezcla de lo antiguo y lo nuevo; gustaba sobre todo de la vida social y de la compañía de otros hombres, agasajándolos en su casa en forma espléndida y generosa. Le gustaba fumar y tomar té negro y escuchar música árabe, que podía oírse por la instalación que había en cada una de las habitaciones, para que todos pudieran compartir su placer. Me enteré de que eso era típicamente árabe. Todas las comodidades de la casa debían compartirse con todos, ya sea que lo quisieran o no. Para mí, la música árabe no tenía ningún atractivo.

Los momentos dedicados a la comida constituían ocasiones interesantes, ya que preparaban un cordero entero que servían a toda la familia, que estaba distribuida entre, el comedor de los hombres y el comedor de las mujeres. Los comensales se quitaban los zapatos antes de caminar sobre las coloridas alfombras persas. Comían reclinados sobre los mullidos almohadones colocados alrededor de un círculo. En el medio ponían una inmensa bandeja de arroz sazonado y un cordero humeante. Alrededor había platos con berenjenas, arroz, ensalada, delgadas rebanadas de pan y flanes o *halva*<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Túnicas que utilizan los árabes.

---

<sup>3</sup> Confites turcos.

Todo el mundo comía sólo con su mano derecha, recogiendo puñados de arroz que se echaban a la boca, para luego desmigajar pedacitos de pan.

Comí en mi habitación. No hubiera podido hacer equilibrio apoyada sobre aquellos almohadones y comer ante tantas miradas curiosas. El, Sheikh era tan amable que me permitió hacer lo que me agradara. Mi habitación estaba llena de comodidades, tales como una regia alfombra, algunas plantas verdes, una hermosa ventana redonda oscurecida, un espejo grande y un baño glorietta, con un moderno inodoro con abundante agua.

Los árabes toman muy en serio la hospitalidad. Se remonta a los tiempos tribales y a la lucha por la supervivencia en el duro desierto, donde la vida de una persona podía depender de que fuera o no albergada por el beduino. Se acostumbra decir que, en los días antiguos, un Jeque del desierto recibía a un huésped y lo agasajaba durante tres días antes de preguntarle siquiera su nombre o su oficio. Este Jeque mantuvo la tradición poniendo a nuestra disposición todas las comodidades de su casa, incluso un auto y un conductor mientras estuvimos con él. Eso significó que pudimos ver algo de la hermosa ciudad de Jeddah.

Mi padre se sentó delante con el conductor, Qazi, que estaba vestido de blanco, mientras yo miraba curiosamente la ciudad a través de las cortinas de la ventana de atrás. Estaba repleta de peregrinos, que salían de los barcos en el puerto, o que venían con cada vuelo que llegaba al nuevo aeropuerto. Qazi, el conductor, me señaló muchos contrastes entre lo antiguo y lo moderno, el edificio de oficinas de diez pisos construido a lo largo de la calle King 'Abd al-'Aziz, donde los burros cargados se abrían paso entre los grandes autos norteamericanos. Vimos el *suq*, mercado callejero, donde se

podía comprar cualquier cosa, desde almendras de café hasta alfombras y también agua santa traída desde la Meca, y donde había negocios que vendían mercadería occidental. Vimos la antigua ciudad, con las casas de los comerciantes construidas de piedra altas, magníficas, que estaban desmoronándose, adornadas con balcones con celosías, desde donde las mujeres del harén acostumbraban atisbar hacia la vida callejera, sin ser vistas por los de abajo. Haciendo un gran contraste, se veían las nuevas viviendas de bajo costo, construidas en las afueras de la ciudad.

□ Cuando no extraíamos el petróleo, había pobreza y otros problemas. □ dijo-Qazi□, pero ahora que tenemos petróleo abunda la buena comida y los niños pueden recibir instrucción.

Nos detuvimos en un lugar para ver cómo extraían el petróleo del suelo con una bomba. No me agradó el olor que producía.

Cuando dejamos al Sheikh para viajar a la Meca, lo hicimos cómoda y lujosamente, ya que él insistió en que fuéramos en su auto y con su conductor. Mi padre le agradeció con unas sentidas palabras:

□ Nos has mostrado una generosidad muy cordial y amistosa, para hacer que nuestro viaje sea más fácil.

El Sheikh hubiera hecho eso por cualquier visitante, pero yo sabía que de manera especial lo hacía por nosotros, porque era un viejo amigo de la familia que estaba relacionado con los negocios de mi padre y tenía interés en la compra de la buena raza de ovejas y cabras que habían hecho famosa nuestra región.

Partimos por la mañana muy temprano, luego de las oraciones, camino a la Meca, porque queríamos tener tiempo para ver todo lo que pudiéramos mientras nos dirigíamos

allá. La nueva autopista de cuatro carriles para tránsito de automóviles era muy buena y las empresas de taxis, camiones y ómnibus transitaban en todo el recorrido, transportando un interminable flujo de peregrinos en el viaje de setenta y dos kilómetros hacia lo Meca. Muchas personas iban a pie, avanzando estoicamente, preparadas para resistir lo que se convertiría en un horno cuando el sol alcanzara su punto más alto. No iban a pie por ser pobres, sino porque estaban recordando el viaje de Abraham, cuando buscó un santuario para Agar e Ismael.

No lo podía admitir, pero casi me sentía contenta de ser inválida, ya que así no tenía que caminar bajo el sol hirviente sobre una caldera de calor. Yo sabía que el Espíritu del Hajj, no era ése, sino por el contrario, el de sacrificio y sumisión total. Por eso no dije nada.

Qazí, el conductor, nos señaló las corrientes de agua al costado del camino y las luces eléctricas extendidas en los postes que alumbraban a los viajeros.

□ Esto lo mandó hacer el rey. El viene con sus ministros y príncipes e inaugura cada año la peregrinación, y ha hecho muchas mejoras a los servicios públicos que hay en los lugares santos.

A veinticuatro kilómetros de la ciudad, los carteles nos advertían: "Zona restringida. Sólo pueden entrar los musulmanes." Algunos de los soldados en los puestos de entrada tenían armas de fuego y revisaban la documentación de las personas. El conductor habló con los soldados y nos permitieron entrar con el auto.

Avanzábamos muy despacio, subiendo las colinas por un camino abierto entre las rocas, al lado de una multitud de adoradores vestidos de ropas blancas, que estaban siguiendo

los pasos de Abraham después que Sara expulsó a su sierva y a su hijo.

Nuestros oídos se llenaban con los gritos de las oraciones cantadas, versículos del Santo Corán, y La declaración: "No hay otro Dios sino Alá. Mahoma es el Profeta de Alá." Luego dimos una vuelta alrededor de una colina, y de pronto apareció para nuestra contemplación, allá abajo, en la ya calcinante mañana de sol, La santa ciudad, blanca y resplandeciente. El conductor detuvo el auto y el grito tradicional de los peregrinos surgió de nuestros labios de una forma casi involuntaria:

"¡*Labbayka Allahumma Labbayka*!" "Aquí estoy, a tu servicio. ¡Oh Alá! Aquí estoy a tu servicio; aquí estoy a tu servicio; no hay quien se iguale a ti. Aquí estoy a tu servicio; para ti la gloria, las riquezas y la soberanía del mundo. No hay quien se iguale a ti."

□ Ciudad de Mahoma □ dijo mi padre □ Piensa sólo eso, que el Profeta predicó en estas calles.

Se apoderó de mí un extraño sentimiento de calma.

Se disiparon todas las preocupaciones acerca del futuro. Me sentí unida con todos los demás peregrinos, buscando un poder invisible, eterno y misterioso, como las siete colinas que rodean la ciudad.

# 3

## El agua de vida

El Campamento Hajj, o lugar de descanso para los peregrinos, estaba a cierta distancia de la Mezquita de Haram. Abdula, un guía que contrató nuestro amigo el Sheikh, nos dio la bienvenida al entrar. El y mi padre se dieron la mano Y se abrazaron.

□ *Alhan wa salan* (bienvenido) - dijo Abdula.

□ Lo mismo a ti.

Esa fue la respuesta de mi padre al aceptar a ese árabe en forma espontánea, en su doble condición de hermano y de semejante, en una actitud característica de los integrantes del Hajj.

□ Tengan la bondad de entrar. Bienvenidos en el nombre de Alá □ dijo Abdula □ Recibí la carta de su excelencia el Sheikh. Reservé las habitaciones para ustedes.

En seguida conversamos sobre los corderos para el sacrificio. Mi padre pensó en encargar dos por persona, incluyendo a las criadas, lo cual hacía un total de ocho corderos ..

Sentí que me recorrió cuerpo un suave temblor de satisfacción. El punto culminante de la peregrinación era la Fiesta del Sacrificio (*Eid al Adha*), que se realizaba en honor del patriarca Abraham por su disposición a sacrificar a su hijo Ismael. Con la sangre de tantos corderos mi padre quería asegurarse de que nuestras oraciones tuvieran una eficacia especial.

Nuestras habitaciones estaban en fila todas en el mismo piso. Teníamos dos habitaciones con sus respectivos baños, amuebladas en forma sencilla y simple, con

*charpai*<sup>1</sup> para dormir. Pensé con cierta nostalgia en el colchón relleno de algodón que tenía sobre el *palung* de mi hogar. Ese enrejado de cuerdas, con un acolchado de pelo encima, no era lo más apropiado para descansar, en especial debido a que por la parálisis de mi lado izquierdo, me resultaba difícil darme vuelta. Comprendí que el estar participando en la peregrinación incluía ese tipo de incomodidades. Día tras día, cientos de miles de personas se concentraban en el área de la Meca, apretujándose en los hoteles y casas para huéspedes, o acampando al aire libre. La comodidad no era mucha y por su parte la gente no hacía ninguna ostentación de riqueza. Según nos explicó mi padre, el expresar quejas significaría empañar las cosas buenas, lo mismo que si uno era arrogante u orgulloso, o si perdía la paciencia debido al calor y a otras condiciones que producían cierta tensión nerviosa.

Un ventilador eléctrico en el techo de nuestra habitación removía el aire denso y caliente que nos rodeaba, en su infructuoso propósito de brindarnos frescura. En la ventana había cortinas verdosas, corridas para no dejar entrar el sol, que nos daban la ligera sensación de encontramos en un estanque para peces. Había también delgadas persianas de metal, a través de las cuales yo podía ver los lejanos contornos de las torres de la Gran Mezquita, que parecían dedos que señalaban hacia arriba.

Mientras descansaba sobre mi *charpai*, escuchaba el interminable arrastrar de las sandalias de cuero sin talón que usaban los peregrinos. Sus voces llegaban hasta nosotros en una confusión de lenguas extrañas. En la maraña de sonidos se entretejía el hipnótico canto de los versos del Corán y el *Allahu Abkar*. "Dios es

---

<sup>1</sup> Término equivalente a cama.

grandioso", La emoción me provocó escozor. Era bueno estar allí, tanto como para quedarse toda la vida, Mis criadas también sintieron eso:

□Qué dichosas somos de ser tus criadas y de poder estar en el *Hajj* □dijo Salima mientras ella y Sema me ayudaban a tomar el segundo baño del día para refrescarme.

Para ellas era especialmente feliz estar allí, ya que muchas personas devotas de todas partes del mundo, en ese mismo momento anhelaban estar, pero no podían disponer del tiempo o del dinero. El Hajj podía durar un mes si uno se proponía visitar todos los lugares sagrados,

Mi padre se encontró con algunos amigos, comerciantes de Lahore, Rawalpindi, Peshawar y Karachi; pero en esta ocasión no hablaba del precio del algodón o del trigo. Oh, no, allí los asuntos mundanales se desvanecían uno a uno, así como también toda distinción de edad, nacionalidad, éxitos, trabajo o nivel social. En el inmenso comedor del Campamento Hajj los sirvientes se sentaban a comer junto con sus amos, y todas sus diferencias quedaban ocultas bajo el *Ihram*, el vestido de los peregrinos. Los hombres usaban una simple sábana de algodón, sin costuras, enrollada alrededor de la mitad inferior del cuerpo y otra alrededor de los hombros. Todas las mujeres usaban vestidos largos, blancos y sencillos, con cubiertas para la cabeza y medias blancas, pero iban sin velo. Cuando seguían las pisadas del Profeta, las personas tenían el mismo valor a la vista de Dios, Mi padre me dijo, con una expresión de profunda seriedad:

□Una vez que te pones el *Ihram*, abandonas tu vida vieja, y entras en tu vida nueva. En cierto sentido, este es tu sudario. Si mueres con este vestido, vas directo al cielo, sin escala.

Cuando mi padre iba a orar a la mezquita, se encontró en la calle con un viejo amigo de la escuela:

□Attaullah está aquí. Es un verdadero musulmán; da limosnas a los pobres de Pakistán. Y es muy religioso. Esta es su tercera visita.

El tercer pilar del Islam es dar una proporción de los ingresos para socorrer a los pobres. Eso se conoce como el zakat, o la acción de dar limosna. El cuarto pilar es la disciplina del ayuno desde el amanecer hasta el atardecer durante el noveno mes del calendario lunar, el mes de Ramadán. Después de eso se da la contribución a los pobres o el zakat.

*Tú también eres muy religioso, padre \_ pensé\_ porque das limosnas y esta es también tu tercera visita, y ¿quién sino tú me ha enseñado a orar?*

Le miré la frente. Allí tenía claramente marcado un hueco, llamado el *mihrab*, que se parecía al arco sagrado del nicho que señalaba a la Meca en cada mezquita. Esa marca se producía por presionar repetidamente la frente contra el suelo en los rituales de oración. Con sólo fijarse en eso se sabía si alguien era un hombre de oración; la oración es el segundo pilar del Islam.

No salí nada en el resto de nuestro primer día, sino que me quedé orando, leyendo el Santo Corán y preparándome para la visita que haríamos el día siguiente a la Caaba. Iba a ser muy agotador moverme en el calor, mientras nos apretujaba el gentío. Salima y Sema llevaron comida a mi habitación y se quedaron conmigo.

□Hay tanta gente y a pesar de eso se disfruta de tanta paz □dijo Salima, durante la noche. Las calles estaban atestadas de peregrinos y no obstante había un clima de tranquilidad. No se notaba una prisa frenética. Estar en

ese lugar era como estar en el Paraíso, en el cumplimiento de todos los deseos.

Al ponerse el sol, cuando el *muezzin* hizo su llamado desde las torres de la mezquita, todos en la Meca se detuvieron donde estaban y volvieron su mirada hacia la Caaba, el poderoso símbolo de unidad de millones de musulmanes en los cuatro rincones del mundo. Se pararon erguidos, con las manos abiertas a cada lado del rostro:

□ Dios es grandioso □ oraban.

Bajaron los brazos y colocaron la mano derecha sobre el brazo izquierdo. Las mujeres lo hicieron por encima de la cintura y los hombres por debajo.

□ ¡Toda la gloria sea a ti, oh Altá! Y a ti sea la alabanza; bendito sea tu Nombre y tu Majestad sea exaltada; y aparte de ti no hay nadie digno de ser adorado.

Luego seguían otras oraciones, el *Fatiha*, algunos versos del Corán, después el *Allahu Akbar*. Aquí los adoradores se inclinaron desde sus caderas con las manos sobre las rodillas:

□ ¡Qué glorioso es mi Señor, el grande! Se pararon bien derechos, con las manos en los costados:

□ Alá ha oído a aquel que le alabó; Señor nuestro, a ti sea la alabanza.

Luego recitando *Allahu Akbar* se postraron diciendo:

□ Toda la gloria sea a mi Señor, el Altísimo. Lo repitieron tres veces. Luego se levantaron y se arrodillaron en posición sentada:

□ ¡Oh Alá! Perdóname y ten misericordia de mí!

Se postraron nuevamente. Ese era un Rakat completo, que iba a ser seguido de algunas repeticiones de movimientos y oraciones.

En mi condición de persona enferma, cumplí el ritual sagrado, con la ayuda de mis criadas, sentada sobre mi esterilla, con el

arco o *mihrab*, para orar, dirigido hacia la Caaba.

¿Me despertaría de ese sueño místico en mi propia habitación en casa, o era realmente yo la que decía mis oraciones aquí en el centro del mundo? Una expectación estremecedora recorrió mi cuerpo; Sentí una gran emoción. "Oh Dios, estar aquí es suficiente, aun si no pudiera caminar nunca. Ver con mis ojos la casa de Dios, construida por Abraham, es un don por el cual uno podría, vivir el resto de sus días."

"Es cierto que viviste catorce años como una persona paralítica □ me dije □; pero aquí, donde la fe es tan fuerte, donde se centran tantas oraciones, Dios oírás las oraciones de tu familia y Mahoma le pedirá que te sane." Cuando pensé en Dios no se me ocurrió ninguna figura en la mente, porque ¿cómo podría alguien forjar una imagen del Ser Eterno? El, aunque se le llama por más de noventa y nueve nombres distintos en el Santo Corán, todavía no podía ser conocido. Según me hablan enseñado, no había nada humano con lo cual se le pudiera comparar. Pero mis labios pronunciaron las palabras de la siempre apreciada *Fatiha*:

"A ti es a quien servimos.

¡A ti sólo imploramos socorro!

Guíanos por el camino recto,

El camino de aquellos

a los que has favorecido ... "

Para el musulmán. La vida es un camino, y todo individuo está en algún lugar de ese camino entre el nacimiento y la muerte, la creación y el juicio. Yo también había entrado en esa peregrinación y, aunque no podía ver de antemano su final, sabía que duraría hasta el fin de mis días.

La mañana siguiente nos levantamos antes del amanecer. Después de las oraciones y de un temprano desayuno, comenzamos la caminata hacia la Caaba. Mi padre había

hecho los arreglos para que me llevaran en una silla de ruedas, mientras que mis criadas caminaban a los costados y él iba más adelante a grandes pasos. Llevaban a muchos enfermos y ancianos de esa manera. Yo iba sentada, algo incorporada, disfrutando de esa escena, de tanta animación, en la que miles de hombres y mujeres de todas las edades y nacionalidades avanzaban al mismo tiempo hacia la casa de Dios. Nunca antes en mi vida había visto en un solo lugar tanta gente, tan decidida sobre un único objetivo. Ni siquiera en Lahore, o Rawalpindi: cuando mi padre me llevó en su auto, ni tampoco en Londres. Aquella marea humana avanzaba como una ola, con un propósito, un fin, orando mientras caminaban, o recitando los rítmicos y melodiosos versos del Corán.

La antigua mezquita de Haram estaba rodeada de macizas paredes exteriores atravesadas por varias puertas. Antes de entrar tuvimos que sometemos a una inspección física hecha por hombres y mujeres que estaban en los lugares de entrada. Mi padre me habla advertido sobre eso:

□ Se rumorea que algunos pagamos mas de una vez han tratado de penetrar en nuestros lugares santos para hacer algún daño o para profanarlos.

□ ¿Cuál fue su suerte, padre? - le pregunté llena de temor.'

□ Oh, espero que los hayan matado □ dijo. Temblé al pensar en el castigo, pero sentí que lo merecían por el agravio que habían hecho.

Entramos en un gran estadio, dominado por los minaretes en forma de torre. En el centro estaba la mezquita, que comenzó en el siglo ocho y que había sido ensanchada varias veces para recibir a miles de adoradores. Nuestro grupo cruzó las alfombras, con los

zapatos en las manos, los cuales entregamos a cambio de una tarjeta numerada. Luego pasamos por una puerta hacia los atrios interiores. Nos encontramos en un vasto espacio abierto, en medio del cual estaba el enorme edificio de granito en forma de cubo, conocido como la Caaba, la Casa de Dios, tapizado con un brocado negro con los nombres de Dios bordados en oro.

Todo el espacio abierto se veía blanco con miles y miles de personas, todas con el rostro mirando hacia la Caaba. La gente estaba caminando o corriendo alrededor de la Caaba en dirección contraria a las agujas del reloj.

Desde el centro, como rayos, salían senderos de mármol. Caminamos por uno de ellos, y llegamos a un área circular donde fui transferida a un *palki* de madera o comilla, transportada por cuatro hombres fornidos, antes de ser recogidos en un conglomerado de figuras giratorias. Fuimos alrededor de la Caaba, tres veces corriendo y cuatro caminando, mientras que yo hacía la reverencia sobre mi *palki*, y parecía como un poco de espuma en la cresta de una ola. Cada vez que pasábamos cerca de la Piedra Negra de la esquina nordeste, de la que se dice que Mahoma la puso con sus propias manos, levantábamos los brazos y gritábamos Allahu Akbar. "¡Dios es grandioso!" Era un viaje agitado y yo miré ansiosamente a mi padre, pero él parecía no darse cuenta del calor, de la presión, de la multitud ni de la incomodidad. Todo lo que deseaba era estar allí.

En nuestra última vuelta dimos con la Piedra Negra.

Recuerdo que me habían dicho que esa piedra le fue tirada por Dios a Adán. Ese era un símbolo poderoso de nuestra fe, Ya que había sido tocada por Dios, por Adán y por Mahoma. Los camilleros nos empujaron

hacia adelante y bajaron mi *palki*. Me ayudaron a inclinarme para besar la Piedra Negra. Estaba engastada en plata y rociada con perfume. Cerré los ojos y me sentí en contacto con el Profeta. La piedra, siendo tal, no sintió nada. Era cálida a mis labios y había a mi alrededor una sensación de paz. Dije:... "Por favor sáname y sana a estos otros.

Pero no sucedió nada. Salima y Sema tiraron de mi hacia adelante y pasamos. Mantuve la cabeza hacia abajo, para evitar la mirada preocupada de mi padre. Luego nos dirigimos al lugar de oración de Abraham e hicimos oración por nuestro deseo más querido. Yo oré: "Por favor, sáname."

El próximo ritual era correr entre Safa y Marwa, dos pequeñas colinas encerradas en la Gran Mezquita, alrededor de ochocientos metros una de otra. Se dice que Agar e Ismael fueron enterrados bajo esos montículos.

*Este es un gran pasatiempo*, pensé pero no lo dije. No era correcto reírse de algo que todos los demás estaban tomando tan en serio. Regresé a una silla de ruedas para avanzar a lo largo de las sendas de mármol entre Safa y Marwa, siete veces, trazando los movimientos de Agar cuando buscaba agua para su hijo Ismael después que los habían echado. La tradición dice que Dios abrió cerca de allí un pozo de agua, Abb-a-Zamzam (el agua de vida). La gente estaba comprando el agua Y la tomaba en copas de metal. Mi padre vio que nosotros bebimos y compró un odre de agua para entregárnoslo en el Campamento Hajj. Algo de ese agua era para llevar de regreso a Paquistán; el resto para que yo me bañara.

Esos rituales nos habían ocupado la mayor parte del día, sin haber podido comer ni descansar, y ahora regresábamos al

Campamento Hajj para aguardar la próxima actividad. Consistía en una caminata a Arafat, un lugar a unos once kilómetros de la Meca, donde los musulmanes dicen que Dios probó a Abraham cuando le pidió que ofreciera a su hijo primogénito, Ismael, en sacrificio. Cuando Dios vio la obediencia de Abraham detuvo el sacrificio y en lugar del niño proveyó un camero sustituto, atrapado en un matorral. Creo que visitamos Mina en el camino hasta allí y al regreso, para arrojar piedras a las tres columnas que representan a los demonios que trataron de tentar a Abraham para que desistiera de ofrecer a su hijo. Todos se reían frente a las feas columnas, mientras arrojaban piedras o zapatos. Arrojar zapatos era una ofensa muy grande.

Luego fuimos al lugar del sacrificio, fuera de la ciudad, y permanecimos en la fila hasta que llegamos al matarife al que se habían encargado nuestros corderos. El sostuvo el cuchillo con una mano y con la otra tenía el cordero, y yo puse la mano sobre el cuchillo, y él hizo la matanza. La sangre corrió desde el pescuezo del cordero hacia dentro del tanque, y el cordero se sacudió bruscamente y tembló como si tratara de escapar. No tuve lástima del cordero, pues su muerte implicaba cumplir el mandato del sacrificio. Luego vino otro matarife y se llevó el cordero y lo despellejó. No pudimos quedarnos para ver la matanza de todos nuestros corderos, porque las filas eran muy largas; pero todo estaba muy bien arreglado. Nuestros corderos iban a ser controlados y se ofrecían más tarde. Observamos a otras personas que ocupaban nuestro lugar y ofrecían sus corderos, chivos o camellos. Mi padre dijo que el sacrificio de un camello podía ser compartido hasta por seis personas. Me alegré de que no nos quedamos lo suficiente como para ver morir a un camello.

Yo sabía lo que iban a hacer con la carne. Mi padre me lo había dicho:

□ Algo de esto va para los pobres, ellos comen bien, en el Hajj. Algo comeremos nosotros en el Campamento de Hajji Gran parte será quemado. No podrá conservarse debido al calor que hace.

Los peregrinos se quedaban tres días en Mina y el segundo día volvían a usar las ropas comunes, haciendo que las calles polvorientas y calientes florecieran con los colores brillantes de las vestimentas típicas de cada país. Los hombres se rasuraban la cabeza o se cortaban el cabello muy corto y las mujeres se cortaban por lo menos dos centímetros y medio. Cada uno le deseaba al otro "Feliz Hajj". Esos eran días para agasajar a los amigos de antes y a los nuevos. Era también un tiempo apropiado para conversar sobre puntos de vista diferentes y aun para reconciliarse con los demás.

□ Si mantuviéramos el espíritu del Hajj por el resto de nuestra vida, el mundo sería un lugar feliz □ dijo mi padre

Sin embargo, no nos quedamos en Mina, por causa de mi incapacidad y en cambio regresamos al Campamento Hajji. A poco de haber regresado, me senté en un taburete en el baño, sostenida por Sema; yo recitaba oraciones, mientras Salima derramaba sobre mí el agua de Zamzam con un balde de plástico.

En realidad, esperaba ser sanada en ese momento y que desapareciera toda mi parálisis. Pero no sucedió nada. Mi cuerpo estaba tan pesado como el plomo. Mi corazón me pesaba más a medida que las criadas me levantaban, me secaban y me vestían.

Al rato fue a verme mi padre, que había estado esperando en la habitación contigua, con la expectativa de verme entrar

caminando por la puerta, con mis dos piernas.

□ Hoy no fue la voluntad de Alá. Pero no perderemos las esperanzas. Dios es grandioso □ dijo él y luego salió en forma tranquila.

Luego de esos rituales, muchos que habían estado en el Ají regresaban a su hogar y eran considerados en sus países con especial respeto. Algunas personas hasta utilizarían el nombre Hajji antes de sus nombres, o pondrían señales en sus negocios para mostrar que eran honrados.

□ Quisiera creerlo de algunos de ellos □ dijo mi padre, con la sola insinuación de una sonrisa.

Muchos, al igual que nosotros, iban a Medina, la segunda ciudad importante para los musulmanes, a cuatrocientos kilómetros, donde Mahoma vivió durante diez años después que fue desalojado de la Meca y donde estableció el Islam en el año 622, comenzando así con la era musulmana. Vivió allí la última parte de su vida, y nosotros queríamos ver su mausoleo. Muchas de las historias que me hicieron estremecer cuando era niña tenían a esa ciudad como su centro.

La Mezquita de Madni es magnífica. Caminamos sobre hermosas alfombras gruesas y rendimos nuestro homenaje en la tumba de Mahoma. Estaba cubierta, alfombrada y rodeada de cristal. La gente caminaba alrededor de ella y besaba la tumba a través del cristal con besos dados al aire. También arrojaban dinero y coronas de flores. Los encargados las recogían y decoraban la tumba.

La gente se sentaba alrededor del atrio y cantaba canciones religiosas. Como mi padre era un Pir, preguntó si permitirían que yo me acercara a la tumba de Mahoma. Los encargados me abrieron la puerta y yo me

senté junto a la entrada en una silla de ruedas y permanecí por dos o tres minutos orando. Fue una experiencia maravillosa. En esa zona visitamos otras tumbas y luego concluimos con una visita al jardín de dátiles de Fátima. Mahoma lo construyó para su hija. Compramos una canasta de quince kilogramos de dátiles (muy caros) para compartir en casa con la familia.

En Medina nos despedimos de Qazi. Mi padre le dio una *baksheesh*<sup>2</sup> en un sobre. Había sido agradable y servicial, y estábamos algo tristes de verlo dirigir el auto hacia la casa del Sheikh, llevando nuestras *zalemas*<sup>3</sup>.

□ Volamos desde Medina hacia Bethel - Mukkoudus (Jerusalén), que estaba llena de peregrinos de tres religiones: musulmana, judía y cristiana. Nuestra peregrinación, que cada año cambia de fecha por diez días, de acuerdo con la luna, ese año coincidió con la Pascua judía y la resurrección cristiana. En Jerusalén, la mezquita se llama *Ai-Masjid al-Agsa*, la mezquita más lejana, hacia la cual oraba el Profeta Mahoma, antes que la Meca llegara a ser su centro.

La Cúpula de la Roca, junto a ella, está relacionada con Abraham. La compró David y allí Salomón construyó el templo, que fue destruido por Tito. Es el lugar donde también caminó y habló el Profeta Jesús. Hoy los judíos lloran frente a los restos del muro, por la gloria perdida. Solo nos quedamos una noche en un hotel que está cerca de la Cúpula de la Roca, y yo no la visité porque me sentía muy turbada por no haber obtenido mi sanidad.

Al día siguiente nos fuimos- a Karbala, en Iraq, para ver dónde están enterrados el nieto de Mahoma, Hussein, y su familia y sirvientes, que son un total de setenta y dos

personas. Esa fue la escena de una batalla terrible, cuando Hussein y sus valientes fueron contra Khalifa Yazid de Siria y resultaron martirizados. Desde entonces; nosotros, los musulmanes shiitas, hemos recordado el aniversario de su muerte, con procesiones que guardan luto por las calles, y los hombres y muchachos van a lo, largo, dándose latigazos a si mismos. En el mes de Moharrum, la gente usa ropa negra y nadie, en una ciudad como Jhang, pensaría en celebrar una boda familiar. En Karbala oramos pidiendo sanidad, pero no hubo respuesta. Así pasamos ese mes de Peregrinación Y ya era hora de volver a casa. Mientras esperábamos el avión para Ir a Karachi, mi padre me miró:

□ Dios te está probando Y me está probando. No desesperemos. Puede ser que llegues a ser sanada en alguna otra etapa de tu vida. Mi querido y buen padre, tan paciente y fiel, estaba tratando de animarme, y obtuvo el efecto deseado.

Revivió mi fe marchita.

□ Está bien □ dije □. No perderé las esperanzas. Permaneceré fiel al Profeta y a Alá.

Y me reí para demostrar que en realidad no me importaba tener que volver como había ido.

El se detuvo y me besó.

□ Esperaba esto de ti □ me dijo.

Las criadas también murmuraron:

□ Bibi, espera sólo en Alá.

Entonces volamos de regreso a Lahore, vía-Karachi sintiendo que recibíamos alguna bendición especial compensatoria por causa de la Peregrinación; pero conscientes de que teníamos que esperar el tiempo de Alá para que se revelara. En el aeropuerto de Lahore nos esperaban nuestra familia y nuestros sirvientes. Llevaron guirnaldas de flores de caléndula anaranjadas y amarillas de

---

<sup>2</sup> Propina en los países árabes.

<sup>3</sup> Saludos

penetrante perfume; para colgarnos en el cuello. Todos nos tocaron y gritaron *Allahu Akbar*, porque era una bendición tocar a un Hajji. Me miraron, notaron que aún estaba paralítica, pero no hicieron comentarios.

Mi padre les dijo a mis hermanos y hermanas:

□ Dios no es un Dios injusto. Debemos tener la paciencia de esperar el tiempo suyo.

□ Eso es lo correcto. Nuestra hermana debe tener la paciencia de esperar.

Pasamos la noche en Lahore en una casa campestre (propiedad de un miembro de la familia y al día siguiente viajamos de regreso con una caravana de autos, para que el resto de la familia nos saludara con una alegre bienvenida.

# 4

## La boda

Regresar del Hajj fue casi tan emocionante como haber ido.

□Permíteme tocarte □dijo Samina.

Ella quería oír, una y otra vez, todo lo que habíamos visto y hecho. Así sucedía cada vez que los peregrinos regresaban de la Meca. Multitudes de personas en Lahore corrían a la estación gritando: “Ya Mohammed” y “Yarasool Arbi”, y procuraban tocar a los Hajji, a medida que bajaban del tren de Karachi. De esa forma pensaban conseguir de balde algunas de las bendiciones que otros habían adquirido a un costo tan elevado.

La algarabía duraba un mes y durante ese tiempo los familiares viajaban desde lugares lejanos y cercanos. También iban personas de la ciudad que, siguiendo la tradición, llevaban pequeños regalos a los que regresaban a su hogar. Los parientes y amigos especiales recibieron nuestros frascos de agua santa del manantial de Zamzam. Un frasco se lo obsequiamos al *maulvi*, que iba varias horas por semana a ver a mi padre para discutir el Santo Corán y el *Hadith*. 1

□Dios te bendiga □me decían a mí, poniendo en la expresión un nuevo significado, por el hecho de que yo, había estado en el Hajj.

Lo que todos deseábamos, por supuesto, era mi sanidad; pero ese deseo no se nos había concedido. Si hubo una corriente de comentarios adversos debido a eso, no llegaron a mis oídos. La familia simplemente suspiraba, me besaba y me decía:

□Algún día Dios te sanara, Bibi-ji. Debemos sometemos a su voluntad.

Cuando pensaba en el aparente fracaso de nuestro propósito, sentía verdadera tristeza. En cambio, estaba consciente de que en otros aspectos había experimentado un crecimiento. Había podido ver mucho más de lo que habían visto tantas personas de nuestra ciudad que, por mucho que ahorraran dinero durante toda su vida, nunca llegarían a tener lo suficiente para hacer la peregrinación. Además, permanecía en mí ese sentimiento intenso que había experimentado en la Caaba. Para muchos el peregrinaje a la Meca era solamente la evidencia exterior del sentimiento que se recogía allí, algo así como “el viaje del corazón” de Sufi. La meta de aquellos viajeros era que debían someterse al máximo a la voluntad divina: la palabra Islam significa “entrega”. No lo hubiera expresado con esa nitidez cuando tenía catorce años y, sin embargo, recuerdo con qué fuerza crecía en mí la seguridad de que me debía apartar de todo lo que pudiera contaminarme, a fin de consagrarme más y más a la oración. Cuando sonaba el *azzan*, me inclinaba a orar sobre mi alfombra con un propósito mas claro que antes, con mi cuerpo inclinado dirigido a la Caaba, mientras Salima me sostenía. No lo hacía sólo como un hábito que me habían enseñado, sino porque para mí era una necesidad. Como no conocía otra forma de ofrecer las oraciones de mi corazón para pedir por un toque de sanidad, en diferentes momentos del día pasaba por entre mis dedos el collar de cuentas que había traído de Medina, repitiendo, al correr cada cuenta, la palabra *Bismillah* (el nombre de Dios). Pero careciendo de medios para conocer la voluntad de Dios en ese asunto, y no produciéndose ninguna mejoría, continué repitiendo mis oraciones en forma mecánica

y me parecía justo que lo siguiera haciendo por el resto de mi vida.

Luego de toda la agitación que hubo en el mes siguiente a nuestro regreso, el mes de julio se presentó más tranquilo. Creo que mi padre estaba deprimido por causa mía. De pronto dijo:

□ Vamos a celebrar una boda.

□ ¡Oh padre!

¡Con qué gusto hubiera bailado! Me encantaban las bodas. Uno de mis recuerdos más tempranos, tal vez el más lejano de todos, era el del casamiento de mi hermana mayor con un primo, cuando yo tenía cuatro años. Anis Bibi tenía entonces catorce años. Recordé el vestido rojo que ella me había hecho, de la misma tela y color que el suyo. El de ella estaba copiosamente bordado en oro y tenía la cabeza adornada con joyas finas, con una corona, y un anillo en la nariz que tenía una perla engarzada. En la mano derecha llevaba cinco anillos unidos por una *punjangla* con pulseras alrededor de su muñeca y, por encima de todo, una *dupatta* hecha con el más finísimo hilo de seda. Me senté en su rodilla casi todo el tiempo y ella me sostuvo con firmeza dándome protección y abrazándome como yo abrazaba a veces a mi muñeca. Cuando llegó el *maulvi* para pronunciarle las palabras alusivas al matrimonio, sentí que ella temblaba. Y le acaricié la mejilla, por debajo del velo, y noté que estaba humedecida por las lágrimas.

Todos los invitados varones estaban con el novio, en la puerta de al lado, y todas las mujeres con nosotras. El novio como era nuestra costumbre, nunca había visto el rostro de su novia, a excepción de cuando eran pequeños y no tenían conciencia, por eso no importaba. El la amaba. Todos amaban a Anis Bibi, quien se parecía mucho a nuestra madre ya muerta.

Fue una boda importante. Vinieron algunas personas de alta jerarquía. Había muchos regalos. Dimos por ella una dote elevada, lo que debe haber empobrecido a mi padre. El veintiuno de todo fue para Anís Bibi para su nuevo hogar, además de dinero, oro, regalos de los parientes del novio... una fortuna. Todos decían que ese fue el mejor casamiento que se había celebrado en el pueblo.

Cuando Anís fue a despedirse de mí, me agarré de ella y sollocé. Para mí era la única madre que había conocido.

□ Voy a venir a verte con frecuencia □ me dijo.

En realidad, vendría al día siguiente, como era nuestra costumbre, para estar unos días en su casa paterna antes de dejarla para ocupar la residencia con sus parientes políticos. Habría villas de un lado a otro por algún tiempo, hasta que juzgaran que la joven pareja ya era bastante madura como para establecerse por sí misma.

La boda de mi hermano Safdar Shah se realizó en el hogar de la novia, y fue la antítesis de la de Anis. Nuestras mujeres no asistieron. Esperamos a que trajeran a Zenib, la novia, al día siguiente, con su espléndida dote. Se quedó dos días y luego fue por una semana a la casa de sus padres. La pareja había sido arreglada desde que eran niños; pero, según la costumbre, nunca se habían visto. Además, había otras diferencias. La novia era mayor, tenía dieciocho años. Se quedó con nosotros mientras Safdar Shah terminaba sus estudios comerciales en una universidad norteamericana, antes de ir a trabajar en una fábrica de embalaje en Lahore. Luego fueron a vivir a Samanabad y tuvieron una linda casa campestre propia. Me gustaba tenerla con nosotros. Pasaba tiempo conmigo en mi habitación, o se sentaba junto a mí en la silla hamaca, en el

sector del Jardín reservado para las mujeres. Cuando el clima era agradable, me conducían a ese lugar en la silla de ruedas, todos los días, para sentarme entre las rosas y las dulces alverjas, entre los naranjales y los árboles de mango y ser arrullada por las salpicaduras de pequeñas fuentes.

Cuando nosotras estábamos allí, los jardineros se mantenían bien alejados, porque una raya invisible nos separaba de ellos.

Después de eso, en una rápida sucesión de acontecimientos, mi hermana Samina se casó. Y fue a vivir a la ciudad satélite, Rawalpindi, con la familia de su esposo. Luego llegó el turno para Alim Shah. Se acababa de graduar de abogado y fue a vivir a Samanabad, con su nueva esposa, y llegó a ser miembro del directorio de una empresa. Por supuesto, mi casamiento era imposible. En vista de eso, liberamos a mi primo del compromiso y él se casó luego con una prima muy simpática que pertenecía a otra rama de la familia.

De modo que mi padre y yo quedamos solos en casa, y comenzó un precioso período de mi vida, en que disfrutaba de su compañía en una forma mucho más cercana que antes. Todos sus hijos estaban casados y él tenía su mente tranquila por eso. Cuando llegara el momento de rendir sus cuentas ante Dios no recibiría el cargo de haber fracasado en su tarea. Existía entre todos nosotros una muy profunda unidad integrada por el afecto familiar y por la fe religiosa. Nuestra inspiración y ejemplo provenían de de mi padre.

Había otros dos miembros de la familia que no he mencionado. El tío y la tía. Ellos llegaron luego de la partición del territorio en 1950. Un año antes que yo naciera. Mucha gente de ambos lados quedó sin hogar. Mi padre, como era su deber, publicó

en todos los diarios una invitación a que se presentará cualquier familia Sayed en esa condición.

Esa pareja vino de Karachi y llegó a ser parte de la familia. El “tío” se convirtió en un “hermano”. Y mi padre lo ayudó a establecerse con un pequeño negocio de ventas al por mayor. La “tía” ayudó a hacer funcionar la casa luego de la muerte de mi madre y se hizo cargo de mí.

Ellos me agradaban, pues eran buenos y amables, y sus dos hijos, un varón de doce años y una niña de ocho, me hicieron olvidar el vacío que había quedado en la casa.

La tía era una mujer de buen corazón, muy agradecida por tener un techo bajo el cual vivir; pero obsesionada con los sufrimientos que su familia había soportado por el nacimiento de la nación de Pakistán.

□ Fue terrible, terrible. Vi asesinar delante de mí a mí propio hermano... Oh, tú no sabes cómo sufrimos. Incendieron nuestra casa... Al llegar a este punto se detenía, agobiada por el dolor. Poco a poco aquella experiencia triste pasó a un segundo plano, ante el futuro brillante que vio abrirse para sus hijos, que estaban ocupados en sus estudios.

□ Ella va a ser médica □ decía la tía con orgullo □.

Abas irá al ejército.

Esas eran profesiones respetables. Las nuevas tendencias que prevalecían en la educación creaban algunos problemas, sobre todo para las niñas. ¿Qué podrían hacer? Había pocas carretas disponibles para las mujeres. Algunas de ellas, en especial las que vivían en las grandes ciudades, recibían la influencia de ideas contrarias-a la tradición, que presentaba como ideal el que las mujeres se casaran lo antes posible y se quedaran en sus propios hogares.

□ ¿No piensas lo mismo? □ dijo la tía.

Hice el esfuerzo necesario para salir de mi ensueño. □ Tal vez lo sea □ dije.

□ Oh sí, no hay dudas □ dijo la tía □.

Mi hija debiera terminar sus estudios y recibirse de médica. Piensa qué útil será cuando se case y sus hijos estén enfermos. No me molestaba que ella charlara de esa forma durante algo así como una hora, sin parar. En realidad yo sólo tenía que hacer alguno que otro comentario para que siguiera. Para ella era un pasatiempo inofensivo y a mí me permitía pensar en alguna otra cosa.

El tío y la tía me evitaban algunos episodios irritantes en el trato con los sirvientes porque, como era normal en toda casa grande, teníamos una cantidad de sirvientes que debían ser supervisados y por cuyo bienestar éramos responsables.

Salima había estado conmigo desde que yo tenía siete años. Ella era una humilde aldeana de catorce años cuando se hizo cargo de mi cuidado. Cuando crecí, le asignaron una ayudante, Sema, que procedía de la misma familia.

Teníamos también otros sirvientes cuya tarea era organizada para nosotros por el *Munshi*, u oficinista, desde su oficina, cerca de la puerta de entrada a la casa campestre. Cada mañana recibía órdenes de mi padre. Supervisaba las compras, que los menús fueran adecuados para cada ocasión, que se encargaran las provisiones, que se llevaran las cartas al correo, que las visitas fueran recibidas en forma correcta y que se atendiera el pago de las cuentas. Cada semana tenía la obligación de dar razón detallada de su mayordomía.

Más abajo en la cadena de autoridad, aunque con cierto aire de personaje estaba el *chowkedare*, el portero. Cuando las visitas tocaban el timbre en la puerta, el *chowkedar* tenía que averiguar qué relación tenían con

nosotros y, si las juzgaba honradas, las hacía pasar a ver al *Munshi*, quien las ponía luego en contacto con la persona de la casa que correspondía.

Había cuatro jardineros. Dita era el principal. Supervisaba la compra de plantas, la excavación de los huecos donde colocarlas y la colocación de macetas con plantas, tanto en el jardín soleado en el invierno como en la terraza sombreada en el verano. Había un segundo jardinero, que controlaba que se llevaran a cabo las órdenes de Dita, y un tercero cuidaba de la cañería de la fuente, para asegurar que tuviéramos agua para el jardín y para las pequeñas fuentes que fluían en el jardín. El hijo de Dita cortaba el césped y mantenía todo limpio.

Teníamos un cocinero y su ayudante. Nunca fui a las cocinas. Me lo impedía la línea invisible que nos separaba de los hombres. Rahmat Bibi era la lechera; cada mañana hacía la mantequilla fresca con la leche de nuestros búfalos. Lahraki llevaba la comida a la mesa y Sati ayudaba. Además hacían el trabajo de la casa.

De ese modo, la autoridad y la responsabilidad circulaban por muchos canales y se hacían coincidir sus intereses y los nuestros. Los sueldos no eran altos, porque la mayoría de los sirvientes vivían en las dependencias de la casa y tenían ropa y comida. No trabajaban tan duro como la gente de afuera; al menos eso era lo que yo pensaba. Yo no acostumbraba gritarles a mis sirvientes y me alegraba ver que la tía, con todo lo que regañaba, tampoco les gritaba. Una vez escuché una discusión con el *dhobi*, o lavadero, que había perdido un hermoso vestido. Siempre me asombraba ver cómo aquellas ropas sucias eran transformadas en una semana en una blancura pura, alisadas con una plancha a carbón, y traídas de vuelta sin ninguna arruga, y todo hecho en una casa

de barro que sólo contaba con una bomba para sacar agua o el canal de irrigación para lavar allí.

Dhobl nunca llegaría a ser rico, pero en muchos sentidos vivía bien. No le pagaban con dinero sino en especies, con trigo, o una bolsa de arroz. Lo que él no consumía lo cambiaba en las aldeas por las cosas que necesitaba.

□No es una vida mala. Espero poder vivir tan bien como él si llegara a perder todo esto

□decía mí padre extendiendo sus manos alrededor para señalar su cómoda casa y su tierra.

Mi padre tenía teorías bien definidas sobre el trabajo en una cultura como la nuestra.

□Por supuesto, tenemos muchos sirvientes para cuidar a algunas personas, pero no cuesta demasiado darles para comer y vestir.

Ellos nos necesitan a nosotros tanto como nosotros a ellos. Yo desafío a cualquier país desarrollado a encontrar un sistema mejor para alimentar y dar trabajo a las clases pobres.

Yo tenía una maestra, Razia, que venía para guiarme a través de los laberintos del conocimiento religioso del Islam, del urdu, de la historia de la India y Pakistán, de las matemáticas, del persa y de la ciencia básica. En lugar de inglés, estudié urdu avanzado. Razia era una mujer buena y considerada, alta y hermosa. Entraba en mi habitación como una brisa de aire y, gracias a ella, me interesé por el mundo que me rodea escuchando las noticias de la radio, y los programas religiosos y mirando el televisor, que mi padre compró después de nuestra visita a la Meca, para aliviar mi desilusión de mi regreso al hogar.

□Ya estás lista para los exámenes □dijo Razia un día□. Pronto no podré venir más a enseñarte.

Estaba tan entusiasmada con la perspectiva de los exámenes que no comprendí cabalmente cuanto extrañaría nuestras lecciones.

Pasados mis exámenes, me sentaba todo el día, sin nada que hacer. Razia tenía otra alumna y no podría verme con frecuencia. Sin embargo, mi padre continuaba yendo todas las noches y se sentaba para leer el diario y darme las novedades del día tocante a los negocios y a las noticias de lo que sucedía en la ciudad. Algunas veces hacíamos breves viajes. En un tiempo pensaba que nuestra región era el centro de Punjab, que, por supuesto, era el centro de Pakistán. Además de la calidad de sus animales mamíferos y su creciente vida industrial, era un centro famoso por su interés romántico. Allí estaba la tumba de una joven pareja que fue separada por la vida pero unida en la muerte.

La primera vez que oí la historia me la contó Samina, con todos sus detalles complicados, y luego mi padre nos llevó para ver la tumba de mármol blanco que conmemora a los desafortunados amantes.

La historia tenía como protagonistas a Heer, cuyo nombre significa "hermosa" y Ranjha, el hijo del granjero que quería casarse con ella. Aunque ambos eran ricos, existía un problema de castas. Los padres de Heer la comprometieron en matrimonio con un esposo elegido por ellos; pero ella todavía amaba a Ranjha, con quien se había llegado a comprometer. Eso llegó a oídos del rey, quien disolvió su matrimonio. Pero su *doli*, el coche de bodas, que la llevaba hacia Ranjha, pasó a ser su coche fúnebre. Cuando se fue de su casa, su tío le dio una bebida envenenada. Identificado con la tradición de Romeo y Julieta, Ranjha se suicidó. Esas historias alimentaban nuestra pasión por el romance. No mucho tiempo después

comparé eso con los sentimientos que mi padre tenía por mi madre. Aquella no era una pasión etérea y romántica, sino un amor sincero que lo hizo sacrificarse a sí mismo por ella en vida.

# 5

## El aguijón de la muerte.

No quiero ni pensar en lo que sucedió después, aunque el aguijón de la memoria trae consigo su cuota de consolación. Nuestro padre, que era un modelo de fortaleza se enfermó. Transcurría el mes de diciembre de 1968. Llovía copiosamente Y hacía frío. Mi padre pasó demasiado tiempo afuera, en su propiedad en el campo y regresó a casa empapado y tiritando. Aquella noche se acostó con fiebre.

A la mañana siguiente se esforzó para ir a la oficina.

Tenía el rostro lúgubre y sudaba. Atendió sus negocios y regresó a casa. Durante la noche empeoró y tenía un extraño ronquido en el pecho.

Llegó el médico y le recetó los medicamentos. También vino el *mullah* para hacer sus oraciones. La fiebre descendió y Majeed lo llevó a' trabajar una vez más, pero al rato lo volvió a traer a casa desplomado Y respirando con dificultad.

Los familiares más cercanos nos reunimos a su alrededor y aunamos nuestras voluntades para ayudarlo a combatir la enfermedad, diagnosticada como neumonía. Mi padre necesitaba estar internado en el hospital, pero insistió en quedarse en casa Y procuraba atender su trabajo desde el dormitorio. Luchó durante dos o tres días Luego se produjo el cambio que todos teníamos. Estaba perdiendo la batalla por la vida. y no teníamos ninguna posibilidad de salvado. Comenzó a darnos mensajes e instrucciones acerca de la disposición de sus bienes y le entregó los títulos de propiedad a Safdar Shah, a quien había designado apoderado.

En la situación extrema en que se encontraba, todavía seguía ocupándose de mí. Me miró y con voz débil y entrecortada dijo con gran esfuerzo:

□ Te he dejado algunos bienes. Aun en el caso de que quisieras tener contigo cien sirvientes, no serías una carga para nadie. Cuida del tío y de la tía y dales todo lo que necesiten.

Cruzamos miradas de terror.

□ No es cierto que está sucediendo eso con nuestro padre □ nos dijimos unos a otros.

Pero él se escapaba de nuestro alcance, como el agua que penetra en la tierra, para no retomar, salvo cuando la levanta el sol.

Yo estaba a su lado, en mi silla de ruedas y me incliné sobre él, perpleja.

□ Padre, no nos dejes. Te necesitamos. Si tú te vas, te seguiré.

Lloré, casi sin saber lo que decía.

El abrió los ojos y sin fuerzas tendió su mano sobre mi cabeza:

□ Es una carga para ti, pero no debes suicidarte. Sería un pecado. Nunca olvides que perteneces a una familia Sayed, la familia de Mahoma. Irás al paraíso; por lo tanto, no te suicides. De lo contrario, tu destino será el infierno. No escuches los cuentos de viejas. Vive una vida recta y todos estaremos juntos con tu madre.

Al decir eso se movió un poco y agarró mi brazo febrilmente. Sus ojos brillaban con una luz extraña; su mirada estaba fija, como si estuviera viendo una visión. En forma entrecortada dijo:

□ Un día Dios te va a sanar, Gulshan. Ora a El.

Luego se acomodó sobre las almohadas, respirando en forma pesada y lenta. Se cerraron sus ojos.

Me quedé llorando amargamente.

□ ¿Cómo podré tener fe, si no estás conmigo padre?

□ dije sollozando.

Entonces Safdar Shah comenzó a clamar.

□ No nos dejes. Todavía te necesitamos. Tú eres nuestra madre y nuestro padre.

Miré a mi hermano, el duro hombre de negocios. No me había dado cuenta de que tenía semejantes sentimientos tiernos para con ese hombre que nos había educado y cuidado en la niñez y la juventud.

Los ojos de mi padre se abrieron. Estaba haciendo un esfuerzo supremo de voluntad para quedarse con nosotros.

□ Cuida de tu hermana □ le dijo uno por uno a sus hijos.

Ellos hicieron una promesa solemne. Luego tomó un poco de agua, dijo algunos versos del Sura Ya Sin en lo que, nosotros nos unimos, cerró los ojos para siempre.

Permaneció así, respirando en forma dificultosa y pausada durante varias horas, mientras velábamos junto a él. Murió a las ocho de la mañana del 28 de diciembre de 1968 mientras su amigo el *maulvi* recitaba el Sura Ya Sin.

*Sino que sonará la trompeta, ¡y he aquí que  
saldrán de sus tumbas y se apresurarán a reunirse en tomo a su Señor!  
y entonces dirán: "¡Desgraciados de nosotros!  
¿Quién nos ha despertado de lo profundo de nuestro sueño? La promesa del  
Muy-Misericordioso se realiza! ¡Los Apóstoles decían  
la verdad!"  
No habrá sino un solo grito (llegando del cielo).*

*¡Y he aquí que todos comparecieron ante mí!  
Y aquel día ningún alma será perjudicada  
ni alguien recibirá retribución sino por aquello que haya hecho.  
En realidad, los compañeros del Paraíso, en  
aquel día, no tendrán otra cosa que hacer sino ¡disfrutar de la mayor felicidad!  
¡Ellos y sus esposas estarán a la sombra reclinados en tronos (magníficos)!  
¡Y allí habrá frutos para ellos ... I*

Leímos ese pasaje tradicional, a través de un velo de lágrimas, con la certeza de que le ayudaría a nuestro padre en el tránsito físico de la muerte. Luego Samina besó su rostro muerto y todos seguimos su ejemplo.

Durante las horas siguientes, se hicieron cargo de él los hombres de la familia y los vecinos, todos experimentados en los rituales de la muerte. Ellos y los sirvientes lavaron el cuerpo y vistieron a mi padre en un sudario blanco especial, que había traído del Hajj, Listo para su padre a en el viaje final. Consistía de una camisa larga y dos sábanas para enrollar alrededor de la cintura y a través de los hombros. Le pusieron un turbante en a- cabeza a y lo cubrieron

con una sábana blanca, y luego lo colocaron en un cajón, que tenía escritos por todo alrededor versos y oraciones del Santo Corán. El ataúd quedó abierto por seis horas para que las mujeres de la familia le rindieran homenaje. Más tarde lo colocaron en el jardín mientras una apenada comitiva marchaba en derredor en una fija interminable. Todo el mundo se encorvaba para besar el ataúd y recitar una oración, o para tirar al aire un respetuoso beso. Mi padre era un hombre importante y muy conocido, un maestro religioso, un *Pir*, con sus propios *murreds* (discípulo), así como un prominente hacendado y hombre de negocios. Aquella noche su funeral expresaba tanto el sentir de la comunidad como el de la familia. Asistieron unas mil personas, entre las que estaban miembros de la familia, de la comunidad comercial, representantes religiosos y un gran número de *murreds* fue un funeral notable. Por nuestra condición de familia Sayed, teníamos nuestro sector especial: en el cementerio y allí fue puesto mi padre, en un pequeño mausoleo donde estaba sepultada su esposa. Solamente los hombres fueron al entierro. El *maulvi* dirigió las oraciones y todo el mundo se inclinó y oró. Luego bajaron el ataúd a la tierra y los deudos lo rociaron con polvo. Un *chador*, o ramo de flores, fue desgranado y esparcido sobre el ataúd.

En cuanto a mí, estaba atarida por el dolor, inmóvil. Salima y Sema iban y venían, supervisadas por tía, para lavarme, cambiarme, traerme leche caliente y masajes en la cabeza para aliviar el dolor. Apenas estaba consciente de que habían montado una especie de guardia a la entrada ..

□No, ella no quiere ver a nadie. En este momento es mejor dejarla sola.

Aun a los miembros de la familia los alejaban de mi puerta.

Creo que me quedé dormida, porque cuando volví a estar consciente, en mi reloj eran las tres de mañana y permanecí todavía por algunos momentos oyendo los pequeños ruidos que me indicaban que los sirvientes de la casa se habían levantado y estaban preparándose para las faenas del día. Estábamos pasando el peor trance de nuestra vida y, sin embargo, la rutina debía continuar.

*No es correcto que yo tenga que estar viva, paralítica e inútil como soy, y que él esté muerto, pensé, Dios no puedo vivir así, quizá por treinta años más. Por favor, llévame con mi padre.*

¿Por qué Dios estaba tan lejos y tan silencioso? Tal vez mis antepasados habían cometido un pecado muy grave. Quizá Dios quería desarrollar una mayor medida de paciencia en mí,... pero ¿acaso no había sido paciente, y aun así estaba enferma? Si El no me iba a ayudar, tendría que encontrar otra forma de librarme de este cuerpo desgastado. ¿Pero cómo? ¿Ahorcándome? Hacerlo con una sola mano sería imposible. ¿Envenenándome? ¿Dónde conseguiría el veneno? Si yo pudiera encontrar un cuchillo o unas tijeras... Pero estaban encerrados bajo llave. Aun cuando ese pensamiento me venía una y otra vez, había otro que en seguida ocupaba su lugar: Nunca estarás en el paraíso con tu padre y tu madre si te quitas la vida. En mi condición de Sayed tenía el derecho automático de entrar en el paraíso, aun si fallaba en cumplir con los cinco pilares del Islam; pero el suicidio bastaría para que ese derecho quedara cancelado ..

Entonces, tal vez nunca sería sanada. Sentí como si me hubieran estrujado el corazón y no pude controlar las lágrimas. Fue entonces, al sentir tan absoluto desamparo, que comencé a hablar con Dios, de veras a hablar con El, no como lo hace un musulmán. Usando oraciones

preparadas, aproximándose a El a través de un gran abismo. Impulsada por un enorme vacío interior, oré como si hablara con alguien que conocía mis circunstancias y mi necesidad.

~- Quiero; morir - dije -. No quiero vivir más. Esto es lo último.

No lo puedo explicar, pero supe que había sido escuchada. Fue como si se hubiera corrido un velo entre mí y alguna fuente de paz. Acomodándome el chal alrededor para combatir el frío, pude expresarme más libremente en la oración.. ¿Qué pecado terrible he cometido, que me has hecho vivir así? \_ dije entre sollozos -. Apenas nací te llevaste a mi madre, luego me hiciste paralítica y ahora te llevas a mi padre. Dime ¿por qué me has castigado tan duramente?

El silencio era tan profundo y quieto que podía escuchar los latidos de mi corazón.

"No te dejaré morir. Haré que vivas."

Era una voz suave, amorosa, como la brisa del viento que pasaba sobre mí Yo sé que había una voz, que me habló en mi idioma y que con ella recibí una nueva libertad para acercarme a Dios, el Ser supremo, quien hasta entonces no me había dado ninguna indicación de que conocía algo sobre mi existencia.

"¿De qué servirá que yo viva? - pregunté □ Soy Inválida. Cuando mi padre estaba vivo podía compartir .todo con él. Ahora cada minuto de mi vida es como cien años. Tú te llevaste a mi padre y me dejaste sin esperanza, sin nada por lo cual vivir."

La voz vino de nuevo, vibrante y suave.

*"¿Quién le dio ojos al ciego, y quién hizo sano al enfermo, y quién curó-a los leprosos y quién resucitó al muerto? Yo soy Jesús, el hijo de María. Lee acerca de mí en el Corán.*

*En el Sura Maryam*

No sé cuanto duró ese intercambio. ¿Cinco minutos? ¿Media hora? De pronto sonó desde la mezquita el llamado para la oración matinal y abrí los ojos. Todo se veía normal en la habitación. ¿Por qué no había venido nadie con el agua para lavarme? Parecía que me habían garantizado un tiempo de paz y privacidad para este extraño encuentro.

A medida que transcurrió el día me fui convenciendo de que había estado soñando y entonces, junto con mis hermanas y otros miembros femeninos de la familia fui a visitar la tumba. Todo estaba tranquilo y en paz, y sobre el montón de tierra marrón habían depositado unas flores frescas. Miré la escena con horror. Mi padre, que estando vivo, jamás permitió que lo tocara una pizca de polvo, yacía ahora enterrado bajo aquel barro. Era demasiado horrible para contemplarlo.

Al-regresar de esa melancólica visita, debíamos cubrir un período de luto de cuarenta días. En ese tiempo Safdar Shah y Alim Shah tuvieron que descuidar la atención de sus trabajos, mientras un flujo constante de personas que venían de lejos y de cerca, importantes y humildes, nos visitaron y rindieron su homenaje en memoria de nuestro padre.

La costumbre era que durante todo ese tiempo, los vecinos nos traían la comida No debíamos encender fuego en casa para cocinar. Debíamos dedicar todo nuestro tiempo a recordar al muerto y hablar acerca de él con toda persona que nos visitara. Nuestras visitas se sentaban en el piso para mostrar respeto y hablaban de las cosas buenas que había hecho el difunto. Así honraban su memoria y consolaban a la familia. Era una costumbre muy cortés esa de permitir que la aflicción tuviera un cauce para expresarse y que se brindara el apoyo de la comunidad para ayudar a la familia desconsolada.

Después que regresamos del cementerio, en un estado de profunda depresión, sucedió algo extraño. Una de las sirvientas gritó de pronto señalando una silla:

□Lo vi sentado aquí □ fueron sus palabras.

Nadie se sorprendió. La sensación de la presencia de la persona muerta no deja la casa de inmediato, y en el caso de mi padre todavía no podíamos creer que se había ido. Era como si acabara de salir para dar alguna instrucción al jardinero y que regresaría en un momento. Miré a la criada y me pregunté por qué había sido ella la que tuvo el privilegio de verlo. Vino la tía a mi habitación y se sentó un rato conmigo, dándome masaje en la cabeza para aliviar el molesto dolor que tenía como resultado de tantas lágrimas.

□Tu tío y yo te cuidaremos como un padre y una madre. Por favor, considéranos así y trata de mirar esta pérdida como la voluntad de Dios. El ha llevado a tu padre al paraíso.

Cuando se fue, sentí la necesidad de hacer algo para quitar de mi mente los acontecimientos de la mañana. Pedí mi Corán en árabe y comencé a leer el Sura Maryam. Pero era difícil leer el árabe y entenderlo por completo, por más que sus versos rítmicos y sus movimientos ligeros habían hecho fácil aprenderlos de memoria. En ese momento se apoderó de mí una idea osada. ¿Por qué no pediría leer el Corán en mi propio idioma?

Escribí una nota para Salima y se la di cuando vino a cambiarme de ropa.

□Por favor, déle al portador la mejor traducción disponible del Corán en urdu □ decía en mi nota.

□Lleva esto a la librería y pide una versión del Corán en urdu, publicada por la compañía Taj □le dije□. Pídele el dinero a mi tía.

Salima inclinó la cabeza con respeto y se fue. Dos horas más tarde volvió, con el libro envuelto en pape de periódico.

□Bien -le dije□. Ahora podrías ir y hacerle una funda?

Aquella noche, cuando la casa estaba quieta y silenciosa, desenvolví la funda de seda verde y saqué el Corán en urdu. Sostuve el libro en mi mano por un momento. Ansiaba mucho oír de nuevo aquella voz, con su afirmación de que mis oraciones eran oídas y que había un camino de sanidad y esperanza. La forma oírlo de nuevo, supe instintivamente, era obedecer su instrucción de leer. Y entonces, llena de curiosidad y tristeza y sin la menor idea de cuán importante era este acto. Dije *Bismillah*. Abrí el libro y comencé a leer.

*Entonces los ángeles dijeron: "¡Oh María! En realidad, Dios te anuncia la buena noticia de su Verbo. Su nombre es el Mesías Jesús, hijo de María, considerado en este mundo y en el otro, y hasta por aquellos que están inmediatos a Dios. El hablará a los hombres, tanto a los que están en la cuna como en la edad madura. Y será del número de los justos ... "*

El tercer día, después de la muerte de mi padre, Safdar Shah fue reconocido como cabeza de la familia. Dos tíos colocaron ceremoniosamente sobre su cabeza uno de los turbantes de mi padre y desde entonces él era en nuestra familia un Pir y un Shah. Se esperaba que supiera las respuestas a preguntas sobre religión. Sería un buen Pir. No como algunos que tenían ese título pero que eran indoctos y supersticiosos.

Durante los cuarenta días de luto, la casa se llenó de vecinos, visitas y murreeds con sus esposas. Haban venido a servirnos y tenían buenas intenciones; hacían la limpieza de la casa

y servían la comida a las otras visitas. También traían ropa para la familia y teníamos la obligación de usarla, sin hacer cumplidos.

□ Estas ropas son de muerte, no de vida. Siempre me lo recordarán □ dijo Anis Sibi, sacudiendo bruscamente su incómodo *shalwar kameeze*.

El período de luto concluyó con dos actividades. Se cerró la tumba con cemento y se colocó una lápida. Todos estaban invitados a la clausura tradicional de la ceremonia del luto, el *chalisvanh*.

Se erigió una gran tienda de campaña y la provisión de alimentos fue confiada a un negocio local. Ellos pusieron hornos para cocinar y llenaron con arroz ciento cincuenta ollas enormes. Se sirvió un guiso de pollo, pilau<sup>1</sup> y el arroz dulce, y todos se sobre el piso y se sirvieron con sus dedos de los platos de acero.

Yo no fui porque odiaba que todos me miraran y me tuvieran lástima a causa de mi deformación, pero oí todo lo que dijeron.

Safdar Shah tenía que regresar a Lahore; pero antes de hacerlo fue a verme y se sentó, con su mirada tranquila, en la silla que mi padre había ocupado tantas veces. Sostenía en su mano el documento referido a los bienes que mi padre me había dejado. Yo sabía lo que Safdar me iba a decir y tenía lista mi respuesta.

□ Mi querida hermana □ comenzó □ te pediría que vengas a vivir con nosotros, si no fuera por el hecho de que la tía y el tío están aquí para cuidarte. Como tú sabes, nuestro padre te dejó la porción más grande de la propiedad. Por supuesto que no me opongo a eso en ningún sentido, ya que él te cuidó tanto y pensó especialmente en tu comodidad y bienestar. Pero ahora que eres una mujer con propiedades, puedes vivir donde tú desees, incluso en Lahore.

□ Gracias, hermano □ intenumpí -, pero yo no desearía dejar ésta casa, donde fui educada. No quiero ir a Lahore.

Mi hermano me miró en forma penetrante

□ ¿Es del todo correcto que permanezcas aquí para sumirte en la tristeza?

□ También estando en Lahore podría sumirme en la tristeza. Aquí estoy acostumbrada a todo □ le dije.

No agregué la otra razón, la de que sólo aquí, en calma y privacidad, podría continuar investigando en el Santo Corán, para encontrar a Jesús, el profeta y sanador.

□ Muy bien, si eso es lo que sientes, entonces que así sea □ dijo Safdar Shah ..

Pareció que se sentía aliviado.

□ En ese caso, creo que debemos poner en práctica los deseos de nuestro padre con relación al manejo de tus finanzas.

Estaba arreglado que Safdar Shah pondría el dinero en el banco de Lahore Para que yo lo retirara. Yo, como encargada de la casa, firmaría todos los meses los cheques para los gastos, contra el Banco Comercial Musulmán. Le daría dinero al tía para el funcionamiento de la casa. Mi hermano Safdar Shah vendría de visita dos veces por mes para examinar las cuentas.

□ Sé que todo estará en buen orden □ dijo Safdar Shah-.

Cuando vivía, mi padre depositó mucha confianza en tu discreción.

---

<sup>1</sup> Plato oriental hecho de arroz o trigo con carne o pescado y especias.

De ese modo, eso quedó arreglado a satisfacción suya y se fue. Los demás también se retiraron, uno a uno, dejándome con mi triste existencia, sin ninguna compañía cercana, ni amigo, para compartir mi soledad, aunque en realidad no estaba sola.

Cuando él se fue, mi tía entró en la habitación:

□Eres muy afortunada en que se haya depositado tanta confianza en ti □dijo□. Cuando yo tenía tu edad, se hubiera considerado indecoroso que una mujer supiera tanto de negocios .. Pero tu padre (que su memoria sea bendita) te trató como a uno de sus hijos.

Se fue de nuevo y cuando el silencio me envolvió, abrí mi Corán en urdu y leí nuevamente el pasaje del Sura "Los Imrans", que ahora era el foco de mi atención:

*"Con el permiso de Aló daré visto a los ciegos, sanaré al leproso, y resucitaré los muertos a la vida .••*

Había bastante más que yo no entendía. Muchos eruditos inteligentes habían tratado de dar sus interpretaciones sobre el profeta Jesús quien, dice este Sura, fue un ser creado, hecho del polvo, como Adán y sin embargo uno que podía, por el poder de Alá, hacer todos esos milagros. Que él era importante, yo no lo podía dudar, pero ¿quién era ese profeta que conocía mi necesidad y que podía hablar conmigo desde el cielo como si estuviera vivo? Yo había perdido mi compañera más querida, y delante de mí se extendía una vida vacía. Sin embargo, había brotado en mi corazón una semilla de búsqueda y de esperanza. Un día, algún día, lo sentí como algo seguro, descubriría el secreto de Jesús, el profeta misterioso, escondido tras un velo en las páginas del Santo Corán

## 6

# El automóvil

Después de la muerte de mi padre, el Mercedes azul quedó silencioso en su garaje, cubierto con sábanas negras, en memoria del hombre que, como un sol brillante, había llenado nuestra vida de felicidad, pero que había desaparecido ahora de nuestro cielo, dejándonos helados y estremecidos.

Era el auto de un hombre acaudalado. La partida de mi padre en su auto, cada mañana, para ir a su trabajo, era parte de nuestro ritual diario. El automóvil era en sí bastante espléndido, pero mi padre le añadía su propia excelencia cuando se sentaba aliado de Majeed, su conductor, cuyo turbante-y espalda erguida le decían al mundo cuán orgulloso estaba de conducir a semejante amo.

Los niños también nos sentíamos orgullosos cuando mi padre nos llevaba en el auto a cualquier parte. Los varones viajaban en el auto a la escuela de la mezquita y yo acompañaba a mi padre cuando procuraba encontrar un tratamiento médico para mi caso. A veces hacía viajes para visitar lugares interesantes y entonces me sacaban de mi tranquila habitación camino a Lahore para ver a los familiares.

Ahora su auto estaba inmóvil. Nadie quería conducirlo, ni siquiera mi hermano, Safdar Shah. Cada tanto, Majeed sacaba las fundas y lustraba la superficie azul oscura y sus brillantes accesorios de cromo, hasta que todo brillaba como un espejo. Frotaba la madera caoba del tablero de instrumentos y enceraba los asientos de cuero hasta que despedían un agradable aroma. Limpiaba de la misma forma el motor, engrasando cada pieza móvil, elevando el auto para que no descansara sobre sus ruedas. Mientras trabajaba, Majeed hablaba en voz muy baja, como si el auto lo entendiera. Las criadas me informaban todo eso en medio de risitas entrecortadas:

□ Ese Majeed..., usted tendría que oírlo. Tiene la cabeza floja. Le está diciendo al auto: "Tú no estas muerto."

□ Cállate □ le decía yo □ No debes reírte de esas cosas.

Me sentía incómoda pensando que tal vez mi padre podría escuchar y, entonces, saliendo de la penumbra que rodeaba la casa campestre cuando las sombras caían suavemente, como si nada hubiera sucedido, podría pedir que el auto estuviera listo para salir. Como si procurara recalcar eso, un día una de las criadas vino corriendo a contarme la historia de que había visto al dueño caminando por la casa .

□ ¿T e-dijo algo? □ le-pregunté.

Ella se estremeció.

□ No, Bibi-Ji □. No me miró, sólo pasó por aquella puerta. Cuando miré no había nadie. ¡La habitación estaba vacía!

No le reproché el haber tenido una imaginación tan exuberante. Sólo me pregunté por qué no había sido yo la que hubiera visto su muy amado rostro.

El auto era un símbolo de mi propio estado de inutilidad. ¿Debe quedar el auto en su garaje para siempre, como un eco de los días que se fueron para no volver? ¿Tendría yo que permanecer aquí indefensa, .viviendo de los recuerdos por el resto de mi vida?

Mis hermanos y hermanas podían vivir su propia vida, y aunque ellos cumplían con fidelidad las instrucciones de mi padre con respecto a mí, no quería serles una carga y una molestia. Mi melancolía se trasladó a mis hermanas. Un día Samina me comentó acerca de eso:

□ Hermanita, ¿qué perturba tu mente y te hace aparecer tan triste?

Cuando se lo dije, respondió:

□ Nunca serás una carga para nosotros. Te amamos mucho.

Así que cuando se acercaba algún nubarrón de desesperación, trataba de evadirlo de la mejor manera que podía, hablándome a mí misma de esta manera: *Mira, Gulshan, tienes mucha suerte de tener una familia Como la tuya. Podrías haber nacido pobre como una de tus criadas. Podrías haber tenido un padre que no te amara y hermanos y hermanas que no se preocuparan por ti. Tienes una buena preparación. Tienes un techo que te cubre y tu padre ha previsto que no te llegue a faltar nada. Saca el mejor partido posible de tu situación. Piensa en aquellos días en la Meca, cuando estuviste tan cerca de Dios y de su profeta. Recuerda las palabras de tu padre de que Dios te sanaría, si eso no te basta, recuerda la voz que escuchaste en esta habitación, hablándote de Jesús el Sanador.*

Cuando ponía todas esas cosas en la balanza, era más que suficiente para sacarme de mi desesperación. Cada día recordaba mis bendiciones, evaluándolas una por una hasta que mi espíritu se reanimaba. Sin embargo, por debajo de la superficie subsistía el temor: tal vez nunca sería sanada.

Volví a la oración con más intensidad que antes. Mis días transcurrían de una forma regular, marcada por los cinco tiempos en que se llamaba a la oración. Me despertaba a las tres de la mañana y me preparaba para el *Fajr qe namaz*, la oración del amanecer. Luego leía el Corán en árabe hasta el desayuno, que tomaba en mi habitación. Después del desayuno, Salima o Sema me cambiaban la ropa y luego llenaba el tiempo leyendo un libro religioso, o el periódico, escuchando la radio o escribiendo una carta a mi-hermano o hermana y almorzando. Eso era seguido por un período de descanso y después llegaba el momento de la oración temprana de la tarde, el *Zohar qe namaz*.

No se exigía que las mujeres visitaran la mezquita. En lugar de eso, podíamos repetir suavemente las oraciones en casa. Sería tan difícil olvidarme de comer como dejar de decir mis oraciones, aunque se trataba de oraciones repetidas al estilo de un loro. A pesar de eso, eran un nexo con mi padre, una señal de que estaba conservando la fe. El me había enseñado que si era fiel, lo encontraría en el Paraíso, después de la muerte, cuando tuviera un cuerpo nuevo. Todas las mujeres en el Paraíso eran jóvenes y hermosas, según se nos enseñaba en el Santo Corán.

Abrigaba en lo más íntimo otros temores, más inquietantes, que apenas tenía el valor de confrontar, ni siquiera de mencionarlos a alguien. Tal vez Dios estaría enojado conmigo y por esa razón se-habría lleva do a mi padre.

Me estaba atemorizando del Dios al que adorábamos. Para mí estaba escondido detrás de un velo de oscuridad y desconocimiento.

Nada de eso resultaba evidente en la apariencia exterior de mi vida. En muchos sentidos mi hogar parecía en ese entonces un paraíso. Situada en una tierra verde y fértil, regada por cinco ríos, el Jhelum, el Ravi, el Indus y el Chenab, con su nuevo embalse, y el Saltlaj, nuestra ciudad era considerada por la gente de Lahore como un lugar tranquilo. Para mí era una sombra que me defendía de un mundo lleno de miradas penetrantes y de preguntas perturbadoras sobre mi incapacidad. Era también un refugio que me separaba de un mundo lleno de desastres, crímenes, asesinatos, y en el que no tendría que casarme o ganarme la

vida. Escuchando los programas de noticias que llegaban en urdu desde la BBC de Londres, de los periódicos y de la televisión, me enteraba del agitado mundo externo y añoraba que mi padre estuviera allí para hablar con él de todo lo que veía y escuchaba. Había muchas cosas que yo no entendía y ya no tenía a mi lado aquel que podía ayudarme a formar mis opiniones.

Como es lógico, en casa había muchos temas de conversación. Le hablaba a mi tío sobre el funcionamiento de la casa y sobre sus negocios. Con mi tía conversaba de sus hijas, de los sirvientes, del tiempo, de las flores del jardín y de las bodas y funerales en el círculo de la familia y los amigos. Con mis hermanas los temas giraban en torno a sus hijos y a los chismes íntimos de la vida familiar y, con mis hermanos, hablábamos también de los temas familiares y, en ocasiones, sobre el mundo entero.

□ Hay demasiados problemas en el resto del mundo.

Aquí en Pakistán tenemos paz. Esta es "la tierra santa".

Ese era el punto de vista que tenían ellos.

En un nivel de comunicación adecuado, como es lógico, también había un flujo constante de conversación con los sirvientes, por ejemplo con Munshi, que venía a mi puerta entreabierta una vez por semana para hablar en voz alta de todas las cuentas que llevaba con tanto cuidado. Lo hacía por la insistencia de mi tío. El dinero era un elemento escurridizo y en nuestra casa se escapaba por muchos resquicios. A Munshi no le gustaba tener que rendir cuentas.

Yo hablaba sobre todo con mis dos criadas, que habían estado conmigo tanto tiempo y me amaban con tanto cariño como yo las amaba a ellas. Pero aun así ignoraban el cambio profundo que había ocurrido en mí, en aquellos tres años que siguieron a la muerte de mi padre, en los cuales había comenzado a poner a prueba las ideas que hasta entonces había aceptado sin poner en dudas.

Por la noche, después que los niños se acostaban y la tía y el tío se instalaban en su habitación y la casa quedaba silenciosa luego del último llamado a la oración, llegaba el momento que yo reservaba para la lectura del Santo Corán en urdu. Buscaba todos los pasajes que tenían que ver con el profeta Jesús; pero me sentía confundida. Si fue un sanador tan poderoso ¿por qué en el Corán se decía tan poco de él?

□ Tía □ le dije un día □, ¿sabes algo de Jesús?

La tía recogió el extremo de su bufanda que se arrastraba, y le dio una vuelta sobre su hombro. Con firmeza, como si estuviera recitando las palabras de una lección aprendida, dijo:

□ Es el único profeta en el Santo Corán que le da ojos al ciego y resucita a los muertos y que viene otra vez. Pero no sé en qué Sura está escrito eso.

Cuando intenté mostrarle lo que decía el Corán en urdu, me encontré con su resistencia:

□ Tú eres Instruida. Puedes leerlo. Pero nosotros todavía nos aferramos a nuestras propias ideas, como nos enseña Mahoma □ dijo ella.

A través de eso vi que en realidad no quería discutir.

Pero ella debe de haber transmitido esa conversación al resto de la familia porque Safdar Shah me preguntó más tarde sobre eso en forma discreta.

Venía dos veces por mes y se quedaba un día o algo más para inspeccionar los asuntos de la familia y para ver cómo estaba yo. Mi hermana Anis venía todos los meses y Samina venía tan seguido como podía desde Rawalpindi y se quedaba algunos días. Nunca hubo una hermana tan bien cuidada por los demás y, a la vez, tan solitaria como yo.

Safdar Shah tomó el Corán en urdu:

□ Me alegra ver que todavía sigues fiel a tu religión, Gulshan. ¿Dejaste de leer el Corán en árabe, como te enseñó nuestro padre?

□ No, hermano, acostumbro leer los dos. Por la mañana lo leo en árabe y por la noche en urdu. Quiero entender algo más acerca de su significado.

El se alegraba de eso.

□ Bueno, está muy bien que leas los dos, pero no dejes de hacerlo en árabe.

Así se iba con la impresión de que yo estaba profundizando cada vez más en el Islam.

*“Con la autoridad de Alá doy vista al hombre ciego, sano al leproso, y resucito al muerto.”*

Durante años yo había leído el Santo Corán con devoción y había orado regularmente; pero poco a poco fui perdiendo toda esperanza de que mi situación cambiara. Ahora, sin embargo, comenzaba a creer que lo que estaba escrito acerca de Jesús era verdad, que él hizo milagros, que estaba vivo y que podía sanarme.

"Oh Jesús, hijo de Maña, en el Santo Corán dice que tú resucitaste a los muertos y curaste a los leprosos y que hiciste milagros. Entonces sáname a mí también."

Mientras decía esa oración, mis esperanzas se fortalecían. Era extraño, porque durante años de oración musulmana nunca había sentido la certeza de que podría ser sanada. Tomé el rosario que había traído de la Meca y recé un *Bismillah* después de cada oración y luego añadí a cada una:

"Oh Jesús, hijo de María, sáname."

Poco a poco, mi oración fue tomando una nueva forma, hasta que en cada pausa para la oración, entre cuenta y cuenta del rosario, oraba diciendo:

"Oh Jesús, hijo de Maña, sáname."

Cuanto más rezaba, tanto más era atraída a esa figura oscura y secundaria del Santo Corán, que tenía un poder que Mahoma mismo nunca pretendió tener. ¿Dónde estaba escrito que Mahoma sanó al enfermo y resucitó al muerto

Si sólo pudiera hablar con alguien, suspiré; pero no había nadie. Por lo tanto, continué orando a ese profeta Jesús, con la esperanza de recibir más luz.

Me levanté a las tres de la madrugada como de costumbre y sentada en mi cama leía los versículos que ahora sabía de memoria. Aun cuando admitía las palabras, mi corazón repetía su letanía: "Oh Jesús, hijo de Marra, sáname." Luego, de pronto, me detuve y expresé en voz alta el pensamiento que se había estado forjando en mi cerebro:

"He hecho esto por tanto tiempo y todavía estoy paralítica.

Pude oír los silenciosos movimientos de alguien que se levantaba para preparar el agua para el lavado, antes de la oración matinal. En poco tiempo la tía vendría a verme. Aun cuando estaba prestando atención a eso, mis pensamientos se estaban concentrando en mi problema, en una forma urgente. ¿Por qué no había sido sanada, a pesar de haber orado durante tres años?.

"Mira que estás vivo en el cielo y el Santo Corán dice que sanaste, a las personas. Tú puedes sanarme y sin embargo sigo estando paralítica."

¿Por qué no había respuesta, excepto ese silencio sepulcral en la habitación, como una burla a mis oraciones?

Pronuncié de nuevo su nombre y abagué por mi causa, con desesperación. Con todo, no había respuesta. Luego clamé con una angustia febril: "Si puedes hacerlo, sáname; de lo contrario, dímelo." No podía dar un paso más en este camino.

Lo que sucedió luego es algo que me resulta difícil describir en palabras. Lo que sé es que toda la habitación se llenó de Luz. Primero pensé que era la lámpara que tenía al lado de la cama. Pero vi que, en comparación su luz parecía oscura. ¿Sería tal vez el amanecer? Era demasiado temprano para eso. La luz iba creciendo, aumentando en brillo hasta que sobrepasó la luz del día.

Me cubrí con mi chal. Sentía mucho miedo.

Luego se me ocurrió que podía ser el jardinero, que había encendido la luz de afuera para alumbrar sobre los árboles. A veces hacía eso para ahuyentar a los ladrones, cuando los mangos estaban maduros, o para ver el sistema de riego en el frío de la noche.

Me corrí el chal para ver las puertas y las ventanas estaban firmemente cerradas, con las cortinas y las persianas corridas. Luego reconocí unas figuras con ropas largas, de pie en medio de la luz, algunos metros más allá de mi cama. Había doce figuras en fila y la figura central, la número trece, era más grande y brillante que las otras.

¡Oh Dios! □ clamé y el sudor brotó de mi frente.

Incliné la cabeza y oré.

□ Oh Dios, ¿quiénes son esas personas y cómo han entrado aquí estando las ventanas y las puertas cerradas?

□ Levántate □ me dijo de pronto una voz □. Este es el camino que has estado buscando. Yo soy Jesús, el hijo de María, a quien has estado orando y ahora estoy de pie delante de ti. Levántate y ven a mí.

Comencé a llorar.

□ Oh Jesús, estoy paralítica. No puedo levantarme.

□ Levántate y ven □ me dijo -. Yo soy Jesucristo.

Debido a que dudé, lo dijo por segunda vez. Luego, mientras continuaba aún con mis dudas, me lo dijo por tercera vez:

□ ¡Levántate!

Y yo, Gulshan Fátima, que había estado paralítica en mi cama por diecinueve años, sentí una nueva fuerza que fluía de mis piernas inútiles. Puse el pie en el piso y me levanté. Luego caminé algunos pasos y caí a los pies de la visión: Me estaba bañando en una luz tan pura que irradiaba un fulgor tan brillante como el del sol y de la luna juntos. La luz alumbró mi corazón y mi mente, y en ese momento se me aclararon muchas cosas.

Jesús puso su mano sobre mi cabeza y vi que tenía un agujero a través del cual descendía un rayo de luz que se proyectaba sobre mi vestidura, de modo que el vestido verde parecía blanco.

□ Yo soy Jesucristo □ dijo El □. Soy Emmanuel. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Estoy vivo, y vengo pronto. Mira, desde hoy eres mi testigo. Lo que ahora viste con tus ojos debes llevarlo a mi pueblo. Mi pueblo es tu pueblo y debes permanecer fiel en llevárselo a mi pueblo. Ahora debes mantener inmaculada esta túnica y tu cuerpo. Dondequiera que vayas estaré contigo y a partir de hoy orarás así: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén."

Me hizo repetir la oración y ésta penetró profundamente en mi corazón y en mi mente. En su hermosa sencillez, y a la vez en su gran profundidad, era muy diferente de las oraciones

que había aprendido a recitar desde mi niñez. Llamó a Dios "Padre"; ese era un nombre que cautivó mi corazón Y que venía a llenar el vacío que había en él.

Quería permanecer allí a los pies de Jesús, utilizando para orar ese nuevo nombre de Dios: "Padre nuestro," Pero la visión de Jesucristo tenía mucho más contenido para mí:

Lee en el Corán, yo estoy vivo y vengo otra vez.

Eso era algo que ya me habían enseñado, de modo que me infundió fe en lo que estaba oyendo.

Jesús dijo todavía mucho más. Sentía un gozo que llenaba todo mi ser. Es algo que resultó indescriptible.

Me miré el brazo y la pierna. Estaban cubiertos carne. Mi mano no estaba perfecta, sin embargo tenía fuerza y ya no colgaba seca e inútil.

¿Por qué no la sanaste del todo? - pregunté.

La respuesta fue expresada en tonos cariñosos:  Quiero que seas mi testigo.

Las imágenes subían alejándose de mi vista y esfumándose. Quería que Jesucristo se quedara un poco más y clamé con tristeza. Luego la luz se desvaneció y me encontré sola, de pie en medio de la habitación, llevando un vestido blanco y con mis ojos embargados por la luz deslumbrante. Ahora hasta la débil lámpara que estaba al lado de mi cama me molestaba a los ojos y mis párpados caían pesadamente. Busqué a tientas un mueble que estaba contra la pared. Allí encontré un par de anteojos para el sol, que usaba en el jardín. Me los puse y me sentí cómoda, y pude abrir mis ojos y ver otra vez.

Cerré la gaveta con cuidado, luego me volví y miré mi habitación. Estaba igual que cuando me levanté. El reloj que estaba sobre la mesa de noche repetía su tic tac, marcando que eran casi las cuatro de la madrugada. La puerta estaba cerrada con firmeza y las ventanas, con sus cortinas corridas; también estaban cerradas para proteger del frío. Sin duda, no se trataba de una escena imaginada por mí, pues tenía las pruebas en mi cuerpo, Di algunos pasos y luego algunos más. Caminé de pared a pared, a uno y otro lado, de una parte a la otra. Era evidente que mis piernas estaban sanadas de aquel lado que había sufrido la parálisis.

¡Oh, qué alegría sentí!

"Padre nuestro  clamé , que estás en los cielos." Era una nueva y maravillosa oración.

De pronto tocaron a la puerta. Era mi tía.

Gulshan  dijo en tono apremiante , ¿quién está caminando en tu habitación?

Soy yo tía..

Hubo un ligero jadeo y luego la voz de mi tía.

Oh, eso es imposible. No hay tratamiento eficaz para tu enfermedad. ¿Cómo puedes caminar? Estás diciendo mentiras.

Bueno, entra y mira .

La puerta se abrió con lentitud y la tía entró en la habitación llena de temor. Se detuvo apoyada contra la pared, con terror e incredulidad con los ojos abiertos de par en par y contemplando fijamente mi rostro radiante.

Te vas a caer  dijo.

No me voy a caer  -me reí, sintiendo el poder y la fuerza de una nueva vida que corría por mis venas.

Mi tía se acercó paso a paso, con las manos extendidas, como una persona ciega que tantea su camino. Levantó la manga de mi túnica y miró mi brazo, regordete y saludable, tal como se veía ahora. Luego me pidió que me sentara en la cama y observó mi pierna enferma, que estaba tan sana como la otra.

□ Parece extraño verte de pie. Me tendré que acostumbrar a esto □ dijo ella.

Me pidió que le contara cómo había ocurrido. Entonces le relaté a la tía, desde el principio, primero acerca-de-la predicción de padre, luego; sobre la voz en mi habitación, la noche después que él murió. Después le conté de los tres años que estuve leyendo acerca de Jesús en el Corán, finalizando con su aparición delante de mí y mi sanidad.

Cuando llegué a la parte en que Jesucristo me dijo que yo iba a ser su testigo, la tía me interrumpió.

□ No hay cristianos en Pakistán para que les testifiques y no hay necesidad de que vayas a los Estados Unidos o a Inglaterra. Tu testimonio tendrá que consistir en dar limosnas a los pobres. Cuando esas personas vengan pedirte comida y dinero, ese será tu testimonio, Hasta entonces no había relacionado la comisión que me había dado Jesucristo con ir a Inglaterra o los Estados Unidos. Sin embargo, sus palabras eran verdaderas y mantenían su vigencia:

“Lo que viste con tus ojos debes llevarlo a mi pueblo. Mi pueblo es tu pueblo.”

Comenzó a formarse en mi mente una oración:

“Jesucristo, ¿dónde está tu pueblo?”.

# 7

## La fama

Cuando nací, mis padres consultaron a un *najumí*, quien desplegó mi diminuta mano para investigar las arrugas de la buenaventura.

□Su hija llegará a ser famosa□ dijo el hombre después de estudiar con agudeza durante uno o dos minutos la palma de mi mano.

Mi padre y mi madre estaban satisfechos y sorprendidos, y sin duda lo habrán recompensado con generosidad por esa información .. Menciono eso porque algún tiempo después, cuando me atacó la fiebre tifoidea a los seis meses de edad y pareció que iba a ser una parálitica por el resto de mi vida; mi padre maldijo a ese najumí por considerarlo un ladrón y un mentiroso.

Pero cuando mis pies se afirmaron por primera vez y di mis primeros pasos en el amanecer de aquella mañana de enero, alcancé en forma instantánea la notoriedad de ser un milagro andante. Por ese entonces no tenía la menor idea de que me estaba encaminando hacia la clase de fama que ninguno de mi familia hubiera deseado para mí.

Los sirvientes vinieron corriendo. Las mujeres se agolparon en la puerta de entrada con incertidumbre, mientras sus bocas emitían expresiones de asombro ..

□Oh Bibi-ji, ¿eres tú? ¿Dios te sanó después de todo?

□Jesús Emmanuel se me apareció en esta habitación y me sanó □les dije.

Los sirvientes escuchaban escondidos, aturcidos por el asombro.

La tía les dijo que se quitaran del camino y, ubicando a mis criadas a mi lado, daba vueltas con ansiedad siguiendo mis pasos mientras yo salía de mi habitación, a través de la casa y hacia la terraza. Me observaba para que no tropezara en los bordes de las alfombras, que me eran desconocidos, y para que no resbalara en las suaves baldosas, ni tuviera dificultad con los ásperos pisos de cemento. Pero mi mente tomó control de mi cuerpo y comenzó poco a poco a dictar sus movimientos y a luchar contra las dimensiones y las superficies del mundo físico. Una cosa es ser un tronco de madera, inmóvil en un lugar, esperando la fogata, y otra muy distinta ser un árbol con vida, que crea en forma activa la vida para otros. Comencé de pronto a descubrir esa diferencia en el mismo momento en que puesta en pie, fui sacudida con nuevas sensaciones de estar viva, allí en la terraza, hablando con mi tío.

Lo observé por detrás de mi *dupatta*. Yo era la cabeza de la casa pero él se había-hecho cargo de todo lo relacionado conmigo. . ¿De qué manera le afectaría ese cambio de circunstancia?

No tenía de qué preocuparme. El se sentía muy feliz. □Para nosotros es como si recién hubieras nacido □dijo□. Si tu padre viviera, saltaría de alegría. Sentimos por ti esa misma alegría.

Mientras hablaba, se le llenaron de lágrimas los ojos. Con una gratitud que me brotó del corazón, le dije: □Oh, gracias, tío. Tu apoyo significa muchísimo para mí.

Pronto escuché que hablaba por teléfono con mis hermanos y hermanas. El aire tranquilo y tonificante de la mañana crujía en forma suave y a la vez agitada, a medida que todo el mundo comprendía la plena trascendencia de lo que había sucedido

En lo exterior, procuré mostrarme serena mientras fui y me senté para tomar el desayuno con la familia por primera vez Y comer sin necesidad de ayuda. Estaba consciente de que las miradas de todos alrededor de la mesa y desde la cocina estaban sobre mí mientras estiraba la mano izquierda para servirme azúcar o leche, o cuando les alcanzaba algo a los niños. Estos estaban fascinados y solamente la mirada aguda y de advertencia de su madre evitó que me hicieran muchas preguntas.

□ Ahora puedes caminar y ver tu propia casa □ dijo el tío mientras salía-para ir a su trabajo, al tiempo que llevaba los niños a la escuela.

Por primera vez en mi vida hice un paseo por toda la casa, mirando en cada habitación, tomando posesión de cada metro cuadrado y encontrando sonrisas de felicidad por todas partes. Me sentí como si hubiera despertado de un largo sueño de diecinueve años.

Recuerdo que tomé la llave de la habitación de mi padre, entré y pasé algún tiempo allí sola. Era como una extensión de su personalidad; pues facilitaba algunas claves en cuanto a su verdadera manera de pensar. Era una doble habitación sencilla y estaba amueblada con modestia. Tenía un *charpal*, una alfombra de color marrón amarillento, dos sillas, paredes verde claro Y cortinas. Sobre las paredes, en un gran marco, se veía una fotografía suya de cuando era más joven, junto con algunos cuadros de la Meca y Medina, y estaba también la escopeta de caza que utilizaba cuando salía al campo.

Las lágrimas acudieron a mis ojos. Sentía su presencia muy cerca de mí, como si acabara de levantarse de la cama y hubiera abandonado la habitación para volver enseguida.

□ Mira, Aba-Jan, tus oraciones han sido contestadas

□ Murmuré dirigiendo la mirada a su expresión alta y solemne Y luego a los cuadros de la Meca y Medina.

El había hecho por mí lo mejor posible, mucho más de lo que muchos padres hubieran considerado necesario. Sin embargo, un poder mayor que el que él conoció estaba obrando en el mundo y yo, su endeble hija, había sido bendecida, tocada y sanada por El.

Todavía no había podido descubrir a mi madre en esa habitación que ellos habían compartido por un tiempo. Me dirigí al pequeño cuarto en la puerta de al lado, que ella había utilizado como un lugar para guardar cosas. Se había convertido en una habitación de seguridad, donde se guardaba el dinero, las joyas y los ornamentos. Nunca la conocí y no había ninguna fotografía para poder saber cómo era, ya que en aquel tiempo a nadie de nuestra familia se le hubiera ocurrido tomar fotos de mujeres; sin embargo, en ese momento, la sentí cerca de mí y clamé tristemente por ella:

“ Oh, Ma-jí, si estuvieras aquí. ¿Por qué me fuiste arrebatada a una edad tan temprana? Ahora no te tengo ni a ti ni a mi padre para alegrarme Con ustedes.”

Pero mis hermanos y hermanas vinieron a compartir mi alegría. Cada persona tenía que escucharlo todo. Cómo la noche después de la muerte de mi padre una voz me dijo que leyera acerca de Jesús en el Corán. Cómo yo lo había cumplido durante tres años y cómo había orado a Jesucristo con más y más desesperación hasta que El se me apareció en mi habitación, me tocó y me sanó. Por primera vez desde que murió mi padre, había verdadera alegría en nuestra casa.

□ Tenemos que hacer una fiesta e invitar a nuestros vecinos y amigos de la ciudad □ dijo Anis.

□ Sr, por cierto □ dijo Safdar Shah al dirigírsele a él la sugerencia □ Debemos dar gracias a Dios por contestar nuestras oraciones. ¡Y pensar que habíamos creído que tu viaje a la Meca había sido en vano! Todo el tiempo era la voluntad de Dios sanarte.

Aquel primer día fue un tiempo de aprendizaje para mí y mi cerebro me jugaba extrañas jugarretas. De pronto me olvidaba que podía caminar y le pedía a la tía que me alcanzara alguna cosa, como el chal que estaba en el extremo del sofá. Ella se levantaba en forma automática para ir a buscarlo y en ese momento yo recordaba que ya no era paralítica y podía ir a buscarlo yo misma.

Al terminar el día estaba muy cansada. En el aspecto físico, los años pasados en el lecho de enfermedad se habían borrado, pero conservaba todavía una mentalidad de mujer inválida. Tomaría tiempo poder ajustarme a todos los contactos que tenía que hacer con las personas del mundo que estaban más allá de las paredes de mi protector dormitorio. Ya no me preocupaba que la gente me estuviera mirando. Mi brazo y mi pierna estaban bien, aunque no del todo normales, ya que una larga serie de pruebas "experimentales" y operaciones realizadas a través de los años habían producido la alteración del crecimiento de algunos dedos del pie y de la mano. La diferencia era que ahora tenía la posibilidad de usar mis miembros.

En los días que siguieron hubo una corriente de visitas, incluso tíos y tías que vinieron de lejos y mi hermana de Rawalpindi. Al terminar una semana, tuvimos nuestra fiesta, en la que se reunió un gran número de personas, Les conté a todos cómo Jesucristo me había sanado,

Mi insistencia en contar eso produjo la primera nota de irritación en todo este asunto, pues hizo que mis hermanos se inquietaran. Cuando me escucharon hablar de eso por sexta vez, Safdar Shah, que asumió su posición como la cabeza religiosa de la familia, dijo:

□ Te respetaríamos más si dijeras que Mahoma te sanó. Ese Jesucristo no es muy importante para nosotros □ Pero es que no puedo decir que me sanó Mahoma, Fue Jesucristo y El me dijo que lo contara..

□ Jesucristo tiene su gente en Inglaterra, Estados Unidos y Canadá. Esos son países cristianos. No vas a ir allí a decirles acerca de cómo Jesucristo te sanó y sería prudente que no divulgaras ese tipo de cosas aquí.

Safdar Shah dijo eso como una declaración de principios. Tal vez no quiso que se interpretara como una amenaza, pero yo percibí en esas palabras la desavenencia y enemistad que nosotros, como familia, habíamos aprendido de nuestro padre con relación a la Gente del Libro.

El Libro en cuestión era la Torah (Antiguo Testamento) y el *Injeel* (Nuevo Testamento), los libros de los judíos y los cristianos, contenidos en la Biblia, Los musulmanes interpretaban que el Islam estaba en peligro frente a ellos y trataban de mostrar que el Corán, aunque fue producido más tarde, era muy superior y más correcto, y que corregía a los otros libros. Yo había aceptado eso, pero ahora comenzaba a ponerlo en duda.

¿Por qué, si Jesucristo no era importante, había sido capaz de sanarme? ¿Por qué el Corán, que reclamaba ser la última palabra para guiamos en cada detalle de nuestra vida, decía tan poco acerca de El? ¿Era de veras ese el poder del cual se habla en el Corán? ¿Provenía en realidad de Dios? Así, paso a paso, era guiada por el hambre que tenía por el conocimiento de la verdad. Quería leer los Evangelios por mí misma para conocer más acerca de Jesucristo.

Por un lado yo descubría la capacidad de disentir con lo que pensaba mi familia y, por el otro, ellos descubrían cosas nuevas en cuanto a mí y a su nueva relación conmigo. Cuando era para ellos una hermana desahuciada y enferma, me tenían por una criatura sin voluntad propia. Y sabían dónde me podrían encontrar y cómo tratarme. Daban por sentado que siempre diría amén a lo que ellos sugirieran, No tenía poder en mí misma, pues dependía de

ellos en forma total. Ahora, sin embargo, era una persona libre y, además, tomaba más conciencia de que era la hija de mi padre y de que tenía una mente propia agudizada por una instrucción que, en realidad, no habría recibido si no hubiera sido por mi parálisis. Algunas veces hasta podía ganar una discusión con Safdar Shab, El comenzaba a darse cuenta de que era muy difícil discutir con un milagro andante, que llevaba implícita una fuerte moral irresistible.

Desde el comienzo mismo, mi tía insistió en que la visión de Jesucristo significaba que yo tenía que dar limosnas a los pobres y que estos irían y contarían a otros acerca de El.

¿Cómo me atrevería yo a pensar otra cosa? En el horizonte de su experiencia, no se podía ni pensar que una mujer musulmana pudiera dejar su casa y la seguridad de su familia para salir a predicarles a otros.

Le llevé ese problema a Jesucristo, preguntándole cuál era su pueblo, dónde estaba y cómo podría llegar a ellos teniendo la prohibición de mi familia,

Recibí la respuesta en lo más íntimo de mi corazón

Fue como una voz que me habló.

□ Si te atemorizas por tu familia, no estaré contigo, Debes permanecer fiel a mí para poder ir a mi gente,

Esa fue la respuesta que tuve en medio de la oscuridad cuando me arrodillé sobre mi alfombra para orar en la noche, después que el resto de la familia se fue a descansar.

□ Mi pueblo es tu pueblo. Debes llevarles mi mensaje a ellos □ dijo la voz.

No le conté a mi familia acerca de la voz, pero ellos, al advertir el cambio en mi actitud, me observaban constantemente Y me molestaban con sus preguntas-

□ ¿No vas a dejar esta casa, verdad? ¿No vas a irte a Inglaterra o a Canadá? ¿Recuerdas lo que dijiste de Inglaterra cuando volviste la última vez?

□ ¿Por qué no le das un *zakat* a los pobres en lugar de ir a Inglaterra? Si lo haces ellos les contarán a todos acerca de tu Jesucristo.

Yo estaba dando ya un *zakat* anual de cincuenta mil rupias a los pobres que llamaban a la puerta. Ahora. En las últimas dos o tres semanas, había dado un *zakat* extra de diez mil rupias.

Después de eso vino mi tío.

□ Ahora estarás contenta. Has hecho lo que Dios pide de nosotros: dar limosnas. Lo has hecho con generosidad.

Pero yo no estaba feliz. En un tono muy bajo dije: □ Pero no me he entregado a mí misma y eso es lo que El quiere.

Pensé que él no había escuchado, pero oí un resuello.

□ Escucha, Gulshan □ me dijo □, creo que puedo hablarte como lo haría tu padre (que su alma descansa en el Paraíso). Cualquier cosa que quiera Jesucristo, dásela, tierra o dinero; pero no dejes tu país, tu religión y no te entregues tú misma.

Al transcurrir los días estuve más consciente de los tiernos renuevos de vida que surgían dentro de mí. Cuando el *muezzin* llamó a la oración desde la torre de la mezquita, fui a mi habitación; como era habitual, agradecida de poder cerrar la puerta a los penetrantes ojos de: la tía y de que no necesitaba que las criadas me ayudaran. Me retiré aparte, no para realizar los viejos rituales, sino porque la oración había alcanzado ahora mayor profundidad e intensidad, pues oraba a Dios con lo más profundo de mi corazón.

A las dos horas de haber escuchado la oración "Padre nuestro", había escrito las palabras. Cada palabra suplía una necesidad. Era como si se hubiera escrito especialmente para mí y

no tenía en ese entonces ni idea de que era una oración muy amada y familiar para los cristianos.

En todos los otros llamados a la oración de ese día, dije las palabras al estilo musulmán, tomando mis cuentas una por una y pasándolas por mis dedos, mientras sonaban *click-click-click*; y con cada *click* repetía toda la oración. En esa forma era posible orar dónde y cuándo lo deseaba ya que, para un observador, parecía que estaba haciendo *namaz* (las oraciones musulmanas).

Debo haber repetido aquella oración unas mil veces en los días que siguieron Y cada vez me resultaba más fácil. Había recibido un nuevo vocabulario para hablarle a Dios. "Padre nuestro". ¡Oh!, esas eran palabras que me hacían ver a Dios en una nueva luz. El era el Ser Supremo, sí, pero también era para mí el Padre que había perdido.

"Qué bueno eres, que vienes a ser mi Padre", gemía en la noche y sentí el inexpresable alivio del amor que descendía hasta mí

Desapareció el antiguo y negro temor de que Dios estaba algo enojado conmigo.

"Santificado sea tu nombre." Comprendía eso, porque como musulmana había sido instruida para reverenciar los santos nombres de Alá, que se encuentran en el Co,rán. Los musulmanes usan los nombres de Alá con gran reverencia, agregando pequeñas genuflexiones verbales, tales como "que su nombre sea bendito". Los nombres de Alá han constituido un poder visual sobre la imaginación musulmana Y una de las formas muy restringidas de decoración que se permiten en la mezquita. La diferencia ahora era que había visto por mi misma algo de esa consumidora santidad.

"Venga tu reino, sea hecha tu voluntad, en la tierra como en el cielo." Ahora veía que Jesucristo no era un simple profeta pobre, secundario, sino un rey eterno, que vendrá otra vez a establecer un reino celestial en la tierra, como es en el cielo.

"Dános hoy nuestro pan cotidiano: .. " Nunca había pensado pedir el pan a Dios, ya que todas mis necesidades estaban más que ampliamente satisfechas, pero eso mostraba que Dios tenía preocupación acerca de las necesidades materiales del adorador Y que quería que nosotros dependiéramos de El como un padre para tenerlas cubiertas.

"Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros también perdonamos a nuestros deudores." ¿Perdón? Las oraciones musulmanas relacionadas con el perdón se expresan con mucha ansiedad. La idea que tienen de Dios es de alguien que castiga a sus seguidores, como lo hace con los malhechores o los incrédulos. Yo comenzaba a tener la seguridad de haber cometido algún pecado terrible, y que por eso debía ser castigada con mi enfermedad y la pérdida de mis padres. El único fundamento para la esperanza era cumplir en forma exacta y minuciosa los detalles esenciales de las oraciones a lo largo del día y hacer el Hajj como un medio de recompensa, además de cumplir con los otros cuatro pilares del Islam. En forma diferente, aquí no se mencionaba la limpieza ritual, sino solamente la seguridad de que para obtener el perdón de los pecados, había que confesarlos en la presencia de Dios, y que para ser perdonado había que perdonar a los demás. Con toda mi impecable educación religiosa, antes jamás había conocido una seguridad semejante.

"No nos metas en tentación, mas líbranos del mal."

Oré así porque me daba fuerza para permanecer fiel a mi visión de Jesucristo. Sólo El podía librarme de la presión cada vez mayor que la familia ejercía sobre mi hacia la seguridad del Islam.

"Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por todos los siglos, amén." Las majestuosas palabras eran sencillas pero poderosas. Había visto esa gloria y había sido transformada para siempre.

Los musulmanes no tienen un mediador con Dios, aunque se imaginan que Mahoma ocupa esa posición y esa es la razón de que asumen posturas tan humildes cuando oran. Yo sentía que ahora tenía un mediador que a su vez me mostraba un nuevo camino para acercarme a Dios. Como musulmana, era responsable de mis propias acciones, malas o buenas, y tenía que afrontar las consecuencias.. Yo podía entender que Dios me podría enviar al infierno debido a mi mal comportamiento. Pero aquí tenía una nueva visión de Dios. Llamarlo Padre era hacerlo responsable de mi vida y mi felicidad, así como lo había sido mi padre terrenal. Así lo razoné y así también oré, tan feliz como puede ser un niño cuando se pierde en una feria muy concurrida y luego es encontrado por su padre. Yo ansiaba conocer más, tal vez obtener un ejemplar del libro de los cristianos.

Si hubiera mirado paso a paso el camino que estaba recorriendo, habría podido ver las nubes de tormenta que se juntaban sobre mi cabeza: Diez días después de mi espectacular sanidad estaba descansando en mi habitación cuando estalló esa tormenta. La familia volvió al ataque y se reunió en la habitación de recepción de los hombres, con la puerta cerrada, para ponerme a prueba. Al menos eso era lo que yo sospechaba.

Por supuesto que lo presentaron de una manera muy diferente. Safdar Shah hizo un breve discurso introductorio:

Las cabezas de la familia nos hemos reunido para persuadirte a que abandones esas ideas extremistas que has adoptado recientemente. Aceptamos que Jesucristo te sanó. Pero no nos agrada que se divulgue eso. Somos una familia musulmana líder y tú nos harás caer en descrédito.

Respaldando la posición de mis hermanos y hermanas y sus esposos y esposas, estaban mis tíos maternos y mi tío paterno y mis primos, junto con mi tío y mi tía, que eran acusados, según pude descubrir, de permitir que me sucediera eso.

No dije nada por un largo rato y los dejé hablar. Luego agregué:

¿No están contentos de que haya sido sanada?

Oh, sí  dijeron  Estábamos muy preocupados deseando tu sanidad; pero ahora que ha ocurrido no vayas por todas partes diciendo que fue Jesucristo quien te sanó.

Hubo una pequeña pausa y entonces Safdar Shah agregó:

Por amor al Islam podríamos asesinarte. Así lo dice en el Santo Corán.

Miré todo el círculo alrededor en nuestra sala. Mis hermanas tenían lágrimas en los ojos. Mi tía y tío estaban pálidos de sobresalto y temor. Las barbas grises de mis tíos se meneaban mientras asentían firmemente con la cabeza. Los ojos de mis hermanos estaban mirándome como los halcones cuando observan a su presa. Sentía que la distancia entre ellos y yo crecía a cada segundo. ¿Cómo podía la religión generar tal odio y hacer que prefirieran más bien verme muerta antes que expresara una verdad con lo cual ellos no estaban de acuerdo?

"Perdónanos nuestras deudas, como nosotros también perdonamos a nuestros deudores."

Aquí había una verdad más poderosa que todas las leyes del Islam. No sentí odio hacia ellos en ese momento, sino sólo un amor que, si pudiera romper esas barreras, lo haría.

Mi hermano mayor, luego de un breve silencio dijo:

Si tú continúas, serás expulsada de la familia y de toda la comodidad que tienes aquí. Si vas al pueblo cristiano, nosotros aun los dañaremos a ellos. Por supuesto, no hay ninguno aquí.

En ese entonces yo también lo creía así.

Siempre había sido tranquila, retraída, obediente a mis mayores, y ahora ellos me estaban intimidando. La vieja Gulshan se hubiera rendido, incapaz de infundir respeto. Pero esta

nueva Gulshan sintió dentro un poder que le daba una nueva osadía. No les tenía miedo. Vinieron a mis labios palabras que no había buscado.

□Les he escuchado todo el tiempo y, por supuesto, comprendo su preocupación □les dije□. No puedo contestar todos los argumentos que han presentado porque estoy esperando la respuesta que me dará Jesucristo. El me dirá lo que debo hacer a continuación. Cuando escuche la orden, le obedeceré a El y, aunque ustedes quisieran matarme por ello, lo haré Igual.

Hubo resuellos audibles alrededor de la habitación.

□Qué impertinencia□ dijeron los tíos uno a otro, mirando como si no pudieran creer lo que habían escuchado sus oídos en esa atrevida respuesta.

Yo misma me sorprendí por atreverme a desafiar de esa forma la firmeza de la familia.

Ahora, ¿qué harían"? Era un momento muy peligroso.

□Prometo que no deshonraré la familia en lo que haga□ agregué □, pero debo esperar hasta que Jesucristo me diga cómo testificar de El. A propósito, no he encontrado ninguna persona cristiana. Ni siquiera sé dónde podría encontrarla.

Los hombres juntaron las cabezas. Mis hermanas y mi tía evitaron mirarme. No dijeron nada, pues no era correcto interferir cuando los hombres tomaban decisiones importantes.

Me preguntaba si mi familia estaba planeando matarme allí y en ese momento, Estarían dentro de sus derechos para hacerlo. Nadie se hubiera opuesto.. sólo que yo era conocida y amada por mucha gente que nos rodeaba.

Mi muerte repentina hubiera requerido un encubrimiento muy complicado.

Safdar Shah dio a conocer el veredicto:

□Está bien. Esperaremos a ver qué haces. Y oraremos por ti. Tal vez, después de todo, llegaremos a la conclusión de que te has vuelto loca.

Por el momento el asunto quedó terminado, pero yo sabía que ellos no descansarían hasta que fuero silenciada en lo referente a mi sanidad. Pero obedecerlos a ellos implicaría negar lo que yo estaba segura que mi Padre me había mostrado.

"¿Qué quieres tú que yo haga?", oré en mi perplejidad

La respuesta me llegó dos noches después. Con un verdadero sentido de urgencia, me encontré orando en palabras sencillas: "Muéstrame tu camino, oh, muéstrame tu camino." .Miré hacia arriba y vi una columna vaga, desde el piso hasta el techo. Jesucristo estaba dentro del velo, y la luz brillante que había visto antes estaba oculta en el velo. Yo no estaba ni durmiendo ni soñando.

Jesucristo dijo: "Ven a mí" Contenta me levanté y fui. Extendió su mano y tenía sobre ella una especie de tela. Yo le extendí mi mano. Me sentí elevada de mis pies como si estuviera en el aire. Cerré los ojos, luego fui puesta poco a poco sobre algo blando y cuando miré estaba parada sobre una planicie abierta, que se angostaba en la distancia y era verde y fresca y estaba llena de figuras de personas, algunas cercanas y otras a lo lejos. Todas tenían coronas en la cabeza y estaban vestidas de una brillantez que hería mis ojos.

Escuché palabras que eran como una hermosa música.

Las personas decían "Santo" y "Aleluya". Esa era para me una palabra nueva que no emplean los musulmanes. "El es el cordero Inmolado. El vive", decían, y me di cuenta de que todos miraban a Jesucristo.

"Estos pertenecen a mi pueblo □dijo Jesús□; el pueblo que habla la verdad. Son las personas que saben cómo orar. Son los que creen al Hijo de Dios."

Sobresalía un rostro en medio de la multitud. Miré con atención a ese hombre, que estaba sentado. Jesucristo dijo: "Ve dieciséis kilómetros al norte y este hombre te dará una Biblia."

Al mirar a ese hombre, a quien también observaba el resto de la gente, él no pareció darse cuenta de mí. Las formas se desvanecieron y volví en mí misma, arrodillada en mi habitación entre todas mis posesiones familiares. Medité sobre lo que había visto y oído y me invadió un fuerte sentimiento de agitación. Yo había podido saber qué era lo que debía hacer a continuación y aquí estaba la respuesta: ir a testificar a ese hombre sobre mi visión de Jesucristo y pedirle una Biblia. Pero ¿dónde podría encontrarlo?

Luego recordé algo. Razia vivía en Jhang Sadar y eso quedaba a cierta distancia al nordeste de donde vivíamos, Cuando estábamos en la fiesta habíamos convenido en que la visitaría un día cercano.

Así era, en alguna parte, cerca de su casa, vivía un hombre preparado para darme una Biblia. Debía ir sola Tomada la decisión, completé mis planes con detenimiento, sin preocuparme en realidad de cuán irrevocable iba a ser ese paso y de qué manera alteraría mi vida.

# 8

## El Libro

Tres semanas después de ser sanada, decidí poner en práctica un plan para conseguir una Biblia. Le dije a mi tía que iba a visitar a Razia.

□¿Vas a llevar a Salima?□preguntó mi tía, que no estaba acostumbrada, aún a la nueva manera en que tomaba las decisiones según mis deseos.

□No tía□le respondí sonriendo□. Creo que ya soy bastante grande como para arréglamelas sin alguien que me esté previniendo en cada cosa. Por favor, pídele a Munshi que me tenga listo el auto.

La tía abrió la boca como para argumentar algo, pero en seguida la volvió a cerrar. Esta nueva Gulshan no tenía la tendencia, que caracterizaba a la anterior, de preocuparse demasiado por los pensamientos ociosos de la gente.

Majeed trajo el Mercedes azul brillante y abrió la puerta de atrás con un gesto ceremonioso. Adentro, las cortinas cerradas me protegían de las miradas curiosas. Cada detalle de los modales de Majeed, mientras atravesábamos por la puerta principal haciendo rugir el motor, demostraba su satisfacción por el curso que estaban tomando los acontecimientos. Un sonriente *chowkedar* cerró la puerta detrás de nosotros y salimos.

Razia estaba preparada para mi visita. Lo que ella no sabía era que le iba a hacer un pedido. Le dije a Majeed que se retirara y que volviera a buscarme después del almuerzo. Luego me volví hacia mi maestra, que estaba llena de alegría por verme tan bien de salud y quería hacerme un montón de preguntas. Se sintió desilusionada y con algo de curiosidad cuando le dije que tenía que ir con urgencia a ver a alguien que estaba en el otro lado de la ciudad.

□No, no necesito compañía □le dije □. Sólo se trata de un negocio que tengo que hacer. La dejé perpleja, de pie sobre su terraza, siguiéndome con la mirada mientras yo descendía de prisa por el pasillo y salía a la calle. Me sentí incómoda. Nunca antes en mi vida había tratado de engañar a nadie; pero esta era la única manera en que alguna vez llegaría a conseguir una Biblia. Cuando estuve afuera me di cuenta de que me había olvidado de mi *burka*. Eso me pareció algo simbólico de la libertad que estaba creciendo por dentro. Una *tonga*<sup>1</sup> tirada por un caballo se dirigía hacia mí y saludé al anciano encargado de la tonga.

□Estoy buscando a un cristiano que vive en la calle Kachary. ¿Por casualidad la conoce?

□Miró fijamente hacia delante, entre las orejas de su viejo caballo, como si no hubiera escuchado.

□Tengo que hacer un trabajito allí □agregué rápidamente.

Hizo un ademán hacia el norte.

□Hay un lugar, un lugar muy antiguo que ya estaba antes que existiera el Paquistán. No sé si vive allí algún cristiano; pero, si usted quiere, la puedo llevar.

- Lléveme, por favor.

Subí a la *tonga*. El encargado de la tonga fustigó su flaco caballo y partimos a paso sosegado. Durante la media hora de viaje tuve tiempo para reflexionar sobre lo que estaba haciendo. ¿Qué dirían mis hermanas si pudieran ver a su amada y querida Gulshan

---

<sup>1</sup> Vehículo liviano de dos ruedas.

viajando sola, en la ruta abierta, en una tonga? En la historia de nuestra familia no había por cierto un precedente así.

Pero no tenía otra opción. Era Jesucristo el que me había mandado hacer ese viaje, y confiaba en El en cuanto a su resultado.

Llegamos a un edificio amplio. Más tarde supe que era una capilla cristiana. Junto a ella, detrás de un alto muro, había una gran casa campestre. La tonga se detuvo junto a una puerta abierta en el muro.

□Es aquí□, dijo el encargado de la tonga.

Le pagué y pasé por la puerta a un sector abierto lleno de árboles. Me dirigí hacia la casa y vi a un hombre sentado al sol con un montón de libros sobre una pequeña mesa que tenía a su lado.

A medida que me aproximaba, el hombre levantaba la vista. Mi corazón latía asombrado. Era precisamente el rostro que había visto en mi visión. Jesucristo me había dicho: "Este hombre te dará una Biblia."

El hombre me dirigió la palabra cortésmente, inclinándose un poco.

□Si usted viene para ver a mi esposa, siento decirle que no está. Se ha ido a Lahore.

□No vine a ver a su esposa □le respondí □ sino a usted, para que me dé una Biblia. Lo he visto antes, en una visión.

El hombre miró sorprendido y me examinó tratando de traspasar con su mirada el *dupatta* que yo me había colocado sobre el rostro, instintivamente, mientras caminaba por el jardín. Entonces dejé que el pañuelo cayera de mi rostro y lo miré de nuevo.

□¿Quién es usted? ¿A qué religión pertenece? ¿De quién es hija)

□Vivo a quince kilómetros de aquí y provengo de una familia musulmana.

Noté que el hombre se alarmó. ¿Qué dificultad había en que esta extraña mujer musulmana llegara a donde él estaba y le pidiera una Biblia?

□Si yo estuviera en su lugar □ me dijo□ iría casa y seguiría leyendo el Corán. Todo lo que dice allí es bueno para usted y todo lo que dice en mi Biblia es bueno para mí. No es algo por lo que debiera interesarse.

Se levantó para acompañarme afuera.

Permanecí de pie, mientras mi corazón se apaciguaba a medida que disminuía la excitación. Me había imaginado que me daría la bienvenida y que tal vez estaba preparado para mi visita.

□Jesús Emmanuel me ordenó que viniera a verlo. Por favor, créame.

Me estudió por un momento y luego me pidió que me sentara. Me sumergí en mi propia historia, al principio con timidez, luego en forma más vívida, describiéndole algo de lo que había sido mi vida durante esos diecinueve años en que estuve paralítica. Le conté sobre el viaje a la Meca y sobre las oraciones llenas de esperanza que quedaron frustradas allí. Me referí a la trágica muerte de mi padre con su resultado tan sorprendente: la visión de Jesucristo que me habló y me indicó que leyera el Corán,

Se inclinó hacia adelante absorto, con sus ojos fijos en mi rostro. Nunca antes me había sentido examinada así por un hombre extraño, salvo que a mí no me parecía que era un extraño. Continué relatando la asombrosa revelación que tuve de Jesucristo en mi habitación y luego la forma en que fui sanada.

□Y después □le dije□ lo vi a usted. Jesucristo me apareció de nuevo y me mostró su pueblo, y usted estaba entre ellos. El mismo me dijo que viniera a verlo para conseguir una Biblia. Y si todavía no me cree, escuche la oración que Jesucristo me enseñó a orar. Le repetí las palabras de la oración que comenzaba: "Padrenuestro... "

Cuando terminé hubo un silencio. Mi amigo se sentó, con los brazos apoyados en los brazos de la silla y la cabeza inclinada sobre el pecho en seria meditación.

□¿Será posible? □dijo hablando más bien consigo mismo.

Dio un suspiro profundo y se levantó.

□Quédese aquí sentada por un momento. Tengo que ir y orar sobre este asunto. Darle una Biblia es una decisión importante para los dos.

Entró en la casa y yo me senté al sol, mientras los pájaros canturreaban revoloteando entre los árboles, agitando tan rápido sus diminutas alas que parecían estar quietas en medio del aire.

Después de un momento, que me pareció un tiempo largo, pero que tal vez no llegó a ser media hora, mi amigo salió de la casa y dijo:

□He orado y pedido al Señor que me muestre lo que debo hacer y parece que El dice que debo darle lo que desea. Pero usted sabe que el camino que está pensando adoptar es difícil y podría significar que la echen de su familia. Tendrá que soportar mucho y que perder mucho, pero si permanece fiel recibirá la vida eterna.

□Sé todo eso □le dije □. Pero este es el Camino que debo tomar.-Quiero seguir a Jesús Emmanuel, que me sanó y me mostró-la senda del amor ..

□Ahora, piénselo de nuevo□dijo mientras sonreía.-□Cuando abandone lo que tiene que abandonar para seguir a Cristo, el diablo la atacará. Le pondrá un montón de obstáculos por delante. Habrá gran oposición. Es posible que hasta los mismos cristianos le pongan esos obstáculos en el camino.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

□No estoy pensando en esos impedimentos. Sólo lo que Jesús Emmanuel me mostró. El me levantó y me dio luz. Quiero saber más acerca de El, y El me envió a usted para recibir ayuda. Por favor, ayúdeme.

Como respuesta me dio un Nuevo Testamento en urdu y un libro llamado *Los Mártires de Cartago*. Luego hizo una hermosa oración, cuyas palabras expresaron sentimientos tan simples como la hermandad y la bondad. Me sentí fortalecida.

Al salir de su casa volví a tomar una tonga, para regresar a casa de Razia y estar a tiempo para el almuerzo.

No hablé sobre mi viaje y sólo dije:

□Conseguí lo que buscaba, pero el problema no está resuelto aún.

Entonces cambié de tema y nos reímos y conversamos como si nada extraño hubiera sucedido. En eso llegó Majeed para llevarme a casa.

La tía me había estado buscando. Me miró absorta, pero me volví, sintiendo como si lo que había experimentado estuviera escrito en mi rostro.

□ ¿Cómo estaba Razia? □preguntó.

□Bien, tiene algunos alumnos buenos y está contenta porque su hermana se ha casado.

□Es una lástima que no la hayan casado a ella, pero supongo que la familia no tiene dinero para la dote.

□Es cierto. Aún necesita tomar alumnos para ayudar a sus padres, pues el negocio que tienen es pequeño.

□En otros tiempos ese tipo de chismes nos hubiera entretenido por varias horas, -pero la nueva Gulshan tenía ahora temas mucho más interesantes.

Me disculpé, fui a mi dormitorio y cerré la puerta. Después me tiré sobre la cama Y descansé. Me sentía físicamente agotada.

Esa noche comencé a leer mi Nuevo Testamento en forma secreta. ¿A qué se parecía? Pregúntele a una persona sedienta a qué se parece el agua. Pregúntele a un bebé a qué se parece la leche de la madre. Yo, que había sido alimentada con cáscaras, ahora tenía pan para saciar el hambre, y así leí la verdad sobre la vida humana Y sobre el destino, según estaba escrita en aquellas páginas Jesucristo me dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." Sus palabras registradas en los evangelios iluminaron mi entendimiento. Nunca había podido entender el Corán sin ser guiada. Este libro era distinto a todos abrió mis ojos espirituales. Sus historias cobraban vida a medida que las leía. En mi asombrosa visión encontré a los doce discípulos que habían acompañado a Jesucristo ..

Hallé, palabra por palabra, la oración que había aprendido a los pies de Jesús Emmanuel. Descubrí el significado de ese nombre precioso que se me había dado en la visión:

"Yo soy Jesucristo. Yo soy Emmanuel... Dios con nosotros."

Me habían enseñado a pensar acerca de Dios como un ser remoto e inalcanzable. Aquí estaba, por fin, la explicación del poder divino de Jesucristo y de su misión:

El podía resucitar a los muertos porque era el Señor de la vida. Prometió venir otra vez, porque vive para siempre. Tiene poder por la eternidad, porque es Dios y no simplemente un profeta.

"Yo soy el camino, la verdad y la vida." Ahora comprendía eso como la verdadera síntesis de la singular Persona que es Jesucristo.

Al continuar mi lectura encontré pasajes referentes al bautismo. Leí en Marcos 1:9-11 que Jesús fue bautizado. En Romanos-6:4 leí: A fin de como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva."

Vida nueva. Eso era lo que estaba experimentando, como si me hubiera sumergido en una fresca corriente de agua que brotaba, trayendo una vida estimulante a cada parte de mi ser. Ese bautismo era una señal y un sello de esa experiencia.

Mientras meditaba en eso, se presentó delante de mí una figura, de una joven triste, sentada sobre un taburete, mientras sus criadas derramaban sobre ella el agua del pozo de Zamzam. Zamzam, el agua de vida, no había limpiado mis pecados ni había traído vida a mi carne muerta. Jesucristo me había dado el agua espiritual de la vida para mi cuerpo paralizado y para mi alma. Ahora quería ser sepultada con El en el bautismo. Pensé en eso, aunque no comprendía plenamente todo el poder de lo que estaba contemplando, ni tampoco qué cambios produciría en mi vida...

□He testificado □me dije a mí misma□. Entonces he hecho lo que Jesucristo me pidió.

Puedo ser bautizada y luego volver aquí y vivir la vida nueva, ¿no es así?

La pregunta flotaba en el aire, sin ninguna voz que la confirmara o la negara. Pero el rostro de mi padre se presentó delante de mí y sentí un dolor como si me hubieran clavado un cuchillo en el corazón.

"Oh, padre, perdóname, pero tengo que seguir a Jesucristo, quien me ha sanado."

En mi aflicción hablé en voz alta. De inmediato, una profunda paz vino sobre mí y di por cierto que ese era el Camino recto que debía seguir. Nada ni nadie podría detenerme ahora. El 12 de marzo había terminado de leer el Nuevo Testamento. También había leído de corrido Los Mártires de Cartago. Estaba lleno de historias sobre los primeros cristianos que fueron arrojados a los leones quemados en el fuego y tratados en formas indescriptibles y habían permanecido fieles. Comprendí el mensaje que me transmitía. No cambié mi decisión en lo más mínimo,

El día siguiente visité de nuevo a Razia y fui desde su casa a la casa de los Major como lo había hecho antes. Esa vez la señora Major estaba en su casa. Les mostré las Escrituras que había encontrado.

□Aquí □le señalé□ me dice que debo bautizarme.

Por favor, ¿podría usted bautizarme?

Se agarró la cabeza.

□Hija mía, en nuestra denominación no practicamos el bautismo.

Me miró con una expresión extraña.

□¿Se da cuenta lo que podría suceder si se bautizara?

Acaso, que no pueda volver otra vez a su casa. Su familia incluso trataría de matarla. Sí, una familia tan amorosa como la suya podría cambiar hasta tal punto si vieran que uno de sus miembros abandona la fe musulmana.

Hubo un breve silencio. Traté de imaginar una situación como esa. Ser echada de mi familia, tal vez asesinada.... Recordé el concilio de la familia ... El rostro de cada uno de ellos era como de halcones que se volvían contra mí. Luego pensé en las últimas palabras de mi padre a mis hermanos: "Cuiden a su hermana." Con seguridad, en última instancia, ellos obedecerían ese mandamiento sagrado y final. Pero aun si no lo hicieran y realmente trataran de dañarme, aun así debía seguir este camino. Las palabras de Jesucristo habían echado raíces en mi vida y ahora había frescura, vitalidad y crecimiento donde antes estaba la esterilidad de una religión que miraba sólo al pasado.

Entonces dije con firmeza, de modo que no pudiera quedar ninguna duda en cuanto a mi decisión:

□Jesús Emmanuel me ha dicho que debo ser su testigo y el bautismo es el próximo paso a dar. Debo obedecer, o perderé ese derecho a esta paz que ahora tengo. Será mejor morir con Cristo que vivir sin El.

El señor Major entrecruzó miradas con su esposa que asintió en forma suave con la cabeza. El se dirigió de nuevo hacia mí:

□Bueno, que así sea. Si Jesucristo le ha hablado en forma tan clara, no debe ir en contra de su voluntad. Sin embargo, no sería aconsejable que la vean ir a Lahore conmigo. Mi esposa la acompañará en el ómnibus. De todos modos, ella tiene que llevar a nuestra hija de regreso a la escuela. Yo iré en seguida.

□En realidad, la acompañaré con mucho gusto, Gulshan - dijo la señora Major inclinándose para tomar mis manos en las suyas.

Fue un toque muy humano, dándome la bienvenida a la familia de mi nueva fe.

Así decidí mis planes, con muy poca emoción, como si estuviera disponiendo de la vida de alguna otra persona. Con frecuencia se dice que el Islam nació en el desierto y sus seguidores aprendieron, en esa dura y cruel escuela, a obedecer fines más elevados que los propios.

□Los sentimientos personales no se consideraban nunca como una razón suficiente para desviarse de algo. Del mismo modo, para seguir a Jesucristo, yo podría aplicar hábitos de obediencia de largo alcance, en situaciones en que los sentimientos humanos podrían traicionarme.

No obstante, al hacer mis planes, no podía cerrar del todo la puerta a mi familia. Para ser sincera, esperaba que podría seguir adelante con el bautismo y luego volver a casa, a vivir mi propia vida. Como creyente no instruida, imaginaba que los pasos que estaba tomando

eran todo lo que Jesucristo requería de mí: encontrar a creyentes cristianos y decirles de mi sanidad y luego ser bautizada.

El señor Majar, en cambio, veía un poco más allá que yo:

No lleve ningún dinero ni tampoco joyas. Si lo hace, es posible que después del bautismo algunos quisieran pleitear con los cristianos.

Lo dijo con mucha seriedad y yo lo miré interpretando bien lo que quería decir. Hablaba de una ruptura clara, como si yo tuviera que dejarlo todo detrás de mí. ¿Todo? ¿Dinero, joyas, casa, tierras, familia, amor y sustento? ¿Quería Jesucristo de veras eso de mí? ¿Me habría dado ese don de sanidad sólo para Quitarme todo lo otro que hacía deseable esta vida?

Aquel día, cuando volví a ver a Razia le dije:

¿Puedo venir a verte dentro de dos días?

Por supuesto  dijo Razia . Estaré aquí.

En casa, le dije a la tía y al tío que iba a estar con Razia en dos días y que debíamos ir a Lahore.

Firmaré un cheque por setenta y cinco mil rupias para que puedas pagar las cuentas mientras estoy ausente  le dije a mi tío.

¿Dónde vas a alojarte en Lahore?  dijo la tía frunciendo el ceño, mostrando que este plan no le agradaba. Pero no podía negarme el permiso. Yo era una persona libre ahora y, además, la que firmaba los cheques.

Oh, debo estar con mi hermana y hermano  dije sin pensarlo mucho , Escribiré una carta.

El día siguiente le pedía la tía que me acompañara a la tumba de mi padre. Esa señal de devoción le pareció bien. Tomamos flores del jardín y las deposité allí con sentimientos difíciles de describir. El respeto por su memoria, se mezclaba con la comprensión de que la eternidad no era un paraíso de comodidades materiales, como él me había enseñado, sino la presencia misma de Jesucristo.

En mi última noche fui al jardín donde me había sentado tantas veces en mis años de desesperanza. De pie en el lugar donde había descansado el ataúd de mi padre, pensé de nuevo en él, con tristeza y por un largo rato.

El sol se hundió en una hoguera roja, tiñendo las paredes de la casa campestre. Caminé entre las flores, frutas y hojas, oliendo las fragancias mezcladas de las rosas y de los naranjos florecidos. Una suave brisa nocturna hacía murmurar las hojas de los naranjos y de los mangos, mientras el cielo, encima de mí, era surcado por tintes púrpura y azul nocturno. Apareció la luna, grande como un melón, y las estrellas; se veían salpicadas como pequeños diamantes en estuches de aterciopelada noche. Se habían encendido las luces en la casa campestre detrás de mí, de modo que todo brillaba cálido y seguro. Todavía vacilaba. Ahora que debía dejarlo, era como si lo estuviera viendo por primera vez y no permití que me atemorizaran ni siquiera las sombras horripilantes que se arrastraban debajo de los árboles.

*¿Por qué bautizarme? Puedo ser una seguidora de Jesucristo sin hacerla. En cambio, si lo hago, puedo llegar a perderlo todo ..*

Ese pensamiento volvía como a la deriva surgiendo de entre las sombras. Como si fuera en respuesta a eso, vino a mi mente como una voz suave un versículo que había leído:

"El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí ... el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí" (Mateo 10:37,38).

Miré otra vez a mi casa y recordé, no precisamente los tiempos felices, sino aquellos en que me había parecido como una prisión, cuando yo, la prisionera, tenía la esperanza de estar en el camino al Paraíso. Pronuncié mis pensamientos en voz alta:

□ Todo cambia. Pero llevaré por siempre este lugar en mi corazón.

Luego dejé el jardín y fui adentro para preparar el equipaje.

A la mañana siguiente firmé dos cheques. Uno de setenta y cinco mil rupias se lo entregué al tío para gastos de mantenimiento, de modo que no le faltara dinero y tuviera que ir a buscarme demasiado pronto; el otro cheque, por cuarenta mil rupias, pensaba dárselo a Razia, para asegurar su cooperación en mi plan. Eso dejaría la puerta entreabierta para el caso de que necesitara volver a casa.

El 15 de marzo vi salir al tío para su trabajo y besé a la tía y a las criadas Salima y Sema, mientras contenían algunas lágrimas.

□ ¿Por qué te vas así? □ dijo la tía □. Toma tu auto y el conductor y ve con ellos a Lahore. ¿Cómo te vas a arreglar con todo? ¿Estás segura de que te vas a ir sin llevar a tus criadas? Tu tío no está del todo feliz con eso.

□ Por favor, tía, no te preocupes □ le dije □. Te escribiré una carta

Ella tenía que contentarse con eso.

Majeed trajo el auto y subí. Miré una vez más hacia atrás, a la tranquila casa blanca, mientras dábamos vuelta a un recodo y luego la perdí de vista. Lo último que el chowkedar vio de mí fue la mano que agitaba detrás de las cortinas en la ventana del Mercedes.

No me resultó difícil persuadir a Razia para que cumpliera mis deseos cuando le di el dinero; pero no le informé la verdadera razón de ese extraño comportamiento: que yo estaba ganando tiempo, para que nadie pudiera evitar mi bautismo.

□ Esto es para ti, porque tú has sido mi maestra y has sido tan buena conmigo. Me voy a Lahore a estar un tiempo con algunos amigos. Ahora soy independiente y estoy cansada de tener que explicar al tío y a la tía cada cosa que hago. Le he dicho a mi familia que tú vendrías conmigo, para que no se preocupen.

El rostro hermoso de Razia se cubrió de una mirada de duda:

□ Por supuesto, haré lo que pueda para ayudarte, pero ¿qué sucede si tu familia viene a buscarte y me encuentra aquí?

En seguida le dije:

□ Por favor, si alguno de ellos viene preguntando por mí, ¿podrías fingir estar en Lahore conmigo? Que tu madre salga a verlas y tú quédate adentro. Lo siento, pero no puedo explicar más que eso.

Razia miró sorprendida, pero dijo de inmediato:

□ Sin duda, Gulshan. Cualquier cosa que desees. Creo que nos conocemos bien la una a la otra y que nos tenemos confianza mutua.

No quiero ni imaginar lo que ella hubiera pensado en el caso de conocer mi verdadera Intención.

La dejé como antes y tomé una tonga para ir a la casa de la calle Kachary. El señor Major y su esposa me recibieron con mucha cordialidad y me llevaron el mismo día en automóvil a Lahore, a una casi lúcidij por un ministro y su esposa, quienes hospedaban musulmanes convertidos, y por el Reverendo Aslam Khan y su esposa.

Así comenzó una nueva etapa de mi vida, como creyente entre personas cristianas. No era precisamente lo que yo había esperado

## 9

# EL BAUTISMO

El señor Aslam Khan era un hombre muy amable, que parecía comprender todos mis problemas. Pronto se convirtió para mí en Aba—ji (padre). Ama—ji, la señora de Aslam Khan, también era amable, a su manera. Era una mujer resuelta y sin inhibiciones, siempre muy ocupada con la casa y que tenía la idea de que yo debía hacer lo mismo.

Cuando llegué, me mostró su dormitorio para huéspedes. Tenía un sencillo *charpal* de hilo entrelazado que me hizo recordar al instante el palung que había en casa, con una ancha base de cuerda tejida y el blando algodón hilado *gada* o colchón.

—Esta es su habitación— dijo ella—. Estas son gavetas para su ropa. El baño está en esa dirección. Hay mucho trabajo que hacer porque tenemos muchos visitantes. Por favor, discúlpeme. Tengo que dar algunas órdenes a las sirvientas. Cualquier cosa que necesite pidásela a la sirvienta.

Luego salió en un movimiento rápido.

Hice lo mejor que pude para complacer a la señora de Islam Khan, pero nunca antes había trabajado para la casa, de modo que era estúpida y torpe y poco dispuesta a ser criticada por mi desempeño en las pequeñas tareas que se me asignaban. Cuando mi anfitriona vino detrás puso el dedo sobre los adornos que yo acababa me sentí avergonzada y enojada, pero guardé mis sentimientos dentro de mi, donde fermentaron y arruinaron los primeros días en casa. Quería enfrentarme a ella y decirle:

□ Tiene razón, Ama—ji. Lo hice muy mal, pero considere que antes de venir aquí nunca antes tuve que hacer nada por mi misma. Nunca lavé un plato, ni barrí una habitación, ni arreglé una cama, ni lavé mis propias ropas, ni me cepillé el cabello, y ni siquiera me vestí. Esto se debió no sólo a que nosotros teníamos un montón de sirvientas, sino porque yo estuve en cama, incapacitada, durante muchos años.

Pero no le dije nada de eso. Hubiera parecido algo así como buscar excusas o, lo que sería aun peor, una demostración de orgullo. Su contestación podría haber sido que yo tenía razón y que por lo tanto debía tratar de aprender, o bien que yo parecía ser terriblemente haragana. Así que soporté algunas noches sin dormir y un murmullo burlón en la oscuridad de mi habitación,

"No es demasiado tarde decía la voz— Tus hermanos y hermanas están llorando. ¿Por qué no te vuelves?"

Ví el rostro de mi tío y de mi tía que me miraban con tristeza. No pudiendo descansar me levanté y di vueltas en mi cuarto hasta que la batalla para silenciar los murmullos se hizo demasiado larga y clamé a Jesucristo:

"Me rendí a ti y siento que estoy en el camino correcto, de acuerdo con lo que me has mostrado. ¿Por qué entonces aparecen esos rostros burlándose de mí?" Entonces vino una voz suave y apacible: "Siempre estoy contigo. Ellos no pueden hacerte daño". De eso modo encontré la paz, mientras las palabras de Jesucristo me llenaban la mente y hacían retroceder esos murmullos provocadores.

—Después de una semana o algo más, las aflicciones comenzaron a curarse solas. Estaba más activa que en casa y eso me ayudaba a dormir; poco a poco el *charpal* dejó de ser tan duro. Leí en mi Nuevo Testamento algo que cambió por completo mi actitud hacia toda clase de trabajo doméstico:

*Así que se levantó de la mesa, se quitó el manto y se ató una toalla a la cintura. Luego echó agua en una vasija y comenzó a lavarles los pies a sus discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba a la cintura.*

*Juan 13:4,5. (NVI)*

Eso era algo nuevo para mí. Tenía delante un ejemplo de humildad y de servicio, que nunca podré olvidar y que sacudió la raíz misma de mi orgullo. Mientras hacía el trabajo que se me asignaba, ponía delante de mí el perfecto ejemplo de Jesucristo, que se hizo siervo por mí: entonces no resultaba demasiado difícil servir a otros por amor a El.

Estuve cinco semanas en aquella casa antes de mi bautismo. Cuando le pregunté al Reverendo Aslam Khan la causa de la demora, dijo:

—Oh, tengo que hacer algunos arreglos.

Más tarde comprendí que quería observarme por un tiempo para estar seguro de la seriedad de mi deseo de ser bautizada. No hubiera sido bueno dar ese paso y luego volver atrás.

Pero me sentía inquieta por temor a ser descubierta.

Me preguntaba si mi familia no habría ido ya a preguntarle a Razia, de modo que le escribí a ella:

"Todavía tengo algunos asuntos que resolver acá, antes de mi regreso. Por favor, no le digas a mi familia dónde estoy. Pronto te voy a explicar todo"

Más tarde supe que Razia y su madre eran tan buenas como su palabra, y mantuvieron mi secreto, aunque les trajo no pocas dificultades. Estoy contenta de decir que ahora ella está casada con un fiel y sincero amigo, que me

defendió a un gran costo, aun cuando no comprendía los movimientos que yo estaba haciendo.

—Todo el tiempo que estuve con el señor y la señora Khan asistía Iglesia Metodista de la calle Warris. Entre los cristianos encontré una libertad para la adoración como nunca antes había experimentado. Había muchas cosas diferentes aquí.

Lo primero que me llamó la atención al caminar era la decoración. En la mezquita Islámica la decoración es totalmente abstracta: palabras del Corán, diseños de baldosas, columnas, cúpulas, alfombras. También se recurre a luces y sombras para provocar efectos. Nunca se dibuja la figura humana ni ninguna figura sobre Dios, porque ¿cómo puede lo creado imaginar a su creador? Aquí había vidrio coloreado en las ventanas, con una figura de Jesucristo orando, había flores sobre una mesa y se oía música. Sobre la bóveda había palabras, no en árabe sino las palabras: "He aquí yo estoy a la puerta y llamo." Pensé en eso. En Pakistán hay muchas llamadas. Todo el mundo toca fuerte en las puertas y verjas, pero la llamada de Jesucristo a la puerta de mi corazón había sido muy suave.

Luego advertí la manera amable en que las familias se sentaban juntas: hombres, mujeres y niños. Las personas solteras eran admitidas en estos grupos familiares. En el Islam lo habitual era que solamente los hombres fueran a la mezquita. Las mujeres hacían sus oraciones en casa. Comprendí qué poca enseñanza recibían muchas de ellas, pero es que el Corán dice que las mujeres son inferiores a los hombres, aunque también enfatiza que ellas deben ser tratadas con justicia e igualdad. Pero los hombres representaban a sus mujeres en la mezquita. ¡Cuán diferente es en el cristianismo, en el que Dios trata con cada alma por medio de Jesucristo, quien murió por cada uno de nosotros!

La Biblia dice que en Cristo no hay diferencia de raza (judíos o griegos), clase (siervo ni libre) o sexo (hombre o mujer). Aquí había un tratamiento igual de una clase nueva y maravillosa. Dios aceptaba mi oración al igual que la de mis hermanos en Cristo, y la comunión de los creyentes se expresaba al reunimos juntos como el Cuerpo de Cristo.

Sentía que la presencia de estas cuerdas invisibles mantenía unida aquella Iglesia en su nueva "comunión cristiana" mediante las oraciones que hacían por los enfermos, los ancianos y los que tenían dificultades. Lo experimenté cuando me dieron la bienvenida en medio de ellos. Poco a poco comencé a sentir como si la Iglesia estuviera tomando el lugar de la familia que había dejado atrás. Aquí tenía hermanos y hermanas en abundancia.

Advertí que la predicación de los ministros se basaba en temas sencillos, pero se refería a cosas profundas, tomadas de un libro que daba sentido a mi persona." Mediante esa enseñanza oía que el Señor Jesús me hablaba, no de una forma tan directa como la que me había hablado en mi habitación, pero si aplicando la Biblia a mi vida.

—Además, comprobé que hablaba como tratando de convencer a algunos de los que lo escuchaban. Comencé a comprender que algunas personas que se llamaban a sí mismas "cristianas" no lo eran tan de corazón como yo. Yo había vivido desde mi nacimiento en un ambiente estrictamente ortodoxo y tal vez no había comprendido que eso podía ser cierto con respecto a los musulmanes.

El que me hospedaba me había prevenido que no hablara demasiado acerca de mi misma. Sin embargo, conté algo sobre mi sanidad y mi conversión y la gente de la iglesia estaba asombrada:

—¿Quiere usted decir que Jesucristo se le apareció en la habitación y que la sanó?

Yo me preguntaba por que mi experiencia era tan extraña. No había dudas de que Jesucristo podría obrar como lo había hecho en mí, en la vida de cada creyente. ¿O acaso no era así?

—Es de acuerdo con tu fe — me dijo Aba—ji cuando se lo pregunté.

Esa era una declaración liberadora. VI que en eso estaba implicado un principio; que la fe era la llave para la continuidad de esta maravillosa experiencia cristiana y esta vida de milagros en la cual me había embarcado. Reflexioné en el pasado y vi cómo mi fe había crecido en mí sin recelos desde mi fracaso en encontrar la sanidad en la Meca. Esa fe que movía montañas había llegado como un don. Había crecido desde un estado desvalido y de necesidad. Mi clamor había subido al oído de un Dios que yo conocía, pero que me concia a mí, y que se estaba moviendo en mi vida. En la quietud de la noche decidí mantener mi fe firme, sin importar qué dificultades hubiera por delante.

—Por fin llegó el día de mi bautismo, el 23 de abril. Tuvo lugar en una habitación de la casa, en la cual había un tanque para esa clase de acontecimientos. Se reunieron allí el señor Major y su esposa..Y algunos de sus amigos.

El ministro de la Iglesia de la calle Warris realizó la ceremonia, que fue sencilla y precisa. Cuando me sumergió en el tanque, sentí que estaba dejando en el fondo la vieja Gulshan, con sus antiguas maneras de pensar y sus viejos deseos y que emergía una nueva Gulshan, "sepultada con El en el bautismo y resucitada a nueva vida",

Esa vida nueva brotó en mí y yo deseaba dar testimonio de ella. Aquellos ancianos que estaban presentes me dieron un nuevo nombre: Gulshan Esther. Más tarde leí que Esther fue una testigo delante del rey en favor de los judíos, el pueblo de Dios, y que estuvo en peligro por eso. En mi caso me pareció muy apropiado.

Concluido el culto, las mujeres vinieron y me besaron en La frente, y los hombres me estrecharon la mano mientras me, daban la bienvenida a la Iglesia de Cristo. Me sentí animada por su verdadero amor cristiano. Cuando se fueron, el señor Aslam Khan me preguntó cómo me sentía:

—Bien—le respondí—, pero ahora quiero testificar sobre lo que ha sucedido.

Movió la cabeza.

— Puedes testificar con tus acciones. No es necesario testificar sólo con la boca.

Pero recordé las palabras que Jesucristo me habla hablado: "Eres mi testigo. Ve a mi pueblo."

Lo miré, con la cabeza levantada, negándome a ser derrotada.

—Siento que Jesucristo me quiere como su testigo. ¿Puedo hablar en la Iglesia?

— No creo que en realidad estés preparada para eso ..

Tienes un testimonio que cumplir en tu casa. Dios lo aceptara.

Ese hombre no conocía a esta Gulshan Esther.

—Bien—le dije—, si no puedo testificar aquí, entonces debo ir a casa y decirlo a mi familia. Quiero hacerlo de cualquier manera.

Pareció realmente preocupado por eso.

— No, sería perjudicial para ti. Ellos no aceptarán tu bautismo y te harán daño.

— No creo que mi familia haga algo para dañarme, pero no iré hasta que parezca aconsejable hacerlo. ¿Me enviaría usted, en cambio, a un Instituto bíblico, para que pueda aprender más, a fin de hablarles a ellos?

Me miró con firmeza y me pregunté qué estaría pensando. Comencé a sentirme un poco incómoda por insistir tanto en mis propios deseos. Era joven y estaba ansiosa de hacer la obra que estaba segura Dios había puesto delante de mí; pero no comprendí entonces cuan falta de experiencia y tosca era. Apenas estaba comenzando el verdadero peregrinaje de mi vida

—No creo que podamos hacer eso en este momento —dijo el señor Aslam Khan con firmeza —Eres demasiado joven en la fe, pero si debes encontrar algún tipo de trabajo cristiano para hacer, podemos ubicarte en la Escuela Sunrise para ciegos .

Me explicó algo sobre la escuela y cómo cuidaba de los niños ciegos que no podían recibir educación en las escuelas comunes. El pensó que podría

conseguirme un trabajo allí como directora. Estuve de acuerdo con eso, entusiasmada con la idea.

Ya había conocido al rector de la escuela, de modo que en seguida se hicieron los arreglos para que fuera él a buscarme en su camioneta. El día siguiente, mientras cruzábamos el viejo puente Ravi y el sucio curso del río, y entrábamos en las instalaciones de la Escuela Sunrise, sentí que estaba cortando amarras con mi vida pasada. De aquí en adelante era una nueva persona, con un nuevo nombre y un nuevo destino.

El tiempo que estuve como una de las directoras en la Escuela Sunrise para ciegos en Lahore, marcó una nueva etapa de crecimiento. En un instante pasé de ser dependiente de otros a ser responsable de un grupo de pequeños niños ciegos teniendo que preocuparme por sus necesidades físicas. Tenía que aprender a desenvolverme en un mundo del todo diferente y afirmarme por mí misma. No fue fácil.

En efecto, no resultó fácil, pero sí mejor de lo que podría haber sido. Ese edificio sólido de ladrillos rojos había visto muchos cambios desde que fuera fundado como hospital o leprosario por su benefactor indio, el Caballero Ganga Ram. Sus cenizas permanecen en la puerta de al lado en un deplorable *samedhi*. La señorita Fyson se hizo cargo del instituto en 1958 como una Escuela Cristiana para los Ciegos y se retiró en 1969. Pensé en ella con gratitud. Para mí fue un ambiente perfecto y protegido para aprender a vivir en el mundo que estaba fuera del velo. Como una señal de mi ruptura con mi vieja vida, me corté el cabello y le encargué a un sastre que me hiciera dos capas blancas para usar sobre mi *shalwar kameeze* cuando tuviera que salir.

Para mi alegría descubrí que aquí había verdaderas recompensas —no en rupias, ya que el pago era sólo de alrededor de cuarenta por mes—pero sí en el amor incondicional de mis jóvenes pupilos. Los niños iban a la escuela desde los cinco a los dieciséis años. La mitad eran musulmanes y la mitad cristianos, y todos jugaban juntos un papel muy feliz, y la única separación que se hacía era para recibir su enseñanza religiosa y para orar.

Había cuarenta niños en 'mi sección de la escuela. Mi deber era cuidar de los varones más pequeños, estar con ellos en las comidas, ser para ellos ojos en los jardines de la escuela y dormir en su dormitorio. Tenía que cuidar de sus ropas y algo de su lavado, ayudarles a lavarse solos, hacer sus camas y supervisar una tarea que, ellos no hacían bien: lavar sus platos después de las comidas. También tenía que limpiar las ventanas y fregar las mesas. Además de eso debía enseñarles sobre los niños de la Biblia, y una vez cada dos semanas me tocaba el turno de llevarlos a la Iglesia.

Había otras dos directoras; primas, que eran cristianas. Al principio no eran amigables conmigo y hablaban solas entre ellas, a pesar de que trabajábamos en una relación

muy: estrecha. Además mostraban su descontento de otras maneras desagradables. Pero después de algunos días comenzaron a simpatizar conmigo y comenzaron a ayudarme con los trabajos que para me resultaban difíciles y me servían de intérpretes para con el rector que hablaba solamente inglés y no sabía el idioma urdu.

Cuando ellas tenían que buscar engrudo y jabón en la oficina del rector, también lo pedían para mí. Me ayudaban cuando tenía dificultades con mis manos. El trabajo era más rudo de lo que yo estaba acostumbrada y mis manos eran delicadas. En la primera semana se me pusieron muy agrietadas por el jabón que usábamos para lavar la ropa. Luego me quemé una mano trabajando en la cocina. Por último, mientras fregaba las mesas me clavé unas astillas en las manos Y' me sangraron. Me sentía bastante incómoda. Rosina, una de las primas, fue conmigo a ver al rector para hacenne de intérprete.

Era muy simpático, pero mientras le daba a Rosina el aceite para la quemadura me dijo:

—No puedo hacer nada para aliviarla de este trabajo. Lo siento, pero si no puede hacerlo tendrá que irse. Vea si las otras pueden ayudarla.

—No te preocupes, nosotras te vamos a ayudar—dijo Rosina alentándome mientras volvíamos a nuestras habitaciones.

Yo le sonreí agradecida.

De vuelta en mi cuarto, tomé mis aflicciones Y las llevé a la fuente de consuelo que nunca falla. Pronto noté que mientras que mis manos sólo estaban quemadas —tal vez por mi propio descuido— las manos de Cristo habían sido clavadas a la cruz por mí, y mis sufrimientos eran nada comparados con los suyos.

Sin embargo, aunque no se notaba a simple vista, era evidente que quedaban por pelear duras batallas.

Poco después de llegar a Sunrise llamé por teléfono a mi hermano menor, Alim Shah.

—Creo que debes saber que me he vuelto cristiana de veras —le dije—, y ahora estoy trabajando en una escuela para niños ciegos en Lahore.

Se oyó un resuello del otro lado de la línea:

—¿Qué es lo que hiciste? —dijo Alim Shah —, Ven, vuelve a casa y olvida todo eso.

—Ahora que he encontrado el camino, la verdad y la vida, ¿cómo podría olvidar todo esto?

—¿Te has vuelto loca? —respondió él—. Si sigues diciéndome esas cosas, mi puerta estará cerrada para ti para siempre. En lo que a mí respecta, estás muerta.

—Está bien, pero dime esto: ¿cómo puedo dejar la verdad para regresar contigo? No puedo hacer eso a ningún precio.

Su tono era severo y uniforme:

—Ya lo veo. En ese caso mi puerta está cerrada. ¡Estás muerta! No quiero ver otra vez tu rostro y no verás más el mío.

Sonreí por eso.

—Bien, si tu puerta está cerrada, la puerta de mi Padre celestial está abierta para mí, si en lo que a ti respecta estoy muerta, es porque estoy muerta en Cristo Jesús. Y si tú mueres en Cristo Jesús, también vivirás y entonces podrás verme,

Su respuesta fue cortar la llamada.

El mismo día le escribí a mi tío diciéndole que me había hecho cristiana y me había bautizado. También le escribí a Safdar Shah, contándole lo mismo. Deseaba saber, con nerviosa expectación, cómo reaccionarían. Ansiaba que me comprendieran y me aceptaran como era ahora y que me permitieran vivir de nuevo entre ellos. Pero en el fondo de mi corazón sabía que eso no sería posible. En el caso de que volviera a casa nunca me darían la libertad de adorar como deseaba.

Durante ese tiempo no confiaba en nadie en la escuela.

Eso lo hice por consejo del Reverendo Aslam Khan. Me encontraba en una situación precaria, con tanta oposición que se levantaba contra mí, y ese amable ministro realmente se preocupaba por mí y por otros cristianos que tenían que ver conmigo. Por ello, cuando los niños me preguntaban acerca de mí, evitaba darles respuestas directas. En cambio, yo tenía muchas otras cosas para decirles que ellos querían escuchar. Les encantaba prestar atención cuando les contaba historias bíblicas.

—Oh Baji —pedían a la hora de ir a dormir—, cuéntanos otra historia.

Bien, sólo una más y luego hay que apagar la luz. Y yo les leía o les contaba historias que Jesús contó, sobre las noventa y nueve ovejas que estaban seguras en su redil y sobre la única que quedaba afuera, en las montañas, sola y perdida. Les contaba sobre el hijo menor que consiguió todo el dinero que su padre le daría como herencia y se fue lejos y lo malgastó todo, de modo que nadie lo quería tener como amigo y ningún padre le confiaría la dote de su hija. También les contaba las historias del Corán acerca de Abraham, de Isaac, de Ismael y de Sara y Agar. Los musulmanes creen que Abraham (a quien ellos llaman Ibrahim) preparó a Ismael para ofrecerlo en sacrificio. El relato bíblico dice que Abraham ofreció a Isaac, que era su hijo legítimo.

Había ciertas reglas en el hogar que no permitían dar un "colorido" religioso cuando se contaban historias a los musulmanes, de modo que debía moverme dentro de esas reglas. Yo les contaba a los niños ambas versiones y luego les preguntaba: ¿Cuál es la verdadera?

Cada grupo decía que la suya era la verdadera. Por lo menos ellos llegaban a saber que había dos versiones.

También cantábamos canciones. Les enseñé himnos y coros que les encantaba a todos los niños. Una de las canciones favoritas que cantaban con mucha alegría era:

*Oh, cantádmelas otra vez,  
bellas palabras de vida.  
Hallo en ellas consuelo y paz,  
bellas palabras de vida.*

Después de las nueve de la noche terminaba nuestro día y entonces tenía tiempo para leer y estudiar la Biblia para mí misma. Cada vez que la abría sucedía la misma cosa. Era como si tuviera un intérprete, que me ayudaba a comprender. Si una noche me preguntaba "¿qué significa esto?", podía estar segura de que antes que pasaran muchos días ya lo habría comprendido. Estaba creciendo en conocimiento espiritual.

Esa clase de aprendizaje tenía su complemento con el que obtenía de los niños ciegos. Ellos hacían frente a todas sus desventajas con paciencia y alegría. Los amaba por eso y, observándolos, aprendía de ellos. Tal vez comprendí tan bien su situación porque me di cuenta, mientras los miraba jugar, de que yo también había sido ciega por un tiempo al amor de Dios. Ahora podía ver.

Luego llegó el contraataque de mi familia. Recibí una carta de Safdar Shah. La había estado esperando, con un sentimiento de temor.

Comenzó cortésmente, como siempre, diciéndome que nunca hubiera esperado oír tales cosas de mí:

Eres mi querida hermana. Amabas mucho a Dios y mi padre te amaba mucho, y tú aprendiste de él muchas cosas sobre el Islam. En realidad, no necesito decirte esas cosas, pues ya las sabes. Debes saber también que una hija de un Sayed no puede seguir el camino que estas siguiendo. Debes volver atrás:

Mi hermano me contó acerca de que te volviste cristiana y que crees en Jesucristo como el Hijo de Dios. Eso no es correcto para nuestra familia ni para nuestra religión. Te sugiero que tan pronto como leas esta carta vuelvas a mi casa y escuches mi consejo. Como Sabes, tengo las escrituras de todas las

propiedades que están a tu nombre. No podrán ser entregadas a una cristiana que ha sido hija de un Sayed.

Agregó que todo Pakistán sabía que ahora yo era cristiana y que por lo tanto no tenía derecho a esa propiedad. La carta terminaba:

Si no dejas el cristianismo, no escatimaré esfuerzos hasta que estés de regreso. Mi religión me permite matar a una hermana que se ha hecho cristiana, y aun así ir todavía al Paraíso.

Esa carta me perturbó mucho. Mi padre me había dejado su propiedad con gran amor y ahora ellos estaban procurando privarme de ella porque me había hecho cristiana. Pensé en mi casa campestre de paredes blancas y sentí deseos de llorar. No parecía justo.

Orando por esa situación leí en Juan 14:1,2: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre, muchas moradas hay. Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.” .Esas palabras me dieron consuelo. Tenía un hogar prometido arriba.

Rompí la carta y tiré los pedazos en el cesto de basura. Luego fui a una reunión y, mientras cantábamos, pensaba en las animadas palabras: “Oh, qué amigo nos es Cristo.”.

Tres días después llegó el tercer ataque: una carta de mi casa escrita por mi tío. Tenía diez páginas y estaba escrita en papel blanco de notas, y venía en un sobre azul.

Decía en ella que me estaban extrañando mucho, mencionando a Salima y Sema. “¿A quién van a servir ellas ahora?” Eso me provocó un agudo dolor.

En términos muy amables me pedía que volviera a casa, y terminaba así:

¿Te has vuelto atea? Oramos para que vuelvas al Islam y regreses a casa.

El sol brillaba sobre los niños mientras jugaban en el césped en medio del jardín; pero donde yo estaba con la carta en la mano, una sombra gris de temor y de duda ponía sobre mí su mano fría.

Abrí la carta y mientras lo hacía oraba de esta manera: "Oh Señor Jesús, no les he hecho nada malo. ¿Por qué se están portando así conmigo? Ahora me encuentro en realidad rodeada por ellos. ¿Me dirás qué respuesta debo darles?" Cuando tuve tiempo de pensar de nuevo sobre eso, lo consideré desde un punto de vista muy diferente. Ellos no me iban a dar mi propiedad, de modo que por lo menos estaba libre de toda la carga que eso representaba. Podría utilizar mi vida sirviendo en la escuela a los ciegos y yendo a la Iglesia y adorando.

*¿No era eso mejor que la vida inútil que estaba viviendo antes, paralizada en mi cama?* me pregunté a mí misma.

Pasé un día pensando y orando sobre mi respuesta y, cuando contesté, lo hice sobre un fragmento de papel de un cuaderno de notas:

Querido tío:

Recibí tu carta y me doy cuenta de todo lo que me dices. Con el mayor respeto Quisiera señalar cinco cosas:

1. Encontré el camino, que es el camino recto a Dios. A Jesús dijo: "Yo soy la puerta; el que por mí entrare será salvo, y entrará, y saldrá, y hallará pastos" (Juan 10:9). Si tú vas a una casa, no puedes entrar sino por la puerta. Hay una puerta a Dios y esa puerta es Jesucristo. Los que no aceptan el camino de Cristo no pueden tocar a la puerta. Los profetas son *chowkedars*.
2. Encontré la verdad. "Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?" (Juan 8:45,46a).
3. Encontré la vida. Jesús dijo: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá" (Juan 11:25) .
4. Encontré el perdón de pecados.
5. Encontré la vida eterna. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree no se pierda, más tenga vida eterna" (Juan 3: 16).

Me has llamado atea; ven y pruébalo mediante esas cinco cosas que he encontrado. O bien prueba eso o ten cuidado de no llamarme una atea.

No dije nada sobre la propiedad ni sobre ningún otro tema. Desde aquel día hasta hoy no he tenido jamás una respuesta a esa carta.

Después de eso me dejaron en paz durante varios meses, pero el tío y la tía, según lo supe más tarde, unas semanas después de recibir mi respuesta, Empacaron sus pertenencias, dijeron que se iban a Karachi y abandonaron la casa. Algunos dicen que se fueron para Irán, ya que son musulmanes shiitas. Eso se debió a que temían la ira de Safdar Shah, que los considera culpables de lo que había pasado.

# 10

## HERMANAS

Llegó diciembre y comenzaron los preparativos para la Navidad. La mayoría de los niños ciegos se iban a su casa, pero algunos permanecían allí. Por eso decoramos el comedor con un árbol y algunas guirnaldas y preparamos un pequeño pesebre: En los felices y entusiastas rostros de los niños se dibujaba una expresión de asombro al escucharla sencilla historia de la venida del niño Jesús al mundo.

Para mí también fue una experiencia especial. Era la primera vez que gustaba el sabor de esa fiesta cristiana. Desde entonces he cantado muchas veces la tradicional canción:

*Oh, Santísimo, felicísimo,  
grato tiempo de Navidad.  
Al mundo perdido, Cristo le ha nacido,  
alegría, alegría, cristiandad.*

No es de maravillarse que hasta los cristianos nominales, que nunca tuvieron un encuentro personal con el autor y consumidor de su fe, disfrutaban de bendición por celebrar su nacimiento, proveyendo la mesa, entre otras cosas, con el pavo, el pan dulce, el pollo, el *pilau* o el arroz dulce. Es que la alegría de la Navidad ha cruzado todas las fronteras.

El rector y su esposa hicieron modestos regalos, que consistían en dulces y juguetes, y todos fuimos en la camioneta de Sunrise; al culto de celebración que tuvo lugar en el Ejército de Salvación. Nosotras, las directoras, fuimos invitadas a su casa campestre para compartir su mesa.

Poco después de Navidad, me llegó un visitante inesperado, que me trajo noticias muy desagradables. Mi cuñado, Blund Shah, de Rawalpindi, vino a verme a la escuela. Se alojó en la habitación para huéspedes. Parecía cansado y abrumado. Me dijo que mi hermana, Anis, estaba gravemente enferma en Gujerat, donde había pasado los últimos tres meses, en una casa campestre alquilada. Debido a que tenía un embarazo complicado, era atendida por el médico de su familia, que había sido trasladada a un hospital de ese lugar. En el séptimo mes, el embarazo presentaba dificultades. El bebé estaba muerto y los médicos del hospital no podían detener la hemorragia.

—Está al borde de la muerte y no hace sino repetir tu nombre. ¿Podrías ir conmigo ahora mismo? Tengo el automóvil afuera.

Me resultó imposible desoír esa petición. Se entreabría una puerta que había considerado cerrada para siempre.

—Oh, mi pobre hermana. Por supuesto que iré; pero primero debo pedir permiso.

Me disculpé y abandoné la habitación. Escuché en mi oído un suave murmullo que me dijo:

—Cuando llegues, ya estará muerta. Si vas allá, perderás tu tiempo. No te dejarán hablar de esas cosas. Aun tratarán de impedir que regreses ..

Antes de ver al rector, fui a mi habitación y oré. En seguida tuve una respuesta clara:

—Debes ir a verla. No morirá. La mantendré viva. Pedí permiso para salir por dos días. Me lo concedieron, y guardé algunas cosas pequeñas en mi valija. Salimos a las cinco de la tarde. Luego de un viaje de tres horas, llegamos a la casa en Gujerat, donde nos recibieron con noticias desalentadoras:

—Está muerta —dijo la médica de mi hermana, la doctora Khan —.

Murió a las siete de la tarde. Perdió mucha sangre.

Me dirigí a la habitación donde estaba acostada mi hermana. Tenía la mirada contraída, el rostro amarillo grisáceo y los labios azules. Su esposo prorrumpió en lágrimas y uno de su familia lo llevó hacia afuera en forma compasiva.

La habitación se llenó de personas que lloraban ... miembros de la familia y vecinos. Las noticias de la muerte corren rápido y la gente acude pronto para dar sus condolencias por el fallecido.

Me arrodillé y lloré junto a la cama..

“Jesucristo —dije en mi corazón—, me dijiste que estaría viva. ¿Qué haré? Está muerta.”

Seguí orando:

“Jesucristo, tú eres el camino, la verdad y la vida. Por favor, haz este milagro y levántala.” Continué orando en esa forma hasta que se afirmó en mí el pensamiento de lo que Jesús había dicho: “No morirá. La mantendré con vida”

“Señor, pon un poco de vida en ella para que pueda hablarle de ti por un momento.”

Por fin escuché una voz que decía: “No está muerta. Vive. He prolongado su vida.

Entonces me levanté y les dije a todos:

—¿Por qué lloran? No está muerta, sino que vive. Hubo una consternación general.

—Está loca Pónganla en la otra habitación. Enciérrenla.

Me empujaron hacia afuera y me metieron en un dormitorio vacío. Escuché el ruido del picaporte que cerraba la puerta por fuera. Me había convertido en una prisionera. Allí oré: “Señor, levanta a mi hermana, para que crean que está viva.”

En ese momento celebraban los últimos ritos y preparaban el ataúd. Habían lavado temprano el cuerpo de mi hermana y cambiado sus ropas. Iban a bañarla otra vez, pero no durante la noche. Alrededor de las ocho de la mañana escuché de nuevo el ruido del cerrojo afuera; había sido liberada para dar mi último homenaje a mi hermana ..

Me puse de pie junto a su cama con otras señoras. La esposa del *maulvi* pronunció las *Kalmas* sobre el cuerpo, y luego ella y otras tres se adelantaron para levantar el cuerpo para darle el baño final. Vi que habían puesto en las manos y los pies de mi hermana el tinte rojo ... el signo de la felicidad, la señal de la sangre ... Luego la iban a envolver en una sábana para colocarla en el cajón.

De pronto mi hermana movió el brazo, abrió los ojos, se incorporó de un solo movimiento y miró a su alrededor con asombro. Luego se miró las manos sin detenerse y preguntó.

—¿Qué sucedió?

La gente profirió gritos. Algunos cayeron hacia atrás y otros trataron de escapar de la habitación. Hubo un pánico increíble. Abracé a Anís y ella se tomó de mí. La gente volvió. Luego todos me miraron.

—¿Qué es lo que ha hecho? ¿Cómo una persona muerta puede incorporarse?

Me llené de alegría y de un sentimiento claro de la grandeza de Dios.

—Pregúntenle a ella qué fue lo que sucedió —dije—sonriendo.

Anís, habló entonces en su tranquila manera habitual. \

— No se asusten por mí. Estoy viva.

Su esposo y el *imam*, el *maulvi* y el *muezzin* de la mezquita vinieron corriendo al oír la conmoción. El *maulvi* se puso las manos en la cabeza y preguntó:

— Batí, dime la verdad. ¿Qué sucedió? ¿Qué te pasó?

Hace catorce horas que moriste. Estábamos preparando tu funeral.

— Yo no estaba muerta — dijo ella.

—Estabas muerta. No tenías vida —Insistió la médica

— Yo no estaba muerta, estaba durmiendo —dijo mi hermana—. En mi sueño soñé que estaba a punto de poner el pie sobre una escalera. Al tope de la escalera había un hombre con ropas blancas que tenía una corona de oro y de su frente salía una luz. Vi su mano sobre mí y de su mano también venía una luz. El dijo: “Yo soy Jesucristo, Rey de reyes. Te enviaré de vuelta y, en el tiempo que corresponda, te traeré de nuevo acá.” En eso abrí los ojos.

Dijo eso con el rostro iluminado de felicidad. Las palabras no alcanzan para describir la alegría y el regocijo que hubo en nuestra familia. Aproveché la oportunidad para contar a cualquiera que quisiera escucharme acerca del profeta obrador de milagros, que era alguien más que un profeta: Jesucristo. Incluso el esposo de Anis, que había sido uno de los que al principio estuvo más en contra de mí, decía ahora que mis oraciones habían hecho volver a su esposa a la vida..”

¿Quién es ese gran profeta que tú has visto? — preguntó después de tres días cuando los visitantes se habían dispersado ..

Tomé el Corán y le mostré los pasajes acerca de Jesucristo en el Sura Maryam. Luego le mostré en mi Biblia la historia de la resurrección de Lázaro en Juan 11 :43,44 ..

— ¿Crees ahora que Jesucristo resucita a los muertos?

Dice aquí que El clamó; “¡Lázaro, ven fuera!” y que Lázaro salió de la muerte.

— Sí, creo que eso lo hizo Jesús, el hijo de María — contestó pausadamente —.

Mi esposa tiene una segunda vida

Parecía feliz y aceptaba lo que le había dicho.

Pero el mayor de los cambios se produjo en Anis.

Siempre había sido una hermana amorosa para mí, pero ahora parecía irradiar gozo y paz. La escuché contándoles al *maulví* y a su esposa todo lo referente a su visión de Jesucristo y me di cuenta de que la escuchaban con intensa concentración. Pero después de eso comenzaron a mirarme con desagrado...

— Dime algo más sobre Jesús —me susurró ella en uno de los breves momentos en que podíamos estar solas.

Entonces le di un pequeño ejemplar del Nuevo Testamento y prometió que lo leería, aunque sentía que necesitaba que alguien le ayudara a comprenderlo. Comenzó a leer el Evangelio de Mateo y le expliqué cómo nació Jesús y cuál era su genealogía.

— Sigue orando por mí. Yo seguiré fiel a lo que he visto para poder seguir a Aquél que me devolvió la vida — agregó —. Soy una mujer casada que necesito que ores por mí.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me di cuenta con profunda intensidad cual era su posición.

Con todos esos acontecimientos, la escuela Sunrise había pasado en mi mente a un segundo plano. De pronto comprendí que debía regresar. Lo cierto es que estaba ansiosa por ir y contarles a algunas personas los milagros que habían sucedido. Cuando me iba para tomar el ómnibus de regreso a Lahore, Anis apretó mi mano y dijo:

— Mi puerta está abierta para ti. Cada vez que quieras puedes venir. Aunque el resto de la familia no quisiera verte, yo sí.

Mientras el ómnibus partía de la estación de Gujerat, repleto de gente del campo y de la ciudad, me puse a pensar en los sucesos de la visita, que comenzaban a quedar detrás de mí como un sueño feliz. Había una cosa que se destacaba: todavía amaba a esa gente y su mundo, pero no podía vivir más en él. Era una peregrina, no en el camino a la Meca sino en una ruta más directa a Dios, por medio de Jesucristo. Sunrise había llegado a ser una parte en la senda de mi peregrinaje. Mientras el ómnibus se tambaleaba en la ruta hacia Lahore, yo anhelaba el momento en que saludaría otra vez a mis varoncitos ciegos.

Sin darme cuenta, había cometido un serio error. Lo dijeron las autoridades de la escuela cuando me presenté después de algunos días.

— Tú pediste dos días y te has tomado cinco.

La entrevista fue penosa y me despidieron de mi trabajo sin darme siquiera la posibilidad de ofrecer una explicación. Remité mi defensa a Dios y dejé que El mismo fuera el juez. Más tarde me detuve junto a un poste de la luz eléctrica a la orilla del camino a Ravi. Todavía me sentía sobresaltada y aturdida por la forma repentina en que había sido despedida. Tenía hambre; había pasado la hora de almuerzo y no había comido nada desde mi temprano desayuno; Hacía frío y todo estaba nublado, iba a oscurecer muy temprano. Recordé que el *dhobi*

Tenía algunas de mis ropas y mis ropas de cama que no me habían sido devueltas. Los rostros ciegos y pacientes de los pequeños niños aparecieron delante de mí y las lágrimas agujonearon mis ojos. No podrían escuchar más las historias que les contaba su Ba-ji. Además, en la escuela me debían dinero. No tenía nada, salvo lo que mi hermana me había dado esa mañana. Permanecí allí perpleja, dándome cuenta de que en un lugar solitario donde una musulmana convertida no gozaba de ninguna protección .

— Padre— le dije a Dios, rindiendo mi destino en sus manos —, en esta ciudad hay gente buena y mala. ¿Tienes alguna habitación para tu hija? Dime, por favor, a dónde puedo ir.

De inmediato tuve la respuesta: “Vuelve a Gujerat” Tenía lo suficiente para el pasaje. Alcancé el ómnibus de las dos de la tarde, luego tomé una tonga, y le di una sorpresa a mi hermana. Ella me abrazó y dijo con alegría:

— Estoy muy contenta porque has vuelto. Ahora me ayudarás a comprender la Biblia.

Hasta Blund Shah estaba contento de verme de regreso, ya que sería una compañía para su esposa. Ella extrañaba a sus hijos, dos niñas de ocho y seis años que estaban en Rawalpindi con sus abuelos. El también tenía que ir allí a controlar la empresa de ómnibus de la que era socio.

De modo que, durante un tiempo, mi hermana y yo disfrutamos de una nueva relación, que no tuvo impedimentos. Como dos jóvenes ovejas, nos apacentábamos en los pastos verdes de la Palabra de Dios, y mi hermana resultaba transformada al aprender más acerca de la experiencia de la nueva vida. Se había vuelto menos autoritaria con sus criadas y algunas veces hacía parte del trabajo por sí misma. Hasta les pedía a las criadas que comieran primero, diciendo: "Los pobres tienen el primer" lugar." Es que había encontrado el versículo que dice: "Estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo."

Cuando le pregunté —sólo para estar segura de sus motivaciones —por qué estaba haciendo eso, ella me contestó:

— Quiero procurar ser una obediente sierva del Señor para que, si muero mañana, mi confianza esté firme.

La reacción de las criadas fue de veras sorprendente:

—Desde que nuestra Bibi ha regresado de la muerte, se ha vuelto como un ángel — me dijeron.

Las criadas trabajaban para ella con más dedicación, sirviéndole de corazón. Además, me mostraban un gran respeto. Un día Anís me preguntó sobre mi bautismo y escuchó con atención mi explicación sobre su significado.

— SI en realidad quieres la vida —le dije —, es importante que seas sepultada con Cristo en el bautismo. •

Cuando nos bautizamos, somos limpiados en cuerpo, mente y alma, y llegamos a formar parte de su pueblo.

—Quiero bautizarme —dijo entonces—, ya que ahora soy una cristiana. He tenido un cambio en mi corazón y quiero seguir un paso más adelante.

Mi alegría estaba mezclada con una preocupación. Me había costado mucho llegar a bautizarme. ¿Comprendería bien Anís el precio que tendría que pagar ella por cumplir ese acto?

— Me hará daño si no me bautizo —insistió con firmeza —.No seré ni una musulmana ni una cristiana. Quedaré fuera.

Entonces me di por vencida. ¿Qué derecho tenía a negarme a prestarle ayuda? Pero a la vez comprendí que no podría buscar la ayuda de un ministro cristiano, pues eso equivaldría a traer el desastre sobre la familia de Blund Shah, si no sobre alguien más. Debía realizar la ceremonia yo misma.

—Una tarde le—pedimos a la criada que llenara la bañera de cemento con agua templada y pusiera afuera algunas toallas y ropas limpias. Luego le dijimos que se fuera. Yo vi sus curiosos ojos oscuros vagar sobre nosotras mientras, cerrábamos la puerta del baño.

Me puse de pie con Anís en el agua y le pregunté si ella quería confesar su fe en Cristo.

—Ahora sepulto mi viejo yo —dijo ella—, y soy nueva en Jesucristo. y le seré fiel.

Luego la sumergí en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y la encomendé al cuidado de Dios. Fue un momento de victoria. Después Anís me dijo que cuando oró fue levantada como si fuera en alas de ángeles y vio en una visión personas de pie que estaban alrededor; y glorificaban a Jesucristo. I En cuanto a mí, estaba comenzando a aprender que cuando siento gozo sobre algo, debo estar prevenida y, vigilar la actividad de las fuerzas de las tinieblas del mal. Esa ocasión no fue la excepción. Mi cuñado se enteró del bautismo. Creo que la criada con su agudeza auditiva, había podido decirle algo y él le preguntó a mi hermana qué habíamos estado haciendo.

Anís pareció estar herida en su interior cuando me dijo:

—Me preguntó sobre eso la noche anterior y le dije ,lo que significaba el bautismo. Ahora está enojado. No le gusta, o no entiende lo relacionado con la cruz. No se lo puedo explicar. Creo que está buscando la oportunidad para discutir contigo. Por favor, trata de no perturbarlo o, de lo contrario, te hará marchar.

Traté de ser especialmente agradable a mi cuñado; pero, sin quererlo, caí en una discusión con él.

Me desafió a que le dijera la diferencia entre leer el Corán y leer la Biblia. Claro que le dije que la diferencia es Jesucristo. El es el camino, la verdad y vida.

—Leer la Biblia está bien, pero la cruz no está bien —Blund Shah —Aun en tu Biblia dice que sólo un hombre que es maldito morirá en la cruz; Y ¿cómo puede un hombre que es maldito dar vida a otros?

Tenía una mirada de triunfo. Pensó que me había atrapado.

Esa era precisamente la introducción que yo necesitaba. Le leí Corintios 1:18: Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden."

No dijo nada, de modo que llena de atrevimiento leí Juan 1:29: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

Mi hermana se sentó y escuchaba con atención; miraba como a lo lejos, sin intervenir en nuestra conversación. Lo llevé a la Torah, a sus raíces musulmanas, Y le expliqué cómo Dios le había indicado a Abraham que; debía hacer sacrificios de sangre para la sustitución; pero, que después del sacrificio de Jesucristo no había más necesidad de efectuarlos. Le mostré eso en Génesis 22:11,12: "No extiendas tu mano sobre el muchacho." y luego en Juan 12:32: "y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo." Le dije que por el gran sacrificio de Jesucristo en la cruz que nuestros pecados son perdonados... El es el perfecto y completo sustituto.

Le dije que encontré la mención de esas cosas en primer lugar en el Corán y que luego alcancé una mayor comprensión de ellas en la Biblia. Le dije acerca de los profetas que predijeron la venida de Cristo. Le dije también que la Biblia no era simplemente un libro, sino la " palabra viviente de Dios y que, ante cualquier cosa que sucediera en mi vida, encontraba la correspondiente ayuda en la Biblia.

Terminé con Hechos 4:11, 12: "Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres en que podamos ser salvos.

Todo eso sucedía a las diez de la mañana en la sala de estar. Quedó sentado allí como si estuviera hipnotizado. Luego se recobró y me miró de cerca.

— ¿Quieres hacerme cristiano a mí también? ¡Estás hospedándote aquí, comiendo a mi mesa y a la vez minando nuestras creencias musulmanas de esa manera! ¡Ahora vete, y esta vez no vuelvas!

Mi hermana me dio algún dinero a escondidas y me susurró:

— No vuelvas a Lahore. Ve a Rawalpindi y allí te encontraré cuando vaya.

Me dio la dirección de una importante amiga de la familia, otra shiita, cuyo esposo era funcionario de alto rango en el gobierno. Ella tenía posiciones elevadas en sociedades de caridad, interesadas en mejorar la suerte de las mujeres, ofreciéndoles mejores condiciones. Allí podría haber algún trabajo en que yo me ocupara.

Esas eran buenas noticias. Debía encontrar un trabajo. Así que fui de nuevo en tonga a la estación de ómnibus y tomé uno rumbo a Rawalpindi. Tres horas y media después subí a otra tonga que me dejó en la puerta de la residencia de impuestos del Camino Peshawar. Coloqué una nota que llevaba mi nombre y el de mi padre, para que la señora que yo buscaba supiera que era de una familia amiga muy allegada y recordara quien era yo.

Invitada a entrar pasé por la alta puerta del muro, sintiendo que este era un paso correcto y confiando en un feliz desenlace

# 11

## ATRAPADA

Estuve de pie en el salón de recepción de la señora a quien fui a ver. Entretanto, soporté su minuciosa inspección lo mejor que pude. Era una señora de porte distinguido, más alta que yo, de tez rubia y cabello corto. Vestía una *shalwar kameeze* color rosado y un suéter, y tenía un chal sobre la espalda.

Me sonrió con afecto..

□ ¡Qué atenta has sido en venir a verme! Creo que no nos hemos visto antes, ¿verdad? Mi esposo no ha llegado aún. Estará en Islamabad hasta por la noche. Es un hombre muy ocupado.

Comenté en un susurro que había oído decir que era un hombre muy importante.—La señora inclinó su elegante cabeza y pidió que nos sirvieran té. Mientras lo tomamos, en finas tazas de porcelana china con diseños florales, ella mantuvo una conversación amable y cortés, interesándose por mi salud y preguntándome cómo había viajado desde Gujatar. Se mostró algo preocupada por lo que le dije acerca de Anis. No entré en muchos detalles, pues percibí que no deseaba que las criadas oyeran lo que podía contar.

Cuando terminamos nuestro te, me invitó a seguirla. Me llevó hasta su dormitorio, cerró la puerta, me pidió que me sentara y entonces volvió a las preguntas que habían quedado flotando en el aire y que no llegamos a expresar:

□ Por qué viniste sin el velo? Y ¿por qué viniste sola?

En tu familia las chicas no salen de esa forma, ¿Qué te sucedió? ¿Estás en alguna dificultad?

Yo tenía puesta una capa blanca con la *shalwar kameeze* y un llamativo pañuelo para el cuello alrededor de la cabeza, Hacía mucho que había dejado de usar la *burka*. No obstante, no tenía deseos de discutir sobre eso en ese momento.

□ Se sorprende de verme sin el velo □ le dije □ ¿No le sorprende verme caminar? ¿Sabía que estuve paralítica y enferma en cama durante diecinueve años?

□ Lo sé. Pero dime, ¿qué médico te trató para ponerte tan bien?

□ Le mostraré a mi médico.

Le leí en Marcos 2:9—11 la historia del paralítico que, fue llevado por cuatro amigos y que fue sanado por Jesucristo, y luego le alcancé la Biblia en urdu para que viera el relato por sí misma.

Tomó el libro como si fuera una serpiente, lo miró por un momento y luego me lo devolvió,

□ Este libro pertenece a los cristianos □ dijo con una expresión de disgusto.

□ Es cierto, y yo también soy cristiana □ le contesté.

Se afirmó en el brazo de su silla.

□ ¿Qué estoy escuchando?

□ Esa es la verdad. Ahora pertenezco a la persona que me sanó a mí.

□ ¿Qué quieres decir exactamente con eso? □ Entonces le conté la historia suprimiendo los nombres de los cristianos.

Noté que mi anfitriona hizo un esfuerzo por calmarse.

Se levantó de la silla y dio algunos pasos rápidos alrededor de la habitación, luego volvió a sentarse otra vez frente a mí e inclinándose hacia adelante me clavó una mirada de intensa preocupación

—Pero entonces— dijo —si Jesucristo te sana ¿es necesario que te hagas cristiana?

— En mi caso sí. Encontré una vida nueva y ahora pertenezco a la persona que me dio esa vida nueva. Por amor a su nombre fui echada de mi casa. Pero no vine a discutir sobre religión con usted. Vine para pedirle si le fuera posible darme algún trabajo en una de sus instituciones femeninas. ¿Puede hacerlo? Un trabajo sencillo será suficiente; no estoy pensando en uno con un sueldo importante.

Hubo un breve silencio, mientras ella observaba con atención el diseño de la alfombra.

—Ya le veo. ¿Sabes que pensaba que alguien te había secuestrado de tu casa y que te habías escapado para pedir ayuda?

Se rió con melancolía.

—Está bien. Estarás conmigo por una noche y luego mañana haré algún arreglo para ti.

Me dio una habitación y una de sus criadas me sirvió la cena. Hice una breve oración y fui a dormir, cansada pero en paz. Los lazos familiares, aun a esta distancia eran más fuertes de lo que había pensado.

A la mañana siguiente, después de desayunar sola en el comedor, conocí a su esposo. De Inmediato tomó la ofensiva pidiéndome cortésmente que renunciara al cristianismo. Por supuesto, decliné su pedido de una forma también cortés. Yo estaba temblando por dentro porque ese era un hombre poderoso en el gobierno. Sería muy fácil para él espantarme como si fuera un mosquito molesto, a pesar de que yo pertenecía a una familia muy allegada a ellos.

—Piensa lo que estás diciendo— me dijo —. Todavía tienes tiempo de abrazar de nuevo el Islam y yo te ayudaré a reconciliarte con tu familia.

¿Habrá en eso una amenaza oculta? Controlé de nuevo mis nervios. Tenía en ese momento una oportunidad que no podía perder.

—Gracias, pero no... —le dije—. No me he peleado con ellos. Estoy en paz con todos. Aquel en el cual creo es el Príncipe de Paz y El puede darle su paz también a usted.'

Las palabras brotaron antes que tomara conciencia de haberlas pronunciado.

— ¿Por qué no dejas el cristianismo? — dijo perdiendo un poco de su fría paciencia —. Si no quieres quedarte con tu hermano o con tu hermana, quédate conmigo por el resto de tu vida.

Era una oferta muy generosa y, sin duda, hecha con sinceridad.

— Gracias, pero mi cristianismo no es una religión que uno puede dejar cuando le parece bien; es un cambio de vida. Si yo dejara de vivir en Cristo, con seguridad moriría. Si usted no puede conseguirme algún trabajo, dígamelo. Entonces me iré y no lo molestaré más.

Por un momento se quedó como una estatua, pero luego se fue.

—Oh, sí, arreglaremos algo para ti.

Mientras salía por la puerta, le guiñó el ojo a su esposa.

Escuché que ella llamaba al conductor para que trajera el auto para salir.

—Ven— dijo —, y entramos en el auto para ir a la ciudad.

El auto se detuvo frente a un gran portón de hierro, ubicado en un alto muro. Más allá pude ver la cúspide de un edificio elevado. Un cartel indicaba que era la cárcel central de Rawalpindi. Ese era el lugar donde tendría que trabajar.

El conductor llamó al portero, que abrió el portón. Mi amiga me llevó adentro, a la oficina del superintendente, y habló con él por un momento en inglés, casi seguro sobre mí. El superintendente tocó una campana y apareció una mujer de edad, haciendo sonar una maraña de llaves. Le dijo algo que no pude oír e hizo una señal con la cabeza en dirección hacia mí y la mujer me dijo:

—Vamos.

Mi amiga me dijo;

—Vas a ir con esta señora. En este lugar estarás mejor. Le agradecí cordialmente y seguí a la mujer por afuera a través de una terraza. Le quitaron la tranca a una puerta, y la mujer me mostró el interior de un largo salón, como, un vestíbulo, con un techo alto y sin ventanas. La luz que había procedía de una puerta que se encontraba en una de las paredes. En la pared opuesta había otra puerta, o bien fuerte. Alrededor de diez mujeres se agachaban sobre sucias esterillas de hojas de palma tejidas, o de arpillera, o se apoyaban contra la pared en actitud de indolente indiferencia. Oí que la puerta

se cerró detrás o de mí y una llave dio vuelta la cerradura. Miré impotentemente a la mujer más próxima.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está el trabajo que debo hacer?

— ¿Trabajo? No hay ningún trabajo aquí. Estás en una cárcel, como nosotras. ¿Qué hiciste para que te metieran, aquí?

—Tardé un minuto o dos en darme cuenta de la realidad. ¡Esos supuestos amigos de mi familia me habían enviado a la cárcel por el delito de ser cristiana! Se habían burlado de mí y ahora estaba atrapada. Corrí a la puerta y toqué en los barrotes. Nadie vino. Grité. Nadie respondió, salvo la joven que había hablado antes.

—Puedes gritar todo lo que quieras, pero eso no te ayudará a salir.

Me volví a ella:

—¿Qué es este lugar?

— Debías saberlo, novata. Esta es la cárcel de los reencausados, donde te mantienen en prisión hasta que llega el momento del juicio, o puedes conseguir que alguien dé una fianza por ti.

Me dijo todo eso en términos mucho más fuertes que los que empleo al describirlo.

Traté de mantener la calma y pensar. ¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí? ¿De qué delito me acusarán? ¿Es delito ser cristiana? Seguro que la Constitución no considera un delito el ser miembro de una minoría. Sin embargo, por la ley Islámica yo era culpable de la más grave ofensa y había llegado a ser para mi familia como una intocable.<sup>1</sup>

Ese pensamiento me recordó que Anis había prometido encontrarme. Con seguridad vendría pronto. Luego mi vista se detuvo en mi bolso. Por alguna misericordia no me lo habían quitado. Allí estaba mi Biblia, con algunas ropas nuevas que eran, en ese lugar, tesoros de más valor que el imaginable. ¿Dónde podría descansar? La sala tenía unos veinticuatro metros de largo, con tres o cuatro habitaciones en los costados, donde había camas de estructura de hierro cubiertas con frazadas oscuras. Estas servían para proteger de las corrientes de aire nocturnas del Himalaya que pasaban por la puerta de barrotes.

Pero de un vistazo me di cuenta de que allí no podría dormir. Las habitaciones eran muy oscuras y sin aire, sin ninguna ventana, como si fueran tumbas. Yo no deseaba ser comida viva por los habitantes de esas frazadas. Afuera en el piso frío, duro y sucio, las otras mujeres se envolvían totalmente en sábanas y se acostaban en las sucias esterillas. Envuelta en tantos vestidos como pude ponerme, me quedé sentada toda la noche, mirando con somnolencia más allá

---

<sup>1</sup> Integrante de una casta inferior.

de los barrotes de la cárcel al limpio cielo nocturno, adornado con su luna y sus estrellas.

La falta de higiene era un problema que me producía un sentimiento de vejación, lo mismo que a las demás mujeres. En la sala había un olor muy desagradable que provenía de la presencia de un inodoro. No había agua corriente ni otras instalaciones adecuadas para lavarse, sino sólo una *mutka* o jarra llena de agua para consumo de todas, que debía durar todo el día, tanto para lavarse como para beber. Un hombre llenaba esa jarra cada mañana. De una cadena atada al tope de la jarra colgaba una taza; había también dos vasos para beber y una *lotha*<sup>2</sup> para abluciones rituales. Durante el tiempo que estuve allí nunca supe de alguien que la haya usado para ese fin. La oración parecía algo muy distante de la mente de las encarceladas.

Tres veces por día un carcelero traía algo que se asemejaba a comida: pan seco y te para el desayuno, y para otras comidas sopa liviana de lentejas, *chupatties* mal cocinados y de cuando en cuando berenjenas sin sabor. El ver esas provisiones —que no les hubiera dado ni a los mendigos que iban a mi casa— hacía que las prisioneras montaran en cólera de tal modo que a veces arrojaban el te sobre el carcelero y lo maldecían, lo mismo que al cocinero, al policía, a los jueces y a cualquier otro, con un lenguaje tal que me veía obligada a taparme los oídos.

—Más allá de la puerta—de barrotes podíamos ver, a la distancia y a intervalos, a miembros de la familia o a amigos de las prisioneras que tratan cosas que significaban un poco de alivio. Luego se abría la puerta y una o dos de las mujeres eran llevadas por un breve momento a una habitación para visitas, de donde retomaban con las provisiones que harían la vida un poco más llevadera: comida y sábanas limpias. Pronto comenzaban a circular porciones de arroz azucarado y *pilau* y trozos de pollo, pero ninguna llegaba en mi dirección.

Nadie se interesó por mi presencia en ese lugar, ni tampoco nadie tuvo la intención de ofenderme. Sin embargo, según supe después, se suponía que eso era una prisión temporal, para los que estaban esperando ser juzgados. ¿Cuánto tiempo podría uno estar consumiéndose aquí sin ser juzgado?

—¿Por qué estoy aquí? — le pregunté a la vieja carcelera.

— No lo sé. El superintendente me dio la orden —dijo la mujer con indiferencia—. Sólo estoy cumpliendo órdenes.

Desde uno de los sectores de la otra cárcel, la de los hombres, escuché los gritos de los que eran golpeados salvajemente. Oí decir a las otras mujeres —

---

<sup>2</sup> Pequeña vasija para agua, por lo general de latón o cobre.

algunas de las cuales parecían tener conexiones con pandillas de la ciudad — que eso era para obtener de ellos confesiones adecuadas para imputarles cargos más precisos. También supe que era posible que las mujeres fueran golpeadas — por mujeres — con el mismo propósito. Quedé esperando, preguntándome si esa llegaría a ser mi suerte.

Durante la primera semana no podía ni dormir lo necesario en el duro piso, ni comer la comida en la cárcel. El sólo oler la sopa me hacía perder todo el apetito que tenía. No me gustaba lo sucio, ni los piojos, los olores ni al principio, las alojadas allí. No obstante, cuando las ondas de duda o las olas de temor me atormentaban, leí alguna porción de mi preciosa Biblia y entonces el mundo se ubicaba en su nivel en forma gradual y la paz comenzaba a fluir como un río. Leí en Hechos 12:6—8 acerca de Pedro y Juan en la cárcel. Me pareció que habría sido para ellos un estremecimiento tan grande como lo era para mí el ser tratados como criminales comunes. Pero ellos dieron gracias y cantaron alabanzas.

También el apóstol Pablo, escribiendo desde la cárcel dijo: "Dad gracias en todo." Estando entonces en el propósito de Dios, daba gracias por poder probarlo en circunstancias similares.

Al principio, en la medida en que utilizaba la obligada ociosidad para meditar en las palabras de Dios procuré apartare de mis compañeras de celda. La mayoría de ellas, me parecía obvio, eran delincuentes que amaban el mal, miembros de pandillas y desechos de la gran ciudad, ladronas de negocios, carteristas, secuestradoras y una asesina del noroeste de la provincia de la frontera, que había matado a su esposo. ¡Qué grupo tan selecto! La prisión sería el perfecto remedio para eso.

Mi silencio paciente, mientras me concentraba en mi libro, sólo aumentaba su respeto hacia mi y su curiosidad. Yo era un enigma que en algún momento tendría que ser revelado.

—¿Qué es eso que estás leyendo con tanto interés? Miré a la que me hablaba, una mujer más bien joven con un rostro arruinado en el que podía leerse toda clase de males.

— Has estado leyendo ese libro durante varios días y no nos has prestado atención a nosotras. Debe ser bueno. ¿De qué se trata?

—¿Quieres saber de veras qué es lo que dice este libro?

—Sí, cualquier cosa que ayude a pasar el tiempo en este agujero del infierno — dijo la mujer cuyo nombre era Kalsoum.

Las otras mujeres dejaron de murmurar para escuchar lo que conversábamos. Así que comencé a hablarles acerca de El.

Levanté el libro.

—Esto es un espejo.

—¿Cómo dices que es un espejo? Creo que es un libro — dijo otra mujer, que se llamaba Khatoon, mirando a su alrededor para encontrar apoyo para su idea.

— Bueno, es un libro que también es un espejo, porque dentro de él nos vemos nosotras mismas tal como aparecemos ante Dios que es el juez de todos los hombres.

—No es un espectáculo muy bueno — dijo una de las mujeres con una sonrisa áspera.

—Tienes razón —le dije—. Este espejo muestra las cosas que nosotras hacemos y las llama “pecados” Nuestros pecados no son buenos a la vista de los hombres ni a la vista de Dios. El hombre condena nuestros pecados y nos castiga por lo que hemos hecho. Pero Dios es santo y El nos debe condenar aun más a causa de nuestros pecados. El pecado no agrada a Dios. Lo ofende. El tiene que castigar el pecado mediante la muerte.

Tuve la absoluta atención de esas pobres mujeres, que esperaban conocer su castigo. Proseguí.

— Ustedes pensarán; “Entonces no hay escapatoria para nosotras. Tendremos que sufrir nuestro castigo.” Pero el espejo nos muestra que Dios tiene dos caminos para tratar con nuestros pecados. Uno es el que nos lleva a la muerte, el otro es el que conduce a la vida, y nosotros podemos elegir cuál de los dos caminos vamos a tomar

Hubo un silencio intranquilo, que fue quebrado por Kalsoum, que preguntó;

—¿Cómo hace el espejo todo eso?

— Nos muestra que Dios mismo ha provisto un Camino de perdón para nuestros pecados. El mismo nos llama a los pecadores a ir a El con nuestro pecado para que seamos perdonados. Este libro nos dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:27—30).

Me sorprendí por la reacción que hubo a eso. Habían estado siguiendo el argumento paso a paso. Una de las mujeres dijo:

— No podemos negar que estamos cargadas con el pecado. Esa es la razón por la que estamos aquí. Nadie puede quitar lo que nosotras hemos hecho.

Le expliqué la doctrina del perdón como está presentada en 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”

Varias de ellas fueron tocadas por ese pasaje. Las lágrimas inundaron sus ojos. Me pidieron que les enseñara más. Así que convinimos en que cada mañana tendríamos un grupo de estudio bíblico con ellas.

Al poco tiempo comencé a ver un cambio, que brillaba a través del velo de inmundicia. No era sólo que compartían su pollo y *pilau* conmigo, que yo

tenía una sábana limpia con la cual cubrirme para dormir. El mejor resultado fue que siete de ellas confesaron sus pecados a Dios y admitieron su culpa en asuntos que estaban negando a las autoridades, incluso la asesina del noroeste de la provincia fronteriza y dos carteristas. Me aseguraron que nunca más cometerían un delito.

*Este es el trabajo que uiniste a realizar en la cárcel*, me dije a mí misma, mientras el mes prolongaba tediosamente su cansador trayecto.

Tres de las mujeres fueron llevadas al juicio y se fueron con lágrimas mientras me despedían. Pero al fin también me llamaron a mí. Se abrió la puerta de la cárcel y me llevaron a la oficina del superintendente, donde encontré a Anis horrorizada esperando con el amigo en quien yo había confiado. Este último trataba de parecer lo mas despreocupado posible Anis corrió hacia mí y arrojó sus brazos alrededor de mí, tan sucia como me encontraba. Luego se dirigió a la mujer de más edad y comenzó a interrogarla:

—¿QUÉ hizo mi hermana para que la pusieran en la cárcel? ¿Ha matado a alguien?

—Su hermana se ha vuelto cristiana. Ha negado el Islam.

El tono de su voz implicaba que eso era un pecado peor que un homicidio.

—Esa es su creencia personal. Ha encontrado la verdad y no tiene temor de dar testimonio de ella, y usted no puede poner en la cárcel a una persona por eso, a menos que ya no existan leyes en Paquistán

Nuestro amigo no tenía nada que decir a eso. Ella encogió los hombros.

—Bien, si desea irse con ella, puede hacerlo.

Anís se dirigió a mí.

—Gulshan, ahora debes venir a casa conmigo .

No sentí agrado por eso. "

—¿Por qué tengo que ir a tu casa? Esta cárcel es mejor que tu casa.

Pareció sentirse herida. —¿Por qué dices eso?

—Porque tu esposo insultó a Jesucristo e insulta la cruz, y yo no quiero escucharlo. Aquí en la cárcel las mujeres me han escuchado y han confesado a Jesucristo, y puedo cumplir alguna tarea útil.

Mi hermana me abrazó con lágrimas en los ojos.

—¡Cuanto amas a Cristo!

— Dana mi vida por El.

Era cierto. Todo lo sucedido había servido sólo para fortalecerme en mi fe. Había atravesado por oscuros túneles de desesperación, pero en la oscuridad había encontrado la luz.

—Yo también amo a Jesucristo— dijo Anís—. Quiero que me enseñes más acerca de El. .

Luego me dijo lo que le habla sucedido a su esposo.

Parece que el mismo día que dejé su casa tuvo un accidente como resultado del cual estuvo un mes en el hospital. Ella no había podido comunicarse conmigo antes, ya que por supuesto su primera obligación era hacia su esposo. —El no va él hacer nada contra ti —añadió—. Me dado permiso para llevarte a casa.

Con qué rapidez cambian los acontecimientos. En un momento yo estaba viviendo con la escoria de la sociedad femenina en la cárcel y encontraba gran dulzura en su compañía. Algo así como una hora después, estaba remojándome en la bañera de la lujosa casa de mi hermana en la ciudad Satélite, Rawalpindi, donde había sirvientes que esperaban mis órdenes. Allí me preguntaba cuánto tiempo pasaría esta vez antes que recibiera órdenes de que me fuera debido a mi incapacidad de guardar silencio en cuanto a mi fe.

# 12

## EL TENTADOR

Ahora pienso que aquella estadía en Rawalpindi, en la casa de mi hermana y mi cuñado, fue uno de los períodos más felices de mi vida desde que me hice cristiana. Todo lo que Anis hacía por mí, a ella le parecía poco y, en cuanto a su esposo, era discretamente amable conmigo. Una vez más me sentía parte de mi familia y era tratada con amor y consideración.

Había varios sirvientes en la casa, dos o tres criadas, un empleado, un cocinero y un conductor. El hijo del cocinero trabajaba en el jardín. No era necesario que yo cosiera la ropa ni que fregara las mesas. Lo que ellos esperaban de mí era que hiciera de anfitriona para las , niñas pequeñas, de modo que podía hacer por ellas lo que una vez había hecho Anis por mí: les contaba historias. Era un papel que disfrutaba mucho.

Al mismo tiempo noté que al observar a las criadas lo hacía con un interés compasivo, dándome cuenta de todas las tareas que debían hacerse en una casa: todo el lavado de platos, de pisos, de ropas, el fregado, el pulido, la limpieza, el lustrado, la eliminación del polvo, el levantar cosas, ubicarlas, clasificarlas y, a veces, tirarlas. Me resultaba fácil dar gracias a las personas con una sonrisa por los servicios que prestaban. No costaba nada y era una forma de esparcir felicidad.

Mi hermana y yo nos acercamos mucho. Ahora éramos, además, hermanas en Cristo. Pasábamos dos o tres horas diarias estudiando la Biblia. Muy pronto Anis se dio cuenta de un hecho fundamental: con la Biblia era posible abordar un problema de una manera que no se podía lograr con el Corán. Estaba en su lengua materna y no tenía ningún enigma. Podía leerse como un libro común y corriente, y se podían analizar, desde un punto de vista diferente, algunos de los hechos que eran comunes tanto a la historia musulmana como a la judía. En la Biblia había todavía algo más: la indiscutible autoridad de la verdad.

—Estas palabras son hermosas —me dijo Anis—. Traen paz.

Ella estaba pensando en el hijo que había perdido. —Es cierto— le dije —. Son las palabras de nuestro Padre celestial. Cualquiera que sea el sentimiento que tengas, aquí está el mensaje adecuado para cada ocasión, ya sea que estés triste o alegre. Lo esencial es saber que tus pecados están perdonados y caminas con Cristo cada día.

—Siento que está aquí con nosotras, mientras hablamos de El —dijo ella.

Le señalé el versículo: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). ~

—El está atento cuando oramos. Tenemos al Maestro con nosotras. Comprendemos su Palabra Porque su Santo Espíritu nos guía.

Blund Shah no se sentía muy feliz con el nuevo interés que manifestaba su esposa.

—No le digas a todo el mundo que Cristo te resucitó de la muerte. Tómallo con calma —le dijo.

No creo que ella le hizo mucho caso.

Por amor a ella yo no salía a decirle a todo el mundo que era cristiana, aunque si me preguntaban en forma directa, les contaba mi visión y mi sanidad, con lo cual, por lo general se daban por satisfechos.

Anis y su esposo tenían muchos conocidos y amigos, y cada día había algunos visitantes en la agradable casa campestre. Las costumbres de una casa de estricta tradición shiita exigían que, por más que en otras partes del mundo musulmán fuera distinto, aquí se observara la división fundamental de los sexos. Los visitantes masculinos y femeninos, aun cuando llegaran juntos, se sentaban en distintas secciones de la terraza, o en lugares separados en la recepción. Por momentos, en mi condición de cristiana, me sentía impaciente con esa forma de segregar a la humanidad, sobre todo porque sabía que en una sociedad donde Cristo había unido a su pueblo la vida podía muy bien llevarse sin estas divisiones. Pero en Pakistán, un país fundado sobre la base de ideales islámicos, cada detalle de nuestra vida social debía medirse con las enseñanzas del Corán y sus interpretaciones de los escritos tradicionales. Las tensiones que provocaba esa situación, cotejadas con la vida de la ciudad y su mayor complejidad, eran más obvias para mí que lo que habían sido en Jhang, que era una población rural un tanto atrasada en esos asuntos. Por una parte, me sentía con el derecho de juzgar a otros, pero por otra, disfrutaba del viejo y apacible placer de la compañía y la conversación femenina, no perturbada por la presencia de los hombres.

Cuán halagador era escuchar todos esos pequeños detalles sobre quién se iba a casar con quién, o qué niño estaba enfermo y cuál sano, qué estaban aprendiendo en la escuela o qué carreras pensaban seguir. Las niñas estaban en pleno proceso educativo, algunas todavía iban a la escuela, pero el encontrar carreras para ellas más adelante no era fácil ni tampoco deseable en todos los casos, una hija podría llegar a ser médica o profesora de niñas, o bien enfermera. La situación era más difícil cuando tenían que ir a un ambiente donde debían trabajar con hombres, como sucedía en una oficina. Sin embargo, mantener en casa a las hijas ya educadas, hasta que llegaran a la edad de casarse, resultaba cada vez más incierto para las familias, pues muchos hombres jóvenes postergaban la idea del matrimonio hasta que

terminaran una carrera en el exterior. Existía siempre la constante contradicción entre el ideal religioso y el mundo como era. Es cierto que todas las familias enfrentan en la actualidad esos problemas, pero ellos hacían recaer la culpa en las influencias externas de Occidente que, decían, erosionaban sus principios. Entonces buscaban cierto alivio en consideraciones más ingenuas, pretendiendo tomar del árbol de los sueños los futuros más apropiados para sus hijos e hijas. Yo presté atención con más interés de lo acostumbrado al hecho de que tales sueños eran efímeras floraciones, prontas a ser arrastradas por un viento fuerte. No desaparecerían esas tensiones. No comprendíamos en ese entonces cómo podría conducir a una explosión el malabarismo de la lógica de la vida, enfrentado con la lógica de la religión en una repetición a gran escala.

Anis expresó mis pensamientos en sus propias palabras:

—Están afligidos por sus niños, pero hacia donde van sus vidas? Por momentos, la falta de sentido de una vida de religión sin Cristo, era algo que la oprimía.

La experiencia de sentarme a ambos lados del velo *purdah* me mostraba cuán fuerte y seguro era el fundamento que había encontrado para mi vida. Mi felicidad no dependía ahora de tener satisfechas mis ambiciones personales, sino que descansaba en el hacer la voluntad de Dios. Así, ni por un momento me permití imaginar que ese presente intervalo de paz podría continuar en forma indefinida. y tenía razón.

En noviembre supe que mi cuñado se iba por un tiempo de Rawalpindi a Lahore, para atender sus intereses en el negocio de los ómnibus.

—Tenemos que ir todos — dijo Anís —. Y tendremos que hospedarnos en casa de Alim Shah.

Esas noticias me desanimaron.

—Bueno, lo lamento, pero no podré ir a Lahore con ustedes. Nuestro hermano Alim Shah me dijo que su puerta estaba cerrada para mí desde que me hice cristiana.

El rostro de mi hermana se arrugó como la de un niño pequeño que está a punto de llorar.

—Necesito tus oraciones y también tu ayuda. Si Alim Shah no te deja entrar, alquilaré otra casa campestre y me iré contigo.

—y ¿qué hará entonces tu esposo? Creo que querrá divorciarse de ti.

La abracé estrechamente y estuve de acuerdo en ir con ellos. Una vez allí veríamos cómo reaccionaría mi hermano por mi llegada.

El 28 de noviembre salimos en auto a las cuatro de la tarde y el equipaje iba en un camión.

—Estoy tan contento de verte. Eres bienvenida en mi casa.

El que hablaba era mi hermano Alim Shah. No podía creer lo que oía. Fue como si esa amarga conversación telefónica jamás hubiera existido.

La familia se mudó, en forma temporal, con Alim Shah, hasta que encontró una casa. Me alojaron en un hermoso dormitorio y me asignaron una criada.

—Sé que tienes tus amigos aquí —dijo mi hermano en una forma inesperada—. Le he dicho a mi conductor que te lleve a cualquier lugar que desees ir.

Se lo agradecí en forma efusiva, pero interiormente tenía un sentimiento de inquietud. Todo eso era demasiado bueno para ser cierto.

Cuando llegó el domingo, le pedí al conductor que me llevara a la Iglesia Metodista de la calle Warris. El ministro estrechó mi mano en la puerta y la gente me saludó con simpatía, pero ninguno me preguntó: ¿Cómo estás? ¿Dónde estuviste? ¿Necesitas algo? Por lo tanto, no le dije nada a nadie acerca de mis aflicciones, confiando en que Dios las resolvería.

Cuatro meses después, una tarde de mayo, estaba orando en mi habitación, sentada en una silla, con la Biblia abierta sobre mis rodillas. Oí el chirrido de un pie y abrí mis ojos. Allí sentado, frente a mí, estaba Alim Shah, observándome, con una sonrisa en el rostro. Me puse tensa y por alguna razón pensé en dificultades.

— Espero que estés contenta en mi casa — dijo en el tono más amable que se pueda imaginar —. Espero que estés avanzando junto con mi esposa y que estés feliz con mis niños. Espero que los sirvientes no te provoquen ninguna clase de dificultad

— Estoy muy feliz aquí —le dije, sintiéndolo con sinceridad.

— Te queremos mucho y deseamos que tu presencia sea para bien. En realidad, estoy haciendo ahora los arreglos para construir una casa campestre para ti en Gulberd.

Ese era un hermoso y moderno suburbio para los modestamente ricos, que estaba a ocho o nueve kilómetros de distancia.

—Y quisiera que vengas a pasar una fiesta conmigo —prosiguió—. El mes que viene voy a visitar lugares islámicos... la Meca, Medina. ¿Te gustaría ir conmigo?

Mi hermano me estaba tentando. Pensé en “todo esto te daré, si... ” (Mateo 4:8,9).

— No tendría inconveniente en, ir contigo — dije —, pero eso no haría ningún cambio con respecto a mi fe.

Como si yo no hubiera hablado, él tomó la Biblia de mi regazo y miró a las páginas abiertas en forma reflexiva. — Lo único que quiero de ti a cambio de todo lo que te he dado es este libro. Dame la Biblia y yo la llevaré de vuelta al depósito de la Sociedad Bíblica para que no puedas leerla más. Y deja de ir a la iglesia y te daré todo lo que quieras..

“El Salmo 119:105 dice: “Lámpara es a mis pies tu palabra.” Esa es la palabra de Dios y me dice la diferencia entre lo bueno y lo malo. No te la daré a ti...

— dije en voz alta —,Es una parte de mi vida.

Pude ver que se estaba enojando.

— No puedo dejar de ir a la Iglesia— agregué —.

Porque es la casa de Dios. La Novia se está ataviando y el Esposo viene. “ y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 10:33). L.

MI hermano saltó. Me tiró la Biblia encima.

—Antes del amanecer, deja mi casa. No quiero volver a verte.

La trampa tenía puesto el cebo. Había saltado, pero estaba vacía. La víctima había escapado.

Nadie más se me acercó esa noche. Me acosté con un peso en el corazón. A la mañana siguiente se respiraba un mal ambiente. Mi cuñada no me dirigió ni una sola palabra. No se veía a mi hermano por ninguna parte. Ni Anis ni su esposo dijeron nada. El sirviente dejó el desayuno y salí sin hacer ruido.

Con tristeza, empaqué mi valija con cuatro o cinco vestidos que me había hecho Anís. Dejé las ropas finas que me había dado Alim Shah, porque había dicho: “No te lles nada de esta casa.”

La valija estaba en el pasillo y me dirigía hacia allí, cuando advertí que venía Safdar Shah. Desde que salí de Jhang no lo había visto, pero las palabras de alegre reconocimiento con que iba a saludarlo murieron en mis labios cuando ví su rostro y lo que traía en su mano: una pistola.

Me tomó de la muñeca y me empujó escaleras abajo al sótano de la casa.

—Siéntate allí Y no te muevas —me ordenó.

Le obedecí. Safdar Shah podía llegar a ser cruel si se le ponía nervioso. Fue a llamar a Alim Shah. Hubo un silencio sepulcral en la casa y se percibía en el aire la tensión producida por el miedo.

Mis hermanos bajaron las escaleras, con el rostro firme y la mirada fija. Mi corazón temblaba y mis piernas eran como de papel, pero seguí sentada en un sofá tratando de permanecer en calma.

Mis hermanos se sentaron frente a mí, en el otro lado de una mesa. Traté de examinar sus ojos llenos de odio, pero miraban hacia adentro como si no estuvieran conscientes de mi penetrante observación. Safdar Shah pasó la pistola a Alim Shah:

—Termina con esta maldición de la familia —rechinó. Alim Shah agarró el cabo de la pistola de doble tambor y en forma lenta la fue dirigiendo para apuntar a mi cabeza. Con una fría temeridad dijo:

—¿Por qué quieres morir? Todo lo que tienes que hacer es decir que no aceptas más a Jesucristo como el Hijo de Dios y que dejarás de ir a la iglesia. Entonces se te perdonará la vida, porque no quiero dispararte.

Bajo la lámpara su rostro parecía ojeroso y macilento. Ví que estaba en la terrible disyuntiva de elegir entre su amor por mí, o el amor a todo aquello en que había sido enseñado por mi padre.

Para mí también fue un momento terrible. Había sido enseñada a tratar a mis hermanos con el mayor respeto, como todas las señoritas musulmanas. Nunca los había contradicho hasta que Jesucristo entró en mi vida. Traté de no hablarles en forma incorrecta, sabiendo que, en caso de ser necesario, dependía del amor de ellos y de su estima y protección. En cuanto a eso, también mi padre les había dado un solemne encargo de cuidarme, pero en realidad nunca había anticipado una crisis como esa.

Los estaba desgarrando entre los conflictos del amor y del deber

Pero yo debía seguir adelante. No podía volver atrás y menos ahora..

—¿Pueden ustedes garantizarme que si no me disparan no moriré? Está escrito en el Corán que una vez que una persona nace, debe morir. Así que, adelante, disparen. No me importa morir en el nombre de Cristo. En mi Biblia está escrito: "El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (Juan 11:25)...

La pistola osciló en el aire y bajó.

Safdar Shah interrumpió el silencio... —Tú no quieres matar a esta cristiana. Y ser culpable por ello. Ella ya es una maldición para nosotros. Échala.

Me empujaron por encima de ellos escaleras arriba. Levanté mi valija en la sala y salí fuera de la puerta. Mis hermanos entraron tediosamente en la casa campestre. "Ninguna arma forjada contra ti prosperará." Yo sabía dónde lo había leído (Isaías 54: 17), pero no sabía que era precisamente como lo decía.





# 13

## El costo

"¿A dónde puedo ir, Padre?" Estaba sola a la orilla del camino Samanabad, tratando de contener mis lágrimas de conmoción y tristeza por la escena que acababa de vivir. Miraba a todas partes para encontrar alguna clave que me ayudara a decidir los próximos pasos. El camino asfaltado estaba libre de tránsito en toda su extensión y la imponente fila de casas campestres dormía detrás de los altos muros a la tenue luz del sol matinal, sin dar prueba alguna de la vida próspera que se desarrollaba adentro. Casi sin pensarlo, me volví hacia la derecha y comencé a caminar a lo largo del sendero de cemento hacia la parada del ómnibus, kilómetro y medio más adelante. Llegué a ese lugar con este convencimiento en mi mente: Juan y Bimla Emmanuel me darán refugio.

Juan Emmanuel, un jardinero que trabajaba para las autoridades de la ciudad, vivía en la Colonia Medina con su esposa y cuatro de sus cinco hijos. La familia asistía a la iglesia de la calle Warris. Me habían invitado a su casa una o dos veces, y yo la había pasado bien con ellos, hablando sobre el Señor y su poder para sanar y salvar.

—Ven a vernos cuando lo desees; nuestra casa estará siempre abierta para ti  
□ me habían dicho.

En la parada de ómnibus había diversos medios de transporte. Tomé un *rickshaw*<sup>1</sup> hasta Muzangh Chungi, y desde allí un ómnibus pequeño que iba hasta Gurumangat. Todavía me quedaba una corta caminata a través de la línea del ferrocarril hasta la Colonia Medina.

Tomé mi camino a lo largo del transitado y polvoriento sendero que serpenteaba entre las casas, esquivando los desagües abiertos que conducían a un *houdi* o pozo negro existente; en un lugar cercano. Cuando llegué a la casa de Juan Emmanuel, tomé el extremo del *kunda* que colgaba afuera y golpeé la doble puerta de madera en lo alto del muro. Después de una breve pausa, Bimla abrió, me miró fijamente con cierta sorpresa y luego me hizo entrar.

Le conté algunos fragmentos de lo que había sucedido y le pedí que me diera un refugio temporal. Se dio cuenta de que estaba temblando y arrojó sus brazos alrededor de mí:

---

<sup>1</sup> Abreviatura de "jinrikhisha", pequeño carruaje, originario del Japón, donde era tirado por un hombre, pero motorizado posteriormente.

□Muy bienvenida a quedarte con nosotros; podrás compartir todo lo que tenemos.

Cuando a última hora de la tarde llegó Juan Emmanuel pedaleando en su bicicleta, escuchó mi historia con mucho interés.

□No te preocupes. Soy tu hermano en Cristo □me aseguró.

*¡Qué extraño que pueda sentirme tan unida con gente que no tiene mi piel!* pensé, animada al notar su preocupación. Era evidente que la unión con Cristo que tienen los verdaderos creyentes podía unir a sus seguidores entre sí con cuerdas más fuertes que los lazos de sangre o matrimonio.

La casa alquilada era pequeña y tenía sólo una sala y una terraza. A un lado de la terraza estaba la cocina y en el otro un baño. No me imaginaba cómo nos arreglaríamos para dormir todos allí. Pensaba que tendría que estar en la terraza con los niños; la mayor tenía ocho años. La terraza estaba provista con persianas, que permitían convertirla en una habitación cuando el tiempo refrescaba. Juan y Bimla dormían en el recinto, como era habitual cuando las casas eran pequeñas y las familias grandes. No había césped ni flores; ningún lugar para que creciera nada. El terreno, recubierto de barro y paja, presentaba una superficie dura, que estaba blanqueada y que constituía una extensión de la casa. Sin embargo, había plantas en macetas que realzaban el lugar. Necesitaba adaptarme a ese ambiente. No se podía comparar con la comodidad a la que había renunciado, pero allí disfrutaba de la maravillosa libertad de tomar mi Biblia y leerla sin inconvenientes y podía pasar tiempos de oración y de estudio con Juan y Bimla. Pensar que por cosas como esas poco antes había tenido que enfrentar la muerte misma.

Con todo, en esa primera noche de descanso en el *charpal* bajo una sábana al aire libre, no pude dormir por no estar acostumbrada a lo que me rodeaba, por los pensamientos que surgían en mi mente, y por los intrusos sonidos de la noche. En aquella región la gente se acostaba temprano para levantarse apenas salía el sol y preparar el viaje a la ciudad para ir a su trabajo. A medida que el bullicio del diario vivir iba disminuyendo y las voces de las bombas de agua morían a lo lejos, se producía un silencio profundo, en el cual se introducían otros, ruidos que me exigían indagar sus orígenes.

Escuchaba los chirridos y forcejeos de las ratas. En el fondo de las casas el mal estado de los desagües había creado charcos de agua, en los que felices familias de ranas se divertían ruidosamente mientras que los grillos chillaban sin cesar en los matorrales. No tenía un velo para protegerme de los mosquitos zumbadores, que danzaban en cantidad alrededor de mí. Pequeños crujidos en la superficie mate de la paja del techo sobre la terraza me hacían estar pendiente de qué lagartijas o cucarachas estaban por caerme en la cabeza. Envidiaba el profundo e inconsciente sueño de los niños. Cuanto más me

movía, tanto más subía de tono el agradable suspiro de ellos hasta que se asemejaba al bramido de un mar lejano.

Hice un esfuerzo por cerrar los oídos y volví los ojos hacia la franja de cielo que podía ver debajo del techo de la terraza. Yo misma me di la orden de dormir, mientras contaba las parpadeantes estrellas, pero lo único que logré fue estar más despierta. Luego la solitaria luna apareció en mi campo visual, bañando el recinto con su luz misteriosa, tan deseada por los poetas y los amantes. Enseguida pareció que el imperioso Nawab de un viento, celoso de tanta belleza de plata, convocó velos rasgados de nubes para ocultar su rostro de los ojos anhelantes. Observé la danza de la luna y las estrellas a través del cielo durante las cambiantes horas, y por fin logré ubicar en un foco más correcto los sobresaltos y las penas del día.

Era uno de esos períodos en que los asuntos decisivos de la vida surgen claramente en medio de la habitual confusión en que se desarrolla gran parte de la existencia. Vi que yo, Gulshan Esther, pobre y odiada por aquellos que debían cuidar de mí, y echada de sus puertas, ahora estaba libre de estorbos. El velo de la religión heredada, que una vez me había separado de Dios, a quien nadie podría conocer, había sido rasgado, revelándolo a El en la faz de Jesucristo, mi Señor. Ahora-tenía señalado delante de mí el camino del discipulado y, fuera agradable o penoso, debía transitarlo con obediencia. Pero no estaba sola. Conmigo estaba uno que era fuerte y podía suplir para todas mis necesidades.

En medio de mi somnolencia vi el palideciente cielo que tragaba las estrellas, dejando sólo una, la estrella resplandeciente de la mañana, como heraldo del amanecer. Pensando en Jesucristo, la estrella de esperanza de la mañana, enviada para alumbrar mi vida; caí por fin en un corto pero imperturbable sueño.

Desperté. Mis párpados se cerraban a la plena luz del día, mientras Gudu, el varoncito de cuatro años me tiraba del brazo. Cuando al rato, me lavaba con el agua extraída por la bomba que estaba en el patio, pensaba en la idea que había cristalizado durante la noche: debía buscar algún trabajo, ya que no podía esperar que mis amigos me mantuvieran:

La rectora del colegio privado de niñas me miró de arriba abajo cuando me presenté en su oficina, humillada ante ella. Era una mujer fría y eficiente, y parecía rodeada de un aire de autoridad. Sin embargo, yo también era decidida. Ella ajustó su chal y dijo cortésmente:

- Buenos días, señora. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Tiene algún niño aquí?
- No, no tengo ningún niño. Vine para ver si usted necesita una maestra en su escuela.

Su expresión cambió del tono inicial de cortés pregunta a otro de ligera consideración. Comprendí que el presentarme en forma tan directa me había puesto en inferioridad de condiciones. Debí haber entregado una solicitud escrita, en lugar de ir como una criada o un jardinero que busca trabajo.

□¿Qué materia enseña y qué habilidades tiene?

□Puedo enseñar urdu, conocimiento islámico religioso, historia, geografía y matemáticas, hasta el nivel secundario ..

Me miró en forma aguda como si estuviera reajustando sus opiniones.

□Una maestra de niñas completa □dijo□, pero siento que el puesto vacante que tenía está cubierto y no la puedo emplear. Sin embargo, si le deja su nombre y dirección a la secretaria, me pondré en contacto Con usted si se produce otra vacante.

Se levantó detrás de su pesado escritorio para despedirme, pero yo me quedé. Estaba desesperada.

□¿Tal vez sepa usted de niñas que necesitan una tutora en su casa, por alguna razón, o tal vez por enfermedad, o porque sus padres no quieren que vayan a la escuela?

□Lo siento, pero no sé de nadie. Si llegara a saber de algo, se lo informaré si le deja su nombre y dirección a la empleada.

Durante dos o tres semanas fui a la ciudad, mis allá del Red Fort, buscando un empleo, presentando mis antecedentes de escuela en escuela, como si fuera una vendedora ambulante. Las direcciones las había conseguido en la oficina de desempleo, donde sorprendí a los empleados con la presentación de mi solicitud. Para ellos yo era algo así como un enigma: una mujer joven, de buena casta social, con manos que parecían inútiles para cualquier clase de trabajo y que, a simple vista, no era sostenida por su familia.

Juan y Bimla me aseguraron una y otra vez su apoyo, pero yo comprendía que era una boca más para alimentar con el salario bajo de una persona. Así que oré por un trabajo y caminé por las calles bajo el sol abrasador con un agujero en mi zapato, y cuando me sentí enojada y desanimada pensé en Jesucristo y en como El caminó por las calles para morir en la cruz por mí.

Cuando visité por cuarta vez la oficina de desempleo, escuché que se requería una señorita periodista para una revista que tenía sus oficinas en la feria Old Anarkali. Conocía el nombre de Anarkali, la flor del granado, como una de esas trágicas heroínas que abundan en nuestra historia. Ella fue enladrillada viva por un emperador mongol, porque, sin culpa de su parte, se enamoró de su medio hermano Saleem.

*Otra pobre niña en dificultades*, pensé, y traté de recordar si él sufrió algo parecido al terrible castigo de ella Probablemente no, ya que era el hijo del emperador Había visto la revista, sabía que tenía veinticuatro páginas, con

figuras de personas famosas en la cubierta a todo color, y que tenía una tendencia política. La desesperación me hizo fuerte y pedí una entrevista allí. A las diez de la mañana del día siguiente me presenté en las oficinas del primer piso en Old Anarkali. El editor era un hombre alto, de buen aspecto, de contextura rubia, que usaba un saco negro de tela ligera y que tenía unos modales; muy agradables.

□Por favor, siéntese □dijo señalando una silla ubicada algo retirada de su lustrado escritorio sobre el cuadrado de la alfombra.

Hizo sonar un timbre y le pidió al joven que apareció que me trajera un refresco frío. Me lo trajo en una botella. □Me interesaría saber por qué necesita trabajo □dijo, y con una sonrisa hizo ver sus blancos dientes.

□No tengo padres y soy una persona instruida □le respondí -. Quiero ganarme la vida.

El jugaba con un pluma de casquillo dorado, y noté un suave aroma de perfume, que provenía tal vez de su loción para después de afeitarse.

□Pero, dígame□ continuó□, ¿por qué sus hermanos y hermanas no cuidan de usted de modo que no tenga que trabajar?

□Todos ellos son casados y tienen sus propios hogares y no quiero ser una carga para ellos, esa es la razón por la que necesito un trabajo.

Quiso saber dónde más había buscado trabajo y le conté de mis fracasadas solicitudes con relación a la enseñanza. La luz que pasaba a través del tul acortinado de la ventana de cristal me caía sobre el rostro mientras hablábamos y noté que me estaba estudiando con curiosidad. Luego pareció que se decidía en cuanto a mí, demasiado rápido, según pensé más tarde.

□Puede comenzar mañana. Venga entre las ocho y media y las nueve, y no se preocupe. Le enseñaré algunas preguntas clave que debe hacer cuando hace las entrevistas. Tendrá que trabajar algo duro e ir a la casa de la gente o algunas veces a escuelas.

*Tengo experiencia en ir a la casa de las personas*, pensé pero no lo dije.

Me explicó que me pagarían un salario básico de cien rupias al mes. Eso sería cotejado contra cualquier suma que yo ganara por el dinero que las señoras pagaban por el privilegio de ser entrevistadas. La idea era que si ellas pagaban, podían decir lo que querían. Yo percibiría el veinte por ciento de esa suma. Era un sistema que tenía más ventaja para ellos que para mí, pero yo no tenía ningún poder de negociación.

□Usted no es musulmana□ dijo él.

Eso parecía más una declaración de hecho que una pregunta.

□Soy cristiana □repliqué, y esperé un largo y agonizante momento mientras él lo ponderaba.

Por último, puso la pluma en el bolsillo superior de su saco, se levantó de su silla y dijo:

□Bien, no importa demasiado. Usted parece, como lo dice, una persona instruida y no tiene temor de hablar con las personas.

Me llevó a la oficina editorial, donde conocí a tres reporteros, un fotógrafo, y un calígrafo. □Me-asignó un escritorio para mí uso. Había una tercera habitación donde comimos el almuerzo provisto por ellos. Aquí trabajaba un *chapruse*, o peón, que hacía una cantidad de tareas diferentes, atendía el correo, llevaba recados, buscaba las comidas y hacia el te.

El siguiente día llegué a la hora señalada para comenzar mi trabajo y conocí a mis colegas. Era la única mujer entre siete hombres, pero si me hubiera preocupado por adelantado por esa diferencia, mis temores Habrían sido infundados: todos ellos me trataban con gran estima y en la sala de los periodistas me llamaban “Baji” (hermana). En los cuatro días siguientes aprendí todo lo que pude, incluso las diez preguntas clave. Estaba decidida a triunfar.

Pronto descubrí que las noticias eran redactadas en la sala editorial y controladas por el editor antes de ser pasadas al calígrafo que escribía en columnas de caligrafía urdu sobre largas hojas de papel. El editor examinaba luego el trabajo para estar seguro de que no había errores antes que fuera llevado a la imprenta.

Uno de mis trabajos era ayudar al editor a controlar el trabajo del calígrafo antes de enviarlo a la imprenta. Algunas veces tenía que acompañar al *chaprose* al correo para llevar o recoger paquetes.

Cuando devolvían paquetes de revistas recién editadas; mi tarea era envolverlas y ponerles la dirección. Me familiaricé con etiquetas y goma, y disfruté en aprender esas tareas nuevas mientras esperaba con algún estremecimiento que llegara mi primera entrevista. Tuvo que ser con la esposa del ex ministro de relaciones exteriores, que había renunciado a su puesto en el gobierno debido a dificultades personales con el señor Bhutto, el primer ministro. Eso quería decir que podría tener que hacer preguntas que la señora considerara un poco entremetidas, pero el editor me había asegurado que era posible que ella aprovechara la ocasión para exponer su punto de vista sobre la situación. Como de costumbre, tenía razón.

La señora me recibió gentilmente en su sala de estar personal, y me pidió que me sentara. Mi mente retrocedió en seguida a aquella otra señora tan cortés que había terminado poniéndome en la cárcel. Debo confesar que me daba alguna satisfacción ahora ser miembro de la prensa y poseer así un título más influyente que en el pasado. Me tocaba a mí ser la inquisidora.

Hice mis diez preguntas, una por una.

“¿Por qué renunció su esposo? ¿Está contenta con eso? ¿Dónde recibió usted su instrucción?” y otras preguntas por el estilo.

Mis preguntas no eran muy penetrantes, pero el hecho de que las hacía una mujer a otra, y que el resultado iba a ser leído por miles de personas en todo el país hablaba en favor de los cambios que estaban teniendo lugar en la sociedad en ese tiempo.

Altaf, el fotógrafo, me acompañó en esa y otras entrevistas. De ese modo tenía una protección segura, y a él le agradaba mucho conocer mujeres. La mitad de la sociedad a la que pertenecía permanecía todavía oculta de la vista y era tratada como la propiedad personal de la otra mitad. Cualquier idea moderna que se abría paso con cautela tenía que recorrer un largo camino para equilibrar la tradición, que todavía mantenía a los hombres ya las mujeres muy limitados; tanto a los ricos e instruidos como a los pobres e ignorantes.

Altaf era además útil en otros aspectos. La señora dejaba deslizar, en forma casual, algunas palabras en inglés mientras describía su vida. Eso me perturbaba mucho, porque la vieja prohibición de mi padre había mantenido ese idioma fuera de mi alcance y ahora, en una sociedad donde era una característica de la crianza y la educación correctas, lo necesitaba. Pero mi compañero, sin inmutarse, me las interpretaba. Además, el agregaba algunas preguntas, no bien advertía que mi mente se ponía en blanco.

Terminadas todas las preguntas, la señora me interrogó a mí:

¿Qué instrucción tiene?

La suficiente como para entrevistarla  le dije.

Ella se rió.

No es muy frecuente encontrar una mujer realmente preparada  dije.

Cuando mi artículo se publicaba previa revisión hecha por el editor, llevaba mi nombre, Gulshan, debajo del título. El editor no agregaba el nombre cristiano Esther. Esa señora pagó setecientas rupias por la nota y a mi me correspondieron ciento cuarenta. Le pasé cien a Juan Emmanuel y guardé cuarenta. Al principio, mis huéspedes no querían tomar el dinero, pero yo insistía.

Nos sentimos contentos de que Dios te está ayudando  decían.

Bueno, yo también estaba feliz. Por primera vez en mi vida tenía éxito en ganar dinero y me abría paso utilizando la instrucción que había recibido; De modo imperceptible, la visión del rostro enojado de mis hermanos comenzaba a desvanecerse en ese nuevo ambiente.

En otra ocasión entrevisté a la rectora del Colegio Secundario de Niñas en Lahore. El ir allí me puso algo nerviosa, pues tenía temor de enredarme en mis preguntas delante de una mujer inteligente, que parecía estar revestida de su autoridad como en una *burka*. Pero el fotógrafo, Altaf, me aseguró:

□Pídale que le dé una explicación detallada que los lectores puedan entender. Luego escuche con atención y escríbalo todo. No tenga temor de hacer preguntas sencillas. Muchos de sus lectores no esperan que usted sea demasiado inteligente.

□Fue un buen consejo. Me senté allí en toda mi sencillez y escuché la lección que la rectora dio sobre la diferencia entre una escuela en manos privadas y una escuela que pasaba a manos del Estado. Una ventaja distintiva desde el punto de vista de la rectora, Parecía ser que tenía más libertad de acción. Bajo el régimen anterior estaba todo muy reglamentado y los aranceles subían en forma continua. Una desventaja era que se disponía de menos presupuesto. Además de esa información, noté algunos detalles acerca de la habitación, acerca de la señora misma, de su personal, al cual también conocí, acerca de la condición de la escuela, que pudimos visitar y referente a la apariencia de las niñas.

El fotógrafo disfrutó mucho de esa entrevista, ya que le pidieron que sacara fotografías de todo, incluso de las niñas. Ellas lucían muy atractivas en su uniforme, que consistía de *shalwar kameeze* blanca, con *dupatta* azul, y yo pienso que para él esa experiencia resultó una novedad muy entretenida, pues las niñas se rieron tontamente por un rato, cubriéndose la boca con sus *dupattas*.

Mi artículo me valió un elogio del editor; □No está mal□dijo.

No era una persona que se dejaba llevar por el entusiasmo. Tres días después de publicado el artículo, volví a la escuela para cobrar el saldo de las rupias que debían al periódico. Las entrevistadas pagaban siempre algo por adelantado. Noté que la rectora sentía mucha curiosidad en cuanto a mí, porque uno de los miembros de su personal, una mujer cristiana, le había contado algo de mi historia.

□¿Por qué se hizo cristiana? ¿Quiere que le ayude a volver a su fe musulmana? □dijo la rectora?

Así que, delante de su personal, le conté poco sobre eso.

□Tiene usted una actitud cuidadosa y una fe firme

□dijo la rectora.

Mis nervios comenzaban a serenarse, pues no había mencionado ningún contratiempo con respecto a lo que escribí. En forma progresiva mi trabajo me resultaba más fácil y me acostumbraba a ver mi nombre publicado en los artículos. Era un sentimiento extraño pensar que mis palabras eran leídas por todo Pakistán y que tal vez satisfacían las aspiraciones de mujeres jóvenes, al mostrarles lo que podía lograr una de ellas. Y yo, que parecía ser su ejemplo, tenía pensamientos y ambiciones que iban en una dirección del todo diferente: servir a Dios y hacer su voluntad. Me preguntaba: *¿Por qué estoy aquí,*

*trabajando esta publicación, en algo tan distinto a todo lo que había hecho antes?* El camino de mí peregrinaje me había conducido aquí, pero, ¿con qué propósito? Era una adivinanza y, por lo general, desistía de confundirme con eso y vivía día a día en dos fases de mi vida bien diferenciadas, la exterior y la interior, la vida de trabajo y la vida de oración.

Mis compañeros periodistas estaban conscientes de que yo era diferente a ellos. Después de unas dos semanas supieron que era cristiana, aunque no sabían que antes había sido musulmana. Se burlaban con respecto a mi fe.

□Tú crees en tres dioses□decían riéndose. Trataba de explicarles que no, que era un solo Dios con tres manifestaciones: el Padre, Jesucristo (el Hijo de Dios y no meramente un profeta) y el Espíritu Santo, enviado en Pentecostés para morar en los creyentes con la vida misma de Cristo, enseñándoles y haciéndoles santos. Desde niños ellos habían recibido un lavado cerebral haciéndoles pensar que el cristianismo era inferior a la pureza de sus religiones monoteístas, de modo que ¿cómo podría yo cambiarles la mente? Advertí, sin embargo, que ninguno en esa oficina guardaba el tiempo de oración del mediodía, y me pregunté qué significado tendría para ellos su fe.

Las divisiones que separaban las oficinas eran de placa prensada y el editor ponía fin a las burlas acercándose y diciéndoles a los hombres que se fueran.

□No se burlen de ella. Es la única mujer y no deben ser descorteses con ella.

Un día bajaba las escaleras a las cuatro de la tarde para irme a casa cuando me llamó el dueño de un negocio de dulces que estaba instalado al lado de la puerta del periódico. Se llamaba el señor Yousef.

□A *salaam a laikum* (la paz sea contigo) □dijo.

Me detuve y esperé que viniera adonde yo estaba.

□*Wah laijum sal*□, la he visto pasar y pienso que si trabaja en el periódico es una persona culta. Estoy buscando una maestra para mis tres niños y quiero saber si usted está interesada en enseñarles por las tardes después de su trabajo. Podemos ponemos de acuerdo en cuanto al precio de las lecciones.

Dudé. El pago que recibía de la revista no era tan magnífico, ya que salía a hacer entrevistas sólo una o dos veces por mes, mientras que los hombres salían todo el tiempo, e iban aun más allá de Lahore. Entré con él en la casa y conocí a su esposa y a los niños, y todos simpatizamos unos con otros de inmediato e hicimos el arreglo en el mismo momento. Yo les enseñaría a los niños urdu, matemáticas, estudios de Islam, historia y geografía, cuando ellos llegaran de la escuela, durante dos horas por día, desde las cuatro hasta las seis de la tarde. Pedí por hacerla ciento cincuenta rupias por mes y una comida todas las tardes. El domingo sería un día libre.

Ese nuevo arreglo tuvo un efecto. Tuve que dejar a mis amables amigos de Colonia Medina, ya que oscurecía antes que yo llegara a casa, y no era muy seguro para una mujer caminar sola por las calles en la oscuridad. Lahore tenía muchos carteristas y secuestradores. A partir de lo que vi en la cárcel, estaba familiarizada con ese aspecto de la vida. De modo que hice los arreglos para vivir en casa del señor Neelam y su esposa. Ellos vivían en el camino Warris, cerca de la iglesia y no muy lejos de Old Anarkali. Había conocido al señor Neelam cuando estuve en Sunrise, donde él era profesor de música .

Para el mes de diciembre ya había escrito ocho o nueve entrevistas, todas de “Gulshan” o algunas veces “nuestra señora periodista”, y sentía que el editor estaba contento conmigo. En la segunda semana del mes me llamó a su oficina.

□ Está trabajando mejor de lo que yo había esperado □ dijo. □ Quisiera mantenerla aquí, pero para ello será necesario que vuelva a su fe musulmana.

Quedé como petrificada. El prosiguió:

□ Ahora conozco su historia y por qué es cristiana.

Pero permítame decirle que si sus hermanos no la están ayudando, yo la ayudaré si sólo deja el cristianismo. Más aun, escuche. Le permitiré estar en mi casa. La pondré a cargo de los periodistas. Tomaré otra mujer periodista y le daré un salario fijo de mil rupias por mes...

En un desagradable despertar de la realidad, me di cuenta de lo que significaba esa conversación. Ese hombre estaba en contacto con Alim Shah; tal vez eran amigos e iban al mismo club. Con seguridad ya sabía todo lo relacionado conmigo desde que comencé a trabajar y habría estado esperando con paciencia que llegara este momento. Era la misma historia de siempre.

□ Muéstrale cuánto amor tenemos los musulmanes el uno por el otro y entonces tal vez vuelva, pues esta necesitada porque tiene que ganar su propio sustento y se aloja con otras personas.

Y yo, que estaba tan complacida al ver mi progreso en las notas que escribía, no había logrado descubrir por qué ese hombre del mundo había tomado y conservado a una persona tan falta de experiencia como yo. Ahora mi pregunta era: ¿Cuándo entenderán que nunca retornaré a su rebaño?

Suspiré.

□ No vaya a creer que no aprecio su ofrecimiento. Me gustaría mucho continuar trabajando para usted, pero no puedo dejar de ser cristiana: Jesucristo es mi vida. Lo que en El he encontrado no lo puede proporcionar ninguna religión.

Más tarde, ese mismo día, la esposa del editor fue a verme, cuando iba de paso para hacer sus compras a Old Anarkali. Supongo que tenía como propósito hacer la última tentativa para que yo cambiara de opinión.

Me llamó a la oficina de su esposo, mientras él estaba ocupado leyendo pruebas en el salón de los periodistas.

□Eres muy inteligente□ dijo□¿Por qué eres cristiana?

La implicación de lo que había subrayado me hizo gemir interiormente. Para los musulmanes los cristianos son personas tontas, que creen una mentira. Sabía que esa mujer no tenía una perspectiva espiritual y me pareció que sería inútil volver a explicarle todo de nuevo.

Le dije cortésmente:

□Usted no podrá entender la etapa en la cual me encuentro ahora. Dios es muy real para mí.

Mi miró y endureció el rostro, se fue sin decir una palabra más.

Al terminar el día, el editor me alcanzó un sobre que contenía ciento veinticinco rupias

□Lo siento□dijo□, pero no puede trabajar más aquí. Mi esposa y yo lamentaremos su partida. La recordaremos siempre.

□Yo también lo siento, pero Dios me conseguirá otro trabajo□ dije manteniendo la frente bien alta, pero lejos de sentirme valiente por dentro.

El editor estaba esforzándose, obviamente, con sus sentimientos humanitarios, porque dijo mientras yo caminaba hacia la puerta:

□Si llega a la indignancia, la protegeré; pero este problema de la religión seguirá en pie.

□No se aflija□ le dije□; mi Dios me ayudará. Antes de buscar la ayuda del hombre buscaré la ayuda de Dios.

Y salí de su oficina.

Los otros periodistas no estaban contentos de que me fuera.

□Has pasado tanto tiempo con nosotros y ahora te vas, sólo por causa de un poco de religión. Bien, Cristo te ha sanado. ¿Por qué no das un poco de dinero y lo arreglas con eso?

□El es mucho más que eso para mí. □les dije.

Les estreché las manos Y les aseguré que oraría por ellos.

□Entonces me fui y caminé escaleras abajo sintiéndome con escalofríos, y tenía la cabeza aturdida por el sobresalto de la expulsión, precisamente cuando había comenzado a sentirme segura de esa clase particular de ataques.

Una vez afuera, me apoyé sobre la pared para afirmarme. *Tiene que haber una razón para todas esas experiencias perturbadoras*, pensé. Luego clamé desde mi corazón a mi Padre celestial y El me respondió suavemente con una palabra de aliento:

“Cómo tus días así serán tus fuerzas .¿No te he enviado yo?” Ignoraba que precisamente delante de mi estaba mi tierra Prometida personal y que todo lo que lo me sucedía era parte de mi preparación para entrar.



# 14

## Testigo de Cristo

□La está esperando una visita □dijo la señora Neelam la mañana del 30 de diciembre.

Levanté la vista de mi libro con sorpresa.

Era el señor Gill, un anciano de la Iglesia del colegio cristiano de Foreman, que me traía una invitación. Fue directo a su tema.

□El Reverendo Arthur, de la iglesia metodista del colegio cristiano de Foreman, quisiera invitarla a predicar en el culto del día de Año Nuevo. ¿Qué le parece?

Permanecí en silencio por un momento. El colegio cristiano de Foreman era un lugar grande y con seguridad la Iglesia estaría llena de personas influyentes. ¿Cómo podría pararme delante de esa multitud y predicar? Estuve tentada a negarme, pero enseguida recordé algo que el señor me había dicho durante la noche: “Ve y predica entre mi pueblo”.

Cuando fui sanada, Jesucristo me encomendó que hiciera eso precisamente; pero en ese entonces estaba preparada. Esa visión resplandeciente había iluminado mi difícil camino, enseñándome a conocer a Dios a través de su palabra y por la fe. ¡Era esa invitación, que me llegaba sin haberla buscado, la señal de que ahora estaba preparada para decirle a la iglesia lo que había visto de su grande gracia y amorosa ternura?

Ahora sabía que las decisiones que tornaba eran correctas si previamente estaban precedidas por varios factores coincidentes: que se presentara un camino a seguir, que recibiera una palabra referida a eso, y que tuviera en mi interior una paz y una seguridad con respecto a que esa acción era buena. Miré al mensajero.

□Iré□le dije□; pero ¿cómo puedo llegar allí desde esta casa?

□Le daremos una cordial bienvenida si viene y se queda con mi esposa y yo mañana por la noche en nuestra casa en la Colonia Wadal. Queda cerca del colegio. Luego la llevaremos al culto del día de Año Nuevo.

Kamla Neelam estuvo de acuerdo con esa idea y arreglamos que el señor Gill vendría a buscarme el día siguiente para llevarme a su casa. Me puse a meditar para preparar mis pensamientos para la prueba que se acercaba.

La noche siguiente, en la habitación para huéspedes de la señora Gill, me sentí presa del temor. Estaba considerando qué era lo que debía hacer. El orgullo levantaba su cabeza ... Quería causar una buena impresión.

Allí, de rodillas, por fin pronuncié el pensamiento en voz alta: “¿Cómo vaya hablar sobre ti? Hace ya alrededor de cuatro años que te ví. ¿Cómo voy a describirte?”

Dicho de esa manera parecía muy tonto. ¿Qué quería en realidad? ¿La repetición del logro de una experiencia sagrada? No bien expresé el pensamiento en palabras, comprendí cuán ridículo era preocuparme por cosas semejante, En el silencio de mi mente, inclinada en la presencia de Dios, oí la voz suave y apacible: “Mi Espíritu estará contigo” El gozo fluyó en mi interior. Esa promesa me bastaba.

Sin duda, era la primera vez en mi vida que tenía que enfrentar a una multitud como esa. Había maestros, profesores enfermeras, doctores del hospital cristiano cercano, todas personas muy educadas y muy seguras de si mismas. Sin embargo, sentí que un poder edificante vino sobre mi cuando di testimonio de mi sanidad y conté de la gracia de Dios para conmigo a través de mucho sufrimiento. Los oyentes estaban silenciosos en extremo, absorbiendo cada palabra, sin quitarme los ojos de encima.

Cuando descendí del púlpito, las personas se me acercaban y me decían lo que el mensaje había significado para ellas.

□Eso tenía poder□dijeron uno o dos.

□Aun no nos damos cuenta de cómo pasa el tiempo□dijo alguien con lágrimas en los ojos,

Las mujeres al salir dijeron:

□Has sufrido mucho y sola. Deja que ahora compartamos esto contigo.

Y me daban la dirección de sus domicilios.

Me dieron parte de la ofrenda y me llevaron de regreso a la casa del señor Gill para almorzar. A través del velo producido Por el asombro, pensé en mis hermanos y cómo hubiera deseado que ellos oyeran acerca de este nuevo cambio en los asuntos de la hermana que habían condenado.

□Como resultado de esa disertación fui invitada a tomar las reuniones de mujeres en forma regular en la iglesia del colegio cristiano de Foreman. Eso significaba que podría abandonar la enseñanza a los niños del señor Yousef y lanzarme al trabajo que realmente deseaba hacer: el evangelismo. Todas las iglesias de la zona comenzaron una por una a invitarme a predicar, haciéndose cargo de mis gastos.

Durante abril y mayo viví con algunos amigos en el Canal Park. En junio otra familia me llevó a su casa y estuve con ellos hasta el día de] casamiento del hijo de mi hermana.

Se iba a celebrar un campamento de verano para mujeres en Murree. Esa zona, que estaba a casi tres mil metros sobre el nivel del mar, en las colinas de los Himalayas, y a dos horas y media de ómnibus desde Rawalpindi, era una

antigua estación en la colina que databa de la época del Raj británico. Ahora la gente rica disfrutaba de sus vacaciones en ese lugar, donde se gozaba de un clima más fresco y del panorama de las montañas que tenían un par de cumbres nevadas la mayor parte del año.

En Murree había muchas actividades cristianas como, por ejemplo, una escuela de idiomas para misioneros, una escuela cristiana para hijos de misioneros y otras. Estas, a diferencia de todas las escuelas a nivel del mar, permanecían abiertas en el verano y cerraban durante un mes en el invierno cuando la nieve espesa atascaba los peligrosos caminos de montaña. También en el verano Murree estaba muy activa y se celebraban campamentos y conferencias a cargo de grupos cristianos de todo Pakistán.

El campamento de mujeres, en Mubarik, al que había sido invitada como oradora principal, duraba una semana y era a principios de junio. Tenía que ir en el tren a Rawalpindi con la encargada del campamento, la señora Hadayat y teníamos que partir a las cuatro de la mañana del viernes. Esperaba con expectativa el primer viaje en tren que haría en mi vida.

Pero el jueves por la mañana, alrededor de las diez, recibí un mensaje de mi hermana Samina, que estaba en Samanabad, preparando todo para celebrar una boda. Su hijo se casaba allí el sábado y quería que yo fuera una de las invitadas.

Mi sobrino me había hecho la invitación en forma verbal en la sala de estar de la casa donde yo me hospedaba. Al verla, me sonreí cariñosamente. Por lo poco que recordaba haberlo visto durante los años de su crecimiento, Mahmood hacía quedar bien a la familia y hubiera deseado asistir a su boda, pero había grandes impedimentos.

Envié una respuesta verbal por intermedio de Mahmood.

□ Por favor, dile a tu mamá que los amo mucho, pero que no podré ir. Todos estarán contra mí por razón de mis creencias, y mi presencia sólo perturbará el ambiente de ese día, que debe ser muy feliz para todos ustedes. No me haría bien ir y, de todas maneras, el viernes tengo que salir para una conferencia en las montañas. Les pido a todos ustedes que acepten mis disculpas por no poder aceptar su amable invitación.

Mi sobrino salió rodando en su Yamaha y parecía irse triste. Yo continué con mi preparación. A las dos de la tarde Mahmood estaba de regreso.

□ Tía, debes ir a la boda. Dice mi mamá que no me dejará casar si no estás allí. Yo también quiero que vayas.

Ese muchacho, con lo grande que era, tenía lágrimas en los ojos.

Tomé una decisión relámpago.

□ Lo único que puedo decir es que iré a ver al señor y a la señora Hadayat y les pediré su opinión. Podría ser que vaya a tu boda y luego salga a tiempo

para tomar el ómnibus a Rawalpindi, para combinar con el otro que va a Murreer el domingo por la mañana.

Se iluminó el rostro de Mahmood.

□¿Puedes viajar en el asiento de atrás, tía ? Te llevaré a casa de la familia Hadayat

Así que en poco tiempo los vecinos presenciaron gratis; el espectáculo de una mujer joven montada en la parte de atrás de una motocicleta que salía con gran ruido, y agarrándose apretadamente de la camisa del joven que tenía delante de ella

Cuando les conté mi dilema a mis amigos Hadayat, lo resolvieron de forma inmediata, aconsejándome aceptar la invitación.

□Será un testimonio □dijeron□. Algunos de tus parientes no te han visto desde que fuiste sanada

Era cierto. Retrocedí en mis pensamientos a la espantosa reunión que había tenido con aquellos tíos. Recordé sus penetrantes ojos, que saltaban de sus rostros enfurecidos contra esa joven y atrevida muchacha que se atrevía a desafiar las costumbres de la familia y de la ley islámica. Todo eso le había sucedido a una persona diferente. Pero ¿eran ellos diferentes ahora? Yo lo dudaba. Todavía podían quedar una o dos posibilidades de testificarles, y yo amaba a mi hermana y a su hijo. Iría por amor a ellos.

□Tienes razón□dije.

Resuelta ya esa dificultad, el señor Hadayat consultó los itinerarios del ómnibus en su periódico. Vimos que había un ómnibus que salía de Badami Bagh, en Lahore, a las doce de la noche del sábado, con destino a Rawalpindi. Allí podría tomar otro ómnibus a Murree, con el cual llegaría a tiempo para hablar en la primera reunión el domingo por la tarde.

Mi sobrino me condujo de nuevo a casa en su Yamaha y me prometió ir a buscarme el próximo día para llevarme a la boda.

El día siguiente tomé un pequeño maletín y me dirigí a Samanabad, elegantemente acompañada por mi querido sobrino.

Como yo lo había esperado, el casamiento resultó un desastre desde el principio hasta el fin. Algunos de los parientes de más edad consideraron mi presencia como una ofensa directa y me dieron las espaldas cada vez que estaba cerca de ellos. Otros, en los que sentimiento de (¿fihad?) era fuerte, provocaron discusiones, de modo que tuve poca oportunidad de hablar con mi hermana Samina o con Anís, a quien no había visto por casi un año.

El principal punto de ataque era por qué yo creía en Jesucristo como el Hijo de Dios.

Tenía mi Biblia en el maletín pero no tuve necesidad de consultarla. Las palabras que necesitaba venían a mi boca en forma espontánea y con poder.

Comprendí que tal vez esa oportunidad no volvería a repetirse, de modo que hablé con todo aquel que manifestara el más mínimo interés. Las discusiones subían de tono y casi no tenía tiempo para comer ni beber. Mis hermanos, que hubieran sido mis principales adversarios, ni siquiera aparecieron. Safdar Shah se había quedado en casa cuando supo que yo iría y Alim Shah se ubicó con los hombres invitados, en un lugar fuera de mi alcance.

En forma gradual fueron saliendo mis adversarios, uno a uno, con algunos comentarios como: “Está loca; déjenla sola. No pertenece a nuestra familia. No le hablen,”

De pronto me di cuenta de la hora. Eran las once de la noche. Escuché una voz que me decía: “Mañana vas a testificar en Murree y todavía estás aquí”. Un poco sacudida por el pánico, corrí a la habitación de mi hermana y pregunté si alguien me podía llevar a Badami

Bagh. Pero el auto de Samina estaba a disposición de otros invitados, Anís estaba ocupada con sus parientes políticos y algunos otros visitantes. Se negaron sin ambages. Oí que uno de ellos decía:

□ No queremos contaminar nuestro auto. Pídele a tu Jesucristo que te lleve.

Samina vino y me tomó la mano.

□ Gulshan, siento que no puedo ayudarte. ¿Por qué no te quedas con nosotros esta noche y mañana te llevamos a la estación de ómnibus?

Hubiera sido sensato, ya que a esas horas de la noche era peligroso que una mujer anduviera sola por las calles. Pero me sentí presionada por la urgencia. Había recibido las órdenes y debía encontrar la solución de alguna manera. Sin atinar a despedirme, me deslicé suavemente fuera de la casa iluminada, dejando atrás toda su comodidad y seguridad, y me paré junto al camino. Las nubes ponían un velo a la luna, y las casas y árboles creaban formas fugitivas en la oscuridad. Las ramas de un gran árbol de moras murmuraban sobre mi cabeza. Salí nerviosamente de debajo de su sombra.

“ Señor, tu me has hecho santa. Hazte cargo de mí y ayúdame a llegar a la llegar a la estación de ómnibus a tiempo. Estoy del todo en tus manos”. Oré.

Cuando terminé la oración se me salían las lágrimas. La presencia de Dios estaba alrededor de mí en la oscuridad y me sentí segura en ese círculo.

Luego escuché a lo lejos, pero acercándose, el suave ronroneo de una motocicleta y casi enseguida vi la luz delantera; dibujando diseños de luz sobre el negro velo de la noche, mientras avanzaba hacia mí a lo largo del extendido pavimento. Advertí que era un *rickshaw* encapotado. ¿Estaba tal vez trayendo un tardío invitado a la boda, o llevaba a su conductor a casa después de un día de trabajo? Orando para que el hombre se detuviera por mí, hice movimientos y el *rickshaw* llegó a mi lado.

□ ¿Puede llevarme a Badami Bagh lo más rápido posible? Tengo que tomar cuanto antes un ómnibus hacia Rawalpindi.

No podía ver su rostro, pues tenía puesto una suerte de capuchón, pero asintió con la cabeza y subí, sin darme el lujo de razonar si se trataba de un malvado que pudiera aprovecharse de mi situación. Partimos, llenando la escena de ecos. ¡Qué rápido me pareció avanzar por esas calles! Cuando llegamos a Badami Bagh, según mi reloj, era como si hubiéramos cubierto los veinticuatro kilómetros en cinco minutos. El conductor del *rickshaw*, sin decir palabra, levantó mi maletín y lo llevó hasta la línea de ómnibus del transporte Watan, que iba a Rawalpindi. Mientras pasó de largo frente a mí, muy erguido y vestido con una extraña ropa larga, de un monótono color marrón, pensé que debía ser un *Pathan*.

Puso mi equipaje debajo de un asiento en el sector delantero. Ya se iba, sin esperar que le pagara, cuando lo detuve y le pregunté:

□ ¿Cuánto le debo? •

En respuesta, dio media vuelta y dijo;

□ Dios me envió a ayudarla. Vaya en paz.

Luego levantó la solapa de su túnica y en su brazo fornido vi escrita una palabra en letras brillantes; *Patrus* (Pedro). Traté de verle el rostro, pero sólo vi sus ojos refulgentes ..

Los míos se llenaron de lágrimas y tuve que secarlos.

Cuando miré de nuevo, había desaparecido, sin aceptar ningún dinero. Dudando si habría soñado ese episodio, miré alrededor de la estación de ómnibus, muy concurrida a esa hora de la noche, pues la gente prefería evitar el calor del día; pero sólo vi pasajeros que estiraban las piernas anticipando un largo viaje. Ocupé mi lugar en el mullido asiento. Era la única mujer que viajaba sola y sin usar un *burka*. Cuando el conductor vino a cobrar el pasaje, le pagué.

Nos detuvimos en Jhelum, para un descanso de media hora, precisamente en la mitad del viaje y luego otra vez, pero por menos tiempo, en Gujarkhan. El fresco se hacía sentir cada vez más a medida que subíamos las colinas de los Himalayas. Cuando llegamos a Rawalpindi, alrededor de las cinco de la mañana, abriéndonos paso a través de una multitud de personas, vacas flacas y cabras, automóviles, *rickshaws*, camiones, bicicletas y carros, para dirigimos a una parada de ómnibus en la feria Raja, el sol había comenzado a colorear el cielo oriental con sus doblados rayos dorados.

El ómnibus que hacía el trayecto a Murree era más pequeño y el viaje lento y peligroso, por un sinuoso camino de montaña, donde había el espacio justo para el paso de dos vehículos. Era una ruta muy transitada en esa época del

año, en que las planicies se calcinaban por el ardiente calor. Nos sentamos de costado y mis espaldas estaban del lado de la pared montañosa, de modo que no podía mirar sobre el borde de la peligrosa cuesta.

A las once de la mañana nos aproximamos a Muree. Me bajé en la parada de ómnibus cerca de la oficina del correo, en la pendiente en la parte baja de la ciudad. Le di mi maletín a un mozo que me condujo en una corta caminata al campamento Mubarik. Cerca del campamento, el *chowkedar* nos vio llegar y fue a saludarme y a tomar el muletín.

Aquel campamento de mujeres resultó para mí una semana extraordinaria. Había treinta mujeres de Peshawor, Sialkot, Karachi, Faisalabad (anteriormente llamada Lyallpur) y Hyderabad. Dios puso su mano sanadora en aspectos de la vida en que las mujeres estaban sufriendo.

Dormí en un edificio de dos pisos, compartiendo una habitación con Ruth, de Abbotabad. Teníamos sesiones matutinas y vespertinas, las comidas y el resto del tiempo quedaba libre, pero yo lo ocupaba en buena medida hablando con las mujeres y aconsejándolas. Una profesora de la escuela gubernamental en Lahore me dijo que tenía dificultades para testificar entre las personas musulmanas que había allí. Oramos juntas y hablamos sobre el temor que puede apoderarse de alguien en una situación así; le hablé de la promesa de Cristo “No te desampararé ni te dejaré”. Al partir, me dijo con alegría:

—Me ha dado una nueva esperanza para enfrentar todo clase de problemas.

Cuando se fueron las mujeres, llegó un grupo de jóvenes que venían de Peshawar. El Reverendo Sayed, que estaba dirigiendo el lugar de los campamentos, me pidió que me quedara para hablarles. Se me acercó un joven abogado y me dijo que estaba trabajando entre musulmanes y tenía vergüenza de testificar. Le hablé sobre Mateo 10:31-33 y oré con él. Al cuarto día vino de nuevo y dijo que ya había obtenido el valor necesario.

—Se disipó mi temor.

Así fue. Me visitó cuando dejé el campamento y fui a estar en Rawalpindi con el hermano y la hermana Younis.

La hermana Younis había estado en Mubarik y habíamos formado un lazo de amistad.

—Ven y quédate con nosotros cuando vuelvas —me dijo.

Al ir, estaba cumpliendo su deseo.

A partir de esos campamentos comenzó mi verdadero ministerio y empecé a hablar en conferencias sobre la forma en que Dios había tratado conmigo. Fui invitada nuevamente a Mubarik, ese primer año, a comienzos de julio, donde compartí el púlpito de una convención local con hombres muy conocidos en la comunidad cristiana. Ellos me aceptaban como alguien a quien Dios le había

dado un ministerio específico. Cada vez que hablaba, las invitaciones fluían desde lugares lejanos y cercanos. Las personas deseaban oír lo que tenía para decirles y que era un mensaje necesario en esos tiempos me.

Se estaban abriendo nuevas oportunidades para un ministerio más amplio, pero al mismo tiempo me mantenía bien asida de Jesucristo. Sabía por experiencia que, cuando hay bendición, es casi seguro que también surgen los conflictos. Aún así no estaba preparada para eso, debido a la dirección de dónde vendrían esos ataques.



# 15

## CONCLUSION

Viajé desde Rawalpindi por todo Pakistán, dando conferencias en las iglesias y aconsejando personalmente a personas que tenían necesidades, tanto físicas como espirituales.

En octubre de 1977 fui a Lahore en respuesta a un pedido de un hermano y una hermana de la iglesia metodista en Canal Park que me escribieron que su hijo estaba enfermo.

“Por favor, venga y ore por él”, escribió el hermano James. Fui, e iba orando durante el viaje.

Cuando llegué, el hijo ya había sido dado de alta del United Christian Hospital y estaba en la casa, mejor de salud, aunque todavía débil

Los hermanos James me pidieron que me quedara con ellos. Tenían cinco hijas y cinco hijos, y querían que yo les ayudara en su instrucción en las cosas del Señor. En consecuencia, arreglamos que me quedaría con ellos, pero tendría libertad de ir por Paquistán para asistir a reuniones cuando fuera necesario.

Durante todos estos años estuve viviendo por fe y el Señor suplió mis necesidades de tal modo que algunos se preguntaban si estarla relacionada con alguna misión extranjera que me respaldaba. En esos casos, yo procuraba explicarles que las riquezas del cielo están a nuestra disposición cuando nos decidimos a confiar por completo en Dios. Yo le había entregado todo a Dios completamente —familia, casa, tierras, dinero, reputación— y estaba confiando en que serían suplidas todas mis necesidades.

Cuando me encontraba todavía en Rawalpindi, se desarrolló el último acto de la vida de Anís Bibi en la tierra. Mi hermana, que fue forzada por la oposición de su familia a permanecer como una creyente secreta, murió el 14 de marzo de 1977. Cuando murió, yo estaba a su lado, confortándola. Sé que ella puso su mano en la mano del hombre que vio en el tope de la escalera, que tenía una corona en su mano, y también sé que le permitió que la llevara a la presencia de Dios.

Después de eso las dos hijas de Anis Bibi, de quince y dieciséis años, fueron a vivir en casa de una tía, pues su padre no quería que estuvieran con él. A los pocos meses recibí un mensaje de las niñas, pidiéndome si podrían venir a vivir conmigo, pues no eran felices. Así que, en octubre, me hice cargo del cuidado de mis dos sobrinas y ellas se mudaron conmigo a la casa del hermano James. Había demasiadas señoritas bajo un solo techo y fue entonces

que comencé a orar de verdad para tener una casa donde poder vivir mi propia vida, sin tener que estar dependiendo de otros salvo de Dios.

Puse a las dos niñas en una escuela convento, ya que era difícil dejar a mis dos sobrinas en la casa de alguna otra persona mientras yo viajaba. La escuela era dirigida por algunas hermanas muy amables y el ambiente era bueno para las niñas.

Dios puso en el corazón de amigos de Karachi el deseo de hacer algo con respecto a mi situación sin hogar. Sintieron que era tiempo de que yo tuviera mi propia casa en lugar de tener que vivir continuamente con otras personas, de modo que juntaron el dinero, lo agregaron a un poco que yo misma había ahorrado y fue suficiente para comprar una casa pequeña. ¡Qué comfortable era poder volver a mi propia casa después de una extenuante serie de reuniones evangélicas en algún lugar lejano.

Cuando tomé posesión de mi propiedad en el verano de 1978, mis sobrinas vinieron a vivir conmigo. Pero no todo marchaba bien. Tuve que comparecer ante un tribunal debido a acusaciones falsas.

Le dije al Juez que había sido una mujer paralítica y que Jesucristo me había sanado. Me preguntó si alguien de mi familia podría confirmar eso. En beneficio de la Justicia, un miembro de mi familia fue al tribunal y dio testimonio de la historia de mi sanidad y de mi buen carácter. Se declaró sin lugar la causa que se seguía contra mí.

Mis sobrinas habían dejado, pero Dios fue bueno; y me dio dos amorosas hijas adoptadas, un hijo y también el abuelo de ellos, de modo que no iba a quedar sola en este mundo.

Dos meses después de eso, en julio de 1981, estaba en Karachi, hospedándome en casa de un amigo en Akhtar Colony, cerca de la iglesia metodista, cuando una joven enfermera llamada Patricia me pidió que visitara a su hermana Freda, una enfermera del Jinnah Hospital, quien, según ella temía, estaba poseída por un espíritu malo.

—Mi hermana está enferma—dijo ella—. Llora, y cuando viene el espíritu, comienza a gritar y a golpear a las personas.

Me puse de acuerdo para ir con ella, y tomamos un *ricksshaw* hasta el hospital. Era una tarde muy calurosa, con mucha humedad, debido a la proximidad del océano. En la habitación de la joven enfermera en el hospital, la atmósfera estaba húmeda y opresiva, pero eso no se debía únicamente al calor. Allí estaba Freda, joven, tímida, con la cabeza baja. No tenía puesto su uniforme sino una *shalwar kameeze* y su *dupatta*. Levantaba los ojos una y otra vez y me observaba con una mirada fija inexpresiva.

Patricia le habló cortésmente a su hermana:

— Ba-ji, esta es la hermana Gulshan. Ha venido para orar por ti.

No hubo respuesta de parte de la joven enfermera, Estuvo un tiempo sin moverse y de pronto en forma brusca se disculpó y dejó la habitación, para ir al baño que estaba debajo de la sala. Después de quince minutos de ausencia, mi amiga dijo:

—Hace mucho que salió. Voy a buscarla y traerla. Volvió arrastrando del brazo a la renuente señorita más joven que ella. Freda se sentó en un trozo de alfombra y yo, que estaba sentada en un sillón, la ayudé a sentarse junto a mí en el piso. Luego le puse la mano en la cabeza, abrí la Biblia en el Salmo 91 y leí en voz alta:

*El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente.*

*Diré yo a Jehová: Esperanza mía y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré.*

*El te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora.*

*Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. .*

En ese momento la muchacha cerró los ojos. Manteniendo mi mano sobre su cabeza, dije:

—Te ordeno en el Nombre del Señor Jesús, sal de ella.

En eso la joven comenzó a girar su cuerpo violentamente, gritando a la vez:

—¡Déjame ir! ¡Me estoy quemando!

—Es mejor que te quemes y no que sea el diablo el que lo haga—le dije.

Entonces habló el espíritu maligno, y la voz era diferente a la voz suave de la joven:

—¡Me voy! ¡Déjame ir! ¡No volveré!

La joven cayó al piso mientras el demonio la abandonaba y ella quedó tirada allí con su cuerpo reposado. Después de diez minutos, Patricia la ayudó a levantarse. Abrió los ojos y pidió agua. Cuando la bebió, le pedí que se sentara a mi lado. Esta vez reclinó la cabeza sobre mi rodilla y dijo:

—Por favor ora más por mí. Me siento bastante aliviada.

— Le pedí que repitiera esta oración: “Gracias Díos, que he sido liberada y ahora te entrego mi vida a ti. Tómala y usa mi vida para tu propósito y dame fuerzas para, seguirte y permanecer fiel.

Nos sentamos hasta las siete de la tarde, en que llegaron a la habitación más enfermeras. Se enteraron de lo que había sucedido y comenzaron a presentar sus problemas, pidiéndome que orara por ellas. Una tenía temor por un análisis que debía hacerse. Otra tenía dificultades en el pabellón del hospital. Una tercera tenía a sus padres enfermos en su casa. Y así fui orando por cada una.

Omití decir que durante toda esa larga tarde y noche, habíamos almorzado y tomado el te en esa habitación. Fue un día tan intenso y cada recuerdo parecía realzarlo, aun el sabor de los nabos, los trozos de carne, los *chupattis* y las bananas que comimos.

Cuando llegó la hora de irnos. Patricia y yo tomamos un *rikshaw* para regresar a Akhtar Colony, donde estaba hospedándome con otra amiga. Guardaba en mi recuerdo una grata imagen de esas dos hermanas. Son realmente mujeres hermosas y ahora testifican de Jesucristo en el hospital.

El Señor me utilizó en situaciones de sanidad en que la gente peleaba entre sí. Supongo que por haber sido yo misma tan mal interpretada muchas veces sé que gran fuego puede encender una palabra descortés o un pensamiento malicioso.

Como no tengo una iglesia que me respalde, debemos mirar directamente al Señor para que supla todas las necesidades. Algunas veces, nos levantamos por la mañana y no hay en casa nada que comer. Entonces esperamos para ver de qué manera será suplida la necesidad. Pero hay días en que todos decidimos, en parte debido a la necesidad, que será un día de ayuno. En esas ocasiones, nos acercamos más a Dios. El es nuestro Padre. El sabe qué es lo mejor- y no nos falla; sólo nos prueba por un tiempo.

En mi pobreza, los pobres se acercan a mí. La gente viene caminando varios kilómetros, sin el pasaje del ómnibus para regresar a su casa, y nosotras mismas tenemos que dar de nuestra magra subsistencia. Vienen buscando ayuda espiritual, pero ¿cómo les podemos dejar ir sin ayudarles a cubrir también sus necesidades materiales? “De gracia recibisteis, dad de gracia.”

Me llamaron junto a la cama de un hombre que había venido de Inglaterra, que estaba sufriendo de disentería amebial un quiste. Eso fue en enero de 1981. Oré por él y puse las manos sobre él y se recuperó. El resultado de eso fue que me invitaron a ir a Inglaterra y a Canadá para predicar, a grupos de asiáticos e ingleses.

El gran temor en la mente de mi tía, cuando testifiqué por primera vez de que había sido sanada por Jesucristo era que yo fuera a Inglaterra. Bien, aquí estoy, mirando todo el camino recorrido, por el cual me ha conducido mi Padre celestial desde que por primera vez confié en El.

Puedo ver que el peregrinaje en que mi padre embarcó conmigo era el comienzo de la búsqueda de mi alma para conocer a Dios. Despertó esperanzas que, aunque quedaron frustradas en la Meca, me condujeron sobre todo después de la muerte de mi padre, a buscar a Dios de una manera urgente y desesperada. Le extendí mi mano a Jesucristo, el Sanador, sin saber nada acerca de El, excepto lo poco que leí en el Corán y fui sanada.

Hoy soy un testigo del poder de Dios para llegar a la gente que está detrás del velo del Islam. Se puede rasgar ese velo para, que puedan ver a Jesucristo, oírlo y amarlo.

Ahora no necesito más los cinco Pilares del Islam para apoyar mi fe. Mi “testimonio” es de Jesucristo crucificado, muerto y sepultado, resucitado después y ahora viviendo en su propio pueblo. Mi *namaaz* no es un Dios imposible de conocer, sino uno cuya historia se encuentra en su propia Palabra, la Santa Biblia, mi tesoro máspreciado, que está escrita en las tablas de mi corazón y de mi mente, así como el Corán lo estaba anteriormente. Mi *zakat* no es más una proporción, sino el total de mi ingreso, pues todo lo que tengo le pertenece a Dios. Mis riquezas están almacenadas en el cielo. Mi ayuno no se hace en Ramadán, para aplacar a Dios, para que pueda estar segura del Paraíso, sino que se hace con deleite, de modo que pueda conocerlo mejor. Mi *Hajj* es mi viaje por la vida. Cada día me acerca más a mi meta, que es estar con Jesucristo, mi Rey celestial, para siempre.

La sangre de los toros, las ovejas o las cabras no pueden nunca quitar el pecado, pero podemos entrar en el lugar santísimo, siendo perfectamente aceptados, por un camino nuevo y vivo, “por el velo”, es decir, por su carne. Porque ese hombre (Jesús), cuando ofreció un sacrificio por el pecado para siempre, se sentó a la diestra de Dios (Hebreos 10: 12).

Tal es Jesucristo, el Cordero de Dios, profeta y sacerdote, rey de Reyes, mi Señor y mi Dios.

